COZY MYSTERY

VICKI DELANY

EL GATO DE LOS BASKERVILLE

13



El verano llega a Cabo Cod y, con él, el festival de teatro de West London, cuyo acto de inauguración se celebra con una deliciosa velada en los jardines con vistas al mar de Rebecca Stanton. La librería de Gemma Doyle y el salón de té de su amiga Jayne Wilson están de enhorabuena: acogerán una representación de El sabueso de los Baskerville protagonizada por el veterano actor Nigel Bellingham.

Pero Bellingham aparece muerto, y Jayne y Gemma harán lo imposible, con la inestimable ayuda de su gato Moriarty, para descubrir al verdadero asesino.

Vicki Delany

El gato de los Baskerville

Misterios en la librería Sherlock Holmes
3

Título original: *The Cat of the Baskervilles*
Vicki Delany, 2018
Traducción: Roberto Falcó, 2025

Ilustraciones: Stephanie von Reiswitz
Diseño de cubierta: Stephanie von Reiswitz

Revisión: 1.0

10/04/2026

Para Pat, Karen, Leslie y Jackie:
amigas de verdad desde hace años.

Capítulo uno

—«¡Las pisadas de un gigantesco sabueso!».

—Yo diría, más bien, de un minino —la corregí. Pasé la fregona húmeda por el suelo y las pequeñas huellas se fueron desvaneciendo hasta desaparecer. El gato de nuestra librería se llamaba Moriarty y, si bien nunca salía a la calle, a veces me preguntaba qué hacía cuando cerrábamos la tienda y, en teoría, permanecía dentro. Cuando llegué por la mañana, encontré un rastro de huellas de barro que empezaban en mi escritorio, cruzaban el suelo de la oficina, bajaban a la planta inferior, recorrían la tienda y acababan en la cama del gato, situada bajo la mesa central.

Por la noche había llovido a cántaros, pero no encontré ninguna ventana rota ni puerta entornada. De hecho, en el interior del local reinaba un ambiente calentito y seco. Dirigí la mirada a Moriarty, que estaba hecho un ovillo en su cama, con el hocico negro arropado bajo la cola. Como era habitual en él, no dijo nada y me ignoró.

Pasé la fregona una última vez y comprobé que el suelo había recuperado su aspecto inmaculado.

—¿A qué se debe el entusiasmo que desprendes esta mañana? —le pregunté a Jayne—. Aparte de la visita del gato de los Baskerville.

—¿Quién dice que estoy entusiasmada?

Tenía la sensación de que Jayne se desplazaba dando saltos de alegría por la tienda. Cuando estaba bien, se comportaba como si

tuviera un pequeño generador de energía en su interior. Cuando el entusiasmo se apoderaba de ella por algún motivo, se convertía en un reactor de fusión nuclear, algo que sucedía muy a menudo.

—¿Es que te ha subido bien la masa del pan? —le pregunté, tomándole el pelo—. ¿O ha bajado el precio del azúcar?

—Intenta adivinarlo. —Levantó una mano—. Aunque sé que no te gusta, hazlo esta vez, Gemma. Soy tan buena que te he dado una pista.

Como bien había dicho, nunca me gusta intentar adivinar las cosas. Además, no me hacía ninguna falta. La supuesta pista, la célebre cita de *El sabueso de los Baskerville*, no podría haber sido más obvia ni aunque hubiera alquilado un avión para que la escribiera en el cielo. Desde hacía ya varias semanas, circulaban varios rumores por West London, Massachusetts, la mayoría de ellos difundidos por Jayne o su madre, Leslie.

—«La representación será la trampa» —contraataqué con mi propia cita. Si bien era de Shakespeare, en lugar de sir Arthur Conan Doyle—. ¿Me estás diciendo que el secreto peor guardado de West London va a hacerse realidad?

—¡Sí! —exclamó—. Me acaba de llamar mi madre. Nigel Bellingham, sir Nigel, nada más y nada menos, interpretará el papel principal de *El sabueso de los Baskerville*.

—Qué buena noticia para el festival —dije—. Y, cuando algo es bueno para el festival, es bueno para la ciudad.

—Y, cuando algo es bueno para la ciudad, es excelente para nosotras. —Hizo un gesto grandilocuente abarcando la tienda, la Librería y Emporio Sherlock Holmes, así como el local contiguo, el Salón de Té de la Señora Hudson.

El festival de teatro de West London contaba con una pequeña compañía de repertorio ideal para una población como Cabo Cod, que en verano se llena de turistas. Estas compañías suelen representar a clásicos del teatro estadounidense, como Neil Simon, Eugene O'Neill, Tennessee Williams, pero no renuncian por completo a otros autores extranjeros. El año anterior, por ejemplo, habían

puesto en escena *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde. No se trata de un festival de teatro aficionado, ya que se contratan a directores y actores profesionales que se hallan en una fase de lanzamiento o declive en el mundillo de la fama, así como a aquellos que prefieren pasar gran parte del verano en Cabo Cod en lugar de actuar en Broadway o Hollywood.

—Dice mi madre que no les vendría mal contar con Arthur, que es un genio perverso de la recaudación de fondos. ¿Cuándo vuelve de Grecia?

Negué con la cabeza.

—Ya conoces al tío Arthur. Viene y va a su antojo.

Mi tío, fundador y socio silencioso del negocio, estaba disfrutando de un crucero por el Mediterráneo en compañía de un viejo amigo de la Marina Real británica. En cuanto recibió la invitación, salió por la puerta de nuestra casa de estilo colonial antes de que le diera tiempo a citar a Homero y su «ponto de color vino».

El teatro no forma parte de mis intereses y, además, el verano es la época de más trabajo en la librería, de modo que apenas tengo relación con el festival, a pesar de la implicación que pueda tener el tío Arthur. No obstante, este año me he mantenido muy al día de las novedades gracias a la madre de Jayne, Leslie, que es la presidenta del comité de voluntarios.

—*El sabueso de los Baskerville* se aparta bastante de la programación habitual del festival. No me atrevería a definirla como una obra clásica.

—La propusieron como forma de atraer a sir Nigel —dijo Jayne—, que retomará el papel que ya había interpretado en el West End. ¡Será un bombazo! La gente se muere de ganas de verlo. Será un lleno total toda la temporada. Además de los amantes del teatro, los de Holmes y del buen té se agolparán a nuestras puertas.

Respondí con una sonrisa. A Jayne no le faltaba razón. West London iba a llenarse del público del festival, pero también de los admiradores de Sherlock Holmes. ¿Y había lugar mejor para que estos pudieran pasar el rato antes o después de la función que

dando rienda suelta a su pasión consumista en la Librería y Emporio Sherlock Holmes y disfrutar a continuación de un té tradicional en el Salón de Té de la Señora Hudson?

Tomé nota mental para pedir más ejemplares de *Sherlock Holmes: Obras completas, volumen II* (el que contiene *El sabueso de los Baskerville*), la segunda temporada de *Sherlock*, la versión contemporánea de la BBC y que incluye el episodio *Los sabuesos de Baskerville*, así como todo tipo de objetos relacionados con la obra.

Ubicada en el 222 de Baker Street, mi tienda es, principalmente, una librería. Como sugiere el nombre, nos hemos especializado en Sherlock Holmes y sir Arthur Conan Doyle; no solo en las obras originales, sino también en todas las contribuciones modernas al pastiche, como la serie de Mary Russell escrita por Laurie R. King, las novelas autorizadas de Anthony Horowitz, la serie para adultos jóvenes de Angela Misri y el sinfín de colecciones de relatos del Gran Detective o sus imitadores. Los libros de nuestras estanterías son nuevos, pero también vendemos segundas ediciones (o posteriores) de los libros de Conan Doyle y, de uvas a peras, alguna primera edición que llega a manos del tío Arthur, así como ejemplares encuadernados de la *Strand Magazine*, donde se publicaron originalmente los primeros relatos. Los libros de Holmes se complementan con obras de no ficción sobre sir Arthur, sus contemporáneos, su vida y época, así como ficción victoriana o eduardiana, tanto novelas como antologías de relatos. Preferiría que nos dedicáramos únicamente a la venta de libros, pero no corren buenos tiempos para las librerías independientes, sobre todo para las especializadas como la mía. Por eso, también vendo DVD, pósteres de películas, tazas, trapos de cocina, juegos, rompecabezas y juegos de cartas. En resumen, todo aquello que pueda estar remotamente relacionado con el Gran Detective. Siempre que quede dentro de los límites del buen gusto, claro está. Nunca dejará de sorprenderme la cantidad de objetos que carecen de esta virtud.

El tío Arthur y yo somos dueños del Emporio, así como de la mitad del salón de té contiguo, situado en el 220. Jayne, pastelera

profesional, es la dueña del otro cincuenta por ciento y es la encargada de dirigir el lugar. Fiel a la temática que nos une, la Señora Hudson está especializada en té, en su versión más tradicional, el *afternoon tea*, y en opciones más contemporáneas y ligeras, como el *cream tea*.

—No es que domine el mundo teatral, para nada —confesé—, pero ¿no es un poco tarde para que añadan una nueva obra? Faltan pocas semanas para la inauguración.

—Mi madre me ha dicho que sir Nigel no ha podido comprometerse hasta ahora porque estaba enfermo. De hecho, la compañía se ha dedicado a ensayar *El sabueso* con un joven actor desconocido, que estaba preparado para sustituir a sir Nigel si no lograba llegar a tiempo. Además, ten en cuenta que interpretó el papel de Holmes en el West End durante años, por lo que se sabe la obra de memoria.

—No creo que el susodicho actor joven esté dando saltos de alegría.

—Así es el mundo del espectáculo —dijo Jayne con voz evocadora.

—¿No te basta con llevar el salón de té, que ahora tienes que aceptar un trabajo a tiempo parcial en el mundo del teatro?

Me miró entornando los ojos.

—Gemma Doyle, te juro que a veces tengo la sensación de que me lees el pensamiento.

La gente dice que soy lista y observadora. No creo que sea más lista que nadie, pero se me da bien interpretar lo que ocurre ante mis ojos. Jayne lleva semanas hablando del festival. Cuando piensa que nadie la observa, gestualiza de forma dramática y practica las reverencias como si se encontrara en el escenario del Globe Theatre de Londres. Ayer, entré un momento en la cocina y la sorprendí sujetando un cucharón frente a la cara, examinándolo como si fuera Hamlet y el cráneo de Yorick. Tuve la delicadeza de retroceder sin hacer ruido y toser con ganas antes de volver a entrar; me la encontré usando la calavera de Yorick para revolver la masa del

pastel de chocolate.

—¿Vas a hacerlo? —le pregunté.

—¿Hacer qué?

—Ofrecerte voluntaria para el grupo teatral. Y antes de que me preguntes cómo sé que te lo estás planteando, ayer tu madre me lo preguntó y me dijo que también te lo había pedido a ti.

—¿Y vas a hacerlo?

Me apoyé en el mango de la fregona.

—Por supuesto que no. Si hay algo que no me interesa, más allá de asistir como público muy de tarde en tarde, es el teatro. Tener que aguantar a toda esa gente que intenta fingir que es otra persona…

—Pues yo tal vez diga que sí. La mayoría de los días acabo de trabajar antes de las cinco, así que suelo tener las noches libres. Antes de la inauguración puedo echar una mano con la publicidad, y mi madre me ha dicho que también podría encargarme de la venta de entradas; así podría volver a casa en cuanto empiece la representación.

Al ser pastelera, Jayne suele llevar unos horarios monacales: se va a dormir temprano para levantarse temprano. En temporada alta turística, se levanta a las cuatro de la madrugada, todos los días, para empezar a hacer el pan.

—Me sorprende que no te haya dado por subirte al escenario también —le dije—. Eres guapa y sé lo mucho que te gusta el teatro.

Jayne es menuda, preciosa, tiene una melena rubia, ojos azules, una piel inmaculada y una complexión perfecta. De hecho, se parece mucho más al arquetipo de belleza británica que yo. Jayne es una anglófila confesa y yo sabía que no podría resistirse a participar en la obra en cuanto supiera que un sir inglés había aceptado incorporarse a la compañía.

Yo soy inglesa, nacida y criada en el corazón de Londres. Tuve una librería de misterio muy cerca de la plaza de Trafalgar. Cuando conocí a Jayne, quedó prendada de mi acento, al considerarlo «muy elegante». Pero ahora ya soy solo Gemma, su mejor amiga y socia

empresarial. Jamás le he revelado que la familia de mi madre forma parte de la baja nobleza, aunque no tiene ni un penique y el apellido hace tiempo que cayó en desgracia.

Se ruborizó ante mi cumplido, lo que realzó aún más su belleza innata.

—Gracias, cielo, pero no basta con ser bonita para actuar.

—No a juzgar por algunos de esos programas norteamericanos que me obligas a ver —dije.

—El teatro en vivo es distinto. Igual no me crees, pero durante una temporada me planteé la posibilidad de dedicarme a la interpretación. Sin embargo, mi madre me hizo cambiar de opinión. Es una vida muy dura. Ella sabe de lo que habla.

Para mí, trabajar de pastelera y llevar un salón de té se encontraba en los primeros puestos de las profesiones más duras.

—¿Tu madre fue actriz? No lo sabía.

—Antes de casarse con mi padre, hizo algunas obras en *off*-Broadway y en la temporada estival. Alcanzó el cenit de su carrera dramatúrgica con un papel secundario en una producción shakespeariana de Broadway que tuvo un gran éxito. Le encantó participar en el proyecto, pero no fue capaz de soportar la competencia constante para conseguir un papel al que aspiraban cientos de actrices más hambrientas que ella, el desánimo constante, las diversas rondas de las que constaban las pruebas, albergar esperanzas que acababan hechas añicos si no volvían a llamarla… Cuando mi padre y ella decidieron casarse, no le dolió renunciar a su carrera artística; además, Jeff nació al cabo de poco. Al menos es lo que siempre ha dicho ella. Sin embargo, en alguna que otra ocasión la he sorprendido disfrutando una obra con mirada de ensoñación o tarareando la melodía de alguna serie. No he podido evitar preguntarme si lamenta haber renunciado a su sueño.

Moriarty bostezó, se estiró y, lentamente, muy muy lentamente, se levantó de la cama. Se acercó a Jayne, que lo cogió en brazos.

—¿Se puede saber qué has hecho esta noche, pillín? —murmuró, rascándole en su lugar preferido, detrás de las orejas—. ¿Te has

dedicado a vagar por el páramo de noche?

Decidí mantener la distancia. A Moriarty le gustaba que le rascaran, pero cuando era él quien lo hacía, su lugar predilecto era el dorso de mi mano. Con sus afiladas garras. Moriarty muestra un cariño especial con todos los clientes que entran en la tienda, pero, por algún motivo que ignoro, la tiene tomada conmigo, por lo que vivimos en un estado constante de frágil tregua. Intento no tomármelo muy a pecho. Me llevo bien con otros animales y mi cocker spaniel, Violet, me adora.

—Me parece una gran idea que tu madre se haya implicado en el festival —afirmé.

—A mí también.

—Ahora que has roto con Robbie, tendrás tiempo libre —dije.

Volvió a entornar los ojos. Dejó de acariciar a Moriarty, que me miró como si la decisión fuera culpa mía. Ambos adoptaron un gesto de desaprobación prácticamente idéntico.

—No te dije que hubiera roto con él.

Me encogí de hombros. Tampoco fue necesario que me lo dijera explícitamente. Hacía varios días que no hablaba de él y, en más de una ocasión, había visto que miraba la pantalla del teléfono y rechazaba la llamada o ignoraba el mensaje. Podría haberle dicho «Me alegro de que hayas entrado en razón», pero no lo hice. En ocasiones, puedo ser comedida.

—Fue una decisión mutua —añadió Jayne.

A juzgar por el número de llamadas que estaba recibiendo, la ruptura tenía bien poco de mutua.

Tampoco le dije eso, sino que me limité a añadir:

—¿Por qué no me comentaste nada? Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, Jayne.

—Lo sé, pero me daba miedo que me dijeras que te alegrabas de que hubiera entrado en razón. Nunca te gustó Robbie.

—Yo no he dicho eso.

—Ni falta que hacía.

—¿Qué te parece si vamos a cenar al café esta noche?

Mi pregunta no fue un cambio de tema como tal. Mi amigo Andy, dueño del Blue Water Café, uno de los mejores restaurantes de West London, estaba perdidamente enamorado, y convencido de que nadie lo sabía, de Jayne. Tras una serie de novios de perfil «artístico», me había propuesto que Jayne alcanzara la felicidad con alguien sensato y práctico como Andy.

—Claro, buena idea —respondió. Aburrido con nuestra conversación, Moriarty intentó huir de sus brazos y Jayne lo dejó en el suelo—. He tomado una decisión. Voy a llamar a mi madre y le diré que me apunte como voluntaria. Hablamos luego.

Regresó a sus dominios, impregnados por el aroma del azúcar, y yo giré el cartel de la tienda para que los clientes supieran que habíamos abierto.

Moriarty regresó a su cama para echarse otra siesta.

Cuando Jayne se compromete con algo, se entrega en cuerpo y alma. Al día siguiente, los escaparates del salón de té y de la librería estaban cubiertos de pósteres que anunciaban el festival. Sir Nigel Bellingham y *El sabueso de los Baskerville* eran las estrellas de cartel. Este año la compañía también iba a representar *La gata sobre el tejado de zinc* y *La extraña pareja*. No reconocí los nombres del resto de miembros del reparto y, al parecer, no estaba previsto que sir Nigel fuera a aparecer en ninguna obra más.

Estábamos a mediados de julio y, hasta el momento, habíamos disfrutado de un verano fabuloso. Tan fabuloso que los turistas habían tomado el cabo. El negocio, tanto en el salón de té como en la librería, iba viento en popa, para nuestra satisfacción.

Miré el reloj que había sobre el mostrador, junto a la portada enmarcada de un ejemplar del *Beeton's Christmas Annual* de diciembre de 1987. La revista en la que Sherlock Holmes apareció por primera vez en letra impresa. Mi copia era, por supuesto, un facsímil de la portada de la revista. Un ejemplar auténtico superaba con creces mi limitado presupuesto.

Jayne y yo tenemos la costumbre de reunirnos para tomar el té en la Señora Hudson a las tres y cuarenta, todos los días, para tratar cualquier tema de nuestros negocios.

—Me voy al Salón —le dije a Ashleigh, la otra dependienta de la librería—. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—De acuerdo —me dijo—. Por cierto, ¿por casualidad has tenido la oportunidad de leerte los artículos que te envié para crear una empresa franquiciada?

—No he tenido tiempo —respondí.

Ashleigh era una buena empleada, muy aplicada, lo cual suponía toda una novedad con respecto a lo que estaba acostumbrada. Cada dos por tres me venía con sugerencias para mejorar el negocio, que yo intentaba declinar educadamente, para que cejara en su empeño. Ese era el precio que estaba dispuesta a pagar para hacerla feliz y que no dejara el trabajo. También estaba dispuesta a pasar por alto su heterodoxo sentido de la moda. Ashleigh vestía de forma radicalmente distinta a diario. No era solo una cuestión de que cambiara la ropa que llevaba, sino que el estilo no tenía nada que ver con el del día anterior. Nunca sabía qué personalidad iba a adoptar. Hoy se había decantado por un personaje inspirado en una chica japonesa de estilo anime, con una minifalda rosa con tul, unas zapatillas y unos calcetines del mismo color, además de una camiseta azul celeste con purpurina; llevaba el pelo recogido en dos coletas altas con sendos lazos azules.

Salí de la librería y tomé asiento en mi rincón favorito del Salón de Té, el hueco de la ventana. Fiona me sirvió un té inglés de desayuno, con una tetera de porcelana, así como varios sándwiches y una tarta de frambuesa.

—Es lo único que nos queda —me dijo—. Para ser martes, hemos tenido mucha gente.

—Eso siempre está bien —añadí.

Jayne salió de la cocina, secándose las manos en el delantal. Tomó asiento frente a mí y se sirvió una taza de té. La Señora Hudson cierra a las cuatro, y Fiona y Jocelyn, las dos camareras,

estaban empezando a recoger todo. Un grupo de mujeres bronceadas se levantaron de su mesa entre risas, recogieron todas sus bolsas y se marcharon, dejando tras de sí varios frascos vacíos de *clotted cream*, mermelada de fresas y un mar de migas de *scones*. Ese mismo grupo había estado en el Emporio comprando libros y barajas de cartas.

Jayne me dirigió una sonrisa con la expresión de una niña que acaba de despertar el día de Navidad.

—Pareces muy contenta —le dije.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé. Y nunca lo averiguaré si no me lo dices.

—¿No quieres intentar adivinarlo?

Como ya he dicho, Jayne es mi mejor amiga, lo que no es impedimento para que, en ocasiones, me den ganas de estrangularla.

—¡No, no quiero adivinarlo! ¿Qué?

—Es fantástico. Sir Nigel llega mañana para empezar los ensayos. Todo el mundo está entusiasmado. Tenerlo aquí es el acontecimiento del año. Creemos que los fanes de *Guerras de Roma* vendrán a verlo, y es el tipo de público que no suele ir al teatro.

Hasta yo sabía que el papel cinematográfico más importante que había interpretado sir Nigel Bellingham en una película había sido el de general en la trilogía *Guerras de Roma*, que se había convertido en un clásico de culto. Sin embargo, eso había sucedido hacía ya más de cuarenta años y, desde entonces, siempre había renegado del péplum de «sandalias y espadas» por considerarla una obra indigna de alguien como él. Todo ello, claro está, mientras contaba los billetes que había ingresado en su cuenta bancada gracias al proyecto.

—¿Y…? —pregunté.

—Como suele ser habitual en la mayoría de los proyectos artísticos, la venta de entradas solo cubre una parte del coste de la

producción. El festival depende de las donaciones y de los actos para recaudar fondos para pagar las facturas. Esa es la misión de mi madre, Arthur y su equipo de colaboradores. Tienen que recaudar dinero como sea. Anoche mi madre le mandó un mensaje a Arthur para preguntarle cómo estaba el tema.

—¿Y ha respondido? ¿Desde las islas griegas? Ten en cuenta que yo no consigo que responda a las llamadas que le hago al móvil que le regalé y tampoco se digna a mandarme ni un mensaje, ni siquiera cuando está aquí.

—Tal vez piensa que no tienes nada importante que decirle.

Mientras le daba vueltas a lo que acababa de decirme Jayne, prosiguió.

—Nos ha propuesto que organicemos un gran acto para presentar a sir Nigel. Algo que permita que los donantes y los patrocinadores más importantes puedan conocerlo y saludarlo en persona para que se rasquen el bolsillo una vez más.

—Si tan crítica es la situación, cuenta con una donación de cien dólares. Preveo que nuestras ventas aumentarán durante el verano, así que no está de más que os eche una mano.

—Gracias, pero no es una cuestión de dinero. Al menos, de forma directa.

Empezaba a tener un mal presentimiento. El festival de teatro de West London solo podía querer una cosa más aparte de mi dinero: mano de obra. Empecé a negar con la cabeza.

—Arthur ha propuesto que organicemos un té clásico. ¿Hay algo mejor? Rebecca Stanton es la directora y productora del festival y ha accedido a hacerlo en su casa, bajo una carpa de su jardín, por si llueve. Y adivina a quién le han encargado el *catering*.

—No quiero adivinar nada.

—¡A nosotras!

—¿A nosotras?

Lógico, tenía un mal presentimiento.

—Necesitaré que me eches una mano. Es el sábado, uno de los días con más trabajo, pero no empezará hasta las tres. Cerraré el

salón de té a las dos; así, entre Jocelyn, Fiona, tú y yo, podemos encargarnos de todo. La idea es servir una copa de champán a los invitados a medida que vayan llegando y que se sienten a las cuatro. Tendremos que preparar la comida con algo de antelación, lo cual no supondrá ningún problema si puedes echarme una mano. He pensado que el sábado podrías venir un poco antes de abrir la librería. Mamá y sus voluntarias nos ayudarán a poner las mesas, se encargarán de las flores y cosas por el estilo.

—¿Cuántos asistentes calculas que habrá?

—Cien.

—¿Cien? ¿No son muchos?

—Cien invitados que pagarán para asistir, pero habrá más gente porque en cada mesa estará sentado uno de los actores o alguien vinculado con la representación.

Eché cálculos.

—Si no quieres que haya asientos vacíos y vas a usar mesas de banquete estándar de diez comensales, necesitas ciento ocho invitados, más un actor en cada mesa, lo que significa doce mesas, es decir, ciento veinte tés.

—Así es.

—Como ya he dicho, me parece mucha gente. Mucha más de la que puedes atender aquí en un día.

—Tienes razón, pero lo conseguiremos. Además de ayudar al festival, será buena publicidad para el salón de té. También utilizaré teteras y tazas de Sherlock, aunque no tengo suficientes para todo el mundo.

Observé la tetera que me habían puesto. Aparecía un hombre con nariz aguileña, gorra de cazador y una pipa en los labios, observando algo a través de una lupa. La jarra de nata y el cuenco del azúcar estaban adornados con versiones más pequeñas del mismo sombrero, la pipa y la lupa.

—Podemos usarlas solo en la mesa presidencial —dijo Jayne.

—¿Estás segura? Es un gran compromiso.

—Un *afternoon tea* clásico con sir Nigel Bellingham. ¿No te

parece emocionante? Es una pena que no esté casado, porque sonaría aún mejor si acudiera acompañado de una *lady* Pricilla.

—Si estuviera casado, su mujer sería *lady* Bellingham, no *lady* y su apellido de soltera, a menos que su padre…

—Sí, sí, vale. Nunca me aclaro con vuestras tradiciones. He quedado con mi madre en casa de Rebecca en cuanto cierre aquí. Vamos a repasar el menú. Tienen pensado cobrar el cubierto a doscientos dólares, así que esperan algo que esté a la altura.

—¡Doscientos dólares! ¿Por un *afternoon tea*?

—Un *afternoon tea* con sir Nigel Bellingham. Mi madre dice que tendrá tanto éxito que se agotarán los cubiertos —afirmó Jayne con una sonrisa radiante.

—Espero que alguien haya hablado ya del tema con sir Nigel.

—Supongo —concedió Jayne—. En fin, el plan es el siguiente: el sábado tienes que llegar a las ocho…

—¿De la mañana?

—De poco me serviría que llegaras a las ocho de la noche si vamos a servir un té, ¿no crees, Gemma? Necesitaré que me eches una mano en la cocina durante un par de horas antes de abrir la librería. A las dos, vuelves y lo llevaremos todo a casa de Rebecca.

—¿Y la librería?

Jayne desestimó mi pregunta con un gesto de desdén.

—Que se ocupe Ashleigh de ella. El sábado trabaja, ¿no?

—Sí, pero…

—Pues ya está, decidido.

Me recliné en la silla y tomé un sorbo de té. En nuestra relación dual, como empresarias y amigas, yo siempre era la más decidida y Jayne la que se dejaba llevar por la corriente. Esta situación era nueva; nunca la había visto interpretando este papel y me di cuenta de que había perdido la discusión por mucho que intentara convencerla.

—No tenemos vajilla ni cubertería para ciento veinte comensales —dijo Jayne—. De modo que, además de tazas y teteras de Holmes de la librería, vamos a tener que alquilar el resto y que nos lo

entreguen el sábado. Jocelyn y tú estaréis en la cocina de Rebecca preparando las bandejas individuales y a cargo del té. Fiona y yo supervisaremos a las voluntarias encargadas de servirlo todo.

Valoré la posibilidad de pedir una cita urgente en el dentista para que me hicieran una endodoncia el sábado por la tarde, pero recordé que Jayne y yo éramos socias y que las socias siempre se ayudan.

—A las ocho, aquí estaré —dije.

Capítulo dos

No tuve que esperar hasta el té del sábado para conocer al insigne actor.

El miércoles, poco antes de la una, mientras organizaba los libros de la sección dedicada a los relatos de sir Arthur Conan Doyle, sentí una leve ráfaga de aire cuando se abrió la puerta. Durante el día se abre muy a menudo —a fin de cuentas somos una tienda—, pero en esta ocasión la aglomeración de gente tuvo casi un efecto físico. Me erguí y me volví para ver qué ocurría.

La madre de Jayne, Leslie, es una versión algo mayor y más oronda que mi amiga, pero destila la misma intensidad y emoción que su hija. Y en ese instante rezumaba un torrente de emoción al sujetar la puerta a sir Nigel Bellingham.

Debo admitir que había sucumbido a la curiosidad y que, el lunes por la noche, cuando llegué a casa después de cenar con Jayne en el Blue Water Café, desilusionada al saber que Andy se había tomado la noche libre, decidí buscar información en internet sobre la leyenda del teatro y del cine. Habían pasado muchos años desde que había interpretado el papel que le había permitido alcanzar la fama: la trilogía *Guerras de Roma*, en la que había interpretado a un heroico general capaz de motivar a las legiones para que se alzaran contra las injusticias de la decadente y decrépita Roma imperial. En su momento, ya no fue un papel de juventud y, además, el paso del tiempo había sido cruel con él. Ahora era un hombre de mejillas

carnosas, con sobrepeso y lento. El único color que destacaba en su rostro era el laberinto de vasos sanguíneos rojos que surcaban su nariz y sus ojos inyectados en sangre. Lucía una melena gris, rala y demasiado larga, con rizos en torno al cuello y mechones grasientos. Llevaba un traje de *tweed* marrón, totalmente inadecuado para un día caluroso, y apoyaba todo el peso de su cuerpo en un bastón. Vi que la empuñadura de oro era de rosca y que tenía el interior hueco, lo que permitía introducir un recipiente de cristal.

Se detuvo en el umbral de la puerta, parpadeando. Nadie abrió la boca.

—Tan maravillosa como me la habían descrito —dijo al final, y el hombre que había detrás de él aplaudió, como si sir Nigel acabara de pronunciar las últimas palabras de un soliloquio shakespeariano. Tenía una voz grave y un acento marcado, típicamente inglés. Gracias a las pesquisas de la noche anterior, había averiguado que, a pesar de que hacía años que sir Nigel no aparecía en una película o se subía a un escenario, en la actualidad trabajaba principalmente como actor de doblaje para anuncios, películas de animación o documentales. En cuanto Jayne me dijo que iba a venir a la librería, pedí varios CD del audiolibro *El signo de los cuatro*, narrado por él mismo, y justamente habían llegado esa misma mañana.

Moriarty bajó del mostrador de un salto, con las orejas erguidas y meneando la cola.

Sir Nigel entró en la librería seguido de su séquito, formado por Leslie, un hombre menudo con ojos negros inquietos y gestos nerviosos que llevaba un gran maletín colgado del hombro, una mujer corpulenta ataviada con un vestido blanco con flores rosa, un hombre muy atractivo con cara de estar oliendo algo apestoso y una mujer joven aferrada al brazo de sir Nigel con una sonrisa más falsa que su bronceado y el color rubio de su melena.

La tienda estaba llena de clientes y todo el mundo se detuvo para observar a la *troupe*. Un mar de susurros se extendió por el salón de té y varios clientes asomaron la cabeza por la puerta que unía ambos locales.

Al cabo de unos instantes, llegó Jayne corriendo, con los ojos bien abiertos y luciendo una sonrisa de oreja a oreja. Ashleigh, que hoy lucía un vestuario digno de esas mujeres que suelen almorzar en el club náutico, parpadeó sorprendida. Era obvio que no sabía quién era toda esa gente.

Di un paso al frente.

—Les doy la bienvenida. Buenas tardes, sir Nigel. Hola, señora Wilson. Si necesitan ayuda, solo tienen que decírmelo.

El actor me tendió una mano surcada de venas y de las manchas típicas de la edad. Se la estreché y, de inmediato, me vino a la cabeza la imagen de ese último filete de bacalao que queda en la pescadería en un día de canícula. El hombre tenía un aura que apestaba a tabaco.

—Inglesa también —dijo sir Nigel con su legendaria voz grave—. Es un placer conocerla, querida. Ha conjeturado, con acierto, que soy sir Nigel. ¿Es usted la dueña de esta fabulosa tienda?

—Gemma Doyle, originaria de Londres, Inglaterra, aunque actualmente resido en West London, Massachusetts.

—¿Doyle? ¿Es descendiente?

—¿Se refiere al creador de Sherlock Holmes? No —respondí, aunque el tío Arthur insiste en que es primo lejano de sir Arthur Conan Doyle. Sin embargo, mi padre afirma que esa convicción no es más que el producto de una imaginación optimista e hiperactiva de un fanático de Sherlock Holmes.

Moriarty se restregó contra las piernas del actor, pero este lo ignoró. A continuación, el felino investigó al resto de visitantes. El hombre joven se agachó y lo acarició, gesto que fue recibido con un ronroneo.

—Encantado de conocerla, señorita Doyle —dijo Nigel—. Regenta usted un establecimiento de lo más interesante.

De entre el conjunto de herramientas de que dispone un actor, la voz es inmune a los efectos de una vida de consumo de alcohol y, por otro lado, en lugar de destruirla, el tabaco acostumbra a mejorar el timbre. Percibí un leve temblor en sus manos que, combinado con

el laberinto de vasos capilares rojos que le surcaban la nariz y el leve olor a *whisky* que desprendía su aliento, eran la prueba definitiva de que tenía un problema con la bebida. La única razón que podía tener para tomar un trago antes de acudir a la Librería y Emporio Sherlock Holmes era su necesidad de reunir fuerzas para acometer cualquier tarea.

«¿Este hombre va a interpretar a Sherlock Holmes?», pensé. Quizá encajaría en la adaptación cinematográfica de *Mr. Holmes* de Mitch Cullin, aunque ya contaba con una versión reciente interpretada, y muy bien, por cierto, por sir Ian McKellen. Sin duda, no era el candidato ideal para encarnar a un Holmes en la flor de la vida y en la cima de sus poderes, vagando por el páramo en busca del gran sabueso espectral.

Me volví hacia la mujer aferrada a su brazo.

—Hola.

—Hola. —No es tarea fácil condensar una sensación de tedio en una palabra, pero ella lo consiguió. Tenía acento estadounidense, de California, pensé. Tenía un aspecto muy de costa oeste, con su melena rubia, la sonrisa inmaculada con dientes de un blanco nuclear, la tez bronceada y una figura casi esquelética. Llevaba pantalones cortos blancos y una camiseta ceñida azul con la frase Amo la vida escrita con lentejuelas plateadas. No podían faltar los dos abultados signos de exclamación. Los pechos de ese tamaño no suelen ser propios de la genética en una mujer tan delgada. Tras inspeccionarla con mayor detenimiento, vi las arrugas que tenía bajo los ojos y en la comisura de los labios, que había intentado ocultar con una capa de maquillaje aplicada con gran destreza. Era mucho mayor de lo que aparentaba a simple vista. Debía de rondar los treinta y cinco, cuarenta años, por lo que ya no era la joven inocente que fingía ser.

—Le presento a la señorita Renee Masters —dijo sir Nigel—, que representará el papel de la señorita Stapleton en nuestra producción de *El sabueso de los Baskerville*.

La señorita Masters bostezó.

—Será mejor que dejemos en paz a esta gente, Nige —terció la mujer oronda—. Tienen que atender su negocio.

Sir Nigel no hizo ninguna mueca al oír el diminutivo que había empleado, pero el hombre menudo y nervioso del maletín no pudo disimularla.

—Soy Pat Allworth —me dijo la mujer—. Este año me encargo de dirigir las representaciones del festival. Anoche Rebecca sugirió que Nige viniera a ver la librería y decidí acompañarlo y traer a parte del reparto. Pensé que nos serviría de inspiración, ¿no cree? Ha sido un detalle que Leslie viniera a recogernos.

Leslie se estaba sonrojando con un leve tono rosado, que aumentaba por momentos. Le dirigió una sonrisa insegura a Nigel, que no pareció reparar en ella.

—Si lo desean, cuando acaben de comprar pueden visitar el Salón de Té de la Señora Hudson —dijo Jayne—. Podemos servirles un *afternoon tea*, un *cream tea* o una selección de sándwiches y bollos si lo prefieren. Disponemos de una amplia carta de tés.

Los ojos del hombre atractivo se iluminaron en cuanto vio a Jayne y se puso derecho. Ella también se fijó en él y le dirigió una leve sonrisa tímida, de lo más encantadora, que resultaba aún más atractiva ya que ella no era consciente del efecto que tenía en los demás. Moriarty bufó al sentirse ignorado. Su expresión fue casi idéntica a la de Renee, la actriz.

—Una idea fabulosa —dijo Pat—. Yo…

—Me sé de memoria la versión teatral de *El sabueso de los Baskerville* —afirmó sir Nigel, que reaccionó con la misma desdicha que el gato que había dejado de ser el centro de atención—, pero nunca está de más recordar los detalles con el original. ¿Por casualidad le queda algún ejemplar?

—Sí, sin duda —respondí—. También tenemos unas cuantas copias del audiolibro de *El signo de los cuatro*, que narró de forma magistral. ¿Le importaría firmarlas más tarde?

—Será un placer, querida. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a una compatriota que ha tenido que abandonar su tierra.

Renee aprovechó la oportunidad para zafarse del brazo de sir Nigel y se acercó al hombre joven.

—Tengo un caprichito, Eddie. Algo relacionado con Sherlock. ¿No te parece que Benedict Cumberbatch sería un digno trofeo? —Le dedicó una sonrisa, pero él la ignoró sin apartar la mirada de Jayne. Renee resopló, dio media vuelta encaramada a sus vertiginosos tacones, se alejó y sacó su teléfono. Moriarty percibió la discordia que se extendía por el grupo y decidió seguirla. Sir Nigel se acercó a la estantería de Conan Doyle y el hombre menudo lo siguió.

—Será mejor que vuelva al trabajo —dijo Jayne, señalando el delantal con el logotipo de la Señora Hudson—. Me refiero al salón de té.

—Se me ha antojado una taza de té y un *scone* —afirmó el actor joven.

Jayne se puso roja como un tomate, agachó la cabeza y regresó a las profundidades de su dominio.

—Mi hija es la dueña del Salón de Té de la Señora Hudson —le dijo Leslie a Pat—. Se encargará del *catering* del sábado.

—Entonces seguro que irá todo bien —afirmó Pat con diplomacia.

—Voy a ver si Nigel necesita ayuda para elegir —dijo Leslie.

—Como nadie se ha tomado la molestia de presentarme, veo que no me quedará más remedio que hacerlo yo mismo. —El hombre atractivo me tendió la mano y me la estrechó con firmeza. La tenía muy seca—. Soy Edward Barker, pero todo el mundo me llama Eddie.

—Encantada de conocerte, Eddie —le dije—. ¿Qué papel interpretas en la obra?

—Me has reconocido. —Sonrió y le devolví el gesto. Nunca lo había visto, ni en el escenario ni fuera. Sin embargo, aunque no hubiera estado rodeado de actores de teatro, lo habría tomado por uno sin pensármelo dos veces. La mayoría de los estadounidenses de mediana edad tiene una dentadura perfecta, pero solo los actores o las modelos lucen ese blanco níveo. Medía algo más de metro setenta, por lo que era un poquito más bajo que yo, y tenía una

cabeza algo más grande que la media. No era un tipo muy musculoso, pero estaba delgado y en forma. Saltaba a la vista que hacía ejercicio de forma habitual. Seguramente corría. Tenía una voz profunda y un acento de la costa oeste. Lucía un pelo rubio, teñido y con reflejos, peinado con esmero, con un único mechón que le cubría la frente. Llevaba una chaqueta de cuero negra sobre una camiseta lisa blanca y unos vaqueros rotos, como dictaban los cánones de la moda.

—Interpreto a Félix en *La extraña pareja*. También… —Su sonrisa se desvaneció al dirigir la mirada hacia sir Nigel, que estaba recibiendo la ayuda de Ashleigh para examinar los libros mientras Leslie Wilson revoloteaba a su alrededor— soy el suplente de Holmes.

—Ah, sí, el actor que se había preparado el papel y que había quedado relegado a un segundo plano por culpa de sir Nigel.

—Puede que el suplente tenga su momento de gloria. Corren rumores de que sir Nigel no está muy fino de salud —le dije con tacto, una cautela que resultó ser del todo innecesaria.

—Ha estado en una clínica de rehabilitación —respondió Eddie—. Me sorprende que lo dejaran salir antes de tiempo. —Al final se contuvo y recuperó la sonrisa—. Me he cansado de esta pantomima. Prefiero regresar a la pensión y ya me pasaré en otro momento, cuando haya menos gente.

—Cuando quieras.

—¿Preparan café para llevar aquí al lado?

—Sí.

—No me entusiasma el té, aunque siempre estoy dispuesto a hacer un esfuerzo si los alicientes son lo suficientemente atractivos.

Se dirigió a la puerta corredera que separaba los dos locales.

Renee levantó la vista del teléfono y lo miró fijamente hasta que desapareció. No parecía muy feliz. Moriarty se encaramó a una estantería junto a ella, que le rascó la cabeza con un gesto ausente. El resto de los clientes siguió a lo suyo.

Atraída por la multitud, Maureen, dueña de la tienda Bellas Artes

de la Playa, situada frente a nosotros, en el 221 de Baker Street, se abrió paso entre la multitud. Rehuyó mi mirada, se acercó a una mujer que estaba examinando un póster enmarcado de Robert Downey Jr. y Jude Law en *Juego de sombras* y dijo en un tono bastante más alto de lo que creía:

—Si busca un recuerdo de su visita, en la tienda de enfrente encontrará obras de arte auténticas de Cabo Cod.

He tenido que echar a Maureen de mi librería en más de una ocasión por intentar robarme a la clientela. Sin que tuviera que decir nada, Ashleigh se dirigió hacia ellas.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó a voz en cuello.

Maureen se escabulló, pero no salió de la tienda. Se acercó a sir Nigel, esperando el momento adecuado para abalanzarse sobre él y ofrecerle la posibilidad de comprar alguna obra de arte.

—¡Ese no, estúpido!

Sir Nigel era un actor de método, con una imponente presencia en el escenario. Sin embargo, al parecer no sabía utilizar el tono de voz adecuado para espacios cerrados. Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo, pero al instante lo retomó debido a la vergüenza ajena que les provocaba la escena.

Sir Nigel se acercó al hombre menudo. Blandió su bastón y el otro se estremeció.

—He dicho que quería el volumen dos, no el volumen uno. Es el que contiene *El sabueso de los Baskerville*, necio. —El tipo guardó el libro que había cogido y sacó otro—. Francamente, Gerald, a veces no entiendo por qué te contraté. No te quedes ahí plantado como un pasmarote, ¡paga el libro!

Gerald se alejó cabizbajo. Tenía el pelo ralo y llevaba unas gafas gruesas; se le apreciaban unas ojeras oscuras y el rostro surcado de arrugas, producto de la edad, pero también del estrés.

Deduje que acababa de cumplir los sesenta y que no llevaba una vida muy feliz.

—Pobre hombre —me dijo Pat.

—Supongo que es el secretario —añadí.

—Hoy en día los llaman asistentes personales. Yo más bien lo definiría como un botones y recadero. Espero que sir Nigel le pague un buen sueldo por todo lo que tiene que aguantar. Aun así, es su vida y puede hacer lo que le plazca con ella. En cuanto a Nige…

—No es lo que esperabas.

—Qué va, es justo lo que esperaba. Siempre hago los deberes. Digamos que los años dorados de sir Nigel Bellingham son cosa del pasado. De un pasado muy pretérito. Tanto que ni siquiera lo ve por el retrovisor. Rebecca Stanton quería un gran actor británico para interpretar a Holmes. Hizo caso omiso de mis objeciones, así que esto es lo que tenemos. Aun así, es un profesional y ha interpretado el personaje en multitud de ocasiones, por lo que estoy segura de que estará a la altura de la empresa.

—¿Quién interpreta a Watson? —pregunté.

—Ralph Carlyle. Es demasiado joven para ser el Watson del Sherlock de Nige, pero es un buen actor. Respetable, de fiar y con una buena técnica.

Dirigió la mirada a un rincón de la tienda, donde se encontraba Renee disfrutando de la luz del sol que entraba por la ventana del rincón de lectura. Soltó una carcajada estruendosa sin dejar de mirar el teléfono. Pat entornó los ojos y se le ensombreció el rostro.

«La directora no parece muy feliz», pensé.

—El sábado echaré una mano con la merienda de té para recaudar fondos —le dije—. ¿Asistirán todos los actores?

—Si saben lo que les conviene, irán —dijo, lanzando una mirada fulminante a Renee.

—¿Alguien ha dicho «té»? Me muero de ganas por tomar uno —afirmó sir Nigel—. Gerald, búscanos una mesa. Creo que Edward se ha ido. Da igual, Pat y Renee me harán compañía. Usted… ¿se llamaba…?

—¿No lo…? Soy Leslie. Leslie Wilson. De joven trabajé de actriz…, ¿por aquel entonces era Leslie Montgomery?

Percibí un tono especial en la voz de la madre de Jayne. Una entonación que convirtió una frase afirmativa en una pregunta. La

pobre deseaba que Nigel reaccionara al nombre, pero no fue así.

—Me han dicho que es la responsable del comité de voluntarios —afirmó el actor.

—Así es. Amo el teatro desde…

—En tal caso, me gustaría que nos acompañara. Una mesa para cuatro —dijo sir Nigel, lo que significaba que no quedaba espacio para Gerald. Supuse que imaginaban que comería en la cocina. O en el callejón trasero, acompañado por cualquier perro callejero que pasara por ahí. Se fue al salón de té para cumplir con los deseos de su dueño.

—Me encantaría tomar una taza de té —dijo Maureen, pero sir Nigel la ignoró.

—Venga, vámonos. ¡Que todo el mundo pague sus compras! ¡Renee!

La joven levantó la mirada del teléfono y articuló una palabrota. Nigel la vio y montó en cólera. Pat también se dio cuenta.

—Creo que Renee tiene prueba de vestuario. ¿No es así, cielo?

—Sí, de vestuario —confirmó la actriz—. Lo siento. —Salió de la tienda sin dejar de hablar por teléfono—. No te vas a creer lo que ha dicho…

—Voy a ir un momento al baño del restaurante —dijo sir Nigel— y luego me uno a vosotros. Señorita Doyle, no me he olvidado de firmar los audiolibros. ¿Por qué no me los prepara y lo hago enseguida? Gerald… ¿Dónde está Gerald?

—Le ha dicho que vaya a reservar una mesa —le recordé.

—¿Cuánto se tarda en eso? —me soltó—. Necesito mi pluma. No puedo firmar sin él.

—Voy a por los CD —dijo Ashleigh.

—A diferencia de algunas personas, no puedo pasarme todo el día de cháchara —dijo Maureen—. Si le molesta que haya tanta gente en la tienda, será un placer atenderlo en Bellas Artes de la Playa. ¿Le he dicho que nuestra dirección es el 221 de Baker Street? Curioso, ¿verdad?

Cuando el tío Arthur llegó a West London, intentó comprar el

edificio de enfrente, pero no estaba a la venta, por lo que tuvo que conformarse con el 222. Maureen me lanzó una sonrisa burlona y se fue. Nadie la siguió.

—¡Gerald! —bramó Nigel. El secretario asomó la cabeza por la puerta del emporio.

—Le he encontrado una mesa ideal, sir Nigel.

—Deja mi pluma en la mesa de firmas. Enseguida vuelvo.

Tal vez fuera cierto que sir Nigel tenía que ir al baño, pero no era el único motivo por el que necesitaba algo de intimidad. Cuando regresó al emporio, el olor a *whisky* de su aliento se había intensificado.

La mesa de firmas no era más que un pequeño espacio que había en la mesa de juegos y rompecabezas, con el cómodo sillón de orejas rojo, que nos habíamos apresurado a trasladar del rincón de lectura. Solo había comprado cuatro CD del audiolibro, una escena más bien triste. Aun así, sir Nigel tomó asiento con gran pompa y estiró la mano. Tras una pequeña reverencia, Gerald le entregó una pluma estilográfica bañada en oro. Los CD estaban retractilados, de modo que lo único que podíamos hacer era añadirle una pegatina de la Librería y Emporio Sherlock Holmes a la portada. Sir Nigel firmó los ejemplares con una caligrafía muy ampulosa.

—Si se venden, puede que pida más —le dije a Gerald—. No me importaría llevarlos al teatro o al hotel si sir Nigel no tiene reparos en firmarlos. ¿Le importaría darme algún número de contacto?

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña tarjeta cuadrada.

—Llame antes siempre. No dé por sentado que sir Nigel tendrá tiempo para estas cosas.

—Jamás se me ocurriría.

Me contuve para no soltarle una pulla y acepté la tarjeta. No debía de ser nada fácil trabajar con sir Nigel y, si una engreída librera «daba por sentado» que iba a poder disponer de su tiempo a su antojo, el pobre Gerald se convertiría en blanco de la ira del divo.

Me guardé la tarjeta en el bolsillo y Gerald se fue para comprobar

si Nigel había firmado los audiolibros.

—Esto es fantástico —me susurró Ashleigh.

—Jamás me habría imaginado que eras una admiradora —le dije.

—Al principio me ha costado reconocerlos, pero, cuando alguien ha dicho su nombre, he caído en la cuenta. A mi abuelo le encanta *Guerras de Roma*. La habrá visto cientos de veces. ¿Crees que puedo pedirle el autógrafo al señor Bellingham?

—En otras circunstancias te habría dicho que no, pero, como ya está firmando, adelante.

Cuando terminó de firmar los audiolibros, Ashleigh carraspeó.

—Señor Bellingham…

—Sir Nigel —murmuró Gerald.

—¿Le importaría firmarme un autógrafo? —Ashleigh le entregó un papel.

—Por supuesto que no. ¿Cómo te llamas?

—A nombre de John, por favor. Es un gran admirador.

—John. ¿Ese afortunado joven es tu novio?

—Uy, no, mi abuelo. La primera parte de *Guerras de Roma* es su película favorita de todos los tiempos.

—Tu abuelo…

A sir Nigel se le borró la sonrisa de la cara de repente. Garabateó algo indescifrable de cualquier manera y le devolvió el papel a Ashleigh sin molestarse en sonreírle. Tuve que reprimir una risa.

—Es mucho mayor de lo que esperaba —me dijo cuando la compañía teatral salió de la librería.

—El tiempo es lo que tiene. *Guerras de Roma* se estrenó hace cuarenta años.

—Qué pena —apostilló.

—Así es la vida. Ahora, a trabajar.

Se había corrido la voz de que los actores se habían acercado a la librería y al salón de té, lo que había provocado que se congregara una multitud de curiosos. Cogí uno de los folletos del festival que había en el escaparate y lo añadí al expositor de la mesa central, junto con los volúmenes I y II y los CD firmados. No acostumbramos

a tener audiolibros porque son muy caros, pero en pocos minutos ya había vendido dos, por lo que decidí pedir diez más.

Sí, tenía toda la pinta de que el festival de teatro de West London iba a ser fantástico para el negocio.

Estaba en la Señora Hudson esperando a que me dieran el té y un bocadillo de rosbif con mostaza y rúcula para comérmelo en mi oficina cuando llegó Leslie Wilson. En esta ocasión, estaba con una mujer que me sonaba haber visto por el pueblo, aunque no sabía cómo se llamaba. Fiona las acompañó a una mesa. La madre de Jayne me saludó al verme y me acerqué con la taza y la bolsa de papel.

—Tener a sir Nigel en la tienda ha sido un acto publicitario de primera —le dije—. Cuando se fue, vino mucha gente.

—Me alegro mucho por Jayne y por ti —dijo Leslie—. Me ofrecí a acompañarlos en la visita, porque tenía la esperanza de hablar con Nigel, pero al final no fue posible.

—Seguro que encontrarás el momento adecuado más adelante —le aseguré.

—Te presento a Rebecca Stanton, Gemma. Es la directora ejecutiva del festival. Gemma Doyle es la dueña de la librería.

Rebecca rondaba los cincuenta y muchos y tenía un aspecto impecable, con un pantalón blanco entallado y una chaqueta a juego bajo la que asomaba una blusa de seda rosa muy delicada. Lucía un maquillaje discreto y perfecto, el pelo teñido y arreglado con un peinado caro y una manicura recién hecha. El leve aroma de Chanel n.º5 la rodeaba como un aura.

Me dirigió una sonrisa cálida.

—Encantada de conocerte, Gemma. Quería darte las gracias por adelantado por tu colaboración en el acto del sábado. Leslie me ha dicho que vas a echarle una mano a Jayne.

—Ella es quien está a cargo de todo lo relacionado con la comida y la bebida. Yo me limitaré a obedecer sus órdenes.

—Apenas quedan entradas y no han transcurrido ni veinticuatro horas desde que hicimos el anuncio —añadió Leslie—. Estoy encantada. Había gente preocupada porque creía que habíamos puesto un precio demasiado elevado, pero Rebecca logró imponer su criterio. Conoce bien a los mecenas.

La mujer esbozó una sonrisa forzada.

—Debes tener fe, Leslie.

—Ahora mismo no la tienes —dije.

Rebecca me dirigió una mirada que he visto en multitud de ocasiones. Siempre me digo que a la gente no le gusta cuando me comporto como si supiera en qué piensan, pero, si no quieren revelar nada, no deberían tener un rostro tan expresivo.

—Son los nervios previos a la inauguración —afirmó—. Es normal. De joven, hace siglos, apenas podía probar bocado de los nervios que tenía. Pero luego llegaba el estreno y todo salía a pedir de boca. Hasta la próxima ocasión.

—¿Trabajaste de actriz? ¿En Broadway?

—Uy, no, el maquillaje y los focos no estaban hechos para mí. No quiero ni imaginar lo nerviosa que me habría puesto si hubiera tenido que salir al escenario. Durante muchos años trabajé para una compañía de producción. Siempre entre bastidores.

—Que es donde se hace el trabajo más importante —añadió Leslie—. Sin gente como Rebecca, no se podría representar ninguna obra.

—¿Quieren ver la carta, señora Wilson, señora Stanton? —Fiona, la camarera, se había acercado en silencio a la mesa.

—Ya me la sé de memoria —dijo Leslie—. Quiero un té Lapsang Souchong con *scones*. Antes, con sir Nigel, estaba tan nerviosa que no pude probar bocado. ¿Y tú, Rebecca?

—Lo mismo, gracias. —Fiona se fue—. Lo siento, Gemma, qué maleducada he sido. ¿Quieres acompañarnos? Si te va bien, claro. Veo que ya tienes la comida.

—Gracias. —Me senté en una silla vacía. En realidad, no tenía tiempo, pero sentía una gran curiosidad—. Creo que para el festival

ha sido una buena maniobra publicitaria que Nigel Bellingham y parte del reparto visitaran la librería. Los ha visto mucha gente y enseguida se ha corrido la voz. Y también ha sido buena para nosotras, claro. Desde entonces, no hemos parado ni un momento.

—En este negocio nada es fruto de la casualidad —afirmó Rebecca—. Han venido porque yo se lo sugerí. Ya que tenemos a una estrella de la interpretación entre nosotros, había que aprovecharlo. Le pagué para que invitara a los demás a un té. Me pareció una buena estrategia publicitaria para e acto benéfico.

—He sacado un par de fotos —dijo Leslie—. Antes del té. Jamás se me ocurriría sacarle fotos a alguien comiendo. Fiona aparece de fondo, con el logotipo del local en el uniforme. Y también hay un par de sir Nigel curioseando entre los libros de tu tienda.

—¿Estará a la altura de Sherlock? —pregunté.

—Te gusta ir al grano, ¿verdad? —replicó Rebecca.

—No he podido evitarlo. Es un pensamiento que me ha venido a la cabeza y tenía que expresarlo.

—No estoy preocupada lo más mínimo. —Desvió la mirada a un lado, se atusó el pelo y me di cuenta de que mentía—. Ha interpretado el papel muchas muchas veces. Lo conoce tan bien que podría recitarlo de memoria. —Me sonrió y se le marcaron las finas arrugas de la comisura de los ojos—. Piensa que ayer, en cuanto llegó, insistió en acudir a los ensayos de inmediato. Se sabe la mayoría del guion, pero nuestra puesta en escena es algo distinta y tendrá que interactuar con actores diferentes. Además, el director tiene una visión propia. Será una producción fabulosa. La edad de sir Nigel le conferirá una gran solemnidad a su Sherlock Holmes. ¿No te parece, Leslie?

—Tiene ese encanto tan inglés, aunque…

Dejó la frase a medias porque Fiona llegó con el té. Dejó la tetera en el centro de la mesa, las dos tazas, la jarra de la leche y el cuenco del azúcar. No era una tetera de Sherlock, sino una de porcelana fina de color rosa pálido, con rosas rojas. Las tazas iban a conjunto. Leslie se encargó de servir el té y Fiona regresó con una

bandeja con cuatro *scones* ingleses, recién hechos y que desprendían un aroma delicioso, así como mermelada de fresas, mantequilla y un poco de nata. Cuando ambas empezaron a servirse, aproveché para ponerme en pie.

—Será mejor que regrese al trabajo. Ha sido un placer, Rebecca. Nos vemos el sábado en el té.

—Será el inicio perfecto de una temporada perfecta —dijo Rebecca—. No estoy preocupada en lo más mínimo.

Una vez más, mentía.

Cogí mi té, que se estaba enfriando, el sándwich y volví al despacho que tenía sobre la tienda para repasar las cuentas mientras almorzaba.

Cuando acabé de comer y de repasar las cuentas hasta donde me permitió mi capacidad de concentración, no es mi tarea favorita, bajé a la tienda para echar una mano a Ashleigh. Como suelo hacer cuando me he ausentado de la tienda, inspeccioné la sala e hice un rápido inventario. Se había vendido un ejemplar de cada una de las dos últimas novelas de Laurie R. King; otro de *Bending the Willow: Jeremy Brett as Sherlock Holmes* y de *El hombre que mató a Sherlock Holmes*, de Graham Moore; tres ejemplares de la última antología de relatos; varias tazas de la serie *Sherlock* de la BBC; un DVD de *The Classic Sherlock Holmes Collection*, interpretado por Basil Rathbone; dos de *The Abominable Bride*, así como uno de los audiolibros firmados, un rompecabezas y un libro para colorear de *El palacio mental de Sherlock*. Al parecer, también habíamos vendido varios ejemplares de *Hudson House*, la tercera entrega de la exitosa serie Hudson y Holmes de Renalta van Markoff. La difunta Renalta van Markoff, ya que había fallecido a pocos metros del lugar donde me encontraba.

Había varios clientes curioseando. Sí, sé que es bueno que curioseen, pero también me gustaría que dejaran las cosas donde las habían encontrado. ¿Cómo voy a llevar un registro de las ventas si no paran de moverlo todo?

Estaba poniendo algo de orden en los rompecabezas, colocando

los más altos detrás, donde correspondía, cuando se me acercó una mujer.

—Disculpe, he visto el cartel del festival de teatro en el escaparate. ¿Venden entradas aquí?

—No, lo siento.

Tomé nota mental para valorar la posibilidad de hacerlo.

—Tengo muchas ganas de ver *El sabueso de los Baskerville* —me dijo—. Me encanta todo lo que tenga que ver con Sherlock Holmes. ¿Cuándo se pondrán a la venta?

Me pareció recordar que alguien había comentado algo al respecto, pero debía admitir que no lo sabía. En su momento, no me pareció un detalle importante. Todo un descuido por mi parte. En el cartel aparecía un número de teléfono para la venta anticipada de entradas. Arranqué el número y se lo entregué. La mujer me dio las gracias, cogió un ejemplar del libro para colorear, además del ejemplar de *Hudson House* que ya tenía, y se dirigió a la caja.

—Me sorprende el éxito que están teniendo los libros de colorear —le dije a Ashleigh mientras nos despedíamos de otra clienta satisfecha—. ¿Quién se lo iba a imaginar? Libros de colorear para adultos. Es el segundo que vendemos esta tarde.

—Me parece que te equivocas —dijo Ashleigh—. Ese es el primero que vendo en todo el día.

—Yo he vendido uno por la mañana antes de que llegaras, de modo que quedan cinco en la estantería. Cuando he vuelto de comer, he visto que habían cogido uno más, lo que significa que quedaban cuatro. Ahora solo hay tres. Espero que nadie lo haya cambiado de lugar, no lo soporto.

—¿Tienes controlado en todo momento lo que hay en las estanterías? —preguntó Ashleigh.

—Por supuesto. —Y estuve a punto de añadir «¿Tú no?», pero una vez Jayne me dijo que había gente a la que no le gustaba ese tipo de reacciones. Si era la única que trabajaba en la tienda, también sabía cuánto dinero había en caja, así como el total de pagos efectuados con tarjeta de débito y de crédito. Lo tenía

controlado al centavo en todo momento. Cuando el negocio empezó a crecer y tuve que contratar a una ayudante, no me hizo gracia perder el control de la situación, pero llegué a la conclusión de que valía la pena tener a alguien a la hora del cierre—. ¿Estás segura de que no has vendido un libro de colorear desde que llegaste por la mañana hasta el momento en que volví de comer?

—No me cabe la menor duda. —Ashleigh consultó el ordenador —. Pero voy a comprobarlo. —Examinó la pantalla y negó con la cabeza—. No. Solo este y el de la mañana.

—No lo veo por ningún lado. Nos han robado.

La fulminé con la mirada, pero levantó las manos.

—Eh, que no es culpa mía. Puedes registrarme el bolso si quieres.

—No te estoy acusando.

Aunque, a decir verdad, sí la estaba acusando de negligencia, en cuyo caso también debía culparme a mí misma. Me había distraído; primero, con la compañía teatral y, luego, por la multitud de clientes que llegaron. Había descuidado la tienda. No solíamos tener problemas de hurtos en el emporio. O bien la gente que venía no mostraba una gran inclinación a cometer pequeños delitos de robo, o bien la acerada mirada de Benedict Cumberbatch y Robert Downey Jr. ejercían un gran efecto disuasorio.

—Tal vez aparezca más tarde —dijo Ashleigh—. Estaré atenta.

—Gracias.

El libro de colorear no era grande y tenía las tapas blandas, lo que significaba que podía enrollarse. Repasé la lista de gente que había entrado y salido de la tienda esta tarde. Era un día caluroso, por lo que nadie llevaba abrigo, aunque varios clientes llevaban una chaqueta fina. Sir Nigel vestía su americana de *tweed* Harris, ideal para participar en una partida de caza del urogallo en las tierras altas de Escocia en una mañana lluviosa de otoño, pero abrigaba demasiado para el verano de Cabo Cod. La mayoría de la gente llevaba bolsos, alguna bolsa de playa o de otras tiendas. Un par de hombres con pantalones cortos anchos o muy holgados con bolsillos

amplios. Y luego estaba también el bolso de cuero de Gerald.

Me resigné mentalmente y asumí la pérdida como un coste más de tener un negocio propio.

Moriarty esbozó una sonrisa desde lo alto de la estantería dedicada a la literatura victoriana.

Capítulo Tres

Según la previsión meteorológica, iba a llover a cántaros todo el día; sin embargo, para alivio infinito de Jayne y, sin duda, también para el del comité de recaudación de fondos del festival de teatro de West London, el sábado amaneció un día soleado y radiante. Soplaba una leve brisa procedente del océano Atlántico que prometía aliviar un poco el calor del día.

Tal como había prometido, y como me lo habían recordado sin descanso hasta el punto de recibir una llamada poco amable de Jayne a las seis de la mañana, a las ocho en punto estaba en la cocina del Salón de Té de la Señora Hudson. Violet, la cocker spaniel de mi tío abuelo Arthur, bautizada así por Violet Hunter, la de *El misterio de Copper Beeches*, no entendía nada, aunque se mostró encantada de salir a pasear a esas horas. Lo hicimos tan temprano que Stanford, el bichón frisé anciano que vive en la calle de al lado, aún no había puesto una pata fuera, ni su avejentado dueño, que comparte con él edad y ritmo vital. Para ambos, el mejor momento del día era escaparse por un hueco de la valla del jardín, que por lo demás está perfectamente cerrado, para venir a saludar a Violet, la perra, y, acto seguido, perseguirlo para atraparlo, disculparse conmigo por el descuido e invitarme a una taza de té (el dueño).

A las ocho y un minuto ya estaba estirando la masa para galletas. O debería decir *cookies*, como se estila al otro lado del charco. Que nadie las confunda con las *biscuits*, que es como llaman aquí a

nuestros *scones* del té de toda la vida. Lo que ellos llaman *scones* es algo que yo nunca había visto, hasta que llegué a West London. Jayne, por su parte, salía de vez en cuando para dar órdenes a gritos al personal. Jocelyn y Fiona trabajaban en la Señora Hudson desde su apertura y eran muy competentes. Sin embargo, hoy se mostraban desquiciadas, algo muy poco habitual en ellas, debido al aluvión constante de órdenes de Jayne, fruto de una angustia que la atenazaba.

—Lo tenemos controlado, Jayne —le dije a mi amiga cuando Jocelyn, distraída por el enésimo grito de su jefa tras percatarse de que se había acabado el azúcar, cogió la bandeja de tartaletas lista para entrar en el horno antes de que cayera al suelo—. Simplemente había movido la azucarera. Está ahí.

Yo me quejaba de haber tenido que levantarme a las seis, pero parecía que Jayne ni siquiera se había acostado. En verano, el salón de té abría a las siete de la mañana para servir café y un desayuno ligero, así como bollería. Además de todas las tareas habituales, Jayne era un torbellino que estaba preparando el *afternoon tea* para ciento ocho mecenas, doce actores y las seis voluntarias, incluidos a petición de la madre.

—¿Quedan magdalenas de arándanos? —Fiona asomó la cabeza en la cocina—. Me han pedido tres de arándanos y tres de salvado para llevar. Alguien de una reunión de negocios.

—Se están enfriando.

Jayne no levantó la mirada de la amasadora industrial que estaba preparando una masa de chocolate espesa y oscura.

—¿Para qué es eso?

—*Brownies*.

—Ñam.

En Inglaterra, los *brownies* no son muy habituales, pero aquí se han convertido en mi postre favorito. Sobre todo si son como los hace Jayne, con muchos frutos secos y un glaseado de chocolate blanco. Era mi favorito, aparte de sus tartaletas de nueces pacanas, hechas con una pasta quebrada que se derretía en la boca y con un

relleno almibarado hecho a partir de las nueces. O tal vez sea…

—Gemma, cuando hayas acabado con las *cookies*, puedes empezar con los sándwiches —dijo Jayne.

Examiné mi gran obra. Las galletas estaban moldeadas en círculos perfectos y dispuestas en filas ordenadas en las bandejas de horno. Las había cubierto con una fina capa de azúcar rojo navideño.

—¿No pasa nada si preparamos los sándwiches tan temprano? —Me limpié la masa pegajosa y el azúcar de las manos.

—Si los tapamos bien y los metemos en la nevera, ningún problema.

Jocelyn me esquivó con una bandeja de cruasanes con almendra en las manos.

La cocina de la Señora Hudson es pequeña. Hoy por la mañana era la viva imagen del caos. Jayne no paraba de comprobar recetas, anotar instrucciones para los sándwiches y preparar tartaletas para los postres. Jocelyn sacó una hornada de bollos dulces y pan y se puso a preparar la sopa del almuerzo de hoy, mientras llevaba *bagels y baguettes* de tamaño individual al mostrador. Fiona entraba y salía, pidiendo más queso crema o preguntando dónde estaban los pepinos; todo ello sin estorbar a nadie. Mientras, yo, por mi parte, no paraba de molestar a todo el mundo. La cocina, haya bullicio o no, no forma parte de mi hábitat natural.

—Tal vez deberíamos haber contratado a más gente para hoy. ¿Dónde está Lorraine? —pregunté en referencia a la camarera que trabajaba en el salón a media jornada.

—De baja. Tranquila, saldremos adelante. —Jayne se recogió un mechón de pelo que se había escapado de su redecilla y se manchó la nariz de harina. Solo ella podía tener un aspecto encantador con una redecilla de pelo y manchada de harina—. Recuerda que vamos a ganar un buen pellizco con este té.

—Sí. Beneficios. Ahora, sándwiches.

No era la primera vez que echaba una mano cuando tenían un encargo especial. Según Jayne, no puede fiarse de mis dotes

culinarias, por eso se encarga de preparar los ingredientes del sándwich, imprime las instrucciones sobre la preparación paso a paso e incluye una imagen del producto final. Esta tarde, serviremos salmón ahumado y queso crema con pan de trigo cortado en forma de molinillo; sándwiches pequeños con finas rodajas de rosbif, mostaza de un productor local y rúcula con pan de centeno; pepino con un poco de queso crema, triángulos de pan blanco para los vegetarianos, y ensalada de huevo, servida también en pan de molde blanco, cortado muy fino.

Me gustaba encargarme de los sándwiches, porque era una tarea que se ajustaba muy bien a mi mente ordenada. Despejé la encimera de la cocina y dispuse las rebanadas de pan en una larga fila, que recorrí varias veces siguiendo las instrucciones de Jayne: primero, las unté de mantequilla; luego, añadí el relleno, así como las hierbas aromáticas o las hortalizas, si llevaban; después, puse la otra rebanada de pan y las corté en la forma indicada, prestando mucha atención a la uniformidad y el tamaño. Por último, coloqué con sumo cuidado los diminutos y magníficos sándwiches en las bandejas y los cubrí con film. Jocelyn los guardó en la nevera.

Hice quinientos sándwiches. Estaba encantada conmigo misma, pero Jayne, que no sabe ser de otra manera, no permitió que me durmiera en los laureles.

—Fiona necesita una mano en la sala. Jocelyn, quítate el delantal de cocina y ve a ayudarla. Gemma, tendrás que acabar los *cupcakes*.

—¿Yo?

—Sí, tú. Hay que añadirles el glaseado. —Había ciento veinticinco *cupcakes* de coco, diminutos y perfectos, enfriándose en una estantería. La cocina, como ya había dicho, es pequeña. Empezábamos a quedarnos sin espacio para poner toda la comida—. El glaseado ya está listo. Solo tienes que usar una cuchara de helado para calcular la cantidad. Una por *cupcake*. Y no es necesario que llegues hasta el borde. Cuando acabes, adórnalo con un cuchillo para que quede bonito y añádele coco.

Mientras hablaba, mezclaba la masa de la siguiente tanda de

scones. Me puse a glasear los *cupcakes* de coco, siguiendo mi método de la cadena de montaje.

—Un remolino, Gemma, solo un remolino —dijo Jayne—. Si quieres hacer una obra de arte en cada uno, te llevará todo el día.

Examiné el *cupcake*. No es que hubiera intentado reproducir un rascacielos de Foster, pero el parecido no podía negarlo nadie.

—Ya lo acabaré yo —dijo Jayne—. Son casi las diez.

—¿De verdad? —Miré el reloj de la pared—. Pues sí. —Hora de abrir la librería—. ¿Hemos acabado?

Barrí la cocina con la mirada. El fregadero estaba lleno de cuencos, bandejas de horneado y cucharones sucios. Esa pila de objetos sí que recordaba a un rascacielos moderno. Había tanto azúcar, harina y frutos secos en todas partes que parecía como si hubiéramos vaciado paquetes enteros en las encimeras y el suelo.

—Hemos avanzado mucho trabajo —dijo Jayne—. Ahora toca ponernos con el almuerzo.

Me quité el delantal y lo colgué detrás de la puerta. Antes de irme, lo examiné en silencio durante unos segundos. Era todo un Jackson Pollock: salpicaduras de queso crema, un manchurrón rosa del salmón, una capa de harina, una explosión de glaseado de azúcar y varias gotas de *brownie* de chocolate, aunque estoy convencida de que no me acerqué a ese cuenco.

—Tal vez podría enmarcarlo y preguntarle a Maureen si le interesaría venderlo en su tienda. Creo que está perfectamente a la altura de algunas de las obras que intenta endilgar a los turistas más incautos.

—Adiós, Gemma —me dijo Jayne—. Recuerda que nos iremos a las dos en punto.

Rodeé a Jocelyn, que había entrado en la cocina con una bandeja cargada hasta arriba de platos sucios, y abandoné el reino de Jayne.

Di las gracias de nuevo por haber decidido ser librera en lugar de pastelera.

Jayne cerró el salón de té a las dos, después de invitar a marcharse, educadamente pero con firmeza, a dos mujeres que se lo habían tomado con mucha calma. Por mi parte, me preparé para dejar la librería en las expertas manos de Ashleigh para el resto del día.

—Mucha mierda —me dijo.

—No me parece la expresión más apropiada —repliqué.

Moriarty me resopló desde lo alto de la estantería victoriana. Sin duda, me deseaba lo mismo, aunque en su caso, a buen seguro, era en sentido literal.

—Tú misma —dijo Ashleigh—. Aprovecharé que no estás para seguir con la encuesta sobre preferencias de libros de bolsillo entre los clientes.

Al parecer, el hecho de que jamás le hubiera pedido que averiguara las preferencias de nuestra clientela en materia de libros de bolsillo, ni de ningún otro tema, carecía de importancia. Me despedí con un gesto de la mano.

Jayne, Jocelyn, Fiona y yo transportamos la comida y la bebida a la furgoneta de *catering* que habíamos alquilado para la ocasión. En mi oficina, me había puesto unos pantalones negros y una blusa oscura. Jayne me dio un delantal almidonado de la Señora Hudson, blanco y con el logotipo, una tetera humeante junto a una pipa.

—¿Por qué me lo das? —pregunté—. Siempre has dicho que no confías en mí para servir a la gente. En especial desde lo que ocurrió la última vez.

—Veces —replicó Jayne. Guardamos un minuto de silencio en memoria de los desastres pasados—. Puede que te necesite para que sirvas. Mamá ha organizado a un grupo de voluntarias, lo que significa que podría ocurrir cualquier cosa. Me dijo que la señora Franklin quería echar una mano. Como bien sabes, mi madre es incapaz de decirle que no a nadie.

—¿Qué pasa con la señora Franklin?

—Es una mujer fabulosa y la amo con locura, pero tiene noventa

y cuatro años, necesita andador y no acepta que también necesita gafas.

—¿Me estás diciendo que hasta yo soy mejor camarera que ella?

—Eso es justamente lo que quería decir. He cambiado de opinión y he decidido que será mejor que me quede en la cocina con Jocelyn. Fiona se encargará de supervisar el servicio, y tú estarás en la reserva, para echarnos una mano en cualquiera de los dos lugares.

Jayne abrió el salón de té hace un año, cuando regresó a West London, su pueblo natal, después de aprender el oficio en Boston. En el transcurso de este año, he llegado a conocerla muy bien. Estiré la mano y le estreché el brazo suavemente.

—Está todo controlado, no te pongas nerviosa.

—¿Nerviosa yo? No estoy nerviosa. ¡Jocelyn! ¿Te has acordado de las servilletas? Ve a comprobarlo.

—Sí, Jayne, me he acordado de las servilletas. Y de todo lo demás que habías incluido en la lista y algunas que se te habían pasado por alto.

—Creo que será mejor que conduzca yo —dije y le arrebaté las llaves a Jayne.

Estaba previsto que los invitados empezaran a llegar a las tres; les servirían una copa de *prosecco*, mientras paseaban por los espaciosos jardines, admirando las vistas del océano Atlántico, intercambiando besos sin rozarse y chismorreando de amistades comunes. Rebecca había puesto el vino, así como ciento veinte copas de flauta y bandejas de plata para que las camareras voluntarias pudieran ofrecerlas a la multitud. Hasta las cuatro, no estaba previsto que tuvieran que sentarse.

Nunca había estado en la casa de Rebecca Stanton y lancé un silbido cuando enfilamos el camino de acceso. Me imaginaba que sería bonita; a fin de cuentas, había organizado un té para ciento veinte personas, pero me había quedado corta: era espectacular. El

largo sendero serpenteaba entre dos hileras de pinos a través de los cuales pude ver unos jardines inmaculados, con unos parterres perennes espléndidos. El patio delantero era amplio y finalizaba en una escalera con sendas urnas de jardín de hierro negro en las que destacaban begonias amarillas, arbustos altos ornamentales y unas enredaderas verdes y moradas. La casa tenía dos plantas y destacaba por el revestimiento pálido exterior, así como el tejado gris oscuro.

Frente al garaje de tres puertas había un gran cartel con las palabras Afternoon Tea del festival de teatro de West London. Una gran flecha negra señalaba el camino que rodeaba el lado derecho de la casa. Jayne me dijo que aparcara a la izquierda, junto a la entrada de la cocina. Detuve la furgoneta, bajé y sentí la suave brisa salada en mi rostro, acompañada del embate de las olas que rompían en la orilla.

Rebecca salió a recibirnos. Lucía un precioso vestido sin mangas de tonos turquesa y azul oscuro, que ondeaba en torno a sus finos tobillos. También llevaba unos pendientes largos plateados y un collar turquesa de cuentas grandes.

—Bienvenidas —nos dijo—. Si necesitáis algo, lo que sea, solo tenéis que decírmelo.

Leslie Wilson apareció tras ella con una sonrisa que, si no era histérica, se acercaba mucho. La reconocí de inmediato porque la había visto unos minutos antes, cuando Jayne subió al asiento del acompañante de la furgoneta de alquilar y dijo: «¿Verdad que será divertido?». La señora Wilson llevaba un vestido de verano rosa pálido con un delantal blanco. El cuello, el dobladillo y los bolsillos del delantal estaban decorados con un aplique rosa.

—Las mesas y las sillas ya están instaladas en el jardín —dijo Leslie—. Los platos han llegado y están en la cocina, y las voluntarias llegarán de un momento a otro.

—Pues ya está todo controlado —dijo Jayne—. No hay nada de lo que preocuparse.

—Absolutamente nada —respondió su madre.

Ambas sonrieron.

Leslie nos ayudó a llevar la comida a la cocina y Rebecca se mantuvo en segundo plano, supervisándolo todo.

La cocina era moderna y contaba con las últimas novedades tecnológicas. Había tantas que albergaba mis dudas de que alguien hubiera cocinado jamás en ella. Las encimeras de mármol y piedra blanda estaban tan bien pulidas que prácticamente brillaban, en los azulejos negros y blancos no se veía ni una mota de polvo o comida y las puertas de cristal de las alacenas relucían. No había contenedores con utensilios de cocina desordenados junto a los fogones, ni escurridor, ni platos sucios amontonados en el fregadero, ni dispensador de papel de cocina, ni contenedor de especias, ni marcas de dedos pegajosos en la puerta del microondas, ni trapos colgados del tirador de las puertas. Ni tan siquiera había fotografías y postales o recortes de periódico amarillentos sujetos con imanes en las puertas dobles de acero de la nevera, equipada con máquina de hielo. El único electrodoméstico que había a la vista era una cafetera negra enorme de la marca Cuisinart.

Esta cocina era tres veces más grande que la de la Señora Hudson.

—Qué casa tan bonita —apreció Jayne con una frase que podía aspirar al comentario más comedido del año.

Una barra de desayuno, de mármol negro y con taburetes de cuero rojo, separaba la cocina de la sala, amueblada con sofás que parecían muy cómodos y que aún estaban por estrenar, una chimenea de gas, un televisor enorme y varias obras de arte que denotaban un gran gusto. La pared más alejada era de cristal y ofrecía vistas a un jardín rodeado por un bosque con un aspecto más idílico que uno que pudiera encontrarse en la naturaleza.

—Usad esas puertas —dijo Rebecca, señalando las puertas con cristalera que llevaban a la cocina— para acceder al patio y al jardín. Jayne, ¿tienes mi número de teléfono?

—Sí.

—Pues llámame si necesitas cualquier cosa —dijo Rebecca, que

se fue.

—Debe de tener una buena cuenta corriente —dije—. ¿Crees que ha ganado todo ese dinero como promotora teatral?

Leslie se rio.

—Se casó con el dueño, que era un poco mayor que ella. Murió hace unos años. Ninguno de los dos tenía hijos, por lo que fue la heredera universal.

—Ese es mi objetivo vital —dijo Jayne—. Casarme con un ricachón para dedicarme a hacer buenas obras.

Leslie sonrió a su hija.

—Yo conocía muy bien a su marido, Ron. Fue un hombre maravilloso y Rebecca y él se amaban con locura. A veces, cielo, la gente vive un cuento de hadas.

Llamaron a la puerta de la cocina, lo que anunció la llegada del primer grupo de voluntarias, que interrumpieron nuestros desvaríos de casarnos por amor y dinero. Leslie dejó entrar a dos mujeres con el pelo plateado, que no dejaban de reír de la emoción.

—Os he preparado delantales a juego —dijo, hurgando en su bolsa de tela—. Ponéoslos. Nuestra primera tarea será montar las mesas. ¿Alguna instrucción especial, Jayne?

—No. —Señaló las cajas de platos, tazas y cubertería que había entregado la empresa de alquiler. Había un carrito con ruedas para poder transportarlo todo con facilidad—. Podéis empezar. Ah, una cosa. La tetera de Sherlock Holmes y las tazas a juego son para la mesa presidencial. Si no la hay, la pondremos en la mesa donde se siente sir Nigel. ¿Sabéis cuál es?

Leslie sacó un papel del bolsillo del delantal.

—Tengo aquí la disposición de los asientos. Los invitados pueden sentarse donde quieran, pero los actores y el resto de la gente del mundo del teatro tienen una mesa asignada.

Las voluntarias se pusieron el delantal y se fueron.

—Gemma —dijo Jayne, consultando la lista de tareas pendiente —, las copas de champán deberían estar preparadas fuera y el *prosecco*, en la nevera del jardín. ¿Te importa comprobarlo?

—Por supuesto, pero antes tengo que ir al retrete. ¿Dónde está?

Jayne se encogió de hombros y partí en busca del baño. En la sala de estar había un pasillo que se adentraba en la casa; lo tomé convencida de que debía de haber un baño cerca de la cocina. Abrí una pequeña puerta y encontré «el tocador», único nombre aceptable que podía recibir ese aposento en una casa así. Era una estancia diminuta, decorada con tonos femeninos melocotón y azul ánade, con un aroma floral muy delicado, que nada tenía que ver con los olores artificiales que suelen usarse en un baño corriente. Me lavé las manos con una pastilla de jabón verde añil con forma de rosa y me las sequé con una toalla de color melocotón muy mullida. Tuve que hacer un esfuerzo para no acercarme la toalla a la cara.

En lugar de regresar a la sala de estar, me dejé arrastrar por la curiosidad y decidí echar un vistazo a la siguiente estancia, que parecía una biblioteca.

Eran casi las tres de la tarde, estaba a punto de empezar el acto, pero me olvidé de la tarea que me habían asignado y de la llegada inminente de ciento ocho invitados en cuanto puse un pie en la biblioteca. Me quedé sin respiración. Hasta el propio Sherlock Holmes se sentiría a gusto en una habitación como esta al visitar una finca de la «agradable y verde campiña», acaso la propia mansión Baskerville. Dos de las paredes estaban cubiertas, desde el suelo hasta el techo, de estanterías repletas de libros. En otra de las paredes, había una enorme chimenea, no de gas, sino de leña, mientras que la cuarta era de cristal, con vistas al jardín y al mar. El suelo de cedro rojo refulgía con intensidad, una alfombra Aubusson de tonos rojizos y dorados ocupaba el centro de la estancia y la pintura de las paredes destacaba por los suaves tonos áureos. Un amplio sofá de cuero marrón, curtido por los años y tachonado con remaches dorados, presidía la estancia frente a la chimenea, flanqueado a cada lado por sendos sillones orejeros tapizados en damasco rojo. Lo único que Sherlock no habría encontrado en la mansión Baskerville era la inmensa lámpara de araña que colgaba del techo, a más de seis metros de altura. Estaba hecha de cristal:

un sinfín de filamentos entrelazados en tonos amarillos y verdes. El cristal era tan puro y los colores tan vivos que apenas necesitaba electricidad; atrapaba la luz del sol y la irradiaba.

Me acerqué y alcé la vista. Aquello era o bien una Dale Chihuly auténtica, o una imitación muy lograda. Mi tío abuelo Arthur me había llevado a navegar hace dos inviernos por el golfo de México. Hicimos una parada en St. Petersburg y visitamos el Centro Chihuly, donde me enamoré de aquellas obras deslumbrantes, pura imaginación hecha vidrio y color. Quise comprar algo, pero incluso las piezas más pequeñas eran prohibitivas y superaban con creces mi presupuesto. Recorrí la sala con la mirada, ensimismada con todos los detalles. Una vitrina, encajada entre dos estanterías, albergaba otra pieza de cristal: un cuenco grande en tonos verdes y amarillos entrelazados, inspirado en el interior de una concha marina. A su lado, una versión más pequeña en azul y amarillo, de unos cinco centímetros de largo por dos de ancho. En otra vitrina descansaban dos pequeñas esculturas de vidrio que recordaban a unos besos de chocolate.

Una belleza indescriptible.

—¡Gemma!

Desperté del estado de ensoñación y aparté la mirada de las esculturas. Jayne apareció en la entrada de la biblioteca, con los brazos en jarras y una mueca de disgusto.

—¿Qué diablos haces aquí? ¿Has comprobado el vino?

—¿Vino? Creía que íbamos a servir té.

—El *prosecco*. Te pedí que fueras al jardín a comprobar si está frío y si tenemos listas las copas. Tardabas tanto que he tenido que venir a buscarte yo misma. Presta atención, por el amor de Dios.

—Lo siento —me disculpé—. Me he distraído. Voy ahora.

—Da igual, le he pedido a mi madre que preguntara si estabas fuera y me ha dicho que ella se encargaba de todo. Te necesito en la cocina.

—Enseguida, jefa. ¿Has visto la araña de luces? Es un original. Debió de costarle unos veinticinco mil dólares. Si tienen una pieza

como esa en la biblioteca, me pregunto qué no tendrán en el vestíbulo o la sala de estar.

—Ni se te ocurra ir a verlo. No hemos venido a admirar la decoración. Las demás voluntarias ya han llegado, incluida la señora Franklin con su andador. Por suerte, mamá la ha interceptado antes de que llegara a la cocina y la ha asignado a una mesa de la verja de entrada para que compruebe las entradas de la gente. Así que ya hemos evitado un posible desastre.

Miré por la ventana. Había empezado a llegar la gente, entre la que se encontraba Pat Allworth, la directora, y Eddie Barker, el actor suplente. No vi a sir Nigel ni a su sombra, Gerald. Varias camareras, que lucían una sonrisa implacable y delantales rosa, empezaron a ofrecer las copas de *prosecco*.

—¿Qué necesitas que haga? —le pregunté a Jayne de camino a la cocina.

—Empieza a preparar las bandejas con los sándwiches…

—Los sándwiches en la fila inferior, los *scones* en el centro y las tartaletas y las *cookies* en la superior. Tal como inmortalizó Ana, la duquesa de Bedford, en…

—Gracias, Gemma, conozco la historia del *afternoon tea*.

Carraspeé. En una ocasión, tuve la osadía de proponer una nueva disposición del contenido de las bandejas que tuviera más en cuenta la forma de cada aperitivo, en lugar de la tradición, con la finalidad de que resultara todo más atractivo desde un punto de vista visual. Jayne estuvo a punto de arrancarme la cabeza. En ocasiones, los estadounidenses podían ser más papistas que el papa con esto de las tradiciones británicas.

Trabajamos en silencio durante un rato. No veía el jardín, pero sí que oí el murmullo creciente de los invitados a medida que iban llegando. La comida se serviría de golpe en las bandejas de tres niveles en cuanto todo el mundo hubiera tomado asiento. Lo único que tendríamos que hacer sería traer teteras nuevas a medida que se fueran vaciando. Para simplificarlo todo, Jayne solo había seleccionado dos tipos de té: Earl Grey y Darjeeling. Aunque

también había añadido, un poco a regañadientes, un té verde sin cafeína. A regañadientes, porque era harto improbable que la reina victoria o Ana, la duquesa de Bedford, se hubiera preocupado por un posible exceso en el consumo de cafeína.

—De momento está todo controlado —dijo Jayne al comprobar que habíamos dispuesto todas las bandejas, que los hervidores de agua estaban llenos y las teteras de porcelana, llenas de hojas de té frescas. Jocelyn se sirvió un vaso de agua de la nevera.

—¿Sabes dónde está mi madre, Gemma? —me preguntó Jayne.

—Ha ido a comprobar si la señora Franklin lo tenía todo controlado en la mesa, pero hace un rato que no la veo.

—Pues ya tienes algo que hacer. Necesito que salgas y te asegures de que las mesas están bien puestas. Llévate mi cámara, que está en la bolsa de tela. Necesito que tomes varias fotografías de las mesas y la decoración del lugar. Primeros planos y panorámicas. Podremos sacarles partido para publicidad.

Hurgué en su bolsa y saqué una cámara compacta.

—De acuerdo.

—Empieza a contar hasta cinco. Ahora.

—¿Por qué tengo que contar hasta cinco?

—Porque cuando llegues a cinco, quiero que estés fuera, no dando vueltas por la casa para curiosear. ¿De acuerdo?

—Uno —dije.

Atravesé las puertas acristaladas de doble hoja, salí de la casa y, al llegar a cuatro, ya estaba en el patio.

Como si la cocina de la casa no fuera suficiente, también había una cocina completa al aire libre. Una barbacoa de acero inoxidable lo bastante grande como para asar un buey entero, hileras de utensilios inmaculados colgados de ganchos, encimeras, armarios, una nevera, una mesa para doce comensales y un brasero rodeado de más sillas. Imaginé que esta cocina y zona de comedor exterior solo se usaba en los meses de verano, pero estaba muchísimo mejor equipada que la de mi propia casa.

Por suerte, teniendo en cuenta el calor que hacía, el brasero no

estaba encendido. La barbacoa estaba tapada y los armarios, cerrados. Una de las voluntarias con delantal blanco y rosa servía bebidas en la barra. Otras tres mujeres se dedicaban a servir copas de vino en bandejas de plata, con una sonrisa de oreja a oreja. Algunos de los más mayores habían tomado asiento en la terraza, pero la mayoría paseaba de un lado a otro con copas de *prosecco* o agua con gas. Todo el mundo iba vestido para la ocasión, como dictaba una buena tarde de verano. Ellas lucían vestidos coloridos y algunas incluso llevaban sombreros de ala ancha; ellos, chaquetas deportivas o camisas abiertas sobre pantalones bien planchados. Uno o dos de los más mayores vestían traje y corbata.

—Todo un éxito de asistencia —dijo una voz junto a mí.

Me di la vuelta y vi a Eddie, que también sonreía.

—Hemos tenido suerte con el tiempo —dije.

Habían instalado una carpa por si acaso, pero al final no íbamos a tener que utilizarla. Las únicas nubes que manchaban el cielo eran blancas y esponjosas como el algodón.

—¿Ha venido tu amiga? —preguntó Eddie.

—¿Mi amiga?

—La mujer del salón de té. Jayne, se llamaba, ¿no? Me apetecía… saludarla.

—Está en la cocina, pero muy liada, como imaginarás.

—¿Crees que la molestaré si voy a desearle buena suerte?

Me asaltaron las dudas. Rebecca no había prohibido que nadie pudiera entrar en la casa y no había ningún empleado montando guardia junto a las puertas acristaladas.

—Supongo que puedes ir un momento. La cocina está ahí.

Me guiñó un ojo y entró en la casa tras dar un pequeño rodeo para hacerse con una copa de *prosecco*.

Crucé el jardín, me dirigí a la carpa y empecé a tomar las fotografías. Las doce mesas redondas lucían impecables con los manteles blancos que ondeaban agitados por la brisa. Diez sillas rodeaban cada mesa. Los parterres de flores eran un caos perfectamente controlado de colores. La finca tenía una leve

inclinación que finalizaba en el acantilado que daba al océano y, a cada lado del jardín inmaculado, había un bosque. Varias embarcaciones surcaban las aguas azules a lo lejos, arrastradas por sus coloridas velas.

—¡Hola, Gemma! —Irene Talbot se apartó de la muchedumbre congregada en torno a la barra y se dirigió hacia mí, con una Nikon negra colgada del cuello.

—¿Estás trabajando? —le pregunté.

Irene era periodista del *West London Star*. En esta época de recortes de presupuesto en la que los periódicos sufrían una hemorragia continua de suscriptores, era la única reportera que tenían a jornada completa, por lo que le tocaba cubrir todo tipo de noticias, desde homicidios a competiciones deportivas y actos culturales.

—Sí, habéis montado una buena fiesta. Lo tiene todo. A sir Nigel Bellingham, representantes de algunas de las familias más antiguas, por no decir ricas, de Cabo Cod, y la mansión Stanton, que nunca se abre al público. Solo me han permitido tomar fotografías hasta que el grupo se siente a tomar el té. Acto seguido, soltarán a los perros si no abandono la propiedad, así que será mejor que me dé prisa. ¡Sonríe!

Levantó la cámara, pero no me molesté en posar. Teniendo en cuenta toda la belleza que me rodeaba, natural y humana, era poco probable que fueran a utilizar mi mueca para las páginas de sociedad del *West London Star*. Irene se fue y me di cuenta de que no era la única fotógrafa. Varias personas habían sacado el teléfono o una cámara y les pedían a sus amigos que les tomaran instantáneas con los actores.

Vi a Pat Allworth, vestida con unos pantalones negros anchos hasta la rodilla y una capa azul marino, charlando con un grupito de señoras de avanzada edad, que se habían teñido el pelo con un tono medio azulado y que lucían anillos de diamantes. Llevaba zapatos de rejilla negros con tacones de diez centímetros que se ensanchaban en la base para formar una estrella dorada. A Rebecca no le haría

ninguna gracia descubrir que Pat había dejado un sendero de estrellas en su jardín inmaculado. Sir Nigel ya había llegado y se encontraba en la barra, tomando una copa, seguido de Gerald y de un grupo de mujeres que merodeaba a su alrededor mientras intentaba valorar si era apropiado acercarse al gran hombre. Seguramente, Eddie seguía en la cocina coqueteando con Jayne. Renee, por su parte, se había escondido entre unos arbustos, fumando mientras hablaba por el móvil. Al parecer, no había recibido el memorando de que debía mezclarse con los invitados, ni tampoco el de la etiqueta para un *afternoon tea*. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos, muy cortos, de color blanco, una camiseta roja de escote pronunciado metida por dentro de un cinturón negro ancho y unas gafas de sol que le cubrían media cara. Del hombro le colgaba un enorme bolso playero y calzaba unas alpargatas rojas con cuña de corcho.

Estaba a punto de seguir con mi tarea cuando Rebecca se acercó corriendo a la actriz con un gesto que no presagiaba nada bueno. Se dirigió de forma brusca a Renee y la mujer la fulminó con la mirada. Rebecca señaló el cigarrillo con aspavientos y la actriz lo dejó caer al suelo y lo aplastó. A continuación, la anfitriona señaló a la multitud congregada tras ella. Renee siguió hablando por el móvil, de forma lenta y deliberada, antes de colgar y guardarlo en un bolsillo del bolso. Se atusó el pelo, cruzó el jardín, fue directa hacia una camarera y cogió una copa de *prosecco* frío. Rebecca me sorprendió mirándola e hizo una mueca.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—Odio a los actores. A todos y cada uno de ellos. Por eso dejé el mundo del teatro. No sé por qué accedí a organizar esto.

—A mí me parece que de momento va todo a pedir de boca —afirmé.

—¿Lo tenéis todo listo en la cocina?

—Estoy haciendo las últimas comprobaciones en las mesas y luego empezaremos.

—Al menos, Nigel ha llegado a la hora indicada. Tal vez tenga

algo que ver con el hecho de que iba a servirse alcohol. A él también he tenido que pedirle que no fumara. Aparte del hecho de que mi marido fumase dos paquetes diarios, muriese de cáncer de pulmón y que cuando huelo el tabaco aún piense en él, ningún invitado quiere que le echen el aliento apestoso a tabaco a la cara. Les daré la bienvenida a todos dentro de cinco minutos. Agradeceré su presencia, presentaré al reparto y les pediré que se sienten.

Echó a andar hacia la casa, clavando los tacones en el césped inmaculado. Yo, por mi parte, me fui hacia la carpa.

—Menudo carácter —dijo una voz masculina detrás de mí.

Me volví con una sonrisa.

—Y que lo digas. Me sorprende verte aquí. No sabía que te interesaba el teatro.

—No especialmente. —Grant Thompson decidió acompañarme—. Como soy un recién llegado, me conviene relacionarme con el tipo de gente que tenga el suficiente poder adquisitivo para comprar lo que yo vendo.

Grant vestía unos Dockers ajustados de color caqui, un cinturón beis y una camisa de cuadros blancos y azules, de cuello americano y recién planchada. Lucía barba de tres días y el aire húmedo le había rizado aún más su pelo castaño. Era vendedor de libros raros, especializado en ficción de detectives de la época victoriana y eduardiana. Nos habíamos conocido cuando cayó en mis manos, de forma fugaz, un artículo de gran valor. La librería no se dedica a la venta de libros de viejo, pero, a pesar de ello, Grant y yo habíamos mantenido la amistad.

¿O era algo más que amistad? Era un hombre soltero, atractivo y encantador. Teníamos mucho en común. A ambos nos gustaban los libros y nos dedicábamos a ello profesionalmente. Él había vivido una temporada en Inglaterra. Todo indicaba que le gustaba, pero yo no estaba del todo segura del tipo de relación que teníamos ni de lo que quería.

—Pues buena suerte —le deseé.

—Os ha quedado todo muy bien —afirmó.

No le faltaba razón. Los manteles de lino recién planchados, las servilletas blancas de papel impresas con el logotipo de la Señora Hudson, las tazas de porcelana con los platos a juego, la cubertería reluciente. Una florista del pueblo había donado las flores, y las voluntarias de la señora Wilson habían dispuesto centros de mesa de rosas en miniatura de color amarillo y rosado, acompañadas de un poco de verde, en tazas de té. En cada una de las doce mesas había una tarjeta con el nombre del representante de la producción teatral, ya fuera un actor u otra persona implicada en la representación, como el director, la jefa de vestuario o el diseñador de escenografía. Tomé varias fotografías.

Algunos de los asistentes habían empezado a mirar los nombres de las tarjetas, con la clara intención de conseguir asiento en la mejor mesa. Una mujer dejó su bolso en una silla para guardar sitio. Era la mesa presidencial, la de sir Nigel y la que tenía los platos de Sherlock Holmes.

—Nos vemos luego. Si no regreso a mi puesto, Jayne me descuartizará y me hará picadillo.

Los ojos castaños de Grant refulgieron con destellos verdes.

—Cómo echaba de menos tu verbo florido.

Sonreí y me dirigí a la cocina para informar a Jayne de que estábamos a punto de empezar. Sin embargo, antes de entrar en la casa, me abordó Donald Morris, célebre sherlockiano de la zona, aunque algo excéntrico. Hoy se había ataviado con un gabán úlster, un sobretodo con capa y mangas, y su habitual gorra de cazador. Los úlsteres se mencionan en *Estudio en escarlata* y *El carbunclo azul*, que, desde luego, no estaban ambientados en Estados Unidos en pleno verano.

—¿No tienes calor? —le pregunté de forma retórica, como si no hubiera visto las gotas de sudor que se estaban formando en su frente ni la que se balanceaba precariamente en la punta de la nariz a punto de precipitarse al vacío.

—Un poco —admitió, buscando un pañuelo en el bolsillo de los pantalones—. Creía que la velada sería en el interior de la casa.

Se secó la cara.

—Si quieres, puedo guardarte el gabán en la cocina —le dije.

Lanzó un suspiro de alivio y me lo entregó. Bajo el abrigo, llevaba una camisa de cuello botonero y pantalones con la raya en medio.

—Tengo algo que podría interesarte, Gemma.

—Ahora no, Donald. Estoy un poco liada. No sé si lo sabías, pero Jayne y yo nos encargamos del té.

—Solo te llevará un segundo. Tengo un cartel de la producción de *El sabueso de los Baskerville* del teatro Shaftsbury, en la que participó sir Nigel. Está firmado por él y el resto del reparto. ¿Te interesa?

—No —dije y me fui, llevándome el úlster de Donald.

El hombre había abandonado su carrera en el mundo del derecho para dedicarse en exclusiva a la pasión que sentía por todo lo relacionado con Sherlock Holmes. Sin embargo, no tardó en descubrir que el Gran Detective no es la mejor forma de ganarse la vida. La verdad es que me sorprendió que Donald hubiera podido permitirse el lujo de desembolsar doscientos dólares para comprar una entrada para asistir al acto.

Nigel Bellingham estaba rodeado de invitados y Gerald no paraba de revolotear en torno al grupo de gente. Al pasar junto a ellos, se abrió un claro y Nigel me vio.

—¡Ahí está! —exclamó—. Mi venus inglesa. Veo que no tienes una copa. Tráele una, Gerald.

—No, gracias. —Me acordé de sonreír—. Estoy trabajando.

—¿Trabajando? Qué decepción.

Sir Nigel había dejado el traje de *tweed* Harris y se había decantado por uno de algodón de sirsaca más ligero, de color blanco, con un pañuelo de color rojo y dorado anudado con gracia en el cuello. Me saludó con la copa y me fijé en el temblor de su mano, en los ojos teñidos de rojo y su voz trémula de barítono.

—Creo que estamos a punto de sentarnos, sir Nigel. —Gerald llevaba unas gafas de culo de botella, parpadeó un par de veces y se

cambió la bolsa de cuero de costado. Tampoco tenía una copa.

—En tal caso, ve a buscarme otra copa para llevármela a la mesa —le ordenó Nigel—. Esta bella dama se sentará a mi lado, faltaría más.

Negué con la cabeza.

—Trabajo. Que disfrute de la tarde.

No tenía ninguna intención de quedarme ahí discutiendo con él.

Me volví y estuve a punto de chocar con Renee, que me ignoró y se fue a hablar directamente con Nigel.

—Hablando de trabajar, colega, eso es justamente lo que tenemos que hacer aquí, ¿recuerdas? No estamos por encima de ninguno de los pringados que está trabajando. Ha venido gente que ha pagado mucho dinero para conocerte, no para ver cómo te ventilas las existencias de champán tú solo.

Varios de los presentes se apartaron, pero otros aprovecharon para acercarse. Renee no sonreía y no hizo el menor esfuerzo por intentar bajar la voz. El sol implacable de la tarde le iluminaba el rostro, resaltando un laberinto de pequeñas arrugas que manaban de las comisuras de su boca. Se había protegido los ojos tras unas gafas de sol. Rebecca le había dicho que su tarea era congraciarse con la gente y que más le valía ponerse manos a la obra. Ahora Renee estaba decidida a transmitir su ira a los demás.

Gerald tiró de la manga a su jefe.

—¿Por qué no nos vamos a la mesa, sir Nigel?

—Sir Nigel —vociferó Renee—. El marqués de Carabás. El divo de Broadway. Voy a fingir que ha conseguido impresionarme.

Eché un vistazo a mi alrededor, pero no vi a Rebecca ni a Pat por ningún lado. Solo a Irene, que estaba cruzando el jardín a paso acelerado, dirigiéndose hacia nosotros. Atraída, supuse, por ese instinto que tienen los periodistas para oler problemas. Leslie había reaparecido y me di cuenta de que había ocurrido algo. Cuando llegamos, apenas podía contener la emoción, pero ahora se le veía un gesto contrito y la mirada apagada. «Debe de haber discutido con las voluntarias», pensé. Sin embargo, tenía otros asuntos más

importantes que atender.

Tomé a Renee del brazo.

—¿Por qué no dejas que te…?

Se zafó con un gesto brusco.

—Hay muchos actores estadounidenses que podrían haber interpretado el personaje —dijo—. No necesitábamos que viniera una vieja gloria inglesa con una carrera en caída libre.

Nigel frunció los labios en una mueca de desdén.

—Me sorprendió saber que ibas a interpretar a la señorita Stapleton. A tu edad, querida, ¿no sería más adecuado que te hubieran dado el papel de la señora Hudson?

Renee vació la copa en la cara de sir Nigel Bellingham. Gerald chilló. Una mujer gritó. Un hombre exclamó:

—¡Alto ahí!

Irene tomó una fotografía. Nigel permaneció inmóvil, iluminado por el sol de la tarde, parpadeando. No hizo el gesto de limpiarse el líquido de los ojos. Leslie sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su delantal e intentó secarle la cara. Nigel la apartó de malos modos.

—¿Quiere hacer el favor de dejarme en paz? Deje de incordiarme.

Por un momento, pensé que la madre de Jayne podía romper a llorar.

—Solo quería ayudar.

—Cuando necesite su ayuda, se la pediré, aunque es muy improbable que eso ocurra.

Irene tomó otra fotografía de Leslie cuando se volvió y se dirigió a la cocina.

Agarré a Renee del brazo con tanta fuerza que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Eso ha estado muy fuera de lugar. Acompáñame, a ver si te relajas un poco.

Se zafó de mi mano.

—¿No deberías volver a la cocina? —preguntó con desdén—. Seguro que tienes que fregar alguna cazuela o algo parecido.

—Puedes insultarme tanto como quieras —le espeté sin levantar la voz—, o intentarlo, pero que sepas que, para mí, ganarse el pan de forma honrada no tiene nada de malo.

—¿No crees que más te valdría preocuparte de tus asuntos y dejar en paz a los demás?

—Uno de mis asuntos es que este acto sea un éxito. Y permíteme recordarte que también es asunto tuyo.

No tenía interés alguno en esta mujer y sus inseguridades, pero, mientras estuviera discutiendo conmigo, podía mantenerla alejada de Nigel y de la multitud que nos rodeaba.

—Buenas tardes a todo el mundo. —Rebecca se acercó a la barra e intentó captar la atención de la gente con un par de palmadas—. Si son tan amables de prestarme un poco de atención…

Se hizo el silencio. Renee me fulminó con la mirada y, acto seguido, adoptó su sonrisa más profesional, como si alguien hubiera encendido el interruptor de la araña de luces Chihuly. Se irguió un poco, enderezó los hombros y cruzó el patio para dirigirse al lugar donde se encontraban los demás actores, junto a Rebecca. Renee le dedicó una cálida sonrisa a Nigel, que reaccionó con un leve gesto de la cabeza.

«Qué raro es el mundo de la farándula. Casi tanto como el de los admiradores de Sherlock Holmes», pensé.

—Estaba a punto de enviar a otra partida de rescate en tu busca —me dijo Jayne en cuanto entré en la cocina—. ¿Dónde estabas?

—Cumpliendo con las tareas que me habías asignado. —Dejé el gabán de Donald en el respaldo de un taburete y la cámara de Jayne en la bolsa de tela—. Todo marcha según lo previsto y la anfitriona les está dando la bienvenida. Creo que he sacado alguna foto decente.

La madre de Jayne se encontraba junto a la nevera, tomando un vaso de agua. Le lancé una sonrisa tranquilizadora y me alegré al ver que me la devolvía. Dejó el vaso, se secó los ojos, se sonó la nariz, se guardó el pañuelo en el bolsillo y respiró hondo. A continuación, se unió al grupo de sus cuatro voluntarias, que

formaban una fila como los soldados de un desfile militar. Por un momento, pensé que Leslie iba a pasarles revista.

—Nosotras cinco nos vamos a servir. Le he pedido a la señora Franklin que se quede en la verja, por si llega algún rezagado.

—Gracias por avisar. —Jayne señaló las veinticuatro bandejas de tres filas de comida—. Hay que poner dos bandejas en el centro de cada mesa. Son todas iguales, por lo que no importa cómo y cuándo las pongáis, pero las dos primeras deben ir a la mesa presidencial. ¿Tenéis la chuleta? —Las voluntarias comprobaron el bolsillo del delantal y asintieron—. He escrito la lista de ingredientes, por si acaso os lo preguntan, pero, si tenéis alguna duda, hablad con Fiona.

Fiona las saludó con la mano.

—Primero, tenéis que servir el té y, luego, volver a por la comida. El Earl Grey está en teteras con flores verdes o rojas, el Darjeeling, en las azules. Decídselo a los comensales para que puedan elegir.

Una mujer levantó la mano.

—¿Qué diferencia hay?

—El Darjeeling es más suave y clarito, y sabe más a especias —respondió Jayne—. También tenemos té verde sin cafeína, pero no lo pondremos en todas las mesas. Jayne se encargará de servirlo a quien lo pida, así que también tenéis que avisar a la gente.

—¿Yo me encargo de eso?

—Sí. Intenta no derramarlo en el escote de nadie.

—Eso solo pasó una vez —le recordé—. Y fue hacia el final, por lo que ya estaba templado.

—Ocupa un lugar indeleble en mi memoria. —A pesar de sus nervios, Jayne logró esbozar una leve sonrisa—. Prestad atención a las mesas asignadas, pero no os quedéis de brazos cruzados. Cuando la tetera esté vacía, traedla y Jocelyn se encargará de llenarla.

En esta ocasión, fue Jocelyn quien saludó.

—Mucha suerte —dijo Jayne, y las mujeres salieron con las teteras, hablando animadamente entre ellas.

Cogí la tetera que me había indicado Jayne.

—¿Puedo preguntar por qué estás tan emocionada?

—¿Yo? Estoy emocionada porque todo está saliendo a pedir de boca.

Sus ojos azules refulgían con intensidad.

—Todo iba bien hasta que salí ahí fuera. Me pregunto qué habrá ocurrido en el breve espacio de tiempo que me he ausentado. Ah, sí. Edward Barker me ha preguntado por ti. ¿Tenéis cita esta noche?

Puso un gesto serio.

—A ti ya no te sorprende nada, ¿verdad, Gemma?

—A veces sí.

Renee Masters comportándose como una diva frente a ciento ocho benefactores adinerados me había sorprendido. Al igual que sir Nigel Bellingham, leyenda de los escenarios y de la gran pantalla, que no había tenido reparos en insultarla a ella y a Leslie Wilson.

Me recordé a mí misma que su comportamiento no era asunto mío. Mi misión era servir el té.

Capítulo Cuatro

El té transcurrió sin imprevistos. Todos los actores, incluidos Renee y Nigel, habían mostrado un comportamiento ejemplar, y los invitados se mostraron encantados. Nadie había pensado en reservarle un sitio a Gerald, que tuvo que acabar sentándose en la mesa del patio. Al pasar junto a él después de rellenar mi tetera, le sugerí que fuera a la cocina y le pidiera una taza de té a Jocelyn.

—No puedo irme. Tengo que estar aquí, siempre a su entera disposición. Sí, mira, como ahora. Quiere otro *prosecco*.

Miré hacia el jardín y vi que Nigel había levantado la copa. Desde ahí, parecía que estaba agitando los brazos simplemente para dar más énfasis a sus palabras.

—Llevas las gafas bien graduadas —le dije—. Yo no veo que la copa esté vacía.

—Siempre lo está —afirmó Gerald—. Salvo cuando está llena. Se ajustó la bolsa y se puso en pie. No había nadie atendiendo la barra, pero había una botella en una cubitera plateada. Gerald la cogió, sirvió una copa y se dirigió a Nigel.

Al cabo de un rato, la gente empezó a levantarse de las sillas. Varios de los asistentes eran clientes habituales del salón de té y algunos se acercaron a felicitar a Jayne. A mí nadie me felicitó por la precisión del corte de los sándwiches o mi excelente manejo de la tetera al servir el té verde descafeinado, sin ningún accidente, pero aun así me deleité con sus elogios.

Las voluntarias siguieron las instrucciones de Jayne; recogieron los platos y la comida que había sobrado, las gaviotas ya nos sobrevolaban en círculos, pero no podríamos acabar de limpiar hasta que se hubiera ido todo el mundo.

—Caray, tenía la esperanza de probar uno de los *brownies* —dijo una de las voluntarias al llegar con una bandeja en la que solo quedaban las migas.

—Mmm —dijo otra, dando buena cuenta de una tartaleta de frambuesas.

Rebecca asomó la cabeza en la cocina.

—Se va a producir otro de los momentos especiales de la velada. ¿Podéis salir? Os habéis dejado la piel y habéis hecho un trabajo tan maravilloso que también merecéis disfrutar de él. —Rebecca se dio cuenta de que Jocelyn había empezado a preparar los sándwiches que había reservado para las voluntarias—. Traed la comida. Os agradezco enormemente todo el esfuerzo que habéis hecho para apoyar el festival.

La mayoría de la gente se había reunido en el patio. Estaban sirviendo *prosecco* otra vez, pero eran pocos los que tomaron una copa. Todo el mundo estaba lleno con los *scones*, los sándwiches, los bollos y el té.

Rebecca dio un par de palmadas para pedir atención y se hizo el silencio.

—Espero que hayan disfrutado del acto —dijo y se oyeron varios gritos de aprobación—. Me gustaría darle las gracias a Jayne Wilson, del Salón de Té de la Señora Hudson de West London, por el delicioso ágape que nos ha preparado.

Jayne se ruborizó e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Eddie aplaudió con más entusiasmo que ningún otro de los asistentes.

—Gracias también a Leslie Wilson y su equipo de maravillosas voluntarias. Sin el apoyo y el esfuerzo de gente como ellas, como todos ustedes, el festival no existiría. —Más aplausos—. Leslie, señoras, merecen un gran aplauso.

Alguien había acercado una silla a la barra para la señora Franklin, que agitó un puño en un gesto triunfal, y la multitud aplaudió con entusiasmo. Dos de las voluntarias hicieron una gran reverencia, con tanto estilo que solo podía ser fruto del ensayo. La mayor de las dos se tambaleó al enderezarse y tuvieron que ayudarla. Se sonrojó e hizo un comentario sobre el paso de los años. Rebecca guardó silencio unos segundos más para que Leslie pudiera agradecer el aplauso. Todo el mundo miró alrededor, pero no había ni rastro de Leslie.

—Supongo que estará trabajando —dijo la anfitriona—. Y, ahora, el momento especial de la velada. Le he pedido a nuestro invitado de honor, sir Nigel Bellingham, que recite un fragmento de *El sabueso de los Baskerville*. Sir Nigel.

Le dedicó una gran sonrisa y lo invitó a tomar la palabra con un gesto del brazo derecho.

Nigel dio un paso al frente, tropezó y estuvo a punto de caer sobre Rebecca, que mantuvo su sonrisa impertérrita, pero las arrugas de las comisuras de los ojos se hicieron más profundas y le arrancó a la estrella la copa de champán medio vacía que tenía en la mano.

Nigel se volvió hacia el público, parpadeó varias veces y adoptó un semblante circunspecto. Era increíble cómo un actor podía cambiar su aspecto físico de forma tan radical con una simple variación de postura y un par de gestos. De repente, sir Nigel había rejuvenecido varios años, era más alto y sus ojos irradiaban una inteligencia feroz. Casi podía oler el aroma de su pipa, sentir la niebla húmeda y oír los cascos de los caballos y el estruendo de los carruajes por las calles adoquinadas de Londres.

—Debe saber, sir Henry —declamó con su grave voz—, que una de las recomendaciones de esa extraña y antigua leyenda que nos ha leído el doctor Mortimer nos pide que nos abstengamos de cruzar el páramo… en…, quiero decir, en esas horas oscuras en que… en que… los poderes del mal están exaltados.

Le dio hipo y el edificio entero se derrumbó, como engullido por

la densa niebla de Londres. Abrió la boca, pero no pudo articular más palabras. La cerró de nuevo y volvió a soltar un hipo.

Gerald pidió un vaso de agua.

—Es decir…, cuando los poderes del mal…

Nigel se balanceó y podría haber caído si Pat Allworth no lo hubiera agarrado del brazo.

—¿Se encuentra mal, sir Nigel? ¿Es por el calor? ¿El *jet lag*, tal vez? ¿Por qué no descansa unos minutos?

Sir Nigel Bellingham eructó y Pat retrocedió. Un coro de murmullos se extendió entre la multitud.

—Debe saber, sir Henry… —dijo una voz grave entre el público.

La gente se hizo a un lado para dejar pasar a Eddie. Hasta entonces, lo había considerado demasiado moderno y demasiado atractivo, con su aspecto de surfista californiano, para interpretar a Sherlock Holmes, pero en cuanto empezó a pronunciar esa frase, se dejó envolver por un espíritu solemne y formal, como quien se cubre los hombros con una capa *inverness*.

La gente apartó la mirada de sir Nigel, a quien se estaban llevando del escenario, para observar la actuación de Eddie.

Lancé una mirada fugaz a Jayne, que sonreía de oreja a oreja, y vi que sus ojos brillaban con la luz del amor o, como mínimo, con la del encaprichamiento pasajero.

«Oh, Dios», pensé.

Acompañaron a sir Nigel hasta una silla de la mesa del patio y alguien le llevó un vaso de agua. Gerald se inclinó junto a él, mientras Pat y Rebecca, cada cual más furiosa que la otra, observaban la escena. Me acerqué en un intento descarado de pegar la oreja.

—Ya me encuentro mejor —dijo Nigel.

—Denle unos minutos más —pidió Gerald—. En breve estará bien.

—Se recuperará cuando se le pase la mona —replicó Pat—. Aunque no estoy muy segura de que la sobriedad sea su estado natural.

—Tal vez el problema haya sido el calor. —Rebecca me vio observando—. ¿Ha sobrado algo de comida, Gemma? Sir Nigel estaba tan enfrascado hablando con los asistentes que creo que no ha probado bocado. Le sentaría de fábula uno de esos deliciosos sándwiches que habéis preparado.

—Voy a buscar algo —le dije.

En la cocina, reinaba el silencio. Puse dos sándwiches de rosbif en un plato, una servilleta y volví a salir con la comida. Gerald me quitó el plato de las manos y murmuró una especie de «gracias». Aunque bien pudo haber sido un «esfúmate». Pat y Rebecca habían dejado a ambos hombres solos.

Se oyó un estruendoso aplauso, una mezcla de agradecimiento y alivio de que se hubiera podido salvar el momento más importante de la tarde. Eddie hizo una gran reverencia.

—Un fuerte aplauso para la fabulosa cocinera que nos ha preparado este delicioso té: Jayne Wilson.

Jayne se puso roja como un tomate, pero aun así dio un paso al frente. Eddie le tomó la mano y se la acercó a los labios. Más aplausos, más clics de cámaras y de teléfonos móviles. Irene se había ido antes de que sirviéramos el té, por lo que, al menos, la escena de sir Nigel no aparecería en portada del *Star* de mañana. Renee estaba a un lado, ignorada por todo el mundo. Tenía el teléfono en la mano y fulminaba con la mirada a Eddie y Jayne.

La gente empezó a irse poco a poco. Cerramos la barra, recogimos la comida, pero aún quedaban algunos asistentes. Una joven pareja atravesó el jardín cogida de la mano y se acercó hasta el borde del acantilado. Eddie y los demás actores, algunos de los cuales yo no conocía, seguían hablando con los admiradores. Renee había guardado el teléfono y coqueteaba medio en broma con dos ancianos. Donald departía con Grant. A buen seguro le estaba preguntando si le interesaba adquirir un cartel firmado por sir Nigel. Jayne y Jocelyn habían regresado a la cocina y Fiona se encargaba de dirigir a las voluntarias, que estaban recogiendo el resto de los platos y los manteles. Rebecca se encontraba junto a la puerta,

despidiéndose de los asistentes, y Pat estaba enfrascada en una conversación con un hombre que me había llamado la atención. Tenía cuarenta y muchos, lucía un bronceado perenne, una manicura inmaculada y unos dientes perfectos. Llevaba el pelo, con alguna que otra cana, recogido en un moño. El reloj de la muñeca izquierda era un Rolex Oyster y, en la derecha, varias esclavas de oro. Vestía unos pantalones cortos de color rosa, una camisa de golf blanca y unos mocasines italianos hechos a mano y sin calcetines. No parecía que hubiera venido acompañado y había pasado gran parte de la fiesta solo, observándolo todo. Aparte de algún que otro saludo educado o de intercambiar unas breves palabras con alguien, solo había hablado con Pat, que había pasado gran parte del tiempo con él. O mariposeando a su alrededor, más bien.

Sir Nigel estaba sentado a la mesa, solo, con un vaso de agua en las manos. Hasta Gerald había desaparecido. Me dirigía hacia Nigel, con la intención de preguntarle si necesitaba algo, cuando Leslie Wilson atravesó el patio con paso firme y decidido y gesto muy serio. Se detuvo frente a Nigel, muy muy cerca del actor.

—Ha llegado el momento de que escuche unas cuantas verdades —dijo.

Los dejé a solas y volví a la cocina para ayudar a Jayne a recoger los platos. Las voluntarias se habían reunido en torno a la mesa para disfrutar de los sándwiches y los bollos que habían sobrado y para charlar del día.

—Lo has hecho muy bien —le dije.

—Sí. Ah, y el té estaba perfecto. —Jayne se rio—. ¿No te parece que Eddie es un encanto?

—Solo si te gustan los chicos atractivos y encantadores —dije y volvió a reírse.

No tardamos demasiado en guardar la vajilla que habíamos alquilado. En cuanto a las sobras de comida, una parte las acabamos nosotras; otras las envolvieron las voluntarias para llevárselas a sus respectivos maridos. Cuando acabaron, se despidieron y se fueron. Fiona y Jocelyn recogieron las bandejas de la Señora Hudson, los

juegos de té especiales y dejaron las cajas junto a la puerta, listas para llevarlas a la furgoneta, mientras Jayne ponía hojas de té Darjeeling en la tetera de Sherlock Holmes y le añadía agua recién hervida. A continuación, sacó una fiambrera con unos cuantos *scones* y sirvió el té en cuatro tazas de Holmes que había reservado.

—No sé tú —me dijo—, pero me muero de hambre.

Fiona, Jocelyn, Jayne y yo brindamos con las tazas.

Tras el caos de las últimas tres horas, la cocina de Rebecca volvía a ser, casi, el lugar estéril que nos habíamos encontrado al llegar. Aprovechamos el momento de descanso, mientras comíamos y bebíamos, para hablar de los momentos más destacados de la tarde.

—Espero que vuelvan a hacerlo el año que viene —dijo Fiona—. Un par de personas de fuera me han preguntado la dirección del salón de té.

—Ha sido una buena campaña publicitaria, sin duda —dijo Jayne.

Pat entró en la cocina, acompañada del repiqueteo de sus tacones en forma de estrella sobre las baldosas de cerámica.

—¿Nigel ha estado aquí?

—No, diría que no ha entrado en todo el día —respondió Jayne—. ¿Se ha perdido?

—He pedido un minibús para llevar a los actores a su hotel y ya estamos todos. Solo falta él —dijo y soltó una palabrota.

—Puede que haya tomado un taxi por su cuenta —añadió Jayne.

—Gerald no le ha pedido ninguno. Empiezo a tener la sensación de que Nigel no hace nada, que no sabe hacer nada por sí solo.

—Debe de estar avergonzado por haber olvidado el texto —afirmó Fiona.

—Y por eso se ha ido sin decírselo a Gerald ni a nadie más —apuntó Pat sin demasiado convencimiento.

—¿Dónde lo has visto por última vez? —le pregunté.

—Lo dejé en la mesa del patio. Estaba tan enfadada que no quería quedarme ni un segundo más.

Jayne se levantó.

—Voy a echar un vistazo a la biblioteca y a la sala de estar. Tal

vez…, esto…, esté echándose una siesta ahí.

—Es más probable que esté durmiendo la mona —replicó Pat—. Le pediré a Rebecca que eche un vistazo en el piso superior. ¿Lo habéis visto hablar con alguien después de que me fuera?

«Leslie Wilson», pensé, quien, por cierto, también se había esfumado. No había estado con las voluntarias en la cocina, tomando un tentempié. Dejé la taza de té.

—Voy a mirar por ahí fuera. Tal vez haya ido a dar un paseo por el bosque.

Pat soltó otra palabrota y se fue con la misma escandalera que trajo al llegar.

Jayne y yo nos miramos y tomamos una dirección distinta cada una.

El reparto y el equipo de la obra, excepto sir Nigel, habían formado un corrillo.

—Dejémoslo y que se busque la vida —dijo la mujer de pelo entrecano, la diseñadora de vestuario—. He perdido casi todo el día en esta tontería.

Renee estaba mirando el teléfono. Uno de los actores dio un par de golpecitos en el reloj.

—Esperaré en la cocina —dijo Eddie—. Avisadme cuando nos vayamos.

Me guiñó un ojo y pasó junto a mí.

Todavía quedaban algunos de los asistentes más reacios a marcharse. El bar estaba cerrado y la mesa del patio, vacía. La carpa, con las mesas y las sillas, era la viva imagen de un lugar triste y solitario. Unas cuantas gaviotas se desplazaban dando saltos, rastreando el suelo en busca de migas.

Me encontraba en el linde del jardín, intentando decidir por dónde debía empezar la investigación.

Grant me vio y se acercó apresuradamente.

—¿Va todo bien, Gemma?

—Te parecerá increíble, pero han perdido a sir Nigel.

Se rio, pero entonces se dio cuenta de que no bromeaba.

—Lo dices en serio.

Me adentré en el bosque que quedaba a la derecha con paso ligero, seguida de Grant. La finca era grande, pero aquella zona tampoco era un monte salvaje. En general, estaba bien cuidado. En el refugio que proporcionaban los pinos, reinaba un ambiente frío y silencioso.

—¡Nigel! —lo llamé—. Es hora de irse. También están buscando en la casa —le dije a Grant—. Debe de estar dormido en algún sofá o algo parecido.

—¡Nigel! —gritó Grant—. Sal de donde estés. —Bajó la voz—. Me alegro de que nos hayamos encontrado antes de que te fueras, Gemma. ¿Te apetecería ir a cenar esta noche?

—Sí, estaría bien —respondí—. Después del trajín de hoy, necesito que alguien cocine para mí. Pero mejor quedar un poco tarde, porque acabo de comer un par de *scones*.

Grant se dio una palmada en su vientre plano.

—Yo me he atiborrado de *scones*, sándwiches y galletas. Estaba todo riquísimo. Además, he tenido suerte y me ha tocado en una mesa con una pareja que hacía una dieta sin gluten, así que, mientras ellos se comían las uvas y las fresas, rebañaban el relleno de las tartaletas de fruta y fingían que no estaban desesperados por abalanzarse sobre los sándwiches, yo me ponía las botas. —Me reí.

—El *afternoon tea* no está hecho para la gente que sigue una dieta sin gluten.

—Y, además —añadió—, han mostrado un gran interés por el coleccionismo de libros raros, así que les he dado mi tarjeta.

Atravesamos el bosque en dirección al mar, sin dejar de llamar a Nigel. A decir verdad, de no ser por el hecho de que la última vez que lo había visto lo estaba abordando la madre de Jayne, que no parecía muy dispuesta a seguir aguantando sus tonterías (y ¿a qué se refería con «Ha llegado el momento de que escuche unas cuantas verdades»?), no me habría molestado en participar en la búsqueda. Que lo buscaran su asistente y los de la compañía de teatro.

No podía con el alma, pero antes de irme a casa a descansar un

rato y prepararme luego para salir a cenar, aún tenía que pasar por la librería para preguntarle a Ashleigh cómo le había ido el día y ocuparme de cerrar la caja y la tienda.

El bosque acababa de forma brusca y salimos a un acantilado con rocas. El agua azul del Atlántico se extendía ante nosotros.

—Qué lugar tan bonito —dijo Grant.

Abajo, las olas rompían con fuerza en la playa de piedras.

—Ya lo creo. —Estaba a punto de volverme cuando algo me llamó la atención. Un retal de tela, atrapado en las ramas de un arbusto. Un pañuelo con estampado de cachemira. Grant se agachó para recogerlo.

—¿No es…?

Le agarré la mano.

—No lo toques.

La hierba alrededor estaba pisada, como si hubiera pasado alguien por allí. Junto al precipicio había un arbusto doblado, medio roto.

—Aquí ha pasado algo.

—Yo no veo nada —dijo.

Por el rabillo del ojo, vi otro retal agitado por el viento. Era una tela rosa, fruncida, atrapada en un espino. No me acerqué y no se lo señalé a Grant.

—Quédate aquí. No te muevas.

Me acerqué lentamente al borde del precipicio, prestando mucha atención a dónde pisaba. Hacía una semana que no llovía y el terreno estaba seco, pero podía apreciar la huella de la pisada de un hombre en la tierra. También había hierba aplastada.

Me detuve en el borde del acantilado y miré hacia abajo. Estaba empezando a subir la marea y el mar estaba embravecido. El acantilado no era muy alto, como suele ser habitual en esta zona de la costa. No suelen alcanzar más de seis metros. No es una gran altura, pero es considerable. La playa de piedras solo debía de medir medio metro de ancho y las olas rompían contra una fila de rocas.

Entonces, vi a un hombre en la playa. Estaba bocabajo y las olas

le llegaban hasta la cabeza.

Llevaba un traje de sirsaca y no se movía.

Capítulo Cinco

Grant sacó el teléfono. Mientras yo buscaba la mejor ruta para bajar a la playa, él llamó al 911 y, sin perder la calma en ningún momento, le dijo a la operadora lo que habíamos encontrado.

—Ve hasta la casa para recibirlos —le pedí.

—Tenemos que comprobar cómo está. Puede que aún no haya muerto. Tiene que haber alguna forma de bajar hasta ahí.

—Ya me encargo yo —le dije—. Tú ve a pedir ayuda.

—No pienso dejarte aquí sola.

—Sea quien sea el autor de esto, hace ya tiempo que se ha ido. Alguien tiene que decirle a Rebecca Stanton y a los demás lo que está pasando y acompañar al personal de emergencias hasta aquí. No conviene que se pongan a dar vueltas por el bosque y pierdan el tiempo buscándonos.

—Pues ve tú a la casa y ya me quedo yo aquí. Parece que ha caído de manera fortuita, pero puede que no sea así. Si alguien… lo ha empujado, no puedes saber a ciencia cierta que se haya ido.

De hecho, sí que lo sabía. En el bosque apenas había arbustos, y los árboles, al estar en contacto con el agua salada, eran muy pequeños y no podían esconder a nadie. Había varias gaviotas revoloteando en la playa y un cuervo nos graznó desde lo alto del pino moribundo donde había visto esa tela desgarrada. Una tela rosa y fruncida que había visto por última vez en los delantales que Leslie

Wilson les había hecho a sus voluntarias. Por lo demás, reinaba el silencio. Los únicos que llamábamos la atención de las aves éramos Grant, yo y el cuerpo que había abajo.

—No me lleves la contraria, Grant, por favor —le pedí—. Ahora no es el momento. El tiempo corre y la policía llegará enseguida y el pánico se apoderará de todo el mundo. —Saqué el teléfono del pantalón y se lo mostré—. Si necesito llamarte, lo tendré a mano.

Vi un asomo de duda en sus ojos y, por un momento, pensé que intentaría convencerme de nuevo. Sin embargo, me miró una última vez, se volvió y echó a correr hacia el bosque.

Quería tomar fotografías de la escena, pero tenía miedo de que la policía quisiera inspeccionar mi teléfono. Examiné el entorno, intentando asimilarlo todo. Entonces, cogí el pedazo de tela fruncida y me la guardé en el bolsillo, junto con el teléfono.

Sí, sabía que había manipulado la escena de un crimen, lo cual era un crimen en sí. Pero ¿me encontraba de verdad en una? Tal vez no. A lo mejor, Nigel se había acercado demasiado al borde del acantilado y, en su estado de ebriedad, había resbalado y se había caído. Tal vez se había tirado por voluntad propia, atormentado por su penosa actuación. Pero hasta que no averiguara quién llevaba el delantal desgarrado, no pensaba revelar ese detalle a nadie.

No tenía tiempo de examinar la zona a mi alrededor. Entre la tierra, las rocas y unas cuantas hojas muertas arrastradas por el viento, lo único que parecía relevante era la huella de un zapato. A unos treinta metros del lugar donde me encontraba, el acantilado adoptaba una pendiente algo más suave, en lugar de abrirse un precipicio, y descendía hacia la playa. Me dirigí hacia ahí, avanzando con sumo cuidado. En más de una ocasión, tropecé y resbalé con las rocas sueltas, levantando polvo y tierra, y rompí varias ramas al intentar agarrarme para no perder el equilibrio. Nigel no se movía, pero la marea estaba empezando a mojarle la cara.

Me agaché a su lado. Le acerqué la mano al cuello y no noté pulso. Sabía que no debía moverlo, pero me vi obligada a hacerlo debido al avance de la marea, por si acaso seguía con vida. Le di la

vuelta.

Tenía una mirada tan inexpresiva que supe de inmediato que estaba muerto.

—¡Gemma Doyle!

Alguien gritó mi nombre. Me puse en pie y respondí. Grant asomó la cabeza por el borde del precipicio, seguido por un hombre vestido de uniforme y algunos de los invitados a la fiesta. Señalé el lugar por donde había bajado a la playa. El primer agente uniformado que había aparecido en la escena detrás de Grant fue Richter. Era un hombre con exceso de peso, falta de ejercicio y que había tenido un pequeño infarto no hacía mucho. Me habían dicho que estaba de baja y confiaba en que pudiera disfrutar de una especie de prejubilación sin sobresaltos. Por desgracia, no era así. Me preparé para hacerle la maniobra de reanimación cardiopulmonar si intentaba bajar, pero tuvo el sentido común de quedarse arriba mientras los demás descendían.

Los primeros en llegar fueron dos sanitarios, cargados con sendas mochilas.

—Ya es tarde —les dije.

—Aun así, debemos intentarlo —respondieron y se pusieron manos a la obra.

Los dejé a lo suyo. Era imposible saber si alguien más había atravesado las rocas o las pozas de marea, que se estaban llenando rápidamente. En realidad, ni siquiera había rastro de mis pasos. Mientras subía, di las gracias por haberme puesto unas zapatillas de deporte en lugar de sandalias o tacones, y me crucé con una joven agente que bajaba.

—¿Es usted quien lo ha encontrado? —me preguntó.

—Sí. He tenido que darle la vuelta porque la marea amenazaba con cubrirle la cara.

—Los detectives querrán hablar con usted —dijo y siguió bajando.

Cuando llegué arriba, Richter estaba colocando la cinta policial amarilla entre dos árboles y pidiendo a la gente que se apartara. Por

suerte, era un grupo respetuoso y la mayoría obedecieron. Los actores, incluidos Eddie y Renee, estaban juntos, hablando en susurros, mientras Rebecca se abría paso entre la multitud. No había rastro de Gerald.

—¡Nigel! ¿Es Nigel? ¿Le ha pasado algo?

—No puedo decir nada —le comunicó Richter—. Apártese, por favor. —Rebecca obedeció, pero Renee se apartó de Eddie e intentó atravesar la cinta policial. Richter la agarró del brazo—. Le he dicho que se aparte.

Me acerqué a ellos.

—Nigel ha… caído —dije sin alzar la voz para que me oyeran solo las dos mujeres.

—¿Está bien? —preguntó Rebecca.

Negué con un gesto leve. Renee gruñó y Rebecca palideció de forma ostensible, a pesar del bronceado y el maquillaje perfecto que aún conservaba.

Jayne y su madre se encontraban entre el grupo de gente que se había acercado. Mi amiga observaba la escena con curiosidad, Leslie tenía el semblante afligido. No llevaba su delantal. Me dirigí hacia ellas para evitar más problemas, pero Richter me gritó.

—¡Doyle! No te muevas. Quédate donde estás. Los detectives están a punto de llegar y querrán hablar contigo.

Me llevé la mano al corazón y me balanceé de lado a lado. Grant me rodeó con un brazo y esbocé una débil sonrisa sin dejar de mirar a Richter para que fuera consciente de lo alterada que estaba.

—Yo… yo… —balbuceé.

—Déjame acompañarla a la casa —pidió Grant—. Podría desmayarse en cualquier momento.

—Me han dado órdenes de que retenga aquí a todos los testigos —replicó Richter.

—Nosotros no somos testigos —insistió Grant—. No hemos visto lo que ocurrió.

Richter vaciló. Si era incapaz de tomar una decisión, tendría que hacerlo yo por él. Me balanceé de nuevo.

—Tiene que sentarse. O aquí, o en el hospital. Tú eliges, colega.

—Vale, llévala a la casa. Pero no salgáis de allí.

Grant me llevó hacia el bosque sin apartar el brazo y Jayne y su madre salieron disparadas detrás de nosotros, bajo la atenta mirada del resto de la gente. En el jardín, oí los gritos de Pat.

—¡Nigel! ¿Qué le ha pasado a Nigel? —exclamaba mientras cruzaba el jardín en dirección al acantilado.

En cuanto nos adentramos en los árboles, me aparté de Grant, pero sentí un leve remordimiento. Me había gustado su gesto.

—Bueno, Nigel está muerto —dije—. Puede que haya sido un accidente, pero también cabe la posibilidad de que no sea así. Leslie, ven conmigo. Grant, quédate aquí y averigua qué dice la policía. Si es que dice algo.

—¿Estás bien? —preguntó Leslie—. Antes me has asustado.

—A mí también —dijo Grant—. ¿Ha sido todo una pantomima?

—No me gusta implicarme en las investigaciones policiales —dije —. Cuando les digo lo que he observado, no acostumbran a creerme. Todo indica que, una vez más, no me queda otra opción que esta. Si tengo que esperarlos, prefiero hacerlo en un lugar cómodo. Jayne, tú ve con Grant.

—¿Por qué?

No respondí y me dirigí hacia la casa, seguida de Leslie. Quería charlar en privado con ella para preguntarle por el lazo del delantal. Leslie y las cinco voluntarias, incluida la señora Franklin con su andador, habían llevado el mismo tipo de delantal, por lo que existía la posibilidad de que el que había visto atrapado en la rama de un árbol muerto no fuera el de Leslie. Sin embargo, en lo que a mí respectaba, la última persona vista en público con Nigel era la madre de mi mejor amiga.

Por desgracia, no fuimos lo bastante rápidas. Al salir del bosque, vi que se dirigían hacia nosotras dos detectives de la policía de West London. Si hay algo que odie más que la incompetencia policial es la eficacia policial.

Uno de los agentes que venía hacia mí era Ryan Ashburton.

Cuando pienso en Ryan y en mí, la primera palabra que me viene a la cabeza es «ocaso». Y no ocaso en el sentido romántico, de esos que se contemplan desde un porche de madera mientras una se balancea en una mecedora con una manta de cuadros sobre las rodillas, respirando aire limpio y viendo cómo el cielo se tiñe de colores imposibles. No ese ocaso de postal que parece prometer paz, o ternura, o alguna clase de final digno. No. Ocaso en plan… se apagó la luz. Lo único que queda es sombra.

Ryan me lanzó una sonrisa radiante, pero la detective Louise Estrada se limitó a lanzarme un gruñido.

—Otra vez tú… No puede ser.

—Otra vez yo. Tranquila, que no pienso inmiscuirme. Simplemente estaba aquí, sirviendo té. Tenéis que ir por ahí. —Señalé el lugar—. Está… en la playa que hay a los pies del acantilado. Podéis cruzar el jardín o tomar el camino que atraviesa el bosque.

En ese desafortunado momento, sonó la radio de la policía y la voz de Richter, paradigma de la eficiencia por una maldita vez en la vida, dijo:

—Detective Ashburton, le he dicho a Gemma Doyle que podía regresar a la casa porque no tenía buena cara, pero es quien ha encontrado el cuerpo.

Por lo general, las radios de la policía tienen una calidad de sonido similar a la que tendría la emisora de unos extraterrestres intentando comunicarse con nosotros desde los confines del espacio exterior, pero, en esta ocasión, la voz sonaba alta y clara. Todos lo oímos. Leslie ahogó un grito.

—¿Un cuerpo? Pensaba… ¿Están seguros?

Ryan le dirigió una mirada de compasión.

—Eso parece, señora Wilson.

Le acaricié el brazo.

—Lo siento.

Se le demudó el rostro, surcado de lágrimas.

Estrada me lanzó una mirada que habría asustado a un niño

pequeño.

—Conque no ibas a inmiscuirte.

—No me parece que tengas mala cara —afirmó Ryan.

—Ha sido solo un vahído. Un amago —repliqué.

—Dudo que te hayas desmayado alguna vez —afirmó Estrada.

—¿Qué habéis hecho aquí? —preguntó Ryan—. Esto parece una boda o algo por el estilo.

—Era un té benéfico con el fin de recaudar fondos para el festival de teatro. La Señora Hudson se encargaba del *catering*. —Me señalé el delantal—. Yo solo ayudaba.

—Señora Wilson, ¿usted era una de las invitadas? —le preguntó Ryan.

No me sorprendió que se conocieran. Al igual que Jayne, Ryan había nacido y crecido en West London.

—Formo parte del comité de voluntarias —respondió con voz temblorosa, pero no fingía. Me di cuenta de que le temblaba todo el cuerpo—. No… no me lo puedo creer. Nigel. Acabábamos…

—Ha sido un duro golpe —tercié—. ¿Qué os parece si vamos a algún sitio donde podamos sentarnos? Por favor.

—Si has encontrado el cuerpo, tenemos que hablar contigo —dijo Estrada—. Antes de que tus amigas y tú os pongáis de acuerdo.

—No tengo que ponerme de acuerdo para nada, detective. —Preferí omitir el hecho de que había sustraído una prueba de la escena del crimen—. Si me preguntas algo, responderé.

Cuando Louise Estrada y yo nos conocimos, no empezamos con muy buen pie. Ella estaba convencida de que yo había matado a una mujer y quiso detenerme. A partir de ese momento, nuestra relación entró en barrena. Yo no le gustaba y no confiaba en mí. Y yo no acababa de comprender el motivo.

—Necesito que venga un agente —dijo Ryan por radio—. Primero, tengo que examinar la escena; luego, hablaré contigo, Gemma. Cuando nos han llamado, han dicho que el cuerpo lo habían descubierto dos personas. ¿Era usted la otra, señora Wilson?

La madre de Jayne negó con la cabeza.

—No…

—Estaba con Grant Thompson —añadí.

Ryan entornó los ojos de un modo apenas perceptible. En el pasado, habíamos tenido una relación… estrecha. Sin embargo, un día se acabó y él se mudó a Boston. Hace unos meses, decidió regresar, pero no la retomamos donde la habíamos dejado. Quizá por eso yo no le caía bien a Estrada. Por mi parte, yo nunca había tenido la sensación de que existiera ningún tipo de química entre ellos, más allá de su relación profesional, ni tenía la impresión de que ella tuviera algún tipo de aspiración romántica. Tampoco me había dado la sensación de que Ryan sintiera nada por ella. Ni en un sentido ni en el otro. Irene Talbot me dijo que Estrada estaba convencida de que le ofrecerían el ascenso a detective jefe cuando el cargo quedó vacante, pero fue justo cuando Ryan decidió regresar a West London y se quedó con la plaza. Tal vez el motivo de que yo no le cayera bien fue que pensaba que él había vuelto para estar conmigo. Lo cual no era cierto. Sin embargo, ahora mismo nada de eso importaba.

—Grant y yo estábamos juntos porque todo el mundo andaba en busca de un invitado que había desaparecido. Sir Nigel Bellingham, estrella del festival de teatro de verano, desapareció tras el té. Eso es todo.

—No es necesario que me des explicaciones, Gemma.

—Ya lo creo que es necesario —replicó Estrada—. Porque sois los que habéis encontrado el cadáver.

—Entonces, ¿habéis encontrado a ese tal Nigel? —preguntó Ryan.

Asentí.

—¿Era amigo suyo, señora Wilson? —preguntó Ryan.

—No. Quiero decir… No, no lo era. Pero admiro mucho sus dotes interpretativas.

La agente Stella Johnson salió corriendo del bosque y Estrada le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Acompaña a estas dos mujeres a la casa. No quiero que hablen

con nadie hasta que no les hayamos tomado declaración.

—La señora Wilson puede irse a casa —dije—. No ha visto nada, tan solo se ha limitado a seguir a la gente que seguía a los sanitarios y a la policía por el bosque.

—La señora Wilson —dijo Estrada— se irá cuando yo lo diga. De aquí no se va nadie hasta que le hayamos tomado declaración.

—¿Cuánta gente ha asistido al acto, Gemma? —me preguntó Ryan.

—Se han vendido ciento ocho entradas, más los doce miembros del reparto, la compañía y el festival, seis voluntarias, incluida Leslie, Jayne, yo y dos trabajadoras del salón de té.

—En total… —Estrada intentó contar, pero no daba abasto con los dedos de la mano.

—Ciento treinta personas, pero la mayoría ya se han marchado —dije.

—Ciento treinta —repitió Ryan con un gruñido. Negó con la cabeza y se dirigió a la agente Johnson—. Asegúrate de que Gemma Doyle se quede aquí hasta que pueda hablar con ella.

Echó a andar en dirección al bosque y Estrada me fulminó con la mirada otra vez antes de seguirlo.

Leslie y yo nos dirigimos hacia la casa acompañadas por la agente uniformada de policía. La madre de Jayne se sacó un pañuelo de papel del bolsillo, se sonó la nariz y se secó los ojos.

Cuando estábamos a punto de llegar al patio, apareció Gerald.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacen tantos policías aquí?

—¿Dónde te habías metido? —le pregunté.

—Estaba hablando con mi madre, que está Inglaterra, ¿satisfecha? —Miró a la agente de policía que nos acompañaba y se cambió la bolsa de costado—. Le gusta que la llame habitualmente cuando estoy de viaje con sir Nigel.

—¿Cuándo lo has visto por última vez? —le pregunté.

—Pues… Esto… Desde que le dio el ataque de vértigo después del té y dijo que necesitaba estar un rato a solas para recobrar la compostura. ¿Qué pasa?

—Vamos —dijo la policía—. Les han dicho que deben esperar en la cocina. Y basta de cháchara. Señor, le advierto que no puede abandonar la finca hasta que uno de los detectives haya hablado con usted.

—¡Detectives! —Se aferró la bolsa—. ¿Qué…?

—Habla con Pat o con Rebecca y que te lo expliquen —le aconsejé a Gerald.

Entramos en la casa y dejamos a Gerald boquiabierto en el patio.

—¿Te apetece una taza de té, Stella? —le preguntó Leslie a la agente—. Yo voy a tomarme una.

—Sí, gracias. Estaría bien, la verdad.

«No, no estaría nada bien», pensé. Tenía que alejar como fuera a Leslie de la agente de policía antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—¿Por qué no vas a buscar a Jayne? —le pregunté—. Así puede echarme una mano con todo. Tal vez los agentes de policía necesiten algo más.

—El detective Ashburton ha dicho que debía quedarse aquí —nos advirtió la agente Johnson.

—No, ha dicho que yo debía quedarme aquí. Y es lo que pienso hacer.

Leslie retorció el pañuelo que tenía en las manos y miró al vacío. «¿Estaba disgustada por la muerte de Nigel Bellingham o por haberlo matado?», pensé. Sin embargo, deseché el pensamiento al instante. Era posible que Leslie hubiera discutido con Nigel y que le hubiera dado un empujón en el pecho, que lo hubiera arrojado por el precipicio o que él hubiera retrocedido y se hubiera caído de forma accidental. Sin embargo, si hubiera sucedido eso, habría vuelto corriendo a la casa, gritando para pedir ayuda. Leslie Wilson jamás habría abandonado a un hombre solo a los pies de un acantilado, a punto de ser engullido por la marea viva, fingiendo que no sabía nada al respecto.

Toqué el pedazo de tela que tenía en el bolsillo.

—Leslie, ¿no vas a ir a buscar a Jayne? —insistí. Johnson abrió la

boca como si fuera a quejarse, por lo que añadí—: El viaje del tío Arthur está durando más de lo que él esperaba. Confío en que tu abuela haya podido encontrar a otra pareja para jugar a las cartas.

—Sí que la ha encontrado, pero echa de menos la compañía de tu tío. A su edad, no resulta nada fácil conocer a un hombre soltero.

Mi intento de distracción acabó en fracaso, ya que antes de que pudiera deshacerme de Leslie se abrieron las puertas acristaladas y aparecieron Rebecca y Jayne.

—El detective Ashburton me ha dicho que podía preparar un poco de té y poner las sobras de la fiesta —dijo Jayne—. Estrada y él están en la playa y han dicho que no puede irse nadie hasta que le hayan tomado declaración.

—Entendido —afirmó Johnson.

—Fantástico —dije—. Leslie, échale una mano a Jayne.

—Como ya habíais recogido los platos sin lavarlos, podéis usar los míos —dijo Rebecca, que abrió una alacena en la que había varias tazas blancas perfectamente dispuestas, con todas las asas apuntando en la misma dirección. A continuación, abrió la nevera. Aparte de un par de frascos de condimentos en los estantes de la puerta, una botella de leche y una bolsa con café en grano, estaba vacía y refulgía con un color blanco, como el hielo del Ártico. Sacó el café y me dio la bolsa. Supuse que me había adjudicado la tarea de preparar las bebidas. Me pregunté si Rebecca sabía usar siquiera la cafetera.

Yo no. Suelo beber té, pero de vez en cuando hago café. Sin embargo, utilizo una cafetera de émbolo francesa y café molido, no uno de esos artefactos que parecen salidos de una película de ciencia ficción. La examiné con atención, en busca del interruptor. La agente Johnson me apartó a un lado.

—Ya me encargo yo.

—Tenemos que sacarlo todo afuera —dijo Jayne—. Ryan no quiere que nadie entre en casa.

«Y que se escape por la puerta principal», pensé. Debía admitir que había valorado esa posibilidad.

—Si me necesitan para algo, me encontrarán en la sala de estar —dijo Rebecca—. Todo lo sucedido ha sido muy angustioso. ¿Por qué no me acompañas, Leslie? Seguro que tu hija y su amiga pueden encargarse de todo.

Leslie vaciló y tuve que intervenir.

—Buena idea. Te iría bien sentarte un poco para descansar.

—Gracias —dijo Leslie—. Es cierto que ha sido un duro golpe.

No nos quedaba mucha comida, pero preparamos varias teteras y café. Ayudé a Jayne a llevarlo todo afuera. Varios de los invitados y algunos de los actores se habían sentado a la mesa del patio. Eddie se levantó para echar una mano a Jayne con la bandeja.

—Quería entrar para ver si necesitabais ayuda, pero ese… —Eddie hizo un gesto con la cabeza para señalar a un agente que estaba vigilando la puerta y escuchando a potenciales testigos—. No me ha dejado pasar.

—Ni siquiera a nosotras —afirmó Fiona.

Jocelyn cogió la bandeja que llevaba Eddie y empezaron a repartir platos y tazas.

—Gracias —dijo Jayne—. Estoy bien. Es terrible lo que ha sucedido, pero, en el fondo, no me afecta directamente. Tú debes de estar destrozado, Eddie. Como el resto de la compañía. ¿Qué consecuencias crees que tendrá para la producción? ¿Seguiréis adelante con el calendario previsto?

Eddie negó con la cabeza.

—No lo sé. —Tuvo que reprimir un sollozo—. Depende de Rebecca, de Pat y de la dirección del festival. Aunque, en estos momentos, tampoco importa mucho.

Parecía desolado y tuve que recordarme a mí misma que Eddie era actor profesional. Y que podía sacar un buen partido de la muerte de sir Nigel Bellingham. Si la representación seguía adelante, el actor suplente pasaría a interpretar el papel principal.

Cuando la gente que se encontraba en el acantilado supo que habíamos servido un pequeño tentempié, empezaron a regresar a la casa.

Rebecca aún estaba dentro con Leslie. La mayoría de los representantes del festival se encontraban en el patio, en torno a la barra, acompañados de un puñado de invitados y de las voluntarias de Leslie, a excepción de la señora Franklin, cuyo hijo había venido a recogerla antes de que se produjera el luctuoso suceso. La policía iba a tener que tomar declaración a mucha gente.

Observé a Louise Estrada, que se abría paso entre la multitud, anotando nombres y números de teléfono. Oí que alguien decía que Pat se encontraba aún en el acantilado, ya que quería permanecer ahí hasta que se llevaran el cadáver de Nigel. Donald se había ido un poco antes, pero se había dejado el abrigo. Sin embargo, hacía ya un rato que no veía al tipo de los pantalones rosa y el moño. Estrada giró la cabeza y me miró, por lo que decidí refugiarme en la cocina.

Jayne estaba en el fregadero, llenando un hervidor de agua. Un policía había reclamado a Johnson para que fuera a echar una mano a Estrada.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Jayne con un susurro.

—¿A qué te refieres con «qué ocurre»? Ha muerto un hombre y es muy posible que lo hayan asesinado.

—Estás más inquieta que… una gata en un tejado de zinc. Eddie también tiene un papel en esa obra.

—No estoy inquieta. Estoy cansada y quiero irme a casa —repliqué.

Me miró fijamente y tuve que forzar una sonrisa.

—Gemma, ¿tú sabes algo sobre lo ocurrido?

—¿Qué quieres que sepa?

Me horrorizó comprobar que era capaz de leerme la mente. No podía permitirlo.

—Pareces muy preocupada por mi madre.

—No es que esté preocupada, es que…

—Cuando te cuesta encontrar las palabras, sé que pasa algo. ¿Qué es?

En ese instante, se abrió la puerta y, una vez más, entraron Ryan y Estrada. Salvada por la campana.

—¿Le importa dejarnos a solas, señora Wilson? —le pidió Estrada.

Jayne desapareció.

Los detectives atravesaron la cocina sin mirarse y acercaron un par de taburetes a la barra de desayuno.

La tensión entre ellos era tan palpable que la cafetera corría el peligro de sufrir una sobrecarga. Habían discutido y enseguida imaginé el motivo: servidora. En el pasado, el jefe de policía apartó a Ryan de un caso cuando Estrada le dijo que la relación personal que habíamos tenido Ryan y yo en el pasado no le permitía ser imparcial. Yo sospechaba que había intentado emplear la misma táctica, pero que no le habían hecho caso porque yo no era una sospechosa, tan solo la persona que había encontrado el cuerpo y, además, lo había hecho en compañía de otra. Aun así, estaba convencida de que Estrada no había dejado de considerarme una sospechosa. Por suerte, no tenía ningún móvil para matar a sir Nigel Bellingham.

Me senté sin meter las manos en los bolsillos.

—Hemos hablado con Grant Thompson —dijo Ryan—. Nos ha contado su versión de lo ocurrido. ¿Quieres contarnos la tuya?

Narré la secuencia de los hechos. Pat avisó de que no podían encontrar a Nigel. La gente empezó a buscarlo por la casa y la finca. Yo me ofrecí voluntaria para buscarlo en el bosque. Grant me acompañó. No les dije que me había invitado a cenar, porque no era relevante, solo que se había ofrecido a acompañarme para ayudar en la búsqueda. Encontramos el cuerpo, Grant llamó al 911 de inmediato y, luego, regresó a la casa para acompañar a los sanitarios hasta el lugar concreto. Yo decidí bajar a la playa porque, si Nigel estaba vivo, había que apartarle la cara del agua para evitar que la marea lo ahogase.

—¿Por qué te acercaste a mirar por el borde del acantilado? —preguntó Estrada—. Desde el bosque se veía que no estaba ahí.

—Vimos su pañuelo en un arbusto. ¿No lo habéis encontrado?

—Sí, lo hemos encontrado —respondió—. Era difícil pasarlo por

alto. Varias personas lo han identificado como el que Bellingham llevó toda la tarde.

No fingí pena ni conmoción. Mantuve un tono de voz calmado y aséptico y neutralicé mi acento. Tenía la sospecha de que, en ocasiones, Estrada pensaba que me gustaba darme aires con mi acento británico. Me pregunté si veía *Downton Abbey*. Tuve que hacer un esfuerzo para no hablar como *lady* Mary Crawley cuando se ponía más estirada, pero de vez en cuando salía a relucir la influencia de mi madre.

Ryan me preguntó si había visto a alguien en el bosque y respondí la verdad. También le dije que no había oído a nadie.

—¿Notaste alguna señal de tensión o discrepancia entre la gente que ha asistido al acto? En concreto, entre Bellingham y alguien más.

—Decir que había tensión sería quedarse corto —afirmé.

Se lo conté todo a la policía y solo omití las palabras más gruesas que le había soltado Leslie a Nigel.

—Eso es lo que nos han dicho —afirmó Estrada—. Que bebió mucho y que había interpretado un triste papel frente alas cien personas que habían pagado doscientos dólares para conocerlo.

—Pues eso es todo —añadí—. ¿Ya conocéis a su asistente personal? ¿A Gerald…? Lo siento, no recuerdo su apellido.

—Greene —dijo Estrada.

—¿Qué puedes decirme de él? —preguntó Ryan.

—No gran cosa. Que su trabajo consistía en seguir a Nigel a donde fuera y obedecer en todo lo que le pidiera. De los asistentes, es la persona que tenía una relación más estrecha con él y la que es más probable que sepa si tenía algún problema o le preocupaba algo. ¿Habéis valorado la posibilidad de que se trate de un suicidio? Tal vez Nigel se dio cuenta de que sus días de gloria ya eran agua pasada y decidió poner fin a todo. Imagino que Gerald podrá deciros cómo se encontraba.

—No es necesario que me digas cómo tengo que hacer mi trabajo —me soltó Estrada.

—No hemos descartado ninguna hipótesis —dijo Ryan—. Ni siquiera la posibilidad de que se acercara demasiado al acantilado, resbalara y cayera. Aunque me parece improbable. El terreno parece sólido, yo mismo lo he comprobado. Pero varias personas nos han dicho que era un borracho incapaz de tenerse en pie. ¿Viste algo que te hiciera pensar que consumía drogas?

—No. El alcohol era su gran debilidad. Cuando vino a la librería el miércoles por la tarde, era obvio que había bebido, aunque todo el mundo tuvo la educación de pasarlo por alto. Creo que esta tarde no ayudó el hecho de que fumara como un carretero. Rebecca le pidió que no lo hiciera y tal vez bebió algo más de lo habitual para compensar.

—¿Bellingham comió y bebió lo mismo que el resto de la gente? —preguntó Ryan.

—Si me estás preguntando si cabe la posibilidad de que lo envenenaran a propósito, no, no es posible —respondí—. La comida la preparó Jayne y su personal, incluida yo, en el Salón de Té de la Señora Hudson. La trajimos aquí, repartida en diversas bandejas con tres filas de comida, así de grandes. —Le mostré el tamaño con las manos—. Las voluntarias se encargaron de llevar las bandejas a las mesas. Todas tenían la misma comida y se distribuyeron al azar. No preparamos nada aparte para Nigel ni para nadie más. Se pusieron dos bandejas en cada mesa, pero fueron los invitados los que se sirvieron de cada una. El té se sirvió en teteras preparadas en la cocina, no en tazas individuales. —Yo misma había ido de mesa en mesa con mi tetera de té verde descafeinado. Reproduje una imagen en mi cabeza de la mesa presidencial—. Nigel Bellingham no comió nada. Tampoco tomó té —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Estrada, siempre recelosa.

«Debe de tener una vida muy tediosa», pensé.

—Porque me dediqué a observar, detective. Tal vez debería intentarlo algún día.

Montó en cólera y Ryan tuvo que intervenir.

—Gemma —dijo con un hilo de voz.

—Lo único que quiero decir es que eso fue lo que vi —afirmé—. No se sirvió comida en el plato y su taza estuvo siempre vacía.

—Con ciento ocho invitados, ¿eres capaz de saber lo que comió uno de ellos? —preguntó Estrada.

—En este caso, es comprensible —afirmó Ryan—. Nigel Bellingham era la estrella de la representación.

Su compañera masculló unas palabras incomprensibles, que decidí interpretar como una disculpa.

—En lugar de ello, se dedicó a beber —proseguí—. Casi sin parar, pero, al igual que ocurrió con la comida y el té, no fue el único que tomó *prosecco*. Las botellas estaban en la nevera y, a medida que se abrían, se ponían en una cubitera de la barra. Las voluntarias se encargaron de repartir las copas antes del té, pero no se sirvió vino en las mesas. Cuando todo el mundo se sentó, si alguien quiso una copa, tuvo que levantarse para pedirla en la barra. —Recreé de nuevo la escena—. No creo que lo hiciera nadie, excepto sir Nigel, que le pidió a Gerald varias veces que se la llenara.

—Entonces, ¿es Gerald el que tenía la copa de la víctima?

Asentí.

—Y la copa está…

—Están todas en la barra del jardín, esperando a que las recojan los responsables de la empresa de alquiler. No las hemos lavado. Si me permitís, añadiré que la copa de Nigel no tenía ninguna marca especial. Eran todas iguales.

Ryan asintió, mirando a Estrada, que habló por radio para pedirle a algún compañero que fuera a coger las copas.

—Imagino que pusisteis las mesas antes de que se sentara todo el mundo. He visto que había tarjetas con los nombres —dijo Estrada—. La gente sabía dónde iba a sentarse Bellingham y cuál era su taza y su plato.

No me hacía ninguna gracia que se llevaran una parte de la vajilla de Sherlock Holmes, porque Jayne le tenía muchísimo cariño, pero no me quedó más remedio.

—Los platos que había en la mesa de Nigel eran nuestros. Quiero

decir, de la Señora Hudson. El resto de la vajilla la alquilamos porque no tenemos una para tanta gente. En la mesa presidencial utilizamos una muy especial, de porcelana. —Señalé la caja que había junto a la puerta—. Pero, como ya he dicho, no comió ni bebió nada.

—Como ya has dicho —repitió—. Nos llevaremos la caja.

—¿Hay algo más aquí que sea vuestro? ¿Del salón de té? —preguntó Ryan.

—Los contenedores de plástico, las bandejas de servir y las teteras.

—Tendréis que dejarlas aquí. Podéis llevaros vuestras pertenencias, como los bolsos, pero nada más. Os avisaremos cuando podáis venir a recogerlo todo.

—El salón de té no puede funcionar sin teteras —dije—. Hemos traído prácticamente todas las que teníamos.

—Lo siento —se disculpó Ryan—. Tal vez no tengamos que analizarlas, pero eso no lo sabré hasta que acabemos de tomar declaración a todos los testigos.

—Nigel no ha muerto envenenado —insistí—. Falleció al caer al vacío.

—Ahora mismo, no sé a qué me enfrento. Como tú misma has dicho, puede que no fuera asesinado. No voy a llevarme los platos, pero no quiero que salgan de la casa hasta estar seguro de que no los necesito.

No me molesté en seguir con la discusión. Mi objetivo principal era evitar que me registraran y encontrasen el lazo rosa que había escondido en mi bolsillo.

—¿Has tomado fotografías? —me preguntó.

—Sí, con la cámara de Jayne, porque queríamos aprovechar alguna de las instantáneas para publicidad. Pero no tomé fotos de nadie en concreto, sino de las mesas y de la decoración del lugar.

—¿Dónde está la cámara?

Señalé la bolsa de Jayne que estaba en el suelo, junto a la puerta trasera. Justo al lado de la de su madre.

Estrada hurgó en el interior y encontró la cámara. No prestó

atención al bolso de Leslie.

—Nos la llevaremos. ¿Y tu teléfono personal?

—No lo he utilizado.

Estrada me tendió la mano. «Qué desconfiada», pensé.

—Déjame verlo.

Podría haberme quejado, decirle que necesitaba una orden, pero no lo hice. Prefería reservar mi defensa tenaz del Estado de derecho para una ocasión más apropiada. Aun así, no quería que husmeara en mi teléfono. Lo desbloqueé y abrí la aplicación de fotos. La más reciente era de Violet, jugando en el jardín trasero. Estaba saltando, con sus largas orejas ondeando al viento, intentando atrapar una pelota. La había hecho de noche y, aparte de la luz cálida que arrojaban las farolas antiguas del garaje, estaba todo oscuro. Le mostré el teléfono.

—Como puedes ver, esta es la fotografía más reciente. La hice de noche, no hoy.

—A lo mejor las has borrado.

—He estado bastante ocupada. No he podido tomar ninguna fotografía.

—Tenemos de sobra —terció Ryan—. Hay mucha gente que ha sacado fotografías.

Por fin, me dijeron que podía irme a casa, como Jayne, Fiona y Jocelyn. Bajé del taburete.

—No salgas del pueblo sin decírnoslo primero —me advirtió Estrada—. Tendremos que hacerte más preguntas.

—No pienso ir a ningún lado. Es temporada alta para la librería.

—Eso espero.

Tuve que reprimirme para no poner los ojos en blanco. Ryan cogió la caja con nuestro juego de té, la llevó afuera y me dejó sola en la cocina.

La bolsa de tela de Leslie, la que había utilizado para traer los delantales de las voluntarias, estaba en el suelo, junto a la puerta. Cogí una caja llena de fiambreras de plástico que habíamos usado para traer la comida y la llevé hasta la puerta trasera. La dejé en el

suelo, bien colocada para la policía, recogí la bolsa de Leslie y la puse en la encimera, junto al fregadero. Eché un último vistazo a la cocina para asegurarme de que estaba todo limpio y ordenado. Y aproveché, en un gesto nada premeditado, para comprobar que nadie me miraba por la ventana. Abrí la bolsa de Leslie y repasé el contenido. Había seis delantales blancos con un fruncido rosa. Cinco de los delantales tenían el plisado intacto, pero al sexto le faltaba un pedazo. Lo habían arrancado y quedaba medio colgando. Guardé todos los delantales en la bolsa y fui a buscar a Jayne para decirle que ya podíamos irnos.

Capítulo Seis

Mientras hablaba con la policía, me había vibrado el teléfono al recibir un mensaje. Sin embargo, preferí no mirar quién me había escrito. En cuanto se fueron, y después de comprobar los delantales de las voluntarias, cogí el teléfono. Era Grant. La policía le había dicho que podía irse. Había reservado mesa en el Blue Water para las ocho y media.

Encontré a Jayne con su madre en el patio, observando toda la actividad policial. La mayoría de los invitados se había ido ya y los agentes estaban tomando declaración a los últimos rezagados. No vi a nadie de la compañía teatral. La cinta amarilla de plástico de la policía ondeaba agitada por la brisa y cerraba el acceso al bosque.

Jayne y Leslie se volvieron cuando abrí las puertas cristaleras y salí al patio. Leslie estaba muy pálida y tenía los ojos rojos, como su hija. Jayne abrazaba a su madre a la altura de los hombros. Ambas me recibieron con la misma sonrisa triste.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Jayne.

—Sí.

—Gracias a Dios —dijo Leslie—. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan agotada. Rebecca ha sido muy amable al dejar que me sentara con ella, pero no me sentía a gusto quedándome de brazos cruzados, por eso he decidido salir de nuevo.

—Se han llevado el juego de té de Sherlock —le dije.

—¿Quién? —preguntó Jayne.

—La policía. Quieren comprobar si hay rastro de veneno en la taza de Nigel y van a analizar todas las flautas de champán. Les he dicho que era una pérdida de tiempo, porque nosotras habíamos traído toda la comida y la bebida y en ningún momento separamos lo que iba a utilizar Nigel. Pero es su tiempo el que van a malgastar, así que es problema suyo.

Leslie se llevó una mano a la boca.

—No lo han envenenado —dijo Jayne—. ¿No es obvio que saltó por el acantilado? Hizo el ridículo frente a un centenar de personas de gran prestigio de Cabo Cod. ¿Estás bien, mamá?

Leslie no tenía buena cara. Estaba aún más pálida y parecía a punto de romper a llorar.

—¿Has venido por tu cuenta? —le pregunté.

—¿Qué?

—Que si has venido con tu coche.

—Ah, sí, sí.

—Pues te llevo a casa. Jayne puede seguirme y recogerme.

—No te queda de camino —dijo Leslie.

—No pasa nada.

Debo admitir que tenía una razón oculta. Quería estar a solas con Leslie y averiguar qué había ocurrido entre sir Nigel Bellingham y ella.

Negó con la cabeza y esbozó una débil sonrisa. Sacó un pañuelo de papel usado del bolsillo y se secó los ojos.

—Estoy bien. Cielo santo, es que tú fuiste quien encontró el cuerpo, Gemma. Necesitas a alguien que cuide de ti más que yo. Jayne, prométeme que cuidarás de ella. En cuanto a mí, una ducha caliente y una copa de vino en el porche y estaré recuperada. Esta noche no pienso ni cocinar. Tengo comida en el congelador y puedo calentarla en el microondas.

Había eludido la cuestión con tanta elegancia que ni yo lo habría hecho mejor. Ya no podía seguir insistiendo en que Leslie necesitaba que la acompañara.

—Vamos a recogerlo todo y nos vamos de aquí —le dijo Jayne a

Fiona y Jocelyn.

—Hum…, ahora que lo mencionas, la policía me ha dicho que no podemos llevarnos nada, solo nuestras bolsas personales.

—¿Cómo? —exclamó Jayne—. Necesito mis teteras.

Me encogí de hombros.

—Son órdenes del detective Ashburton.

—No tiene derecho —insistió Jayne, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está? Tengo que hablar con él.

—No insistas —le dije—. Tengo un par de teteras en mi casa. Como todas, imagino. —Fiona y Jocelyn asintieron—. Durante un par de días, podrás apañártelas.

—No pienso usar esa tetera horrible que tienes, decorada con un *apple crumble*, en mi salón de té, Gemma Doyle.

—Es una tetera y cumple con su cometido. Venga, no quiero quedarme aquí discutiendo. No nos conviene llamar la atención de la policía.

Entramos en la casa, recogimos nuestras pertenencias y salimos por la puerta trasera. Leslie Wilson cogió su bolsa de tela, con los delantales.

Jayne acompañó a su madre hasta su coche y nos pusimos en marcha. Había varios vehículos de la policía, coches patrulla y camuflados aparcados en el camino de acceso de la casa. La agente Johnson se encontraba junto a la verja, impidiendo que entrara ningún curioso. Nos saludó con la mano al pasar lentamente junto a ella. Doblamos a la izquierda para regresar a West London. Por el espejo retrovisor, vi que Leslie Wilson tomaba el camino de la derecha.

—Ha sido entretenido —dijo Jocelyn.

—¿Lo dices de verdad? Te recuerdo que ha muerto alguien —dijo Jayne.

—Bueno, ha sido entretenido hasta entonces. No he tenido la posibilidad de curiosear mucho en la casa, pero lo poco que he visto me ha parecido magnífico. Tenía una cocina fabulosa. Y me encantaría tener un jardín así.

—Para celebrar fiestas —dijo Fiona.

—La de trabajo que debe de dar cuidar de una propiedad así —dijo Jayne.

—Si puedes permitirte una casa y un jardín de esas dimensiones, Jayne —añadió Fiona—, puedes permitirte contratar al personal necesario para mantenerlos.

—En lugar de formar tú parte del personal —dijo Jocelyn con un suspiro—. Como me pasa a mí.

—A nosotras —la corregí—. Todas tenemos que trabajar para ganarnos la vida.

—Todas excepto Moriarty —terció Jocelyn—. En mi próxima vida, quiero ser una gata que viva en una tienda.

En esta vida, Jocelyn era una madre joven con dos niños y un marido célebre cliente habitual del *pub* irlandés McGillivray.

—En fin, la cuestión es que fue entretenido hasta el final. Ojalá nos salgan más eventos como este.

—Rebecca ha quedado contenta —dijo Jayne—. Me ha dicho que nos recomendará a sus amigas.

Jocelyn soltó un grito de alegría. Yo también estaba encantada, aunque preferí no expresarlo a voz en cuello. Jayne se había dejado la piel para que el Salón de Té de la Señora Hudson saliera adelante; las recomendaciones de gente bien relacionada, y que acostumbrara a organizar tés para sus amistades, podían ser de gran ayuda. Siempre que ello no me obligara a echar una mano.

—Ha estado muy bien conocer a los actores —dijo Fiona—. Han sido muy amables y educados, incluso con nosotras, y eso que no tenían por qué serlo.

—Es una pena que sir Nigel haya fallecido, pero él no ha sido tan simpático —añadió Jocelyn.

—No —concedió Fiona.

—¿Qué queréis decir? —pregunté.

—Con los invitados era todo sonrisas y encantador, pero, en cuanto se alejaban un poco, siempre soltaba algún comentario despectivo sobre cómo vestían las mujeres o cómo hablaban los

hombres —dijo Jocelyn—. ¿Sabes esa mujer que llevaba un vestido rojo estampado y un chal a juego? Pues la llamó «vaca gorda».

—No estaba gorda, pero llevaba un vestido muy ceñido —dijo Fiona—. Yo no estaba presente cuando insultó a la actriz diciéndole que era muy mayor, pero varias personas me lo contaron. No me sorprende, la verdad. Conmigo también fue muy desagradable. Me pidió de malas maneras que le llevara una copa de vino y, cuando le dije que íbamos a servir té y que el vino solo podía conseguirlo en la barra, me soltó que el servicio en las antiguas colonias era pésimo. El resto de los comensales se rieron, pero se notaba que la gente se sentía incómoda.

—Rebecca Stanton no le quitó ojo en toda la tarde —afirmó Fiona —. Siempre con muy mala cara. Sir Nigel estaba borracho. Seguro que había empezado a beber incluso antes de llegar al té.

—Venga, chicas —dijo Jayne—. El pobre ha muerto, debemos mostrar algo de respeto.

Jocelyn y Fiona aceptaron la reprimenda y se pusieron a cotillear sobre el resto de los invitados.

Por mi parte, no entendía el comportamiento de Jayne. «¿Qué tiene de malo criticar a los muertos si no tienes reparo en hablar mal de ellos en vida?», pensé. Quería saberlo todo sobre las últimas horas de Nigel Bellingham y empezaba a tener la sensación de que no todo lo que iba a averiguar serían cosas bonitas.

Aparcamos en un callejón que había detrás del local.

—No puedo creer que dejaras que la policía se quedara con mis juegos de té de Sherlock —dijo Jayne.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que me peleara con ellos? ¿Que se los quitara de las manos y huyera para que me persiguieran como una jauría de perros? Te aseguro que no habría llegado muy lejos corriendo por la calle cargada con una caja de teteras y tazas de porcelana, con cuidado de no romperlas. La policía puede requisar lo que quiera de la escena de un crimen. No necesitaban mi permiso.

Jocelyn y Fiona se volvieron de forma brusca.

—¡Asesinato! —exclamó Jocelyn—. Creíamos que había sido un

accidente. Estaba tan borracho que hemos supuesto que se había precipitado al vacío sin darse cuenta.

—Como el Coyote cuando persigue al Correcaminos —añadió Fiona.

—Solo quería decir que están investigando todas las posibilidades. Es un procedimiento habitual en los casos en que la víctima fallece en extrañas circunstancias —dije.

«¿Se trataba de un asesinato?», pensé. Estaba prácticamente convencida de que era así. Me parecía poco probable que Nigel hubiera decidido adentrarse en el bosque para dar un paseo en solitario, sobre todo en su estado. En primer lugar, porque estaba muy lejos de la barra. Tenía que haber algo o alguien que lo hubiera atraído hasta el lugar. Tal vez alguien que quería hablar con él en privado. «¿Alguien como Leslie Wilson?», me pregunté, pero deseché la idea al instante. Las posibilidades eran infinitas. Nigel no era un hombre muy bien valorado por los demás.

Sin embargo, también cabía la posibilidad de que hubiera pecado de desconfiada y, en realidad, se tratara tan solo de un accidente.

—Espero recuperar mis fotografías —dijo Jayne—. He podido echar un vistazo rápido a las que has tomado, Gemma, y estaban muy bien. Si queremos ampliar el negocio al sector del *catering*, las de hoy nos servirán de promoción.

—¿Para qué las querían? —preguntó Fiona—. ¿Tienen curiosidad por saber cómo se prepara un *afternoon tea*?

—Han pedido las fotos a todo el mundo, para comprobar si alguien tenía alguna importante para la investigación. Tal vez la tomaron sin darse cuenta.

Fiona y Jocelyn se despidieron y Jayne se fue a la cocina para prepararse para abrir el salón de té mañana. Yo me dirigí a la librería.

Ya eran las siete y media. Había llamado a Ashleigh para decirle que iba a llegar algo más tarde de lo previsto, aunque no le había especificado el motivo. Una precaución del todo innecesaria, teniendo en cuenta cómo me recibió:

—¡Guau! Sir Nigel Bellingham ha muerto en el *high tea* que habíais organizado.

Moriarty subió al mostrador de un salto. Tenía las orejas erguidas y sus inteligentes ojos ambarinos refulgían con interés. Hasta el gato quería conocer los detalles.

—*Afternoon tea* —la corregí—. No es lo mismo que el *high tea*.

—Lo que tú digas. ¿Ya sabe la policía qué ha pasado? —me preguntó con los ojos como platos—. ¿Crees que el autógrafo que le firmó a mi abuelo podría tener algún valor ahora? Puede que sea el último que firmó.

—No lo sé, pero yo no iría por ahí diciendo que estás sacando partido de su muerte. —Cerró la boca de inmediato—. Al menos hasta que se haya aclarado el asunto.

—¿Qué opina la policía? ¿Creen que se trata de un asesinato? ¿Quién creen que ha sido el autor?

—No lo sé. ¿Has tenido mucho trabajo?

—¿Crees que querrán tomarme declaración?

—¿Por qué iban a hacerlo? ¿Sabes algo?

—Estaba aquí el miércoles cuando vino. Puedo decirles cómo se comportó la gente en su presencia. Como su asistente, ese flacucho. Se notaba que sir Nigel y él tenían una relación muy estrecha.

—Se notaba, ¿a que sí? ¿Qué tal han ido las ventas hoy? Las estanterías no parecen muy desordenadas.

—Ha venido mucha gente desde que te fuiste hasta la hora de la cena. Se han vendido bastantes libros. Encontré más arriba y los he puesto en las mesas. Espero que no te importe.

—Perfecto, gracias. Estoy agotada y quiero irme a casa. ¿Crees que podrías cerrar tú sola hoy?

—Por supuesto.

Moriarty asintió, mostrando su conformidad.

Recorrí la escasa distancia que tenía hasta casa a paso de tortuga. No solo había sido un día largo y había tenido que dar más vueltas que una peonza, sino que las charlas con la policía nunca eran una actividad relajante. El Departamento de Policía de West

London y yo tenemos cierta historia en común. A nivel profesional, además de mi relación personal con Ryan Ashburton.

Ryan y yo nos habíamos conocido unos años antes de que el tío Arthur, Jayne y yo decidiéramos abrir el salón de té, cuando se produjeron una serie de incendios provocados en Baker Street. Intenté ayudar a la policía, ofreciéndoles ciertos detalles que había observado entre mis vecinos, sobre todo de uno en particular. Y el cuerpo de policía de West London decidió agradecerme el cumplimiento de mi deber cívico y me llevó a la comisaría, me tomó las huellas, me fichó, tomándome una fotografía con una luz que no me favorecía para nada, y me acusó de ser la pirómana, porque, al parecer, sabía demasiados detalles que la policía aún no había hecho públicos. Lo único que sabía era lo que había observado y las conclusiones lógicas a las que llegué.

Al final, pude convencer a Ryan, aunque no a sus superiores, de que me hicieran caso y, cuando el pirómano intentó prender fuego a otra tienda, lo sorprendieron in fraganti.

Los pensamientos del pasado se desvanecieron al llegar al camino de acceso a mi casa. Eran casi las ocho, pero, a pesar de lo cansada que estaba, no podía dejar de sonreír. Comparto la casa con mi tío abuelo Arthur y es lo bastante grande para que ambos llevemos vidas separadas cuando queremos. Él tiene un apartamento en el primer piso y yo ocupo la planta baja, que es mucho más grande. La casa es demasiado para los dos, pero nos encanta. Construida en 1784, es una de esas construcciones clásicas de estilo colonial, con dos plantas en la parte delantera y una en la trasera. El exterior podría formar parte del decorado de una película histórica, pero el interior es moderno, aunque todas las reformas habían conservado las características más bonitas: los suelos de parqué de secuoya, los zócalos de treinta centímetros y una espectacular escalera de roble. El jardín es pequeño y del cuidado de las flores se encarga una amiga del tío Arthur que se mudó a un apartamento cuando murió su marido y, al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que echaba de menos su afición favorita.

Me dirigí a la parte posterior de la casa, me senté en el recibidor para descalzarme y me recibió Violet con un entusiasmo abrumador.

Ahora que estaba en casa, lo último que me apetecía era salir de nuevo. Lo que necesitaba hoy era uno de los estofados del tío Arthur, siempre consistentes, con mucha salsa y champiñones. Tan solo tenía que sacarlo del congelador, calentarlo y ya podía sentarme en mi rincón de lectura favorito. Había traído *The Whole Art of Detection*, de Lindsay Faye, y tenía ganas de hincarle el diente. No soy una fanática de Sherlock Holmes. Soy incapaz de enfrascarme en un pormenorizado debate sobre aspectos insignificantes de la vida ficticia del Gran Detective, o analizar, con citas de los libros, si Sherlock era una mujer disfrazada, algo que me parecía harto improbable, pero disfruto de una novela bien escrita y muchos de los pastiches que vendíamos eran justamente eso.

Ahora que estaba en casa, no me apetecía salir, pero como había aceptado la invitación de Grant para ir a cenar, no quería quedar como una maleducada y anularla en el último instante.

Tampoco tenía tiempo para sacar a pasear a Violet, de modo que le prometí que lo haría más tarde y la dejé salir al jardín trasero. Me quité las zapatillas, la ropa negra que me había puesto para servir el té, la eché en el cesto de la ropa sucia y me metí en la ducha. No le di muchas vueltas a lo que iba a ponerme para la cena. El verano en Cabo Cod es muy informal e íbamos a cenar en la terraza.

Sonó el teléfono y apareció el nombre de Irene Talbot en la pantalla. Dejé que saltara el buzón de voz. Supuse que quería información sobre la muerte de sir Nigel Bellingham, pero no pensaba compartir con nadie lo poco que sabía sobre el hecho y, menos aún, con la prensa.

La llamada de Irene me hizo pensar en algo: me acerqué al cesto de la ropa sucia y saqué los pantalones que había llevado por la tarde. Saqué el pedazo de tela fruncida rosa del bolsillo y lo observé en la palma de la mano. Podía ser de cualquiera de las seis voluntarias que habían llevado delantal. Todos me habían parecido idénticos y de la misma talla. Los delantales en sí eran un producto

fabricado en serie y comprados en una tienda: de color blanco liso, hasta la altura de la rodilla, con peto y una cinta atada a la espalda. Leslie los había comprado y les había añadido el retal rosa para darles un toque más atractivo. Eran de algodón liso. Tal vez fuera posible obtener huellas de la superficie, incluso muestras de ADN. Las huellas de Leslie debían de aparecer en todos los delantales, entre muchas otras. Había visto a las voluntarias ayudándose mutuamente a atar la cinta de la espalda o ajustar el peto. La policía no tenía ninguna posibilidad de saber quién había llevado el delantal en cuestión. Al final de la fiesta, las voluntarias se los habían quitado y los habían dejado en la cocina, donde cualquier persona habría tenido acceso a ellos.

Pensé en el grupo de voluntarias. Era muy improbable que la señora Franklin hubiera decidido acercarse al acantilado con su andador y, más aún, que hubiera empujado a sir Nigel al vacío. Por lo tanto, aparte de Leslie, solo quedaban cuatro candidatas. No había visto interactuar a ninguna con Bellingham, ni que hubiera mostrado un interés excesivo por él. Todas habían hecho su trabajo de forma eficiente y habían disfrutado de la velada. Solo había una que había discutido con sir Nigel: la madre de Jayne, la última persona a la que había visto con él, antes de morir. Leslie se había mostrado algo distraída y disgustada gran parte de la tarde.

Yo no creía que Leslie hubiera matado a Nigel. Por lo tanto, mi razonamiento era lógico: este retal de tela rosa, arrancado de un delantal blanco fabricado en serie, no podía constituir una prueba para confirmar la identidad del asesino de Nigel. En el supuesto, claro está, de que hubiera muerto asesinado.

Si bien mi razonamiento era sensato, era muy improbable que la policía se mostrara de acuerdo conmigo, ya que tenían tendencia a querer alcanzar sus propias conclusiones.

Así pues, me convencí de la siguiente manera: yo iba a ayudar a la policía impidiendo que se distrajeran con una trivialidad que los llevaría a un callejón sin salida. Sin embargo, no estaba preparada para destruir la prueba. Aún no.

Recorrí el pasillo hasta mi oficina y busqué un sobre blanco y liso. Introduje el retal, lo llevé a la sala de estar y lo guardé en la caja fuerte. El tío Arthur y yo no tenemos ningún objeto de valor que necesite una caja fuerte, pero venía con la casa, ya que estaba empotrada en la pared. Nosotros decidimos taparla con un retrato.

Di de comer a Violet, le dije que no me esperase despierta y bajé al puerto. Estaba anocheciendo y el cielo del océano empezaba a teñirse de negro; detrás de mí, sin embargo, estaba veteado de franjas rojas, rosas y grises.

El Blue Water Café se encuentra en un extremo del pequeño puerto de West London, cerca del muelle de pesca. En temporada baja, es un lugar cálido, acogedor y pequeño. En verano, dobla su capacidad cuando abre las puertas a una espaciosa terraza que reposa en unas columnas, sobre el agua. Me enorgullezco de ser una mujer puntual, pero hoy me había retrasado mientras pensaba qué podía hacer con el retal rosa. Al final, llegué cinco minutos tarde y Grant ya estaba sentado. Se puso en pie con una gran sonrisa mientras yo cruzaba la terraza. El restaurante estaba lleno, algo que iba a suceder todas las noches durante los meses estivales. Las barandillas y las mesas estaban adornadas con guirnaldas de bombillas y velas blancas que ardían protegidas en el interior de lámparas de queroseno.

—Ha sido una tarde llena de emociones —dijo Grant en cuanto tomé asiento.

—Más emociones de las necesarias.

—Aun así, el té salió a pedir de boca. Hablé con varias personas y todas estaban encantadas. Quédate con lo positivo: puedes estar segura de que la gente se acordará de vosotras cuando planifiquen un evento de este tipo.

—Sí, también hay gente que dice que no existe la mala publicidad, algo con lo que no estoy de acuerdo. No quiero que nos recuerden como la empresa encargada de un *catering* en el que murió alguien.

Llegó el camarero, que nos tomó nota de la bebida. Grant cogió

una carta, pero yo no quise. Siempre pido lo mismo en el café. Es imposible encontrar un pescado más fresco que el que sirven aquí: desde la terraza ves las barcas de pescadores que llegan con las capturas del día, seguidas por una estela de focas en busca de algún descarte.

—Gracias por los ánimos y por intentar alegrarme el día.

—¿Necesitas que te alegren el día? —preguntó Grant.

—No. No es que conociera a Nigel…, y tampoco me gustó lo poco que vi de él.

Nos reclinamos en la silla para dejar que el camarero nos sirviera las bebidas. Una jarra de cerveza Grey Lady, de Nantucket, para Grant, y una copa de *sauvignon blanc* neozelandés para mí. Grant pidió una ensalada César y un filete de ternera, al punto. Yo, crema de almejas y lenguado relleno.

Brindamos.

—Salud.

—He oído que esta tarde han empezado a correr rumores de que se trata de un posible asesinato —dijo Grant—. ¿Tú qué crees que ha pasado?

—No tengo ni idea.

—¿Vas a implicarte?

—¿Implicarme en qué?

—En el caso. Ya lo has hecho alguna vez.

—La primera fue porque era una afectada directa. La detective Estrada estaba convencida de que era la autora. En la segunda vez, Donald Morris me pidió ayuda. Pero ahora ni siquiera soy testigo, tan solo una persona que ha tenido la mala suerte, como tú, de encontrar el cuerpo. No, esta vez no tiene ninguna relación conmigo. Si no te importa, preferiría no hablar más del tema.

La verdad era que yo no podía pensar en otra cosa, pero hablar del asunto era harina de otro costal. El retal rosa iba a quedarse en mi caja fuerte, oculto en la pared tras el retrato de una glamurosa cantante de ópera, que yo creía que había sido el único gran amor del tío Arthur. Recordé lo que Leslie le había dicho a Nigel: «Ha

llegado el momento». Nigel había hablado con mucha gente y no todo el mundo tuvo una actitud amistosa con él. Aquello no significaba nada. O eso me dije. Del mismo modo, el retal rosa no vinculaba a la madre de Jayne con el fallecido. No tenía ningún motivo para implicarme.

—Pues ahí está Jayne —dijo Grant.

Me di la vuelta y vi a mi amiga, que cruzaba la terraza siguiendo a la *maître*. Cuál fue mi sorpresa al ver que estaba con Eddie Barker, el actor. Sabía que habían quedado esta noche, pero estaba convencida de que, tras lo ocurrido, él habría cancelado la cita. No me hizo gracia ver que, al final, había decidido salir con mi amiga. Él tenía mucho que ganar de la muerte de sir Nigel, lo que lo situaba en los primeros puestos de mi lista de sospechosos. Aunque no es que tuviera tal lista.

Jayne nos vio y nos saludó. Le dijo algo a la *maître* y se dirigieron hacia nosotros. Los clientes de la mesa de al lado habían sacado la cartera y estaban intentando calcular la propina.

—¿Os importa si os hacemos compañía? —preguntó Jayne, que estaba guapísima con un vestido azul, el mismo color de sus ojos, un cinturón blanco y unas sandalias de tacón bajo.

Grant dudó. Era obvio que no le entusiasmaba la idea de tener compañía, pero no sabía cómo decirlo de forma educada, lo cual era comprensible si creía que teníamos una cita. ¿La teníamos? No lo sé. Como tampoco quería tomar una decisión al respecto, señalé la mesa vacía.

—Llegáis en el momento perfecto.

—Enseguida preparo la mesa —dijo la jefa de sala.

La otra pareja se fue y Jayne tomó asiento. A Eddie el cambio de mesa le había hecho la misma ilusión que a Grant.

—¿Cómo lleváis la noticia de la muerte de Nigel? —le pregunté.

—Gemma, no puedes ser tan brusca —me reprendió Jayne.

—¿He sido brusca? Creo que todos pensamos lo mismo.

—No le he dado muchas vueltas al asunto —dijo Eddie.

—Yo diría que sí —repliqué.

—Gemma… —dijo Jayne en un tono de advertencia que conozco muy bien.

—El único pensamiento que ocupa ahora mi cabeza es que hace una noche preciosa, estoy en un lugar precioso y con una mujer preciosa. —Eddie le sonrió a Jayne, que le devolvió el gesto. Me dieron ganas de poner los ojos en blanco, pero lo disimulé muy bien —. Dos mujeres preciosas —apostilló con educación.

—Tú no eres de California —le dije—. Diría que de Misisipi. O Luisiana, tal vez.

Grant tuvo que reprimir una risa con un trago de cerveza.

—Tienes buen oído —dijo Eddie—. Mira que me he esforzado para disimular mi acento. —Esta vez su sonrisa no fue tan amplia.

—Siento lo de tu matrimonio —le dije.

—Pero ¿cómo…?

—Gemma es muy perspicaz —se apresuró a añadir Jayne—. Seguro que se ha fijado en la marca del anillo de la mano izquierda o algo así. —Miró sin querer hacia el otro lado de la mesa y Eddie se tapó la mano delatora.

«¿Acaso su matrimonio aún no había fracasado por completo?», pensé.

—Buenas noches —dijo el camarero—. ¿Les apetece beber algo?

—¿Seguirá adelante la función? —pregunté cuando el camarero se fue con la comanda, que incluía otra ronda más para Grant y para mí.

—Pat quiere seguir —respondió Eddie—, como homenaje a sir Nigel, y Rebecca está de acuerdo. —Agachó la vista unos instantes en señal de respeto.

—Y tú interpretarás el papel principal.

Levantó la cabeza y me miró fijamente. La brisa acarició los mechones dorados, en una peluquería, y recortados a la longitud perfecta.

—Eso dependerá de la directora. Ella sabe mejor que nadie qué hay que hacer.

—¿Habías estado antes en Cabo Cod, Eddie? —preguntó Grant—.

Si es la primera vez, puedo recomendarte un par de sitios que puedes visitar cuando tengas algún día libre.

—No creo que tengamos muchos días de fiesta, pero soy todo oídos. Y no, nunca había estado aquí. Soy del oeste. —Me miró—. Perdón, quería decir del sur.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Grant.

Eddie suspiró.

—En una pensión. El Encanto del Marinero. Vaya nombre más vulgar. No está mal, pero no es que me entusiasmen este tipo de establecimientos. Todo el mundo espera que saludes al resto de huéspedes al bajar a desayunar. Nigel y Gerald se alojaban en el Harbor Inn. Ahora que Nigel no podrá usar la habitación, a lo mejor pregunto si puedo quedármela.

—¿Era muy grande? —le pregunté.

—Para él solo podía ser la *suite* más grande. Gerald estaba en la habitación de al lado, lo cual no deja de sorprenderme.

—¿Por qué? —inquirí.

—Porque yo pensaba que le habrían puesto un felpudo en el pasillo, frente a la puerta de Nigel. Menudo pelele está hecho.

—Seguro que no es el primero que has visto.

—¿Qué insinúas?

—Nada —respondí y tomé un sorbo de vino.

Jayne se levantó.

—Voy a empolvarme la nariz. ¿Gemma?

—¿Qué?

—¿Tú también?

—No.

—Yo digo que sí.

—Pero si no me he maquillado.

Me fulminó con la mirada y señaló el baño con un gesto brusco de la cabeza.

—Ah, sí. Tengo que empolvarme la nariz. Es que no he tenido tiempo antes de salir de casa.

Me levanté y seguí el furioso taconeo de mi amiga, que resonaba

en el suelo de madera.

—¿Por qué no dices que tienes que ir al baño y ya está? —le pregunté a su espalda—. Saben que no nos necesitamos la una a la otra para maquillarnos.

En cuanto entramos en el local, Jayne se volvió hacia mí.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Haciendo? ¿A qué te refieres?

—Estoy acostumbrada a que deduzcas cosas que la gente preferiría no saber, pero esta noche tu comportamiento roza lo grosero. Si Eddie quiere que la gente piense que es de California, ¿qué problema hay? ¿Por qué se lo has echado en cara? Por no hablar del tema del divorcio.

—No creo que te convenga salir con él.

—¿Por qué no? ¿Y por qué diablos debería importarme lo que pienses?

—Para empezar, dudo que se haya divorciado. Es muy fácil comprobarlo. Seguro que tiene su biografía en IMDb. Cuando llegue a casa, lo miraré.

—No harás nada de eso, Gemma Doyle. Me gusta, creo que le gusto, y quiero que nuestra relación siga el curso natural. No quiero que te metas. ¿Com-pren-di-do? —preguntó articulando las sílabas.

—Podría ser el sospechoso de un asesinato.

—No es un sospechoso. Sí, estaba en el lugar del crimen, pero había mucha más gente. Yo también estaba. Y tú. ¡Hasta mi madre!

—Vale, pues no me parece muy sensato que te líes con un actor. —Estábamos en el pasillo que llevaba a los aseos, cerca de la cocina abierta. Los camareros pasaban con bandejas cargadas de comida y vi mi crema de almejas y la ensalada César—. Ahí está Andy —dije y levantó la mirada de una sartén en la que estaba friendo algo. Lo saludé con la mano y me devolvió el saludo. Al verme con Jayne se le iluminó el rostro. Le dijo algo a una joven, que se hizo cargo de la sartén. Andy se secó las manos en el delantal y salió de la cocina.

—Me alegro de verte, Gemma. Hola, Jayne. ¿Habéis venido a cenar?

—Pues sí —respondí—. Seguro que te vendría bien tomarte un descanso. ¿Por qué no aprovechas para tomar un trago con Jayne? Hemos venido con un par de amigos, pero seguro que no les importa.

Andy sonrió de oreja a oreja, pero Jayne puso cara de susto.

—No intentes cambiar de tema. —Se volvió hacia Andy—. ¿Te importaría que lo dejáramos para otro día? Lo siento, pero es que Gemma y yo estamos celebrando una importante reunión de negocios ahora mismo, pero ella intenta escaquearse.

Andy intentó disimular su decepción.

—No te preocupes, cuando quieras. —Regresó a las misteriosas profundidades de la cocina.

Yo no había cambiado de tema para nada, lo que ocurría era que Andy me parecía mucho mejor partido para Jayne que un actor que estaba de paso por el pueblo y que podía estar divorciado o no.

—Gemma, por favor, te pido que no te impliques en mi vida amorosa.

—¿Cuándo he hecho eso?

—De forma constante y en repetidas ocasiones. Admito que Robbie fue un pequeño error.

—¿Pequeño?

—Pero Eddie no es Robbie. Para empezar, es muy guapo y tiene una buena carrera en el mundo de la interpretación. Ha conocido a gente muy importante. Leonardo DiCaprio, Johnny Depp, Kristen Stewart.

Valoré la posibilidad de hacerle ver que, si su carrera consistía en hacer de suplente en un festival de verano en Cabo Cod, no iba por el mismo camino que DiCaprio y Depp, y que «conocer a» no significaba lo mismo que «trabajar con», pero me mordí la lengua. Jayne no solía enfadarse conmigo, pero parecía que eso era lo que estaba a punto de suceder, así que decidí darle el capricho. Yo solo me preocupaba por ella, sobre todo si, como parecía, Eddie iba a verse implicado en una investigación policial.

—Vale —dije.

—¿Qué?

—Vale, que tú ganas. Dejaré que cometas errores. Quiero decir, que tomes tus propias decisiones.

Le sonreí, pero no me devolvió el gesto.

—No sé qué haces aquí con Grant. ¿Y si te ve Ryan?

—¿Acaso importa?

—Si tú no lo sabes, no me corresponde a mí decírtelo.

Dicho esto, regresó a la mesa. Al parecer no tenía que empolvarse la nariz.

Capítulo Siete

Una vez más, me desperté con el sonido del teléfono, a una hora indecente.

No me fui a dormir muy tarde, tal vez porque la cena no es que fuera muy cómoda. Eddie y Grant no querían compartir mesa con otra pareja y Jayne aún estaba enfadada conmigo. De hecho, yo fui la única que pareció disfrutar de la comida. Cuando acabé el café y dije que había llegado la hora de irme, Eddie estuvo a punto de celebrarlo agitando un puño en el aire.

Grant me acompañó a casa, pero no lo invité a pasar y, la verdad, a él tampoco pareció importarle mucho. Yo no sabía qué sentía por él, si es que sentía algo más allá de amistad, pero ese no era el único motivo. Había sido un día muy largo e intenso.

Saqué a Violet a dar una vuelta alrededor de la manzana y, al regresar, me fui a la cama y aproveché para leer *The Whole Art of Detection* hasta que me quedé dormida, pensando en el día siguiente. El domingo es mi día favorito de la semana. Me encanta nadar y vivo a pocos minutos del océano, pero en verano solemos tener tanto trabajo que no tengo tiempo de disfrutar de la playa durante el día. Sin embargo, los domingos no abrimos hasta mediodía y cerramos a las cinco, por lo que es la mejor opción para nadar a una hora razonable. Mi plan era disfrutar de una taza de té y de un desayuno inglés como mandan los cánones, mientras leía la prensa inglesa por internet antes de dirigirme a la bahía de

Nantucket con mi silla, mi sombrilla, el bañador y un libro. Después de trabajar, Violet y yo disfrutaríamos de un largo paseo por la zona más salvaje de la costa.

Sin embargo, en lugar de eso, intenté coger el teléfono de la mesita de noche y estuve a punto de tirarlo al suelo.

—Diga —logré murmurar al final. Según el despertador, eran las ocho menos cuarto.

—¡Gemma! —exclamó Jayne—. Tienes que venir ahora. La policía ha detenido a mi madre.

La noticia me desveló de inmediato y me incorporé.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Dónde estás?

—Acaba de llamarme. Se han presentado en la puerta de su casa y se la han llevado a la comisaría.

—¿La han detenido de verdad, leyéndole los derechos y toda la pesca, o solo le han pedido que los acompañe?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Voy de camino a la comisaría. ¿Podemos quedar allí?

—¿Qué quieres que haga?

Aparté la colcha y me levanté de un salto. Violet me observó con gran interés.

—Tal vez podrías hablar con Ryan…, con el detective Ashburton. Dile que mi madre no sabe nada de todo eso.

—No creo que me escuche, Jayne.

—Claro que sí —insistió y colgó.

Me vestí con lo primero que encontré a mano. Me pasé el peine para intentar domar mis rizos rebeldes y me recogí el pelo con un clip. No podía irme sin dejar salir a Violet, por lo que tuve que esperarla, dando golpecitos de impaciencia con el pie en el suelo, mientras ella comprobaba todos los arbustos en busca de ardillas invasoras u otras alimañas. Al final, cuando dio por finalizado el ritual de sus abluciones matinales y acabo la ronda de seguridad, regresó a casa. No suelo bajar en coche al pueblo, pero, como no sabía lo que iba a depararme el día, decidí hacerlo. El Triumph Spitfire 1500 azul de 1977 del tío Arthur estaba aparcado en el

garaje y mi Mazda Miata rojo, en el camino de acceso.

Encontré a Jayne dando vueltas en el vestíbulo de la comisaría, vestida con su delantal gris de pastelera. Tenía una mancha de harina en la mejilla y restos de masa pegados en los dedos.

Me saludó con un lamento y me estrechó en sus brazos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté cuando logré liberarme de su abrazo de oso.

—No me dejan verla —me dijo entre sollozos—. Me han dicho que no está detenida «de momento». —Hizo el gesto de comillas con los dedos—. Solo está respondiendo a sus preguntas.

—¿Conoces a un buen abogado?

Abrió sus enormes ojos azules.

—¿Un criminalista? ¿Crees que necesitamos uno?

—No sé qué está pasando, Jayne, pero tal vez sí. No te haría ningún daño ir buscando a alguien por si acaso. —La acompañé a una fila de sillas de plástico baratas que había junto a la pared. Estábamos en la zona para visitas de la comisaría, sometidas al escrutinio de un agente con el ceño fruncido, que nos observaba tras una mampara de cristal. El aire acondicionado estaba tan alto que, si nos quedábamos mucho tiempo, tal vez tuviera que ir a buscar mi abrigo—. Deberías volver al trabajo —le dije—. Ya me quedo yo y te aviso en cuanto sepa algo.

Negó con la cabeza.

—No, estoy bien, pero gracias por venir. —Me tomó la mano—. Siento haberte hecho enfadar anoche.

—¿Qué pasó cuando me fui? —le pregunté. Lo último que deseaba en ese momento era saberlo, pero fue el primer tema que se me ocurrió para distraer a Jayne de sus preocupaciones.

—Estuvo muy bien. —Me tranquilicé un poco—. Tomamos una copa más y luego un café. Hablamos durante horas. Es muy majo, Gemma. Y muy interesante. Tanto que casi me arrepiento de que mi madre me convenciera para que abandonara mi carrera de actriz. Fuimos a dar una vuelta por el paseo marítimo. Fue muy romántico. Luego me acompañó a casa y me dio un beso de buenas noches en

la puerta. Qué dulce, ¿verdad? —Lanzó un suspiro de felicidad, pero, entonces, recordó dónde estábamos y el motivo, y la mirada de dicha desapareció de su rostro—. Siento haberme asustado tanto. Supongo que es el procedimiento normal y que la policía querrá hablar con todos los presentes en el acto.

Albergaba mis dudas al respecto. Algún motivo debían de tener para haber escogido a Leslie Wilson. No había sido por el delantal desgarrado, así que tenía que ser por otra cosa. ¿Acaso alguien los había visto a Nigel y a ella en el borde del acantilado? ¿Los había oído discutir? ¿Leslie había amenazado a Nigel?

Si la acusaban de algo, me había metido en un buen lío. Había eliminado pruebas de la escena de un crimen. ¿Debía confesar ahora o esperar a ver qué ocurría?

Me recordé a mí misma que la persona por la que debía preocuparme ahora era Jayne. Jayne y su madre. Y que todo lío en el que pudiera meterme era secundario.

En ese instante, oímos voces que provenían del sanctasanctórum de la comisaría. Jayne y yo nos pusimos en pie de un salto. Los detectives Ashburton y Estrada salieron acompañados de Leslie, cada uno a un lado de ella. Ryan medía un metro noventa y Estrada, un metro ochenta. Leslie parecía una colegiala entre ambos. Una colegiala muy asustada.

Se abrió la puerta y se lanzó a los brazos de Jayne.

—¿Qué la trae por aquí, señora Doyle? —preguntó Estrada—. No creo que sea asunto suyo.

—Por supuesto que lo es —afirmé—. Jayne es mi amiga y mi socia. He venido a prestarle apoyo. Supongo que la señora Wilson podrá irse a casa.

—De momento —afirmó Estrada. No presté mucha atención a su tono de voz. Miré fijamente a Ryan, que me devolvió la mirada, pero no supe interpretar su gesto; mucho me temía que aquello no era una buena señal.

—Le hemos dicho a la señora Wilson que no puede salir de West London —dijo Estrada—, ya que, sin duda, tendremos que volver a

hablar con ella. —Se volvió y se dirigió a la puerta, que sujetó abierta para Ryan—. Detective Ashburton, me gustaría hablar con usted, si no le importa.

—Si supiera cuál es el problema, tal vez podría ayudar un poco —dije.

—Si quiero su ayuda, se la pediré —me soltó Estrada.

—No te metas, Gemma —me dijo Ryan en voz baja.

La última vez que se había producido un asesinato en nuestro pueblo, Ryan me pidió ayuda extraoficialmente. Confiaba en mí y en mis observaciones, algo que no compartían su jefe y su compañera. Lo miré con insistencia, en busca de una señal que me indicara que me estaba equivocando y que no quería decirme lo que yo interpretaba, pero no la encontré. Se volvió y se fue también.

—Vámonos a casa, mamá —dijo Jayne.

Salimos a la calle y Jayne rodeó a su madre con un brazo. En el interior de la comisaría hacía frío, en sentido literal y figurado. Era tan intenso que me sobresalté cuando el sol nos iluminó el rostro. Saqué las gafas de mi bolso.

—Puedo llevarte a casa, Leslie. He venido en coche.

—Gracias, cariño. Me alegro de que hayas venido.

—En el Miata no hay sitio para las tres —señaló Jayne.

—Deberías volver al salón de té —le dije—. ¿Los domingos por la mañana no suelen ser uno de los momentos de más bullicio?

—Bueno, sí. A los turistas les gusta hacer acopio de dulces para la carretera o darse un capricho con un buen desayuno antes de irse, pero…

—Como la librería no abre hasta mediodía, tengo tiempo de sobra.

—No puedo permitir que… —Intentó decir Leslie.

—Claro que puedes. Será un placer echarte una mano —le aseguré.

Jayne agarraba a su madre de un brazo y yo hice lo propio con el otro. Mi amiga se aferró y, por un momento, temí que la situación desembocara en un juego de tira y afloja con la señora Wilson como

cuerda.

—Gemma tiene razón —dijo Leslie—. Debes volver al trabajo, cielo, y dejar de preocuparte por mí. Los detectives solo me han preguntado lo que vi ayer. Eso es todo. Querrán hablar con todo el mundo. Me imagino la cara que pondrá Rebecca Stanton cuando le pidan que se presente en la comisaría.

La mujer se rio, aunque fue más bien un lamento ahogado. Jayne tampoco parecía muy convencida.

—Pues ya está decidido. Nos vemos luego, Jayne.

Tuve que contenerme para no echar a correr, arrastrando a Leslie Wilson conmigo.

—Pero… —La débil protesta de Jayne se desvaneció detrás de nosotras.

Mientras salíamos del aparcamiento de la comisaría, vi una figura alta y delgada junto a la venta de uno de los despachos. Nos estaba observando. Era Ryan Ashburton.

El coche tenía la capota puesta, pero Leslie no parecía que tuviera muchas ganas de hablar. Estaba absorta, mirando lo que ocurría al otro lado de la ventanilla. Sin embargo, yo dudaba de que estuviera disfrutando de las vistas o del bonito día.

Su casa estaba a unos quince kilómetros, en las afueras, en una calle residencial que no quedaba muy lejos de la bahía de Nantucket. Se había construido en la década de 1960 y era una casita pequeña con una gran finca.

Aparqué en el camino de acceso.

—Gracias, Gemma. —Leslie se desabrochó el cinturón de seguridad—. Eres una buena amiga de Jayne.

—Espero que también sea una buena amiga tuya.

Me acarició la mano, abrió la puerta del coche y deslizó las piernas fuera. No me había invitado a entrar con ella, de modo que no me quedaba más remedio que autoinvitarme.

—Me encantaría tomar una taza de té.

—¿Cómo dices?

—Cuando me ha llamado Jayne, he salido corriendo de casa y ni

siquiera me ha dado tiempo de beber un vaso de agua. Menos aún de prepararme un té. Estoy sedienta.

Buenos modales. Me encantan. Vi la lucha que Leslie libraba en su interior reflejada en su rostro. No quería hablar conmigo, pero no podía decirme que me fuera sin más.

Abrí la puerta de mi lado.

—Pasa, Gemma —me dijo—. A mí también me apetece una taza.

La puerta lateral de la casa daba directamente a la cocina. En cuanto la abrimos, acudió a saludarnos un perro, un chucho peludo, baboso y enorme. Le di una palmadita cariñosa.

—Es Rufus —me dijo Leslie—. No dejes que te salte encima.

—¿De qué raza es? —le pregunté mientras Rufus me olisqueaba las piernas al notar el olor de Violet.

—Vete a saber. Puede que tenga algo de caniche. Incluso de labrador o golden retriever. Lo adopté de una protectora. Siéntate, voy a preparar el té.

La cocina estaba impecable. Todo en su sitio, todo limpio, pero el ambiente tenía el inconfundible aire de otra época. El suelo de linóleo se levantaba ligeramente por los bordes, y una mesa redonda de pino con las marcas del paso de los años presidia el centro, rodeada de sillas a juego. Las encimeras eran de formica y, sobre el salpicadero, unos azulejos con molinos holandeses y campos de tulipanes completaban el conjunto. Puede que la decoración fuera anticuada, pero transmitía calidez, una sensación de hogar vivida y real. Nada que ver con la cocina ultramoderna y desangelada de Rebecca Stanton. Aquí una podía sentarse a comer algo caliente y sabroso, mientras compartía risas y una buena conversación.

Me acomodé en una de las sillas de pino. Rufus, ajeno a mis reflexiones, se alejó en busca de Leslie. La cocina no pretendía ser retro; lo era por necesidad. Necesitaba una buena inversión. No me había fijado demasiado en el exterior de la casa, pero recordaba haber visto canalones con goteras, marcos de ventana desconchados, hierbas que crecían entre las grietas del pavimento y tejas sueltas en el tejado del garaje.

Leslie enchufó el hervidor de agua y empezó a trajinar con las tazas, la leche y el azúcar. Yo me dejé llevar por su ajetreo, sin prisas.

—Si no has desayunado, puedo prepararte unas tostadas —se ofreció—. O un huevo duro.

—No, gracias, con el té me basta.

Cuando por fin estuvo listo, Leslie lo sirvió con movimientos mecánicos y, como ya no le quedaban más excusas posibles, se sentó frente a mí con un suspiro.

Rufus se dejó caer a su lado.

—«Dobla, dobla la zozobra» —recité.

—«Arde fuego; hierve olla» —respondió ella sin pensarlo.

—Eso parece. La policía no va a tomar declaración a todos los que estuvieron ayer en el evento. Les llevaría demasiado tiempo. Entonces, ¿por qué tú?

—Es un error —murmuró sin apartar la vista de su taza.

—Cuéntamelo.

—¿Sabes que la policía requisó las cámaras y los móviles de la gente para revisar las fotos de la tarde?

—Confiscaron la cámara de Jayne, la que usé para fotografiar la mesa.

—Alguien me sacó una foto.

—Sigue.

—Una foto mía con Nigel.

—Nigel habló con mucha gente. Estaba allí solo para eso. Así que tiene que haber algo muy particular en esa foto.

Alzó la cabeza. Por primera vez, Leslie me miró a los ojos.

—Nosotros…, él y yo…, estábamos…, íbamos hacia el bosque. Al fondo se ve que el té ya había terminado. Eso significa que fue… poco antes de que él…

—¿Llevabas puesto el delantal en esta foto? —le pregunté.

Volvió a mirar su taza de té.

—¿Qué quieres decir?

—Solo pregunto. ¿Lo llevabas?

—Sí. Fue después de que se quedara en blanco al intentar recordar un fragmento de la obra. Aún no me lo había quitado.

—¿Y a quién se le ocurrió salir a pasear por el bosque? ¿A ti o a él?

—Fue idea mía. Yo… lo admiraba. Como actor, claro. Quería decírselo en privado. Ya habíamos terminado de servir el té. Aproveché la ocasión para contarle cuánto me gusta su trabajo. Se lo dije a la policía. No fue nada del otro mundo. De verdad, no fue nada. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo. Tuve la mala suerte de ser yo la que salió en la foto.

—Querías hablar del pasado. De vuestra época en Broadway. Quizá cerrar algún asunto pendiente entre los dos.

Me miró con sus ojos azules, igualitos a los de Jayne.

—¿Cómo lo…?

—Jayne me contó que habías sido actriz en Nueva York, que tuviste un pequeño papel con texto en una obra de Shakespeare en Broadway, pero dejaste el teatro de forma repentina, volviste a Cabo Cod y te casaste con el padre de Jayne. Era evidente, al menos para mí, que había algún tema pendiente entre Nigel y tú. Se notaba en cómo le dijiste tu apellido de soltera, esperando una reacción. Y en cómo te dolieron sus comentarios sarcásticos, como si te los tomaras a pecho. Sois de la misma generación, aunque tú seas algo más joven. Leí el otro día que él actuó en Broadway a principios de los ochenta. Interpretó a Macduff en una versión muy aclamada de *Macbeth*, una obra que tiene pocos papeles femeninos con texto. Tres, concretamente: las brujas.

—«Algo perverso se acerca…» —murmuró. Giró la taza que tenía en las manos—. Jayne dice que eres muy lista.

—Solo sé interpretar dos datos evidentes, nada más.

—¿Por qué me preguntaste por el delantal?

—Me pareció ver que estaba roto. Quería saber cuándo había pasado.

No había visto el desgarrón. Ni siquiera la había visto a ella desde el momento en que la observé sentada con Nigel en el patio, aún

con el delantal puesto, hasta que apareció junto con el grupo en el acantilado, ya sin él. Tomé un sorbo de té y esperé.

Tardó en responder.

—Debió de desgarrarse con una rama o algo así. No me di cuenta hasta que volví a la casa para prepararme antes de irme.

Se estremeció. Y, entonces, empezó a hablar, como ya sabía que acabaría haciendo si esperaba lo suficiente.

—Tienes razón, Gemma. Nigel y yo… Durante la representación de *Macbeth* lo consideré mi novio. Yo interpretaba a la tercera bruja. Tuve una suerte enorme al conseguir ese papel. Era la primera vez que actuaba en una producción importante. No te imaginas lo emocionante que fue. Todos mis sueños se habían hecho realidad. Y, encima, me enamoré de Nigel. Lo mejor de todo era que él, el gran Nigel Bellingham, también se había enamorado de mí. Aún no lo habían nombrado caballero, pero tras *Guerras de Roma* se hizo muy famoso. ¿Podía haber algo más perfecto? —No me molesté en contestar. Leslie resopló—. Claro que sí. Sabía que estaba casado, pero me dijo que estaban en trámites para divorciarse. La frase que toda joven actriz deslumbrada por la fama desea escuchar. Un día, su mujer apareció por sorpresa en Nueva York. «¡Sorpresa, cariño!». Por aquel entonces estaba casado con Georgette Raeburn, que estaba rodando una película en Marruecos. Se puso a llover a cántaros en pleno desierto, se inundó el plato y tuvieron que interrumpir el rodaje, así que Georgette aprovechó para subirse a un avión y plantarse en Nueva York para ver a su querido Nigel.

—No había ningún proceso de divorcio en marcha.

—No. Georgette se presentó en el teatro durante la función del domingo por la tarde. Nigel montó un numerito de lo más entusiasta. Me ignoró por completo. Al principio, creí que fingía, que estaba disimulando delante de Georgette para que no montara una escena. Pero al día siguiente no me dejó entrar en su camerino. Ni siquiera contestaba al teléfono cuando llamaba. Estaba desesperada. Necesitaba saber qué estaba pasando, que me dijera que me quería y que lo nuestro iba en serio. Macduff no tiene escenas con las

brujas, así que ni siquiera coincidíamos entre bastidores. Algún miembro del reparto o del equipo me lanzaba miradas entre cómplices y burlonas al pasar, pero pensaba que era por envidia. Hasta que una noche descubrí adónde iban a cenar Nigel y Georgette después de la función con los actores principales y los productores.

Se le fue apagando la voz.

—Los seguiste.

Asintió con la cabeza.

—No puedo creer que fuera tan joven e ingenua. Tan tonta. Mi plan era llegar cuando ya estuvieran sentados y pedir al *maître* que le dijera a Nigel que había recibido una llamada por teléfono. Era aquella época…, parece que fue en otra vida…, en la que todavía no había teléfonos móviles. Cuando Nigel me viera esperando, pensé que confesaría que me amaba, que me diría que todo era una farsa con Georgette y que, en cuanto ella volviera a Marruecos, estaríamos juntos. Pero Nigel no salió. En su lugar mandó a Georgette. Habría sido menos cruel si se hubiera puesto furiosa. Pero no. Se rio de mí. Me dijo que Nigel tenía la costumbre de conquistar a actrices tontas cuando estaban separados, pero que la mayoría sabía cómo funcionaba el juego. Le pareció graciosísimo.

Derramó una lágrima, que se deslizó por la mejilla. No hizo ademán de secársela.

—Desde entonces se ha casado varias veces —comenté—. Supongo que aquel juego terminó pronto.

—Oh, sí. Lo último que supe de Georgette es que se había casado con un conde y ahora es *lady* algo. No creo que el teatro o el cine hayan perdido gran cosa.

—¿Llegaste a terminar la función?

—No. Como tantas actrices tontas antes que yo, esa noche me pasé horas caminando, pensando en tirarme al East River después de dejar una nota dramática escondida bajo una piedra. Pero al final me fui de Nueva York al día siguiente y volví a casa.

—Porque estabas embarazada.

Me miró fijamente.

—¿Cómo lo has sabido?

—Eso ocurrió hace treinta y cinco años, pero ahora tienes una buena vida —dije, abarcando con los brazos la cocina, la casa, West London—. Tienes hijos maravillosos; Jayne al menos es espléndida, a tu hijo no lo conozco. Por lo que ella me ha contado, tuviste un matrimonio feliz antes de que muriera tu marido, pero basta con pensar en lo que ocurrió con Nigel para que se te salten las lágrimas. Nos ha pasado a todas. Relaciones desastrosas, hombres desastrosos. Yo dejé a mi marido hace cinco años: un vago, un infiel y un inútil. Pero lo superé. Hace unos meses acepté su solicitud de amistad en Facebook, aunque me sorprendió que quisiera tener una relación virtual. Si todavía estás dolida por lo que pasó entonces, solo puede ser porque había algo en ti que te impidió olvidarlo y pasar página.

Eché cuentas mientras hablaba. Jayne tiene treinta y dos, como yo. La función de *Macbeth* terminó hace treinta y cinco años. Nigel Bellingham no era el padre de Jayne, lo cual era todo un alivio. No era un secreto con el que quisiera cargar. Sin embargo, Jayne tiene un hermano mayor.

El perro percibió el desasosiego de Leslie. Se incorporó y apoyó la enorme cabeza en su regazo, mientras Leslie lloraba en silencio. El torrente de lágrimas que le surcaban las mejillas era constante. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz.

—Él no lo sabe.

—¿Tu difunto marido?

—No. Me refiero a Jeff, mi hijo. Estaba embarazada de Jeff cuando me casé con Rick, que sabía que no era suyo. Le conté mi historia con Nigel. Siempre dijo que no le importaba. Fue un buen marido y un buen padre. Más de lo que yo merecía.

—No digas eso —repliqué con firmeza—. No hiciste nada malo. Lo que ocurre es que te hicieron mucho daño. ¿No volviste a tener contacto con Nigel?

Negó con la cabeza.

—Nunca. Rick y yo habíamos salido en el último año de instituto. Él quería que siguiéramos juntos, que esperáramos unos años para casarnos, pero yo estaba convencida de que me esperaban cosas más grandes que casarme con un chico de West London. Lo dejé al verano siguiente, justo después de graduarnos. Rick se fue a la universidad a estudiar empresariales, y yo me entregué al teatro. Cuando volví a West London, embarazada, avergonzada y hundida, nos reencontramos. Rick seguía enamorado. Quería casarse conmigo. Y yo —esbozó una sonrisa— descubrí, mira tú, que también seguía enamorada de él. Fuimos muy felices juntos.

—Y, entonces, años después, Nigel, ahora sir Nigel, llega a West London.

—La manzana podrida. No me malinterpretes, Gemma. Ya no sentía nada por Nigel. No tenía intención de proponerle que huyéramos juntos para vivir felices y comer perdices. Quizá solo quería que reconociera que me había hecho daño. No pensaba decirle nada de Jeff. ¿Para qué? Pero si al menos hubiera dicho «Me alegro de volver a verte, Leslie, estás tan guapa como siempre», me habría bastado. Al principio no me reconoció. El tiempo no pasa en vano para nadie, ¿verdad? Algunos envejecen mejor, y otros tienen mejor memoria. No me molestó. Fui a verlo durante el té, antes de que llegaran los demás invitados, y le dije quién era. Ni siquiera entonces me recordó. Ni se molestó en fingir. Puso una mueca de desprecio y dijo algo como: «Una entre tantas».

—No era un buen tipo.

—Me sentí herida, Gemma. Todo el dolor, toda la miseria que me había causado aquel hombre volvió de golpe. Lo abordé después de que hiciera el ridículo en el té. Le dije que teníamos que hablar y le exigí que me escuchara. Estaba borracho, eso se notaba a la legua. Lo vi tal cual era, un desastre de hombre, pero aun así quise que reconociera que yo no era una más del montón.

No fue capaz de mantener la compostura y rompió a llorar. Sollozos entrecortados, un llanto incontenible. Bebí un sorbo de té y esperé en silencio a que se calmara.

Cuando al fin se sonó la nariz y se limpió la cara, prosiguió:

—No pensaba decir nada sobre Jeff. Ni siquiera me lo había planteado. Pero lo hice. Se lo solté. Le dije que tenía un hijo. Su único hijo. Y que nunca lo conocería. Imagino que entenderás por qué quise llevarlo al bosque, lejos de oídos indiscretos. Sobre todo de ese hombrecito extraño que no se separaba de él ni un segundo.

—Gerald, el asistente.

Leslie asintió.

—Nigel y yo nos adentramos en el bosque. Hacía fresco y reinaba una calma agradable. Escuchó lo que le dije y pareció que se le pasaba la borrachera delante de mis ojos. Me dijo que no había tenido una buena vida. Cuatro matrimonios, demasiadas aventuras, ningún hijo. Sus padres hacía ya tiempo que habían muerto y no se hablaba con su única hermana. Ahora, al final de su vida, no le quedaba nada. Una carrera en decadencia, sin esposa, sin familia, ni siquiera el respeto de sus colegas. Me dio pena.

—No debiste sentirla —dije—. Logró convertir tu historia en una sesión de autocompasión.

—Jayne también dice que eres muy directa.

—Cuando hace falta. Y, ya que estamos, voy a serlo aún más. ¿Lo empujaste por el acantilado?

—No, Gemma, claro que no. Caminamos por el bosque en dirección al mar. Recuerdo que me enganché en los arbustos varias veces, supongo que fue entonces cuando se me desgarró el delantal. Nos quedamos mirando el mar y cómo subía la marea. Le dije que mi hija me estaba esperando y él respondió que se alegraba de haber hablado conmigo. También me pidió perdón. Le dije que no hacía falta. Me fui a casa y lo dejé allí, solo, junto al acantilado.

—¿Llevaba puesto el pañuelo cuando lo dejaste?

—No. Se lo quitó mientras caminábamos y lo llevaba en la mano. Dijo que tenía calor. La última vez que lo vi, aún lo tenía.

—¿Viste a alguien más en el bosque? ¿Alguien que hubiera salido a dar una vuelta?

—No. La verdad, si llega a pasar una manada de elefantes en

estampida, no me habría enterado. Estaba completamente absorta.

Y la creí. No sabría decir por qué, pero su historia me resultaba verosímil. Leslie había hecho las paces con Nigel y lo había dejado solo en el acantilado. Si las cosas no hubieran acabado bien, si hubieran discutido, me lo habría contado. Puede que no me confesara haberlo matado, pero habría querido que supiera que tenía motivos para hacerlo.

—¿Le has contado todo esto a la policía?

—¿Mi vida entera? No. Me he limitado a decir que admiraba su trabajo y quería decírselo en persona. Que le había dicho que había participado en una obra suya hacía muchos años y que salimos a dar un paseo para alejarnos un poco de la fiesta y rememorar viejos tiempos.

Se removió en la silla y volvió a mirar su taza, ya con el té frío.

—Eso puede considerarse una omisión de datos no relevantes. Pero ¿qué mentiras les dijiste?

Guardó silencio un buen rato y, al final, lo admitió:

—Les dije que no llegamos a acercarnos al acantilado. Que hablamos solo un momento y que, como yo tenía que volver, Nigel se adelantó para disfrutar de las vistas desde allí.

—Eso ha sido un error —le advertí—. No mientas a la policía. Puedes decidir callarte ciertas cosas, pero mentir, nunca.

Leslie era tan mala mentirosa como su hija.

—¿Vas a decírselo?

—Es poco probable que me pregunten.

Yo, por el contrario, soy una mentirosa excelente. Pero intento no abusar.

—Si llegaran a hacerlo, y si hay alguna forma de ocultarlo, preferiría que no contaras nada. Sobre Jeff, quiero decir. Ni sobre mi boda precipitada con Rick.

—Eso me lo guardo, te lo prometo.

No me corresponde decir a la policía cómo debe hacer su trabajo, y menos aún cuando dejan claro que no quieren mi ayuda. Leslie no me habló de su embarazo hasta que yo lo deduje. Que hagan lo

mismo ellos. Ryan podría hacerlo, dadas las circunstancias. Estrada lo dudo. Ella era más de ir al grano.

—Gracias por el té —dije y me levanté.

Leslie me acompañó hasta la puerta de la cocina. Me incliné para abrazarla y, de repente, se convirtió en una mujer frágil. Al separarnos, tenía los ojos otra vez húmedos.

—No te preocupes —dije—. Todo saldrá bien.

—Pensaba en Nigel. Pobre. Lo quise, Gemma, no puedo fingir que no. Pero él quería demasiado. Lo quería todo. Y acabó sin nada. Qué final tan triste. Tristísimo…

Acarició la cabeza de Rufus y el perro se pegó aún más a su pierna, ofreciéndole consuelo.

Capítulo Ocho

Nunca había tenido mascota hasta que el tío Arthur apareció un día con un cachorro de cocker spaniel de seis semanas, inquieta como una diablilla. En mi casa, de pequeña, nunca hubo animales porque mi madre es muy alérgica y, cuando estaba casada y vivía en Londres, apenas teníamos tiempo ni espacio para cuidar de algo más grande que un ratón. Y los roedores no me gustan especialmente.

Nunca había entendido la fascinación por las mascotas. Unas criaturas bobas que nunca maduran, siempre reclamando atención, que hay que alimentar, sacar a pasear, llevar al veterinario… y todo el gasto que conllevan. Las llamaba «accesorios emocionales» para gente necesitada de afecto.

Pero el día que Violet me miró con sus ojos castaños, meneó la cola y me lamió la mano, entendí por fin de qué iba todo aquello.

Una ventaja de tener perro, descubrí, es que los paseos largos son perfectos para pensar. Al volver de casa de Leslie, descarté la idea de darme un baño y, en lugar de eso, preparé lo necesario para el desayuno dominical que aún no había tomado y saqué a Violet a caminar.

Mientras ella olisqueaba arbustos, se adelantaba todo lo que le permitía la correa o intentaba cruzar la calle para saludar a Jack Russell, que tiraba con fuerza de la suya, repasaba mentalmente todo lo que me había contado Leslie. En un principio, había

descartado la posibilidad de que Nigel se hubiera arrojado por el acantilado. No parecía alguien capaz de suicidarse, aunque tampoco sabía cuál era el tipo de persona capaz de hacerlo. Sin embargo, ahora empezaba a planteármelo. Había bebido demasiado y Leslie lo había dejado allí, triste, abatido, lamentándose de su suerte. ¿Y si había decidido ponerle fin a todo con un salto espectacular al mar?

«Es posible», pensé.

Sin embargo, no podía presentar esa teoría a la policía. Según lo que Leslie les había contado, Nigel y ella habían tenido una charla agradable recordando viejos tiempos, y él se había marchado tan tranquilo cuando ella volvió a la casa. Si yo decía que eso no era cierto, tendría que explicar cómo lo sabía. Y eso supondría traicionar la confianza de Leslie.

No estaba dispuesta a hacerlo. Al menos por ahora.

El móvil sonó justo cuando Violet y yo doblábamos la esquina de nuestra entrada. Al ver que era Jayne, el corazón me dio un vuelco. Temí que esta vez la policía hubiera detenido a su madre de verdad.

—¿Qué ha pasado ahora?

—¿Pasado? Nada. Nada nuevo, que yo sepa.

Solté un suspiro de alivio.

—Me alegro. ¿Qué ocurre?

—¿Estás en casa?

—Acabo de volver de pasear a Violet y estoy deseando prepararme el desayuno que no he podido tomar esta mañana porque he tenido que salir corriendo.

Salchichas, huevos, tomate con champiñones y tostadas con mermelada. Una delicia. Como guiño a la alimentación sana, las salchichas eran de pavo, no de cerdo; los huevos serían revueltos, no fritos; el pan lo haría en la tostadora, no en la sartén, y el tomate y los champiñones los saltearía en aceite de oliva. Pero seguía siendo un desayuno inglés como mandan los cánones. El capricho dominical que me daba de vez en cuando.

—Necesito que vayas a casa de Rebecca —me pidió Jayne.

—¿Para qué?

—Me ha llamado Estrada y me ha dicho que ya han terminado allí y no van a analizar las teteras ni las fuentes que usé, así que puedo pasar a recogerlas. También me ha dicho que varios testigos han declarado que Nigel no comió ni bebió nada que le sirvieran solo a él. Menos mal. Seguro que se te ha olvidado que habías prometido traer tus propias teteras para que pudiera usarlas, ¿verdad?

—Para nada —mentí—. Las tengo junto a la puerta, listas para llevar.

—Sin embargo, por desgracia no podemos recuperar las vajillas de Holmes. Como a Nigel le sirvieron con una de esas, siguen en el laboratorio a la espera de análisis. No quiero ni pensar en los productos químicos que estarán echando en mis platos y tazas.

La situación había dado un vuelco. Tal como iba la mañana, no iba a tener tiempo de prepararme ese desayuno estupendo y disfrutarlo con la prensa británica de internet antes de vestirme para el trabajo y salir hacia la tienda.

—¿No puedes ir tú cuando cierre el salón de té?

—No quiero dejar mis cosas allí ni un minuto más. Tú tienes coche. Son poco más de las diez, te da tiempo antes de venir a trabajar.

Entré en la cocina. Violet se fue directa a su cuenco de agua y yo me quedé mirando la *mise en place* del desayuno. La salchicha estaba sobre la encimera, junto a dos huevos extragrandes, un tomate maduro y carnoso y un buen puñado de champiñones blancos. El pan era el currusco de una *baguette* crujiente, hecha por la propia Jayne.

—Gracias por llevar a mi madre a casa —dijo Jayne—. Las dos estábamos muy afectadas. No sé por qué tuvieron que montar tanto espectáculo, pero al menos ya ha pasado. Estrada me ha dicho que quiere hablar conmigo. Le dije que estaba ocupada, pero que tenía un hueco después de la hora punta del almuerzo si no le importaba hablar en la cocina. ¿A ti cuándo te van a tomar declaración?

Vacilé. No me parecía buena señal que nadie me hubiera llamado todavía.

—¿A qué hora has quedado con Estrada?

—A la una y media.

—Quiero estar presente. No empieces sin mí, digan lo que digan.

Pensaba llegar antes, por si Estrada intentaba pillarla sola con alguna treta.

—Vale. Nos vemos luego. —Colgó sin darme opción a decirle que no pensaba ir a buscar sus cacharros.

Volví a guardar las salchichas y los huevos en la nevera, me metí en la ducha y me vestí para ir a la tienda. Si me ponía a hablar con Rebecca, no tendría tiempo de volver a casa antes de abrir.

Aparqué junto a la puerta de la cocina en la gran casa con vistas al mar. No vi coches en la entrada, pero todas las puertas del garaje estaban cerradas. Llamé al timbre. Golpeé con la punta del pie y volví a llamar. El sonido metálico del timbre retumbó en el interior. Estaba a punto de rodear la casa para llamar a la puerta principal cuando por fin abrieron.

—Perdona —dijo Rebecca—. Después de todos estos años, aún no distingo el sonido de cada timbre de la casa. Supongo que Jayne te ha enviado a recoger el resto de tus cosas.

Vestía el uniforme veraniego típico de una señora acomodada de Cabo Cod: pantalones blancos pirata, camiseta de rayas azules y blancas y montones de joyas de oro. Iba descalza, con las uñas de los pies pintadas de rosa pálido.

Se hizo a un lado y me invitó a entrar. Antes de irnos ayer, habíamos dejado la cocina tal como la encontramos: impecable, como si nunca la hubieran utilizado. Las cajas estaban apiladas junto a la puerta, justo donde las había dejado. La única señal de que alguien vivía allí era un bote de leche desnatada sin abrir, colocado junto a la cafetera. Al verlo, Rebecca se apresuró a guardarlo. Al abrir la puerta del frigorífico, pude entrever tres cuartos de una *pizza* envuelta en film transparente, solitaria en un estante.

—Tienes una casa preciosa —dije con cortesía—. Espero que no te importe, pero, ayer, mientras buscaba el baño, vi unas piezas de vidrio preciosas. ¿Son de Chihuly?

Sonrió.

—¿Conoces la obra de Dale?

Dale. Como si fueran íntimos. Bien podía serlo.

—La conozco, sí. He estado en el Centro Chihuly de Florida. Es una maravilla.

—¿Te apetece una visita rápida?

—Si tienes tiempo, me encantaría —respondí como si no hubiera estado buscando la invitación desde que entré.

No sabía muy bien qué esperaba encontrar en casa de Rebecca. Probablemente nada. Pero nunca estaba de más echar un vistazo a los alrededores del escenario de un crimen, por si a la policía se le había pasado algo por alto.

Me llevó desde la cocina al salón familiar. Era una casa preciosa, decorada con gusto exquisito, muebles caros y unas vistas insuperables, pero tenía ese aire de perfección que la hacía fría, impersonal, como si en realidad nadie viviera allí.

Pasamos a la biblioteca y nos detuvimos unos segundos, en silencio, admirando una lámpara de araña de tonos verdes y azulados.

—Es como una luz viva —dije.

Sonrió con entusiasmo.

—Exacto. Tengo otra en el recibidor principal. Es más grande, pero creo que esta es mi favorita. Es como si hubiera metido el océano dentro de casa. Mi difunto marido compró las primeras piezas y, desde su muerte, he tenido la suerte de poder seguir ampliando la colección. Ya sabes cómo es Dale: le gusta lo grande. Lo grande y lo exuberante. Tal como es él. La mayoría de sus obras son enormes, pero de vez en cuando hace objetos más pequeños. Como este…

Dejó la frase a medias.

Estábamos frente a la vitrina. El cuenco grande que había admirado el día anterior, ese que recordaba el interior de una concha marina, seguía allí. La pequeña pieza que la acompañaba, no. Tampoco estaban los dos «besos» de cristal.

El rostro de Rebecca era todo un poema.

—Es posible —aventuré— que algún invitado los cogiera para verlos más de cerca y luego los colocara en otro lugar.

Pero bastó un vistazo rápido para saber que no era probable. Todo en aquella sala, como probablemente cada detalle en la vida de Rebecca, era un paradigma de orden. Los libros perfectamente alineados por nombre del autor, las alfombras paralelas a las paredes, el tronco de la chimenea colocado justo en el centro.

Aun así, me aseguré. Abrí armarios y solo encontré copas y decantadores de cristal tallado, botellas de licor, papel de carta, bolígrafos, sobres y un iPad con funda de cuero morado. Ni rastro del cuenco desaparecido ni de los ornamentos de cristal.

Rebecca se dejó caer en uno de los sillones orejeros.

—Lo han robado.

—Una versión más pequeña de ese cuenco y dos piezas de cristal con forma de besos de chocolate. Me fijé en ellas ayer.

Asintió.

—¿Puedes servirme una copa, por favor, Gemma? Hay *whisky* en ese mueble. Mi difunto marido siempre decía que un buen trago ayuda a serenar los nervios.

Saqué la botella de Laphroaig, un vaso pesado de cristal tallado y se lo serví con cuidado.

—¿Con hielo? ¿Agua?

—Una gota de agua realza el sabor —respondió—. Gracias.

Fui a la cocina y llené un vaso con agua del grifo. No me gustaba dejarla sola sin haber registrado bien la habitación, pero tampoco podía negarme a servirle un poco de agua. Al volver, seguía sentada tal y como la había dejado. Le tendí el vaso y lo hizo girar entre los dedos, con las uñas pintadas e impecables, hipnotizada por los reflejos ahumados del licor.

—¿Falta algo más? —pregunté.

—No que yo haya visto. Al menos en esta habitación. Tendremos que revisar el resto de la casa. En el salón tengo piezas muy bonitas.

—El iPad sigue aquí.

—Quizá el ladrón solo buscaba obras de arte.

Soltó un suspiro y tomó un sorbo.

—Me parece increíble que abriera mi casa con fines benéficos y alguien viniera a robarme.

—Tal vez aparezcan más tarde —dije, aunque me parecía improbable.

Rebecca apuró la copa de un trago y dejó el vaso en la mesa, con un golpe seco. Se puso en pie.

—Llama a la policía. Voy a revisar el resto de la casa.

No llamé al 112. Tecleé un número que me sabía de memoria.

—Gemma. Qué sorpresa —dijo Ryan—. ¿Qué pasa?

—Estoy en casa de los Stanton y parece que se ha producido un robo —dije, siguiendo a Rebecca a paso rápido—. Será mejor que vengas. Sé que estás ocupado con lo de la muerte de Bellingham, pero, si esto pasó ayer durante el té, podría estar relacionado.

Por suerte, Ryan no preguntó «¿Estás segura?».

—Voy para allá —respondió.

Tampoco se molestó en decirme que no tocara nada. Primero, porque no hacía falta. Y, segundo, porque habría sido en vano. Iba a tocar lo que yo quisiera, gracias, y no tocaría lo que no deseara. Él también lo sabía.

Atravesamos el comedor, que conectaba con la cocina por otra puerta, seguimos por el pasillo y entramos en el salón. Mis gustos coincidían con los de Rebecca. Por muy bonita que fuera la lámpara de araña roja y dorada del recibidor, no tenía el encanto de la que había en la biblioteca, algo más pequeña. Los cuadros, en su mayoría acuarelas de marinas, parecían originales y caros. Estaban colgados perfectamente rectos, como si alguien los revisara con plomada cada mañana. No había espacios vacíos ni clavos sueltos que indicaran que allí hubiera algo. En una mesita, junto a la puerta principal, descansaba una pequeña estatua de bronce de una mujer sentada en un banco de jardín con un libro. Era lo bastante pequeña como para caber en un bolso. Me llamó la atención que no la hubieran cogido. O bien el ladrón no había llegado tan lejos en la

casa, o solo Ir interesaba Chihuly.

Rebecca se quedó de pie en medio del salón, decorado en tonos crema con detalles dorados, y miró a su alrededor. Yo me puse las manos en los bolsillos nada más salir de la biblioteca. No había estado en ninguna otra habitación el día anterior y no quería arriesgarme a dejar huellas nuevas.

Interpreté su expresión:

—No falta nada más.

—No que yo vea.

—¿Después de la fiesta notaste que faltara algo más?

—No sabría decirlo. Estaba agotada cuando se marcharon los últimos invitados y los agentes. Si no llegas a pedirme que te las enseñara, quizá habría tardado varios días en darme cuenta de que faltaban. No suelo entrar en la biblioteca. Era más bien la habitación de Ron.

—¿Tuviste alguna visita después de que nos fuéramos ayer?

—No. Pedí una *pizza* para cenar, pero fui yo quien abrió la puerta al repartidor.

—¿Ha venido tu asistenta esta mañana? Parece que la casa se ha limpiado después de la fiesta. Nosotras solo recogimos la cocina.

Me lanzó una mirada.

—Los domingos no viene. Y no me parece que la casa esté más limpia de lo normal.

Estaba muchísimo más limpia de lo que era habitual en la mía. Rebecca era una maniática del orden y no se quedaba de brazos cruzados esperando a que viniera alguien a ayudarla. No creía que esa información fuera a servir de mucho, pero la almacené en mi archivo mental por si acaso.

—¿Qué valor calculas que tienen las piezas que faltan?

Se encogió de hombros.

—No me importa su valor, Gemma. Tenían un significado especial para mí.

—Puede que a ti no, pero a la policía sí. Y al ladrón, desde luego.

—Los dos cuencos formaban un conjunto. Veinte mil. —Hizo un

gesto vago con la mano y casi me atraganto—. O por ahí. Supongo que el pequeño vale bastante menos sin su pareja. ¿Los besos? Unos diez cada uno.

—¿Diez mil dólares por esos dos objetos? Vaya.

Me dedicó una sonrisa forzada.

—Diez dólares, Gemma, no diez mil. Esos no son de Dale. Los compré porque me gustaban. Tenía cuatro y regalé dos a mis sobrinas, que me dijeron que les encantaban.

—Puede que nuestro ladrón, si es que hubo uno, no lo supiera. O que se los llevara, como tú, porque le hicieron gracia.

Los ventanales del salón daban a la entrada. Algo se movió, me acerqué corriendo a la cortina y vi que un coche de la policía aparcaba frente a la casa.

Rebecca los recibió en la puerta. Ryan venía con la detective Estrada, que no puso muy buena cara al verme detrás de Rebecca. Y con razón. A mí tampoco me entusiasmaba verla a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Estrada.

—He venido a recoger nuestros platos, y Rebecca ha tenido la amabilidad de ofrecerme una visita guiada por su colección de arte —respondí con delicadeza—. Ha sido entonces cuando se ha dado cuenta de que faltaban algunas piezas.

—Tiene sentido —dijo Ryan.

Estrada guardó silencio.

—Por aquí, por favor —indicó Rebecca.

Atravesamos la casa hasta la biblioteca. Señaló el hueco va cío de la vitrina con gesto teatral. Ni siquiera había una marca en el polvo que indicara dónde habían estado las piezas.

Rebecca explicó a la policía qué faltaba y que ya habíamos hecho un primer registro de la sala.

—¿Está segura de que el cuenco pequeño y las figuritas estaban aquí ayer, antes de que llegaran los invitados al té? —preguntó Ryan.

—Yo misma los vi —dije.

—Ah, ¿sí? —murmuró Estrada—. Qué casualidad.

—No tiene nada de curioso. —Me esforcé por mantener la calma

—. Me gustó la casa y me tomé un momento para curiosear. Me encantan las bibliotecas clásicas como esta. Me llamó la atención la lámpara de araña y entonces vi las esculturas de cristal.

—¿Y dedicaste mucho más tiempo a curiosear? —preguntó Estrada.

—No. Tenía trabajo. Y no me corresponde a mí decirte esto, detective, pero lo haré: si yo hubiera robado las piezas, es bastante improbable que fuera yo misma quien alertara a Rebecca de su desaparición.

—No sería la primera vez que alguien hace justo eso para despistar —replicó.

Miré a Ryan. Una vez me había dicho que me «pasaba de lista».

—Estoy de acuerdo en que sería muy poco probable —dijo él.

—Gracias —añadí, y no pude evitar lanzarle una mirada a Estrada. Puede que incluso le dedicara una sonrisa de suficiencia. Algo que, muy probablemente, no fue buena idea.

—Enviaremos al equipo de huellas —dijo Ryan—. Tendré que pediros que no entréis en esta habitación hasta que hayan terminado.

Levanté las manos.

—Ya he admitido que he estado aquí. Puede que tocara el cuenco ayer y que al buscar por la sala levantara objetos y abriese cajones. También le serví una copa a Rebecca, a petición suya. —Señalé la botella de Laphroaig y el vaso que seguía en la mesita.

—Qué coincidencia —murmuró Estrada, devolviéndome la sonrisa.

—Haz la llamada, detective —dijo Ryan—. ¿Anoche hubo algún tipo de seguridad, señora Stanton, mientras duró la fiesta?

Rebecca negó con la cabeza. No se le movió ni un pelo.

—Nunca lo he considerado necesario… He organizado varias fiestas en el jardín a lo largo de los años… Quiero decir, los invitados, la mayoría al menos, son amigos. Personas respetables de la comunidad. No son de esa gente que…

—De esa gente que se lleva una pieza de arte rara y valiosa

como quien se mete una servilleta en el bolso —dije—. Un ladrón común se habría llevado tecnología o joyas. ¿Has comprobado que no te falte ninguna esta mañana?

Se llevó las manos instintivamente a los pendientes de aro que llevaba puestos.

—No he notado que falte nada. Me habría dado cuenta al vestirme, te lo aseguro. Mis joyeros están bien organizados, igual que mis armarios. No he visto señales de que nadie haya estado arriba.

—Así que cualquiera de los invitados podría haber entrado —afirmó Estrada.

—Las puertas no estaban cerradas. La gente podía usar el baño.

—Que, por cierto, está justo al lado de esta habitación —añadí.

—Gemma tiene razón —dijo Ryan—. Es poco probable que quien haya hecho esto tenga antecedentes. Pero nunca se sabe. Siempre puede haber alguien con un historial de cleptomanía.

—¿Eso crees? —pregunté—. ¿Un coleccionista con los dedos demasiado largos?

—En tal caso, no tiene nada que ver con la muerte de Bellingham —dijo Estrada—. Esto podría haberlo gestionado un agente cualquiera. ¿Hemos terminado ya, detective Ashburton?

Me abstuve de recordarle a la amable detective que «es un error garrafal teorizar sin disponer todavía de todas las pruebas. Desvirtúa el juicio». Sin haber examinado las pruebas disponibles ni esperar a que aparecieran nuevas, Louise Estrada ya había decidido que el robo no guardaba relación alguna con la muerte de Nigel Bellingham. A partir de ahora, cualquier indicio que apuntara en otra dirección le parecería irrelevante.

Por suerte, Ryan no tenía tanta prisa.

—¿Dices que el cuenco robado era idéntico a este? —preguntó, señalando la pieza que quedaba.

—Sí, pero más pequeño. Obviamente, el ladrón no se llevó el grande porque no le cabía en la bolsa y no podía salir con él en las manos como si nada.

Pensé en el día anterior. ¿Había visto bolsas grandes? Algunas mujeres llevaban bolsas de tela, pero la mayoría tenían bolsos pequeños. El de Renee era lo bastante grande como para ocultar tanto el cuenco grande como el pequeño. Claro que también estaban todos los utensilios de cocina. Bastaba con meter las piezas en una caja del *catering* y recuperarlas después, aunque eso también tenía sus riesgos: cualquiera podía haber abierto la caja para buscar o guardar algo dentro.

La mayoría de los hombres en la fiesta eran mayores, de los que no llevan bolso. Pero había dos que sí llevaban. El tipo de los pantalones cortos rosa y el moño tenía una bandolera marrón. Gerald, su inseparable cartera de cuero.

Amplié la imagen de la cartera mentalmente. Cuando llegó con Nigel, parecía plana, como si no contuviera más que unos cuantos papeles. Pero después, cuando andaba revoloteando a su alrededor tras el fiasco de la lectura…, sí, entonces tenía un pequeño bulto.

—Gerald Greene lleva una cartera de cuero bastante grande —comenté—. Ayer, después de que encontraran el cuerpo de sir Nigel, cuando volví a la casa, lo vi doblando la esquina. Me dijo que había estado un buen rato al teléfono con su madre, que se encuentra en Inglaterra. ¿Le preguntasteis dónde estuvo después del té?

—Lo hicimos. No mencionó ninguna llamada. Dijo que no había vuelto a ver a su jefe desde el final del té. Lo comprobaré; gracias, Gemma. Tenemos su número. —Ryan sacó con su móvil una foto del cuenco que quedaba—. ¿Estaban aseguradas las piezas, señora Stanton?

—Sí. La aseguradora tiene fotos de todas las piezas valiosas. Los besos no lo eran, así que no tengo imágenes de ellos.

—Miden unos cuatro centímetros. Uno es de cristal transparente con espirales blancas en el interior y destellos dorados. El otro, azul turquesa con vetas blancas.

—Tienes muy buena memoria, Gemma —afirmó Estrada.

—Será porque los admiré, como creo haber dicho antes.

Ryan guardó el teléfono.

—Si nota que falta algo más, señora Stanton, llámeme. Mientras tanto, no se acerque a esta habitación y no toque nada hasta que el equipo de huellas haya terminado.

—Gracias, detectives —dijo Rebecca.

—Voy a recoger lo que venía a buscar y me marcho —añadí—. Ya me sé el camino.

Fui a la cocina, salí por la puerta trasera y rodeé la casa a toda prisa. Estaba escondida tras los setos perfectamente recortados justo cuando se abría la puerta principal y Ryan y Estrada salían. Se despidieron de Rebecca, que cerró la puerta. Los policías se dirigieron al coche y Ryan se puso las gafas de sol.

—Te estás equivocando —dijo Estrada—. Estás perdiendo el tiempo con un robo menor. Te lo repito: Leslie Wilson oculta algo. Hay que presionarla. Se vendrá abajo como un castillo de naipes. En el pasado ya te han dicho que mantengas las distancias con esa inglesa entrometida. No entiendo por qué no ves…

Se metió en el coche, dio un portazo y no oí nada más.

Capítulo Nueve

Llevar un negocio interfiere con las labores detectivescas. No es que sea detective, ni que quiera serlo, pero a veces da la impresión de que no puedo evitarlo.

Hoy, sin embargo, no tenía previsto que se me abriera ningún frente en ese sentido hasta la noche, así que traté de concentrarme en la tienda.

Cuando la policía se marchó y salí arrastrándome de los setos, quitándome ramitas del pelo, volví a por las cosas de Jayne, las cargué en el coche, regresé al pueblo, descargué la caja… y eran ya las doce y media. Iba a abrir tarde.

Moriarty me recibió con su habitual bufido y mostrándome sus dientes afilados.

—Muy buenos días para ti también —le dije.

Arqueó el lomo y escupió. Yo soy quien le da de comer, pero eso no le impide manifestar su hostilidad sin disimulo.

Al abrir la puerta, vi a Maureen al otro lado de la calle, mirando el reloj. No tenía la menor duda de que iba a denunciar esta pequeña infracción a la asociación de comerciantes de Baker Street, como si me hubieran pillado traficando con drogas en la trastienda. Otra persona a la que no le caía bien. Estaba rodeada de enemigos.

Bueno, tal vez rodeada fuera una exageración. La primera clienta del día había estado allí justo el día anterior y se había llevado dos novelas de Anthony Horowitz.

—A mi hermano le encantó el regalo —me dijo—. Le prometí que volvería a por más. —Rondaba los cincuenta, era risueña, vivaracha y algo rellenita, con ojos chispeantes y una sonrisa enorme. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha, un poco caído por un lado, bermudas rojas y una camiseta chillona estampada con flores rosas —. Pero, antes, ¿dónde está ese gato tan adorable? ¡Ah, aquí estás, cosita linda!

Cogió a Moriarty en brazos. Si lo intentara yo, acabaría pidiendo una ambulancia. Con ella, ronroneó y le lamió la mano. Lo mimó un rato y luego lo dejó en el suelo con cuidado.

—¿Qué tipo de libro buscas? —le pregunté—. ¿Otro contemporáneo o quizá, si no los ha leído, los originales de Conan Doyle?

—Siempre ha sido fan de Holmes. Tiene la colección completa. En los últimos años no había leído mucho, pero ahora está convaleciente, así que tiene todo el tiempo del mundo.

—Lo siento —dije, refiriéndome a la convalecencia, no a lo de leer.

Se rio.

—Es un torpe. La semana pasada se cayó del tejado mientras limpiaba los canalones. Su mujer le dijo que contratara a alguien, pero ¿le hizo caso? ¡Claro que no! Mi hermano sabe de todo más que nadie. Excepto cómo colocar una escalera, por lo visto. En fin, le encantó *La casa de la seda*, así que busco algo parecido. Después de tantos años de regalarle cosas que no usaba, por fin he dado con un filón.

La acompañé a la estantería y charlamos mientras ojeaba. Al final se llevó *Mycroft Holmes*, de Kareem Abdul-Jabbar, después de acariciar a Moriarty, que estaba encantado de conocerse.

—Te has ganado tu ración del día —le dije. Levantó la cola y se marchó hacia su cama.

La siguiente que entró fue una de las chismosas del pueblo. La conocía de oídas por el tío Arthur, ya que nunca había puesto un pie en la librería. Cogió un ejemplar de *El signo de los cuatro*, narrado

por sir Nigel Bellingham.

—¿Fan de Holmes? —pregunté al cobrarle la compra.

—Me encantaría tener tiempo para leer más, Emma, querida.

—Gemma.

—Pero estoy tan ocupada con mis causas y otras actividades… que nunca encuentro el momento de sentarme a relajarme y darme un gusto. Es como una maldición. Todo el mundo me dice que a mi edad ya podría permitirme el lujo de bajar el ritmo, pero no soporto decepcionar a nadie. ¿Cómo está tu querido tío? Hace tiempo que no lo veo. Me dio mucha pena que dejara el club de *bridge*. Siempre viene bien tener un hombre por allí, ya me entiendes.

Mi tío Arthur está muy cotizado entre el público que ha superado los noventa: un soltero en pleno uso de sus facultades. De «todas» sus facultades, le gustaba insinuar a veces. Yo siempre fingía que no lo entendía.

—Los audiolibros son estupendos para gente ocupada como tú —dije, señalando la compra—. Puedes escucharlos en el coche. Este te va a gustar. Sir Nigel lo hace muy bien.

—¡Por favor, Emma! La ficción popular no me interesa. Cuando leo, solo leo literatura de verdad. He comprado esto porque creo que puedo revenderlo en eBay. No solo está muerto, sino que está firmado de su puño y letra. Que tengas un buen día. Dale recuerdos a Arthur.

Y se fue sin más.

Tenía razón. Observé los audiolibros que quedaban y aparté uno para mí. Por si acaso.

Ashleigh llegó a la una. Hoy iba toda de negro: vaqueros, chaqueta, botas y camiseta.

—Todo el pueblo habla de la fiesta de ayer y de la muerte de Bellingham. Ojalá hubiera estado allí. Debió de ser superemocionante. Como un capítulo de *CSI*.

—No lo fue. El trabajo policial suele ser de lo más aburrido. Y quedarse esperando a que terminen y te dejen marchar aún más.

—Supongo que tú sabes de eso. Has estado implicada en varios

casos.

—Solo cuando no me queda más remedio. Tengo que pasar un momento al salón de té. Si necesitas algo, avisa.

Fui a ver a Jayne. A esas horas ya me moría de hambre. No había probado bocado desde la taza de té, que ni siquiera me apetecía y no acabé, en casa de Leslie. Recordé con tristeza mi desayuno inglés del domingo, abandonado. Todas las mesas del salón de té estaban ocupadas, y la cola salía por la puerta y seguía acera abajo. La Señora Hudson sirve café y dulces para llevar todo el día, desayunos de siete a once, comidas de once a dos y té de una a cuatro. Traté de no inspirar los aromas tentadores de la sopa caliente de calabaza, el pan recién hecho, los pasteles azucarados y el chocolate fundido mientras me dirigía a la cocina. Fracasé.

Jocelyn estaba preparando el relleno de ensalada de pollo para los sándwiches del té de la tarde, y Jayne sacaba del horno una bandeja de tartaletas de frambuesa. Cogí una galletita de mantequilla y me la llevé a la boca.

—Eh —dijo Jayne—, que la necesito.

—Estoy muerta de hambre. He salido de casa al amanecer para ayudarte a ti y a tu madre; luego, me he saltado el desayuno porque querías que fuera a casa de Rebecca, y, ahora, voy a perderme la comida porque has quedado con la policía a la una y media.

—No te he pedido que estés presente cuando hable con Estrada.

—Irrelevante —repliqué.

Jayne me pasó un bol lleno de hojas verdes, tomatitos cherri morados y amarillos, arándanos secos, pipas de girasol y queso feta desmenuzado, todo aliñado con la famosísima vinagreta de frambuesa casera del salón de té.

—Come. No quiero otro cadáver por aquí. Ya tuvimos bastante con el de ayer.

Comí. Mientras lo hacía, pregunté si había alguna novedad.

—El flujo de rumores es constante —dijo Jocelyn—. Todo el mundo tiene una teoría.

Jayne le pasó una bandeja de magdalenas.

—¿Puedes llevarla al mostrador, por favor?

—La última vez que miré aún no hacían falta.

—Por favor —insistió Jayne.

Jocelyn enarcó las cejas en mi dirección, pero obedeció.

—He llamado a mi madre esta mañana —dijo Jayne cuando la puerta se cerró tras Jocelyn— para ver cómo se encontraba. Está bastante afectada. Le he dicho que podía tomarme el resto del día libre para hacerle compañía, pero me ha dicho que prefería estar sola.

—Es normal. ¿Ha pasado algo desde que me fui?

—Creo que no, pero me ha comentado que la policía se llevó su ropa de ayer.

«No era buena señal», pensé.

—Me parece una reacción desmesurada. No es que Nigel muriera apuñalado ni nada por el estilo. No encontrarán ningún rastro de sangre.

—¿Se pueden sacar huellas o ADN de la ropa?

—A veces. Depende del tejido. Lo más probable es que el asesino dejara algún rastro en Nigel si lo empujó, y no al revés.

Buscaban signos de forcejeo. ¿Había intentado Nigel aferrarse a su agresor para no perder el equilibrio? ¿Se habían peleado, al estilo de las cataratas Reichenbach, al borde del acantilado? Aunque, en este caso, solo cayó uno.

El hecho de que no me hubieran pedido la ropa a mí ni, que yo supiera, a nadie más me indicaba que estaban acorralando a Leslie. Recordé lo que dijo Estrada al salir de casa de Rebecca: «Hay que presionarla. Se vendrá abajo».

—No creo que sea un procedimiento normal —dijo Jayne—, eso de llevarse la ropa, digo. Estrada va a venir aquí a hablar conmigo. No ha mandado a nadie para que me lleven a comisaría. No entiendo por qué están tan interesados en mamá. ¿Te ha dicho algo cuando la has llevado a casa, Gemma?

—La vieron hablando con sir Nigel poco antes de que muriera.

—¿Y qué? Mucha gente habló con él. Para eso estaba allí, para

conocer a los fanes y conseguir que apoyaran el festival. A mamá le encanta el teatro. Es lógico que quisiera charlar con él si tuvo ocasión. ¡Tiene que haber algo más!

—Mejor pregúntaselo tú, Jayne.

—¿Preguntarle qué?

—Habla con ella. Solo digo eso. Mientras tanto, que sepas que estoy de acuerdo contigo. El interés que muestran por tu madre no me parece normal. Hoy ha pasado otra cosa interesante.

Le conté lo del robo en casa de Rebecca.

—¿Crees que está relacionado con el asesinato de Nigel?

—Creo que no podemos descartar la posibilidad de antemano. Las coincidencias existen, pero a menudo no son tales.

—¿Y qué vas a hacer?

Jocelyn tardaba demasiado en colocar la media docena de magdalenas. Pisé a propósito la tabla suelta entre la encimera y la puerta y oí unas pisadas rápidas que se alejaban.

—¿Yo? Parece que, muy a mi pesar, me he visto involucrada en el caso. Tengo una idea, pero este no es el sitio para hablar de ello. A las siete te quiero lista para una excursión.

—He quedado para cenar con Eddie.

—Cancélala. Ponte ropa oscura.

—¡Otra vez no! —se quejó Jayne.

Volví a la librería y saqué de un cajón que había bajo el mostrador lo que necesitaba. Luego me escondí en el baño para hacer una llamada rápida. Al volver, la detective Estrada estaba entrando en la cocina, acompañada por Fiona, que tenía los ojos como platos.

—Espero que no se entretenga más de la cuenta, detective —dije —. Como puede ver, estamos muy ocupadas.

—Esto durará lo que tenga que durar. No recuerdo haberte dado vela en este entierro.

Arrastré un taburete.

—No me importa. Así se ahorra el tener que venir a buscarme

luego.

Jocelyn también se quedó, mientras Fiona intentaba atender ella sola todo el salón de té.

Estrada se apoyó en la encimera, sacó un bolígrafo y una pequeña libreta. Empezó con preguntas rutinarias. ¿Habíamos visto a alguien que actuara de forma sospechosa? Me abstuve de preguntar qué significaba eso exactamente. ¿Habíamos visto a sir Nigel Bellingham discutiendo con alguien? Aparte del hecho de que acabó borracho perdido y ofendió a casi todo el mundo, no. ¿Sabíamos si alguien tenía motivos para hacerle daño? Jayne dijo que no; Jocelyn negó con la cabeza. Yo mencioné que había echado a perder la fiesta de Rebecca, que amenazaba con convertir la obra de Pat en una farsa, que había impedido que Eddie consiguiera el papel protagonista, que había insultado en público a Renee y que parecía tener por costumbre burlarse de Gerald y menospreciarlo. Y todo eso a pesar de que solo me había cruzado con el maldito hombre en dos ocasiones.

—Una lista de sospechosos bastante larga —afirmó Estrada—. El resto del mundo asegura que era un hombre encantador, comprometido con el éxito del festival, que simplemente bebió de más aparte de sufrir los problemas típicos del desfase horario.

—Por alguna razón, se ha convertido en costumbre no hablar mal de los muertos —dije—. Me parece una tontería en un caso de asesinato, y sospecho que usted opina lo mismo, detective.

—Todavía no estamos convencidos de que se trate de un asesinato —respondió—. Seguimos investigando.

—¿No es un asesinato? —preguntó Jocelyn—. ¿Quiere decir que pudo ser un accidente o algo así?

—Es posible. El hombre estaba muy borracho, eso no admite discusión. Hasta ahora, nadie ha admitido que lo acompañara al borde del acantilado.

—¿Suicidio? —dije—. Estaba borracho, como ha dicho, y deprimido.

Me observó con atención.

—Nadie ha afirmado que estuviera deprimido.

—Eso será porque nadie ha llegado a la conclusión lógica. Quedó en ridículo ante un centenar de personas que habían pagado doscientos dólares para verlo y un hombre mucho más joven lo desairó. Los actores son seres emocionales por naturaleza. Va con el oficio. En el pasado, había sido una gran estrella, nombrado caballero por la reina de Inglaterra. Ahora, actúa en un granero en West London, Massachusetts, y ni siquiera es capaz de hacerlo bien. Después de que lo echaran del escenario en el té, ¿admitió su triste decadencia y decidió acabar con todo?

—Seguro que fue eso —dijo Jocelyn—. Pobre hombre.

Me levanté.

—Si hemos terminado, tenemos trabajo que hacer.

Había intentado desviar a Estrada de la línea de investigación que temía que hubiese elegido. No lo conseguí.

—Su madre nos confesó que fue actriz —le dijo a Jayne—. ¿Es un ser tan «emocional», como los llama Gemma?

Jayne parpadeó.

—¿Mi madre? No me parece que sea una mujer más emocional que cualquiera, diría yo. —Soltó una risa tensa—. De pequeña, cuando se enfadaba con mi padre, tenía una puntería tremenda con la vajilla.

—¡Jayne! —le dije—. Nada de bromas.

Mi amiga se puso pálida. Había intentado aliviar la tensión del ambiente, pero acababa de servirle una excusa perfecta en bandeja a Estrada.

—No quería decir que le lanzara cosas a la gente. Ella solo…

—Parece que tiene muchas preguntas sobre la señora Wilson, detective —intervine—. ¿Es por algún motivo en particular?

—¿Y espera que se lo cuente, señorita Doyle?

No. Pero al menos había conseguido que Jayne se callara.

—En el pasado, ¿le había mencionado su madre a Nigel Bellingham en alguna ocasión? —preguntó Estrada.

—Que yo recuerde no.

Jayne recuperó algo de color y se hizo obvio que estaba diciendo la verdad. Estrada preguntó si Leslie Wilson había mostrado una alegría especial al saber que Nigel Bellingham iba a participar en la obra.

—Le hizo ilusión que la función saliera adelante y que hubieran podido contratar a un actor famoso —dijo Jayne—. Toda la compañía estaba entusiasmada. *El sabueso de los Baskerville* será el gran estreno de la temporada.

Por fin, Estrada guardó la libreta.

—Gracias por su tiempo, señorita Wilson. Me pondré en contacto si necesito algo más. —Y se marchó.

Las tres nos quedamos en silencio. Dejé pasar un minuto o dos y me acerqué a la puerta de puntillas. La entreabrí. Louise Estrada no estaba pegando la oreja.

—A mí no me ha dado las gracias por mi tiempo —dijo Jocelyn—. Ni a ti, Gemma. ¿No os han parecido raras algunas de sus preguntas?

—Creo que Fiona está desbordada atendiendo a la gente. Ve a echarle una mano. Seguro que hay un montón de comandas acumuladas —le pedí.

—Nadie se va a enfadar si le dice que estamos colaborando con la policía en la investigación.

—No creo que esa frase signifique lo que crees que significa —respondí.

—¿Cómo?

—No quiere decir que estás colaborando con la policía como ciudadana responsable. Quiere decir que eres sospechosa y están a punto de detenerte.

—Ah —dijo Jocelyn, que cogió un delantal limpio que estaba colgado junto a la puerta y salió.

—Jocelyn ve demasiadas series británicas en Netflix —le dije a Jayne.

—¿Por qué muestra Estrada tanto interés por mi madre?

—No lo sé, Jayne. Habla con ella. A las siete menos cinco paso a

recogerte.

—Aún no sé adónde vamos.

—Lo sabrás a su debido tiempo.

No estaba convencida de que el robo que se había producido en casa de Rebecca tuviera algo que ver con la muerte de Nigel, pero de momento era la única pista que tenía. Si un invitado se había llevado los pequeños objetos de adorno, era muy poco probable que lo hubiera hecho para venderlos. El cuenco era el más pequeño de un conjunto y los besos no eran obra de Dale Chihuly. Si tenían algún valor, no todos los ladrones comunes sabrían cómo colocar unas piezas tan reconocibles, y que probablemente estaban aseguradas. Ese tipo de robo era más propio, como había dicho Ryan, de un cleptómano: alguien que roba por impulso, sin intención de sacar beneficio. Ese tipo de persona, sobre todo en el mundillo elitista de los festivales teatrales y las fiestas en jardines, tenía mucho que perder si salía a la luz lo que había hecho.

Alguien como Gerald Greene, con su práctica y amplia cartera de cuero, siempre a cuestas.

Los domingos, la librería cierra a las cinco, lo que me da tiempo para volver a casa y sacar a Violet a dar un buen paseo. En cuanto llegué, me puse un pantalón negro con varios bolsillos grandes y una camiseta gris oscuro. Escogí un jersey azul marino y me calcé unas zapatillas deportivas. Eran de una marca de gama media, compradas en Walmart. Imposibles de rastrear si cometía un error y dejaba pisadas. Me guardé el material necesario en los bolsillos.

Violet estaba tumbada en la cama, con la cabeza entre las patas, observándome.

—¿Qué pasa? ¿No sabías que toda mujer moderna que se precie debe tener un buen conjunto en el armario para entrar en una propiedad ajena sin llamar la atención?

Confiaba en no necesitar el juego de ganzúas del tío Arthur aquella noche. Lo había perdido hacía poco. Bueno, en realidad no lo

había perdido. Sabía perfectamente dónde estaba: en la comisaría. Ryan Ashburton me lo había confiscado.

Llegué a casa de Jayne a las siete menos cinco. Menos mal que había metido en el maletero un pantalón de chándal y una rebeca negra. Su idea de vestirse con ropa oscura era una camiseta roja y un pantalón corto beis.

—¿Ahora sí me vas a decir adónde vamos? —me dijo a modo de saludo.

—Al Harbor Inn. Es la hora de la cena.

—¿Vamos a cenar al Harbor Inn? Qué bien. Pero me habría gustado saberlo, así habría elegido algo más apropiado.

—Te he traído algo apropiado —dije, señalando la parte trasera del coche—. Ponte eso.

Rebuscó y encontró la ropa.

—Dime que me tomas el pelo, Gemma.

—Tengo motivos para pensar que Gerald Greene pudo haber robado las piezas de casa de Rebecca. Voy a comprobarlo.

—Cualquier otra persona se lo habría dicho a la policía para que lo comprobaran ellos.

—Cualquier otra persona a la que Estrada no estuviera pisándole los talones.

—Entonces díselo a Ryan.

—No puedo, Jayne. Aún no. Estrada está buscando la mínima excusa para apartar a Ryan del caso, como hizo con el asesinato de Longton. Ryan y yo ya no somos pareja…

—Aunque deberíais —me soltó.

Lo ignoré.

—Para ella eso es irrelevante. Quiere su puesto. El mínimo indicio de que Ryan pueda dejarse influir por mí será munición para ella. No puedo acudir a Ryan solo con sospechas, necesito hechos. Ya conoces al jefe de policía. Lo único que quiere es que todo el mundo se lleve bien. Debería haber sido maestro de guardería. Le habría encantado poner «Tiene buena relación con los demás» en los informes. Si tiene que degradar o despedir a Ryan para que Estrada

deje de quejarse, lo hará. Por eso, esta noche, «seré mi propia policía».

—Eso suena a cita de Holmes.

—*Las cinco semillas de naranja*.

—No me suena. ¿Y qué hacemos hablando de Sherlock Holmes, por cierto? Cuando dices «comprobar», imagino que vamos a entrar en la habitación del hotel de Gerald y registrar sus cosas. Sé que es un delito, así que no lo mencionaré, pero tengo que preguntarte por qué vamos a hacerlo a esta hora, cuando aún hay luz, y cómo sabes que no va a estar allí.

—No estará porque ahora mismo se encuentra en el *pub* McGillivray, esperándome para tomar algo. Me dejó su tarjeta cuando vinieron a la librería y lo he llamado esta tarde mientras aguardábamos a Estrada. Esa es la misma razón por la que vamos a hacerlo a las siete y no a medianoche. En el hotel habrá mucho bullicio porque es la hora de la cena y la mayoría, si no todos, de los huéspedes habrán salido a disfrutar del buen tiempo. No tengo ni idea de a qué hora se acuesta ese hombre, y desde luego no quiero averiguarlo, así que no pienso entrar cuando haya oscurecido.

Jayne soltó un gruñido.

—¿Cómo consigues convencerme para que haga estas cosas?

—Tranquila, que no vas a hacer nada ilegal. Solo montarás guardia.

—Eso también es ilegal, Gemina.

Aparqué en la entrada del Harbor Inn. Es uno de los hoteles más bonitos de West London, una gran mansión victoriana salvada de la demolición por una joven pareja decidida a convertirla en un negocio rentable. Esa noche el aparcamiento estaba casi lleno, y dejé el Miata entre dos todoterrenos enormes. No me molesté en esconder el coche. Si Gerald nos pillaba, el juego habría terminado; si no lo hacía, nadie se iba a poner a comprobar qué coches habían pasado por allí aquellas horas.

—Reconozco que esto sería más fácil en diciembre y a oscuras —dije—, pero confío en que la gente no nos preste atención. Los

turistas suelen estar demasiado ocupados pasándolo bien como para fijarse en lo que hacen los demás, y el personal estará muy liado.

Salimos del coche y Jayne dio un paso hacia la entrada.

—Por ahí no —le dije—. No me van a decir qué habitación ocupa y, aunque lo hicieran, no quiero que quede constancia de que lo he preguntado.

—Y, entonces, ¿cómo piensas encontrarla? Espero que no tengamos que ir mirando por cada ventana, porque imagínate si estuviera en la segunda planta.

Me dirigí hacia el ala oeste del hotel. El vestíbulo y el acogedor salón dan al este, al mar. Con el buen tiempo, como esta noche, el restaurante amplía su espacio con una terraza con vistas a la ladera que baja hasta el puerto.

En el lado oeste del edificio, la colina finaliza en la casa, donde hay un seto espeso que la separa de la propiedad vecina, y el ala más alejada del hotel da a una zona boscosa.

—Después de las reformas, Andrea y Brian hicieron una jornada de puertas abiertas —expliqué—. De eso hace tres años, antes de que volvieras a West London. Canapés, champán y una arpista en el vestíbulo. Tocaba de maravilla, aunque el champán era de los baratos. Nos enseñaron todo el hotel y me impresionó. El sitio no es muy grande, así que solo tiene una *suite*, que está en la primera planta, en la esquina más alejada de la casa. Tiene dos balcones, uno orientado al este, con vistas al mar, y otro más pequeño junto a un bosquecillo de árboles de hoja caduca, al norte. Esa fue la habitación que le dieron a sir Nigel. Me han dicho que Gerald tiene la contigua. Es muy poco probable que los del grupo de teatro pagaran los ciento veinticinco dólares extra por noche para que Gerald tuviera vistas al mar y un balcón amplio, así que es elemental llegar a la conclusión de que esa debe de ser su habitación.

Se la señalé.

—Muy aguda. ¿Y cómo vas a subir hasta ahí?

—Tal vez te hayas fijado en que una de las ramas del arce ha crecido demasiado y prácticamente roza las ventanas del piso

superior.

—No me estarás diciendo que recuerdas la posición de ese árbol cuando lo viste fugazmente una vez hace tres años y que has deducido cuánto ha crecido la rama en este tiempo.

—La explicación es mucho más sencilla. En esta parte, el bosque se aproxima mucho a la casa. Llevar un negocio como este requiere mucho trabajo. Andrea y Brian han invertido hasta el último centavo y se han endeudado considerablemente. Ahora necesitan reducir gastos y, por ello, intentan hacer todo lo que pueden ellos mismos. Solo esperaba que Brian no se hubiera molestado en podar los árboles hasta que fuera absolutamente necesario, eso es todo.

Observé el piso superior. La que yo creía que era la habitación de Gerald tenía un balcón minúsculo. Tan pequeño que era más decorativo que otra cosa; no servía para sentarse a disfrutar del aire fresco. Se me escapó una pequeña sonrisa. Había dejado la puerta corredera abierta para que entrara la brisa marina de la tarde. Si yo no fuera tan desconfiada, habría hecho exactamente lo mismo. Tal vez había cerrado la mosquitera, pero esperaba que no. Sentí el peso de los alicates en el bolsillo. Si era necesario, cortaría la tela por el marco y confiaría en que Gerald no se diera cuenta. Más tarde enviaría a Brian y Andrea suficiente dinero para cubrir los desperfectos, junto con una nota anónima, con letras recortadas de un periódico de Boston, aconsejándoles que podaran los árboles.

Saqué un paquete de cigarrillos y un mechero del bolsillo.

—Qué momento más raro para empezar a fumar —dijo Jayne.

—Son para ti. Si pasa alguien, finge que has salido para echar un cigarro. Si tienes que dar una calada, no dejes la colilla en el suelo.

Se los di.

—No pienso dar ninguna calada.

—Bien. Una colilla usada puede contener ADN. No te preocupes por la ceniza. Es harto improbable que la policía investigue esto, pero, aunque lo hiciera, todo el mundo sabe que tú y yo no fumamos. Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí, cigarro en mano, y poner cara de inocente. Si pasa alguien, le saludas con

voz firme, pero no demasiado alta; lo justo para que yo sepa que no debo bajar en ese momento. Si crees que alguien empieza a mostrar demasiado interés por lo que ocurre, tose y di que ya va siendo hora de que dejes de fumar. Eso me indicará que no baje por el árbol, sino que salga por la puerta.

—¿Alguna vez te has planteado dedicarte al crimen, Gemma? Se te daría muy bien.

—Por desgracia, nací con conciencia. —Saqué un par de guantes de látex azul de otro bolsillo y me los puse—. Vuelvo enseguida.

No trepaba a un árbol desde que tenía once o doce años, cuando jugaba con mis hermanos en el viejo huerto de manzanos abandonado detrás de la casa de mis abuelos, en Suffolk. Pero, como montar en bici, es una habilidad que nunca se olvida.

Estos árboles tenían ramas gruesas y resistentes, y la más baja estaba solo a un par de metros del suelo. Empecé a subir y a trepar con cuidado. El único peligro real de que me descubrieran era que los ocupantes de la habitación de la planta baja abrieran las cortinas de repente. Contaba con que estuvieran fuera cenando. Si me equivocaba, iba a tener que dar muchas explicaciones y muy deprisa.

Cuando estaba más o menos a mitad de camino, miré hacia abajo. Jayne tenía la cabeza echada hacia atrás, mirándome. Habíamos hablado en susurros. Si había alguien en las habitaciones de la planta baja, quería que pensaran que un par de huéspedes habían salido a dar un paseo o habían dejado abierta la ventana de su habitación. Si alguien miraba ahora, se preguntaría qué observaba Jayne con tanto interés. No podía gritarle, así que le hice un gesto para que apartara la vista. Obedeció y seguí subiendo.

Llegué a la altura del balcón en cuestión. Descendí con cuidado a la rama que se extendía hacia la pared del hotel y se balanceó ligeramente bajo mi peso. Bueno, había otro peligro, y ese era que la rama se rompiera y yo me partiera el cuello. Avancé a gatas por ella. La rama seguía meciéndose y amenazaba con bajar demasiado para alcanzar la barandilla del balcón. No había tenido eso en

cuenta. Me puse en pie con muchísimo cuidado. Me agarré a la base de la barandilla, lo que bastó para que la rama subiera un poco al aliviar parte de mi peso. Empecé a trepar solo con las manos por la barandilla, y la rama subió un poco más. Al final, la rama ascendió lo suficiente para que pudiera pasar una pierna por encima de la barandilla. Subí la otra y caí en el balcón, donde apenas había espacio para moverme. Sin embargo, no pensaba sentarme a disfrutar de la noche. Probé la puerta mosquitera, que se abrió sin dificultad.

Qué confiada es la gente.

Entré de puntillas. El móvil me había vibrado mientras trepaba. Lo saqué y comprobé la llamada. Número de Gerald y un mensaje de voz. Le mandé un mensaje de texto: «Perdona, problemas con el coche. Llego enseguida».

Eran casi las siete y media. No sabía cuánta paciencia tendría Gerald. Esperaba que mucha. Al fin y al cabo, era un inglés en un *pub*. Cuando le llamé esa tarde, no le propuse una cita. Solo le dije que tal vez no le apeteciera estar solo esa noche y que, si le parecía bien, podíamos tomar algo.

Guardé el teléfono y examiné la habitación. Era pequeña, pero decorada con gusto. Era de temática náutica. Gerald no era un hombre ordenado. Los cajones estaban entreabiertos, con ropa metida a presión; los zapatos, tirados por el suelo; había montones de papeles en el escritorio, y los artículos de aseo estaban esparcidos por todo el lavabo. La cartera estaba sobre la cama. Revisé los armarios y los muebles rápidamente, sin hallar rastro del cuenco de Chihuly. Había, por desgracia, una pequeña caja fuerte, cerrada con combinación. Probé las clásicas: 1-1-1-1, luego 1-2-3-4. Se abrió con 0-0-0-0. «Qué ingenuo», pensé. Ni rastro de los objetos de cristal. Solo el pasaporte, el carné de conducir inglés, la tarjeta de crédito y un pequeño fajo de libras muy manoseadas. No me entretuve en revisar el pasaporte. No estaba ahí por eso y debía darme prisa.

Cogí la cartera. A juzgar por el peso, se notaba que no había

ningún objeto de cristal, pero aun así miré. Parecía vacía. Metí la mano y la pasé por el forro. Noté algo blando y saqué, nada menos, que medio sándwich de salmón.

¡Reconocí ese sándwich! Lo había preparado yo misma. Saqué más migas del interior de la cartera. Restos de un *brownie* de chocolate, una rodaja de fresa todavía pegajosa con la crema pastelera del fondo, una servilleta sucia de la Señora Hudson. Gerald había robado comida. Por eso vi que, al final de la velada, su cartera parecía más abultada.

«¿Acaso sir Nigel no le pagaba dietas?», me pregunté.

Después de todo un largo día, me había vestido como una ladrona de guante blanco, había trepado por un árbol y me había colado en una habitación de hotel. ¿Y qué había conseguido? Tan solo podía acusar a un pobre desgraciado de robar un par de sándwiches y pasteles. Si nos lo hubiera pedido, le habríamos dicho que cogiera de la comida extra que habíamos llevado para nosotras.

Estaba a punto de salir por la ventana y bajar por el árbol cuando pensé que, ya que estaba ahí, más vale ir a por todas. Giré el pomo de la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Se abrió.

«Suerte la mía», pensé.

Entré en la habitación de Nigel. La habían limpiado desde la última vez que durmió allí, pero aún no habían recogido sus cosas. Los zapatos estaban colocados junto al escritorio, las camisas y los pantalones se encontraban en el armario, y había un portátil abierto en la mesa. Abrí un cajón, sin esperanzas de encontrar nada.

Sobre la ropa interior había un ejemplar de *Sherlock: The Mind Palace*, un libro para colorear. No debería haberme sorprendido, pero así fue.

Mi móvil vibró al recibir un mensaje entrante.

Jayne: «¿Qué pasa? ¿Por qué tardas tanto?».

Yo: «Hallazgo importante. A punto de terminar».

Debajo de los calcetines de Nigel encontré un cuchillo de carne muy parecido a los que usa el restaurante del hotel y un salero de la Señora Hudson. Seguramente, Jayne ni se había dado cuenta de que

faltaba.

Puse la cámara del móvil e hice un par de fotos del libro para colorear y de los objetos robados. ¿Había registrado la policía las pertenencias de Nigel tras su muerte? Si lo habían hecho, no podían saber que el libro era robado. Yo no había denunciado su desaparición. Quizá se habrían extrañado al encontrar el cuchillo y el salero entre la ropa interior, pero, por otro lado, muchos estadounidenses creen que los ingleses de clase alta son algo excéntricos. Cuánto daño habían hecho el padre Brown y *miss* Marple.

Tenía que ser Nigel quien había robado los objetos de decoración de la casa de Rebecca durante la fiesta. Yo fui la primera en encontrar el cuerpo y no vi señales de que los llevara encima. No lo registré, pero lo habría notado si hubiera tenido algo voluminoso en los bolsillos. Si la policía los hubiera encontrado, lo habrían dicho cuando Rebecca y yo denunciamos su desaparición.

¿Los había cogido el asesino? ¿Y por qué motivo? Si no fue así, entonces Nigel debió de esconderlos en algún lugar de la casa de Rebecca o en la finca antes de morir. ¿Pensaba volver a por ellos más tarde o el hecho de esconderlos formaba parte de su cleptomanía? No podía estar planeando vender todo aquello, porque no iba a ganar gran cosa con un salero de porcelana con florecitas rosas y un cuchillo de carne.

Pensé en la única visita de Nigel a la librería, cuando desapareció el libro para colorear. No recordaba haberlo visto solo en ningún momento. Mandó a Gerald al salón de té para que cogiera mesa, pero el resto del grupo, incluida Leslie Wilson, estaba con él en la tienda. Aun así, cuando hay mucha gente y mucho movimiento, basta una fracción de segundo para que alguien con los dedos largos y experiencia se eche algo al bolsillo. A un bolsillo amplio, como los que tienen las chaquetas de *tweed* Harris.

Otro mensaje:

Jayne: «¡¡¡Gemma!!!».

Yo: «Voy. ¿Está despejado?».

Jayne: «Sí».

Capítulo Diez

—No quiero volver a hacerlo nunca más —dijo Jayne en cuanto regresamos al Miata y nos pusimos en marcha de nuevo en dirección al centro.

—Tú no has hecho nada —respondí—, salvo quedarte de pie en un precioso bosque en una noche agradable.

—El nivel de tensión por sí solo casi me mata. Me pregunto si será demasiado tarde para llamar a Eddie y decirle que ya he terminado el trabajo que tenía pendiente.

—Ya es tarde.

—No son ni las ocho. ¿Adónde vamos, por cierto? Este no es el camino a mi casa.

—Quítate la ropa que te he dado.

Detuve el coche en un aparcamiento.

—Será un placer. ¿Y qué hacemos en el McGillivray?

—Gerald tiene que darnos algunas explicaciones. Por suerte, sé dónde está.

Aparqué el coche, me quité el jersey y lo lancé, junto con la mayoría del contenido de mis bolsillos, al asiento de atrás. Saqué mi bolso, una monada de piel roja, del maletero y me puse unos pendientes de aro dorados tamaño XL. Pantalón negro, camiseta gris, bolso rojo y joyas doradas. Perfecto para una noche de *pub*.

Jayne negó con la cabeza.

El tío Arthur, un hombre muy viajado, siempre dice que nunca

había estado en un país que no tuviera un *pub* irlandés. Hay pueblos minúsculos, pero todos parecen tener la necesidad de montar un falso *pub* irlandés.

McGillivray es la versión de West London. Como estar de vuelta en casa. Con la diferencia de que no hay que hacer cola en la barra para que te sirvan. Eso me gusta.

Era domingo por la noche y el local estaba medio vacío. Un cartel en la puerta anunciaba que un grupo de baladistas irlandeses interpretaría Canciones tradicionales de la patria a las nueve. Esperaba que hubiéramos terminado para entonces.

Gerald había ocupado un reservado y estaba encorvado sobre una pinta de cerveza negra. El vaso estaba casi lleno, así que supuse que no era la primera.

No estaba solo, lo que formaba parte del plan.

Irene Talbot levantó la vista al vernos acercarnos. En la mesa había una botella de cerveza, una grabadora digital y un bloc de notas.

—Mira, si son el dúo dinámico.

—¿Qué insinúas? —preguntó Jayne—. Nosotras no vamos por ahí haciendo cosas raras. He estado en casa… toda la tarde…, yo…

Tropecé con una tabla suelta del suelo y le di un codazo en las costillas «sin querer».

—Jayne ha tenido un día largo. Esas tartaletas de fresa no se hornean solas. ¿Os importa que nos sentemos?

—No, claro —dijo Gerald—, teniendo en cuenta que estoy aquí porque tú lo propusiste. ¿Cómo está tu coche?

—Bien. Al final ha sido una tontería. Me quedé sin gasolina. —Solté una risita—. Qué cabeza la mía.

Irene me lanzó una mirada. Me acomodé junto a ella en el banco, dejando el sitio al lado de Gerald para Jayne.

—¿Qué os pongo? —preguntó la camarera, colocando posavasos en la mesa. Llevaba una camiseta negra y una minifalda de cuadros rojos. La primera vez que visité el local le dije que el *kilt* era tradicional de Escocia, no de Irlanda. Me respondió: «¿Qué es un

kilt?». También podría haberle dicho que no se lleva tan corto ni lo llevan las mujeres, pero decidí no gastar saliva.

—Una copa de vino blanco —pidió Jayne.

—Zumo de tomate, gracias —dije—. Gerald, sabes que esta mujer, por muy simpática que sea, es periodista, ¿verdad?

—No estoy precisamente de incógnito, Gemma —respondió Irene, señalando su equipo de grabación.

—Solo quería asegurarme.

—No me importa hablar con la prensa —dijo Gerald—. Sir Nigel merece ser recordado. Fue un gigante de la escena interpretativa inglesa y un hombre amable y generoso.

Sollozó y hundió la nariz en la cerveza.

—¿Llevabas mucho tiempo trabajando con él? —pregunté.

—Diez años. Demasiado poco.

Se secó unos ojos que no estaban húmedos. Puede que Gerald se moviera en el mundillo del teatro, pero de actor tenía poco.

—¿Sabes si alguien tenía motivos para querer matarlo?

—Vaya —susurró Irene a Jayne—, y yo que pensaba plantear esa pregunta con un poco más de delicadeza.

Gerald negó con la cabeza.

—Todo el mundo lo quería. Le estaba contando a esta amable señora lo de la fundación benéfica que estaba organizando en Londres. «La representación es la trampa», la llamaba. Quería acercar el teatro a los niños desfavorecidos en un entorno educativo y lúdico.

Tomé nota mental para buscar información sobre esa supuesta fundación. Apostaría mi último ejemplar de *El signo de los cuatro*, narrado y firmado por el difunto sir Nigel Bellingham, a que, si existía, era una tapadera. Un intento de recuperar el prestigio perdido entre sus colegas. Colegas a los que les pediría generosas donaciones.

—Qué bonito —dijo Jayne.

—¿Fue un asesinato? —preguntó Irene—. La policía no suelta prenda. No han dicho que estén investigando un homicidio, pero

Ashburton y Estrada están interrogando a todos los que asistieron a la velada.

—¿Tú qué crees que pasó, Gerald? —pregunté.

—Un trágico accidente. Se acercó demasiado al acantilado. Perdió el equilibrio, quizá. Ya no era un chaval. —Se apresuró a añadir—: Aunque estaba perfectamente. Era más que capaz de afrontar una temporada de actuaciones regulares.

—Si tú lo dices…

Me pregunté por qué mentía Gerald. ¿Protegía la reputación de Nigel por lealtad? Puede ser. Habían estado juntos diez años, aunque Nigel no lo había tratado con gran amabilidad. Hay quien miente por costumbre. Y luego está eso de «no hablar mal de los muertos». Pero Gerald no parecía del tipo que se mordiera la lengua por semejante detalle. ¿O mentía porque había matado a Nigel? Le habría resultado fácil acercarse lo suficiente como para empujarlo. Pensé en el sándwich reseco y en las migas de pastel. Si robaba comida, ¿qué más podría haber robado? ¿Un libro de colorear de Sherlock? ¿Y si el ladrón no había sido Nigel, sino Gerald? ¿Y si Nigel descubrió que su ayudante tenía los dedos largos y lo chantajeó? Tenían habitaciones contiguas y la puerta estaba abierta. ¿Y si Nigel encontró los objetos robados en la habitación de Gerald y se los llevó como prueba?

El chantaje era un motivo poderoso para cometer un asesinato.

—Sir Nigel estuvo casado cuatro veces —dijo Irene—. Imagino que no es posible que ninguna de sus exmujeres quisiera venganza, ¿no?

—Imposible —respondió Gerald—. Puede que se divorciaran, pero se llevaba de maravilla con todas y conservó la amistad de cada una de ellas.

—Eso no es lo que leí en la prensa rosa —replicó Irene—. Aquel incidente en la National Gallery se publicó en todos los periódicos del Reino Unido.

—Calumnias malintencionadas —dijo Gerald—. Una exageración grotesca. A la señorita Fotheringham se le quedó el tacón

enganchado en la moqueta, nada más. Creía que era usted una periodista seria de un periódico respetable. Si no es el caso, esta entrevista ha terminado.

En lugar de levantarse de forma histriónica y salir dando un portazo, Gerald tomó otro sorbo de cerveza.

—Si alguna exmujer de Nigel hubiera estado en la velada —dijo Jayne—, habría llamado la atención.

—Tengo varias fotos promocionales de sir Nigel en el ordenador de mi habitación del hotel —dijo Gerald—. Se las enviaré y podrá escoger la que quiera. Tal vez una de cuando apareció en *Guerras de Roma* sea buena opción. Así sus lectores recordarán que también tuvo una carrera exitosa en televisión, además del teatro.

—¿No odiaba *Guerras de Roma*? —preguntó Jayne—. ¿Crees que le gustaría que usaran esa imagen en su obituario?

Gerald disimuló una sonrisa. «Oh, sí —pensé—, Gerald se vengará a su manera. La pregunta era: ¿venganza por qué? ¿Por ser un mal jefe o por haberlo chantajeado?».

—Supongo que no tienes motivos para quedarte en West London —dijo Jayne—. Trabajabas directamente para Nigel, ¿no? No para la compañía de teatro.

—Por encantador que sea vuestro pintoresco pueblecito —dijo Gerald—, me gustaría poder irme. Pero vuestra policía, siempre tan profesional, me ha dicho que no puedo.

—Entonces, deben de pensar que fue un asesinato. ¿No crees, Gemma? —dijo Jayne.

—No necesariamente —intervino Irene—. No les gusta descartar ninguna vía de investigación.

—Le aseguro que yo no lo maté —dijo Gerald—. No sé más que los demás. Eso fue lo que les dije.

Apuró la cerveza y levantó la mano para pedir otra.

El grupo de baladistas irlandeses llegó y empezó a montar el equipo. Mientras charlaban entre ellos, no capté ni el más mínimo acento gaélico. Eran tan irlandeses como los *kilts* de las camareras.

Capítulo Once

—¿Se te ha ocurrido consultar a la policía británica los antecedentes de Gerald Greene, el asistente personal de Nigel? —pregunté.

—Puede que lo haya hecho. Y puede que no. ¿Por qué no me dices por qué debería hacerlo? —respondió Ryan Ashburton.

En otras ocasiones, Ryan ha admitido, aunque a regañadientes, que valora mis observaciones y mi criterio. Pero la política interna del departamento le impide dejar que me involucre abiertamente en sus investigaciones. Yo intento mantenerlo informado de lo que averiguo sin contarle del todo en qué ando metida. Es un juego de equilibrio delicado.

Anoche estuve dándole vueltas al dilema. Según mis cábalas, era perfectamente posible que Gerald hubiera matado a Nigel. No podía ocultárselo a la policía, así que llamé a Ryan en cuanto llegué al trabajo el lunes por la mañana. Tenía pensado contárselo por teléfono, pero me dijo que iba de camino al salón de té a por un café y que pasaría por la librería.

Ya he dicho que soy buena mintiendo. Y lo soy si me lo propongo. Pero hay algo en los ojos azules e incisivos de Ryan Ashburton que me desarma. Era un día precioso y soleado, y confiaba en que llevara las gafas de sol puestas mientras hablábamos.

Moriarty es un gran gato de librería. Cae bien a todo el mundo,

es cariñoso y simpático. Con todo el mundo menos conmigo y con Ryan. Por alguna razón, lo detesta casi tanto como a mí.

Ryan lo había olvidado y, cuando el gato subió de un salto a la mesa junto a nosotros, intentó acariciarlo. Ahora estaba chupándose el dedo ensangrentado mientras el felino me lanzaba una mirada de satisfacción.

—No sé por qué sigues con este gato —dijo Ryan—. Es un peligro público.

Por una vez, Moriarty había cometido un error que me beneficiaba. Ryan se había distraído y se había olvidado de interrogarme.

—A los clientes les cae bien —respondí mientras Moriarty se alejaba con paso triunfal, seguramente para saborear su victoria contra las fuerzas del orden.

—El otro día tuve un ladrón en la tienda. Se llevaron uno de esos libros de colorear mientras Nigel y Gerald estaban aquí. Me di cuenta por la tarde.

—Había más gente, ¿no? —Ryan se miró el dedo, que ya no sangraba—. ¿Por qué crees que fue Greene?

De pronto, se apoderó de mí la imperiosa necesidad de tomarle la mano a Ryan y darle un beso en el dedo. Lo miré, pero se había girado para seguir con la mirada al gato, que agitaba la cola. Tragué saliva y, cuando Ryan volvió a mirarme, dije con calma:

—Esa cartera que lleva siempre es lo bastante grande como para ocultar cosas. Ayer lo vi en el McGillivray, hablando con Irene Talbot sobre Nigel, y no llevaba la cartera. Me pregunté si solo la usaba para llevar cosas de su jefe.

Esperaba que eso bastara para que Ryan investigara a Gerald. No hacía falta mencionar el salero y el cuchillo ni que sabía perfectamente dónde estaba el libro de colorear en ese momento.

—Me cuesta creer que no se te ocurriera relacionar el libro de colorear desaparecido con el robo en casa de la señora Stanton hasta anoche —dijo Ryan.

—Ya no quiero husmear en vuestras investigaciones —dije—. Con

la última tuve más que suficiente.

Ryan me miró fijamente durante unos segundos. Sonreí.

—Puedo decirte —añadió al fin— que comprobé el teléfono de Gerald Greene. El sábado llamó a un número en Inglaterra. La llamada se hizo después del aviso a la policía, más o menos a la misma hora en que te dijo que había estado hablando con su madre. La conversación duró unos diez minutos.

—Qué interesante —dije—. Aunque no nos permite saber qué estaba haciendo antes de que muriera Nigel.

—¿Conoces bien a la madre de Jayne? —preguntó Ryan.

Se me borró la sonrisa al instante.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Fue la encargada de traer los delantales para las voluntarias que servían las mesas de la velada, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Uno de esos delantales se desgarró durante el té. Perdió un trozo del ribete rosa. Antes de que llegaran los invitados, se hizo una foto de las seis mujeres, con los delantales puestos. En la imagen, el ribete está intacto en todos. No sabía nada de los delantales hasta que vi esas fotos, y todos tienen bolsillos grandes…

—¿Así que pensaste que alguna de las mujeres escondió algo en el bolsillo? ¿Un frasquito de veneno, quizá, que sacó en el momento oportuno? Dejando a un lado que me parece que hay que tener una imaginación prodigiosa para llegar a semejante conclusión, ¿la autopsia no ha demostrado que sir Nigel no fue envenenado?

—Aún no se ha practicado, Gemma. Está prevista para esta tarde. Mientras tanto, estamos investigando todas las posibilidades. Estrada volvió ayer por la tarde a casa de la señora Wilson y le pidió que entregara los delantales. Esperábamos que no los hubiera lavado todavía y poder encontrar alguna pista. Resulta que sí los había lavado, pero me fijé en que uno tenía un desgarro. Llamé a la señora Wilson y dice que no sabe quién llevó cuál. Ninguna de las fotos que tenemos muestra a una mujer con un delantal roto.

—Y crees que eso es importante porque…

—No encontramos el retal que falta. Admito que es una pieza pequeña, pero pedí que revisaran la basura recogida en el lugar. La señora Wilson dice que las mujeres se quitaron los delantales y ella los metió en una bolsa para llevarlos a casa sin revisarlos. No se dio cuenta de que uno estaba roto. No la creo.

—¿Por qué no?

Se abrió un abismo a mis pies. Mantuve la voz serena. Me acerqué a la puerta. Quizá, si conseguía sacar a Ryan fuera, se pondría las gafas de sol.

Se encogió de hombros.

—Tiene un aire distinto, Gemma. Está ocultando algo. Puede que sea algo pequeño, o puede que sea algo importante, pero hay algo. Si sabes qué es, tienes que decírmelo.

—No lo sé.

—Louise quiere detenerla.

—¿Arrestar a la madre de Jayne? ¡No podéis hacerlo!

—No creo que podamos considerar lo ocurrido como un homicidio. Nadie vio ni afirma haber visto lo que pasó. Louise es una buena detective, pero puede ser muy impulsiva.

Nos quedamos junto a la ventana. Un flujo constante de coches cruzaba la calle y los peatones miraban los escaparates. Al otro lado, Maureen abría su tienda de arte. Miró a su alrededor para comprobar si alguien la observaba, agarró una maceta de terracota rebosante de alegrías moradas y amarillas de la tienda de complementos de al lado y la arrimó a su escaparate. Maureen no creía en encargarse de la decoración de su tienda ni en invertir dinero en plantas.

—Creo que acabo de presenciar un delito —dije.

—¿Te refieres a la maceta? —dijo Ryan—. Yo también lo he visto. El agente de patrulla comunitaria recibe llamadas por culpa de esa tienda cada dos por tres. Siempre son de los comercios de esa manzana. No cambies de tema, Gemma. Dile a Leslie Wilson que hable conmigo. Me inquieta, y mucho, no haber encontrado esa cinta rosa. Preguntamos a las mujeres que llevaron los delantales y,

según dicen, ninguna se fijó en que el suyo estuviera roto. Son esos pequeños detalles los que pueden dar alas o cerrar un caso. Hasta que no encuentre ese ribete, no puedo declarar esto como una muerte accidental.

Por suerte, no tuve que contestar porque llegó un cliente.

No era cualquiera, sino Grant Thompson, que me saludó con la mano y una sonrisa. Sin embargo, esta se desvaneció en cuanto vio con quién estaba.

—Primer cliente del día —dije—. Tengo que abrir.

Quité el cerrojo de la puerta y Grant entró. No es que Ryan y él se fulminaran con la mirada, pero tampoco se saludaron con efusividad.

—Espero no estar interrumpiendo nada —dijo Grant.

—Ya hemos terminado —replicó Ryan.

—Me alegro. —Señaló el cartel del festival de teatro en la puerta —. Veo que sigue colgado. ¿La función sigue adelante?

—No he oído lo contrario —respondí.

—Hasta que esto se aclare, de un modo u otro —añadió Ryan—, hemos dicho a los miembros de la compañía que no pueden salir del condado de Barnstable. El único que ha protestado es Gerald Greene.

Los tres nos quedamos junto a la puerta, pero al final dije:

—El detective Ashburton ya se iba. ¿En qué puedo ayudarte, Grant?

—Si es por mí, puede quedarse —dijo Grant.

—Lo sé, pero el deber me llama. Piénsate lo que te he dicho, Gemma.

Se marchó.

Ryan no tenía ninguna duda de que yo sabía algo que no le estaba contando. No es de esos que se pone a aporrear la mesa y exige explicaciones, lo cual le habría servido de poco. Pensé en el retal rosa que tenía guardado en la caja fuerte de casa, detrás del cuadro de la diva de ópera. ¿Era posible que Leslie Wilson hubiera matado a Nigel? ¿Que hubieran forcejeado, que él perdiera el

pañuelo y que a ella se le rompiera el delantal antes de empujarlo al vacío en un arrebato de ira contenida durante treinta y cinco años?

«Ni hablar», pensé.

Esperaba que la policía británica tuviera algo que pudiera incriminar a Gerald.

—¿Cena? —dijo Grant.

—¿Perdón?

—¿Estás libre esta noche? ¿Podemos cenar?

No me dio tiempo de contestar, porque nos interrumpió Donald Morris, que irrumpió en la puerta. Hoy había dejado de lado el disfraz de Sherlock y vestía unos pantalones caqui algo deshilachados y una camiseta que rezaba: Ya conoce mis métodos. Llevaba su maletín de cuero desgastado con las iniciales doradas, un recuerdo de su vida anterior como abogado de familia. Se le iluminó la cara al ver a Grant.

—Ah, perfecto. No quiero desatar una guerra de pujas entre dos de mis mejores amigos, pero, si no queda más remedio…

—¿Guerra de pujas? —pregunté—. ¿Qué se subasta?

—El cartel, por supuesto. Te lo mencioné durante el té. Seguro que ahora te arrepientes de no haberlo comprado en su momento, Gemma. —Puso cara de circunstancias—. Una pena lo de sir Nigel. Una verdadera tragedia. Pero no puedo fingir que no sé que el valor de mi cartel se ha disparado.

—¿Cartel? —repitió Grant.

—El que anunciaba la representación de *El sabueso de los Baskerville* en el teatro Shaftsbury y está firmado por el propio sir Nigel. Veo que no tienes clientes en este momento. No hay mejor momento que el presente. ¿Empezamos la puja en quinientos dólares?

—No —respondí—. Sabes que no vendo nada a ese precio, Donald.

—Pensé que harías una excepción con una pieza tan rara y valiosa de temática holmesiana y teatral. ¿Grant?

—Yo soy librero, Donald. Los pósteres no son lo mío.

—Desearás tenerlo en cuanto veas la calidad. —Donald se dirigió al mostrador y abrió el maletín con un gesto histriónico. El objeto en cuestión estaba dentro. En buen estado, sin manchas ni desgarros, y las firmas, sobre todo la de sir Nigel, eran claras y legibles.

—Podría colgarlo en la pared —dije—. Cincuenta dólares.

Donald resopló.

—Quizá pueda colocar el cartel —dijo Grant—. Cincuenta y cinco.

—¿Cuál es tu contraoferta, Gemma? —intervino Donald.

—Ninguna —respondí—. Ni siquiera puedo permitirme cincuenta dólares, pero me pareció que quedaría bien colgado junto a la reproducción de la portada del *Beeton's Christmas Annual*.

—Cincuenta y cinco dólares —repitió Grant—. Es mi última oferta. Y, aun así, querría comprobar primero cuántos ejemplares hay por ahí. Esa obra se representó hace solo un par de años.

Donald cerró el maletín de golpe.

—No tenéis ojo para los buenos negocios.

—¿Por qué no se lo preguntas a Rebecca Stanton? —sugerí—. Puede que esté dispuesta a usarlo para rendir homenaje a la memoria de sir Nigel.

—Excelente idea. —Donald se volvió y cruzó la tienda. Al llegar a la puerta, se dio la vuelta—. Casi se me olvida. ¿Tienes mi abrigo, Gemma?

—¿Abrigo?

—Mi úlster. Cuando te lo di en el té, lo llevaste a la cocina.

—Ah, cierto. Seguro que lo tiene la policía.

—¡¿La policía?!

—Lo siento, Donald. Se me fue de la cabeza. Cuando volví a casa de Rebecca el domingo, ya no estaba. Supongo que pensaron que no encajaba con el entorno y se lo llevaron. Perdona.

—¿Es necesario que te recuerde que se trata de una prenda rara y valiosa, Gemma? No se encuentran úlsteres auténticos en cualquier tienda, ¿sabes?

—Lo siento —repetí—. Seguro que la policía habrá cuidado de él y estoy convencida de que no tendrás problemas para quitarle el

polvo de las huellas.

Pegó un grito, abrió la puerta de un tirón y salió a la calle.

Grant y yo intercambiamos una mirada y, en cuanto la puerta se cerró tras nuestro emprendedor frustrado, estallamos en carcajadas.

—¿Y lo de la cena? —dijo Grant al cabo de un momento—. ¿Sigues libre?

—No. Quiero decir…, no, no estoy libre. La visita de Ryan me recordó que tengo algo pendiente. Lo siento.

A pesar de que era lunes, la tienda estuvo a tope todo el día y no pude escaparme hasta las cuatro menos veinte, cuando tocaba nuestra reunión diaria de socias. El salón de té estaba casi lleno y mi rincón favorito, junto a la ventana, ocupado, así que nos fuimos a la cocina. Jayne sirvió té, Lapsang Souchong, y yo examiné lo que había para picar. Escaso, por decir algo.

—¿Esto es lo mejor que puedes ofrecerme? Hasta Holmes comía mejor cuando se escondió en una cabaña de la Edad de Bronce en la gran ciénaga de Grimpen.

Elegí un sándwich de pepino, casi aplastado, y una tartaleta de frutas con la base quebrada.

—Esto es un negocio, Gemma. Hoy hemos tenido tanto jaleo que no doy abasto. Lo que hay es lo que hay. ¿La gran ciénaga de Grimpen existe de verdad?

—No, pero dicen que se inspira en la ciénaga de Fox Tor, en Devon. He estado, y da bastante miedo.

Charlamos unos minutos sobre el negocio y luego le conté a Jayne por dónde andaba el tío Arthur, habían dejado Grecia y se dirigían a Mallorca, antes de preguntarle:

—¿Has hablado con tu madre hoy?

—La llamé anoche al llegar a casa. Quería pasarme, pero dijo que no se encontraba bien y que se había acostado temprano. Le dije que iría a verla después del trabajo, pero murmuró algo sobre un compromiso. No la creí. Creo que me está evitando, y eso me

preocupa. ¿Qué está pasando, Gemma? Parece que tú sabes más que yo.

—No me corresponde a mí contarlo, pero sí te diré que no me gusta nada el derrotero que ha tomado la investigación policial.

Jayne alzó las manos.

—¡Mi madre es sospechosa de asesinato y nadie me quiere decir por qué!

—¿Has quedado con Eddie esta noche?

—No cambies de tema, Gemma.

—No cambio de tema. La compañía de teatro está en el centro de todo esto.

—Pues, si tanto te interesa, hemos quedado tarde. Tiene ensayo hasta las siete.

—Debe de ser interesante. Ver un ensayo, digo. Tal vez podríamos pasarnos. ¿No te parece un buen plan?

Le di un mordisco a la tartaleta. Tal vez fuera un descarte por su aspecto, pero eso no afectaba en absoluto al sabor.

—Nunca has mostrado interés alguno por el teatro.

—Claro que sí.

—Si estás investigando a Eddie y su gente para ayudar a mamá, supongo que está bien. Pero sigo sin entender qué ocurre. Le propuse llamar a Jeff y pedirle que viniera unos días, pero dijo que no, que estaba ocupado. Siempre está demasiado ocupado, pero eso es otra historia.

Me incliné sobre la mesa de madera, donde Jayne estiraba masa y hacía maravillas con la harina y el azúcar, y le tomé la mano.

—Si no quiere hablar contigo de ciertas cosas, no significa que no sepa que estás de su lado. Pero me juego lo que quieras a que Eddie estaría encantado de que te pasaras por el ensayo. Y, si llevas a una amiga, mejor aún. ¿Ensayan en el granero?

—Creo que sí.

Miré su ropa de trabajo: vaqueros y camiseta.

—Supongo que querrás pasar por casa a arreglarte. Coge el coche y ven a recogerme a la librería a las seis.

—¿Tú no quieres arreglarte también?
—Yo no intento impresionar a nadie.

El festival de teatro de West London se celebra en un granero antiguo a las afueras del pueblo. Por fuera, parece un establo típico, rodeado de hectáreas de campos verdes, con tejado inclinado, rampa de acceso ancha, madera envejecida y una capa de pintura rojo oscuro inmaculada, pero por dentro se parece, más bien, a un palacio para el ganado, si las vacas alcanzasen alguna vez la categoría de aristócratas. Los asientos móviles son anchos, mullidos y cómodos; el escenario principal está bien iluminado. Del techo cuelga una lámpara de araña casi tan ornamentada como la que se desploma al final de *El fantasma de la ópera*. En la parte posterior hay un amplio bar, y los baños, de azulejos blancos relucientes, se han instalado en lo que antes era el guadarnés. En primavera y otoño se celebran bodas, pero en verano lo ocupa el festival teatral.

El otoño pasado, me encargué de la decoración y los detalles para una boda que se organizó allí. Los centros de mesa eran sombreros de cazador y lupas. Cada invitado, cien en total, recibió un lote de *Sherlock Holmes: Obras completas* (los dos volúmenes), y el café se sirvió en tazas con la inscripción «I am» SHERLOCKED. Le pidieron a Jayne que se encargara del *catering*, pero en aquel entonces no estaba preparada para encargarse de platos como el *kedgeree* con patatas nuevas o el pastel de carne con cerveza y pudín de Yorkshire, aunque sí se ocupó del postre, un trifle de jerez, y del pastel de boda, cuya capa superior representaba la puerta del mítico 221B de Baker Street, en glaseado de mantequilla. Por suerte, la obsesión por Holmes no llegó al vestuario. La novia no apareció vestida como la novia abominable, sino con un sencillo y elegante vestido de satén color crema. La moda masculina no ha cambiado mucho en un siglo, así que, aunque el novio quisiera parecerse al doctor Watson, su chaqué no desentonaba del todo en su propia boda.

Hoy había varios coches aparcados junto al edificio: un Smart, un BMW descapotable llamativo, un Cadillac Escalade negro, un Lexus reluciente y una Dodge Caravan de color beis. Excepto la furgoneta, que tenía matrícula del estado de Nueva York, todos eran de Massachusetts. Las grandes puertas del granero estaban cerradas, pero llamé con fuerza varias veces hasta que alguien abrió una puerta corredera lateral, que hizo un chirrido estridente al moverse. Asomó la cabeza un hombre joven, que llevaba un mono de trabajo y una gorra de béisbol al revés.

—Estamos ensayando. La taquilla está en el pueblo, junto a la biblioteca.

—No hemos venido a por entradas —dije, y puse el pie en la puerta—. Somos amigas del festival. Pat Allworth se alegrará de vernos.

El hombre miró por encima del hombro y aproveché para empujar la puerta y colarme. Jayne me siguió. El técnico se encogió de hombros, sin mucho interés, y se alejó tranquilamente.

El teatro estaba vacío, salvo por un puñado de personas sentadas en la primera fila y un hombre oculto por las sombras al fondo. Nuestros pasos resonaban en el granero mientras avanzábamos por el pasillo central. En el escenario, había varios miembros del reparto, vestidos con ropa de calle. Pat hablaba con Eddie y gesticulaba con aspavientos. Eddie nos vio y se le iluminó la cara con una sonrisa. Pat se volvió.

—Gemma. Jayne. Lo siento, pero estamos bastante ocupados.

Me senté en primera fila, en el centro.

—No os preocupéis por nosotras. Teníamos un rato libre y nos pareció buena idea pasar a saludar. Seguid con lo vuestro.

Me recosté y me crucé de brazos. Jayne se dejó caer en el asiento de al lado. Saludé con un gesto a Rebecca, que estaba sentada unas filas más atrás, y me lo devolvió con otro algo seco con la cabeza.

—Supongo que no pasa nada —dijo Pat—. Muy bien, continuemos. Ralph, necesito que te muestres mucho más

sorprendido cuando veas salir a Eddie desde bastidores. No, no sorpresa. ¡Necesito asombro! ¡Estupor! Si crees que puedes con eso, a tu sitio.

Yo había ocupado el asiento de Pat, que se dejó caer en la silla vacía junto a la mía.

—Así que habéis decidido seguir adelante —dije.

—Vamos a dedicar la función a sir Nigel. Le habría gustado, ¿no crees?

—Eso y una botella de champán barato.

Soltó una carcajada.

—En el fondo, da igual. Nigel solo tuvo un ensayo con Ralph y fue un desastre. No se acordaba de su texto. Dijo que era por el *jet lag*.

Nunca he visto la representación, pero conozco bien la obra. Como la mayor parte de la humanidad, diría yo. El hombre que estaba en el escenario interpretaba a John Watson. Se trataba de la escena dramática en la que descubre que, en lugar de estar en Londres resolviendo otro caso, Sherlock Holmes lleva todo el tiempo escondido en una cabaña en el páramo, observándolo todo y a todos.

—¿Por qué ensayáis las escenas de forma desordenada? —pregunté—. Esta tiene lugar cerca del final.

—Es fundamental trabajar la dinámica entre Holmes y Watson, Eddie y Ralph. Siempre ensayo primero las escenas importantes para ver cómo interactúan los actores.

Sobre el escenario, Ralph examinaba con atención… nada, el vacío. Supuse que añadirían el atrezo más adelante. Fuera de escena, alguien silbó y Ralph se levantó de un salto. Alzó su bastón y adoptó una postura defensiva. Eddie emergió de entre bastidores. Llevaba unos pantalones cortos morados y camiseta. Joven, rubio y guapo, pero caminaba con la rigidez de un caballero inglés de la época victoriana, aunque se trate de uno que se esconde en una cabaña abandonada, y erguía la cabeza con toda la arrogancia del Gran Detective.

—Hace una noche fabulosa, querido Watson —dijo con un acento londinense casi tan bueno como el mío—. Creo sinceramente que estará más cómodo fuera que dentro.

—Antes de terminar por hoy —susurró Pat—, quiero hacer la escena de Renee y Ralph.

Señaló a la izquierda con la cabeza, donde Renee estaba sentada sola, al final de la fila, observando la acción en el escenario.

Nos había visto entrar, pero no hizo el menor gesto por saludarnos y ahora nos ignoraba de forma deliberada.

—La escena en la que la señorita Stapleton confunde al doctor Watson con sir Henry e intenta advertirle —dije.

—Exacto. Oye, tengo una idea. Renee tiene algunas dificultades con el acento. Quizá puedas darle algunos consejos.

—¿Por qué no dejas que hable con su propia voz? El público sabe que es una representación teatral.

—Esa es la cuestión, ¿no? No queremos que el público recuerde que está sentado en un granero de Nueva Inglaterra en pleno siglo XXI viendo a un grupo de gente que intenta hacerse pasar por otras personas. Queremos que crean que están en el salón del 221B de Baker Street o perdidos en la gran ciénaga de Grimpen.

—Ay —suspiró Jayne—. Echo tanto de menos el teatro…

Estaba a punto de sugerir que deberían haber contratado a actores británicos si el acento era tan importante cuando Ralph la interrumpió. Alzó el bastón hacia nosotras.

—¿Cómo se supone que voy a concentrarme si no paran de hablar? Se trata de una escena muy intensa que requiere de toda mi concentración. ¿O lo ha olvidado, señora Allworth?

—Un buen actor —dijo ella— es capaz de actuar aunque el teatro se venga abajo a su alrededor. Pero te entiendo. Continúa, por favor.

Observamos en silencio durante unos minutos. Hubo muchas interrupciones. A Eddie no le gustaba tener que volverse para hablar con Ralph, y Ralph creía que Eddie no se lo tomaba en serio. Pat los interrumpía constantemente para pedirle más asombro a Ralph, ¡más estupor! También le sugería a Eddie que su Holmes no fuera

tan desdeñoso con el doctor Watson, que siempre había sido un hombre desventurado.

La escena debía de durar un par de minutos. Si tenían que dedicar tanto tiempo a cada una, me preguntaba cómo pensaban terminarla.

Al final, Pat se puso en pie.

—Por hoy hemos acabado con esta escena. Gracias, Eddie. Te esperan en vestuario para otra prueba. Ralph, cinco minutos de descanso y ensayamos la escena en la que conoces a la señorita Stapleton. Que alguien avise a Harry de que lo necesitaremos pronto.

—¿Quién es Harry? —pregunté.

—Interpreta a Stapleton. No estuvo en el té. Vive en Boston, por eso prefirió volver a su casa para pasar el fin de semana.

Eddie bajó del escenario. Me saludó, pero solo tenía ojos para Jayne, que refulgían con un brillo muy especial.

—Hola, me alegro de veros. Gracias por venir. Espero que no os hayáis llevado una decepción. Los primeros ensayos siempre son un desastre.

—Es maravilloso —dijo Jayne con una mirada refulgente—. Yo quise ser actriz en su día, pero dejé que mi madre me quitara la idea de la cabeza y ahora me arrepiento.

Renee se incorporó a nuestro pequeño grupo. A diferencia de Jayne, sus ojos eran dos témpanos de hielo.

—Peor para Hollywood, sin duda. Pero, claro, la gente necesita comer, ¿no? Alguien tiene que cocinar.

—Venga, Renee, no hace falta enseñar las uñas —dijo Eddie, que la rodeó con el brazo, aunque sin dejar de mirar a Jayne—. Todo el mundo sabe que vas a estar fabulosa en este papel si consigues clavar el acento.

Ella se arrimó más a él.

—Quizá podrías darme algún consejo, Eddie, cariño. Cuando tengamos un rato a solas —dijo sin apartar la mirada de Jayne—. La gente que no es del mundo del teatro no tiene ni idea de lo difícil

que puede ser esto.

«Qué dinámica interpersonal tan interesante tenemos aquí», pensé.

—Yo me siento igual cuando pido tres ejemplares de *The Beekeeper's Apprentice* y solo me llegan dos —dije con un acento tan pomposo que hasta la duquesa viuda de Grantham se habría sentido orgullosa de mí—. La vida de una librera puede ser tan difícil a veces… A menudo, me pregunto cómo consigo salir adelante.

Renee entornó los ojos y me miró por primera vez. Eddie soltó una carcajada, apartó el brazo y se alejó un poco de Renee.

—La jefa de vestuario me espera y es una fiera. ¿Siguen en pie los planes de esta noche, Jayne?

—Lo estoy deseando —dijo ella.

—Yo también. —Eddie le sonrió y subió al escenario de un salto, como si fuera Holmes saltando de risco en risco por los páramos.

—Voy a darte un consejo —insistió Renee—: quédate en la cocina, que es tu lugar.

Jayne, la inocente Jayne, que no había captado ninguna de las pullas anteriores, preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiere decir —intervine— es que si algo les gusta a los hombres es un buen plato de comida casera. Estoy segura de que Eddie no es diferente a los demás. Debe de estar harto de vivir en un hotel y comer fuera todos los días.

Renee me fulminó con la mirada.

—Supongo —dijo Jayne—, aunque tú sabes que en casa no cocino, Gemma. Me paso el día entero en la cocina y lo último que me apetece de noche es ponerme otra vez ante los fogones. Pero si crees que le gustaría…

Renee se alejó con paso firme.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó Jayne.

—Ni idea.

Rebecca recogió su bolso y se puso en pie.

—He visto suficiente. Esto es un desastre total y absoluto.

—Aún es pronto —dije—. Dale tiempo a Eddie para meterse en el papel.

—Ha tenido tiempo de sobra. Yo quería a un actor con presencia. Y en su lugar tengo a alguien que podría salir en la portada de una revista de moda para chicas preadolescentes.

Se fue de forma brusca.

—A mí me ha parecido que Eddie lo hacía muy bien —dijo Jayne.

—Dame un minuto —le pedí.

Al llegar, me había fijado en el hombre sentado al fondo del teatro, oculto en la penumbra. Cuando los actores hicieron una pausa, se levantó y se acercó al pasillo, donde Pat se reunió con él. Lo había visto en el té del domingo. Era el del moño y los pantalones cortos rosa. Lucía el mismo peinado, pero hoy vestía de forma algo menos excéntrica: pantalones beis y un polo marrón. Tomé el pasillo lateral y me dirigí hacia ellos. Había estado en la fiesta, pero no tuve la oportunidad de conocerlo. Era hora de corregir eso. Necesitaba conocer a todos los implicados.

—Ha sido interesante —le dije a Pat—. Gracias por dejarnos ver el ensayo.

—Un placer —respondió ella—. Tengo que volver pronto a vuestro salón de té.

Le tendí la mano al hombre.

—Gemma Doyle.

—Perdona —dijo Pat—, no sabía que no os conocíais. Gemma Doyle, Leo Blackstone.

—Es un placer —dijimos a la vez.

—Gemma tiene una librería dedicada a Sherlock Holmes aquí en West London —dijo Pat—. Es una maravilla.

—Tendré que pasarme —dijo, incapaz de disimular su absoluta falta de interés.

Curiosamente, Pat no me reveló a qué se dedicaba Leo Blackstone ni por qué estaba allí. Así que tuve que encargarme de ponerle remedio.

—¿Qué te trae hoy al ensayo, Leo?

—Curiosidad —dijo.

No podía deducir gran cosa por su aspecto o por su forma de hablar. Estadounidense, seguro. Su Rolex de lujo y los mocasines italianos eran señal de dinero. El moño y el bronceado permanente sugerían California, tal vez Arizona o Florida, así que el Escalade, el vehículo que debía de conducir, tenía que ser de alquiler. El anillo de boda grueso y dorado que llevaba indicaba que no andaba en busca de aventuras, y su actitud con Pat descartaba que hubiera venido por ella. El comportamiento de ambos indicaba que no eran amigos; tal vez eran parientes que no se conocían mucho, aunque no veía ningún parecido físico. Probablemente estaba ahí por negocios y, a juzgar por su peinado, su ropa y sus maneras, debía de trabajar en el mundo de las artes. Como estaba allí, tenía que ser en el teatro. Por el bronceado, era más probable que trabajara en el cine, pero nada impedía que le interesaran ambos mundos.

Lo clasifiqué mentalmente como posible inversor de la representación. No sé mucho sobre cómo funcionan estas cosas, pero me parecía raro que alguien viajara desde California para supervisar su inversión en una pequeña compañía local de repertorio.

—De momento —le dijo a Pat—, me gusta lo que veo. Has tenido suerte de que ese chico estuviera listo para asumir el papel principal. Creo que lo hará bien. Nigel tenía nombre, pero no queremos servir un plato recalentado. Aunque… aún es pronto. Nos vemos luego. Encantado de conocerte, Gemma.

Se fue. El interior del granero estaba bien iluminado, y la luz se filtraba generosa entre las rendijas de las paredes de madera, pero, cuando abrió la puerta, su silueta quedó enmarcada por una explosión de sol. ¿Cómo llaman a las personas que financian producciones teatrales? Ángeles.

—¿La pérdida de Nigel supondrá un contratiempo económico para la temporada? —le pregunté a Pat.

—No voy a decir que no me preocupa. La publicidad que habría supuesto que su nombre estuviera vinculado a nuestra producción

habría sido incalculable. —Apretó la mandíbula—. Aun así, tengo que confesar que no me sentía del todo cómoda con el hecho de que él interpretara el papel principal. Digamos que su época dorada era cosa del pasado.

—Entonces tampoco es un desastre haberlo perdido, como parece creer Rebecca.

—Siempre he sido una optimista sin remedio. Hay que serlo para dirigir teatro. Me gusta pensar que todo ha salido para bien. Aunque —añadió rápidamente— no para el pobre sir Nigel.

Nos volvimos al oír una carcajada que venía del escenario. Eddie había salido ya vestido con su levita de Holmes y con el bastón en la mano. Estaba actuando para Jayne y usaba el bastón a modo de espada. Embistió, paró los golpes y luego se arrodilló y se lo ofreció a Jayne con la cabeza agachada. Ella aplaudió y rio encantada.

Entre bastidores, Renee los fulminó con la mirada.

—Es hora de volver al trabajo —dijo Pat—. ¡Basta ya de tonterías! Necesito a Harry aquí ahora mismo. Renee, borra esa mueca de la cara antes de que sea demasiado tarde. Eddie, tienes el dobladillo suelto. Como se te rompa, Alice te despellejará vivo.

Capítulo Doce

Eayne me dejó en la tienda y se fue a casa a cambiarse para su cita con Eddie. Estaba tan radiante de felicidad que me sabía mal ser yo quien pudiera acabar pinchándole el globo. No mencioné que Eddie ocupaba el primer puesto de mi lista de sospechosos. No sé si Sherlock Holmes llegó a decir alguna vez *cui bono*, pero, si no lo hizo, debería haberlo dicho. ¿Quién sale ganando? Es la primera pregunta que hay que hacerse en toda investigación de asesinato. ¿Quién se beneficia de la muerte?

Eddie Barker, obviamente. El papel protagonista de la obra más destacada del festival estaba en sus manos, bronceadas y con una manicura perfecta. No solo había conseguido el papel, sino que la muerte de Nigel atraería aún más público. A la gente le gustaba vivir de cerca, aunque fuera de forma tangencial, la muerte de un famoso. Cuanto más misteriosa fuera, mejor.

Hice un repaso rápido del inventario al entrar en la tienda. Habíamos tenido un día bastante movido.

—Mucha gente habla de la obra —me dijo Ashleigh—. Han visto el cartel del escaparate y creen que estamos involucradas de algún modo. ¿Es así?

«Más de lo que me gustaría», pensé.

—No. Aunque podría plantearme la posibilidad de vender entradas. Si la gente entra aquí, no tiene sentido mandarla a la taquilla del centro.

—Quizá podríamos proporcionarles parte del atrezo —dijo— y vender réplicas en el teatro.

—¿Qué tipo de atrezo? Por lo que vi, la obra está ambientada en el siglo XIX. No creo que los personajes beban té en tazas con el lema de *I am SHERLOCKED* ni que lean a Lindsay Faye o Anthony Horowitz.

Se encogió de hombros.

—Podrías traer cosas antiguas. Capas y sombreros, por ejemplo.

—Creo que ya tengo suficiente inventario, gracias. —Puso cara triste, por lo que me apresuré a añadir—: Es una buena sugerencia, pero poco práctica. Sigue pensando, no quiero que te dé miedo compartir tus ideas conmigo.

—Los negocios tienen que expandirse si quieren crecer —afirmó.

—Cierto. —No añadí que yo no quería crecer. Era feliz con la librería tal como estaba.

—En Boston, hay un grupo activo de los Irregulares de Baker Street. Se hacen llamar la Banda de Lunares. Lo miré anoche. Seguro que estarían encantados de comprar en tu tienda. Si no te gusta mi idea de vender derechos de franquicia con nuestro nombre, ¿por qué no abres una segunda tienda del emporio?

«Ni pensarlo». Por suerte, la campanilla de la puerta puso fin a esa línea de especulación.

Entró Donald Morris. Me alegré al ver que no traía la carpeta con el cartel. Le sonreí.

—Dos veces en un día. ¿A qué debo el honor, Donald?

—Unos sesenta —dijo.

Otra vez con lo mismo.

—Ya te he dicho esta mañana que mi oferta máxima era de cincuenta dólares.

—No sesenta dólares, sino el libro *Unos sesenta*. ¿Lo tienes?

—Ah, sí, claro. —Lo acompañé a la estantería de no ficción—. Pensaba que ya lo tenías. Me suena que lo compraste cuando se publicó.

—Es para regalárselo a un colega sherlockiano que está en el

hospital.

—Qué detalle por tu parte. —Saqué el libro del estante. En el canon original de Holmes hay sesenta relatos. En esta colección, un fan de Sherlock defiende por qué considera que cada uno es «el mejor de todos». Me parecía una idea ingeniosa, aunque algunos de los argumentos estaban un poco traídos por los pelos. Le tendí el libro.

—¿Has encontrado comprador para el cartel?

—La señora Stanton se mostró entusiasmada por adquirirlo. Naturalmente, nunca revelaré la cifra que ha pagado, pero es una mujer muy generosa. Tendrá un lugar destacado durante las funciones de *El sabueso de los Baskerville*, en honor a sir Nigel.

Cuando Donald se hubo ido con su libro, me planteé llamar a Grant y decirle que al final sí podía cenar. Sin embargo, cuando Ashleigh se marchó y cerré la tienda, decidí llamar a Leslie Wilson.

—Solo quería saber cómo estás —dije cuando contestó—. ¿Todo bien por ahí?

Oí el suspiro como si la tuviera a mi lado.

—Ayer vino a verme la detective Estrada. Se llevó los delantales que usaron las voluntarias y volvió a hacerme las mismas preguntas. ¿Por qué fuimos Nigel y yo a dar un paseo? ¿Por qué decidimos alejarnos del jardín y adentrarnos en el bosque? ¿Le…?

—Prefiero que no hablemos de esto por teléfono. ¿Estás en casa?

Era poco probable que la policía o alguien más hubiera pinchado el teléfono de Leslie, pero, aun así, no quería que nadie pudiera grabar la conversación.

—Sí.

—Llego dentro de media hora.

A Violet le encanta subirse al Miata. Y hoy merecía un premio, así que la llevé conmigo. No me gusta dejarla sola en casa todo el día, pero cuando el tío Arthur está de viaje tengo pocas alternativas. En temporada baja, puedo cerrar la tienda una hora por la tarde y sacarla a pasear en condiciones, pero, en las épocas de más trabajo, casi nunca es posible. En su momento, me planteé llevarla conmigo

al trabajo. Se portaba bien y se quedaba en la oficina sin ladrar ni causar destrozos. Pero digamos que el primer encuentro entre Moriarty y Violet no fue muy bien y me vi obligada a abandonar la idea. Cuando está en casa, Arthur pasa casi todo el día con ella y la saca a pasear a menudo, lo que les viene bien a los dos: ejercicio para él y una vida social canina en toda regla para Violet. Por alguna razón, todas las ancianas del pueblo y sus respectivos perros, tan viejos como ellas, tienen el mismo horario de paseo que Arthur y Violet.

Leslie abrió la puerta de la cocina al oír que llegábamos, y Rufus salió corriendo.

—He traído a mi perra —dije—. Es muy sociable. ¿Te importa si juegan un rato?

—A Rufus le encanta hacer amigos.

Abrí la puerta y los dos perros se saludaron agitando la cola y olisqueándose con entusiasmo. Luego Violet se lanzó a explorar todos los nuevos olores del jardín de Leslie, y Rufus fue tras ella.

—¿Le has dicho a la policía que fuiste con Nigel hasta el acantilado? —pregunté mientras las dos observábamos cómo empezaban a conocerse los dos perros.

Leslie agachó la cabeza.

—Ya es tarde, Gemma. ¿Cómo voy a decir que se me olvidó un detalle así?

—Tienes que decírselo, Leslie. Se están centrando en ti porque creen que escondes algo. Y tienen razón. Si les cuentas qué es lo que ocultas, tal vez te dejen en paz.

—Tal vez. O puede que decidan detenerme.

—Si quieres —dije—, puedo acompañarte cuando hables con ellos.

Negó con la cabeza.

—No maté a Nigel. No tenía ningún motivo. Y nadie puede demostrar que lo hice.

—Creo que es un error, pero tú decides. Aun así, debes hablar con Jayne, porque está preocupada. Se está dando cuenta de que la

policía muestra mucho más interés por ti que por cualquier otro de los asistentes a la fiesta. Quiere saber el motivo.

La mujer levantó las manos.

—¿Cómo voy a revelarle mi pasado? ¿Cómo le cuento este secreto que he guardado tantos años?

—Mejor eso que tenerla muerta de preocupación y levantar un muro de desconfianza entre vosotras.

Violet había acorralado a una ardilla bajo un viejo roble y se había puesto a dar saltos contra el tronco intentando alcanzarla. La ardilla se reía desde una rama.

—Sé que tienes razón, Gemma. Pero es difícil. La detective Estrada me hizo preguntas sobre el dinero.

—¿Qué pasa con el dinero?

Leslie hizo un gesto abarcando la casa, que estaba algo destartalada. Los parterres estaban llenos de malas hierbas; el coche, viejo, con más óxido que chapa.

—Cuando Rick murió, dejó muchas facturas médicas y poco más. Tengo la pensión del banco; con eso cubro los gastos, mientras lleve una vida sencilla. Cualquiera puede ver que no me sobra el dinero. Jeff lleva tiempo insistiendo en que venda la casa. No tengo hipoteca y dice que sacaría una cantidad importante. Sé que es lo más sensato, pero no puedo. —Miró a su alrededor, observando la casa antigua, el jardín amplio, la calma del lugar—. Me encanta vivir aquí. Rick y yo fuimos muy felices. Aquí criamos a nuestros hijos. Tengo que vivir en algún sitio y no estoy preparada para mudarme a un apartamento sin alma. Estoy bien con la vida que llevo. Aunque me encantaría tener nietos. No se lo digas a Jayne.

—¿A santo de qué le preocupa tanto a Estrada tu situación financiera?

—Creo que sospecha que estaba chantajeando a Nigel.

—¿Por qué ibas a hacer eso? No sabe lo de tu hijo, ¿verdad?

Leslie negó con la cabeza.

—Entonces, está dando palos de ciego. ¿Estaba el detective Ashburton con ella?

—No. Vino sola a por los delantales.

—No vuelvas a hablar con ella. Si regresa, dile que no responderás a nada si no es en presencia de tu abogado.

—Pero ¿eso no hará que parezca que quiero ocultar algo?

—Hará que parezcas una ciudadana preocupada por sus derechos. No sé qué está intentando, pero no quiero que le sigas el juego. —Le toqué el brazo—. Estoy haciendo lo posible por llegar al fondo de esto. No te preocupes.

Su sonrisa valiente era igualita a la de su hija.

Llamé a Violet, nos montamos en el coche y pusimos rumbo a casa.

«No es buena señal. En absoluto», pensé.

Louise Estrada ya tenía a su sospechosa principal: Leslie Wilson.

Ryan siempre me decía que Estrada era una buena agente y una buena detective, pero aún no me había convencido de ello. También me decía que yo le caía mal a Estrada y que intentara ser amable. Sin embargo, cada vez que intento ser amable, todo sale mal.

Me pregunté si Estrada se había centrado en Leslie justamente porque yo la había defendido. ¿Acaso no se daba cuenta de que, sin ser consciente de ello, estaba permitiendo que yo llevara la voz cantante en la investigación?

«¿Acaso no perseguimos el mismo objetivo ambas?», pensé. Averiguar qué le ocurrió a sir Nigel Bellingham al borde del acantilado aquella tarde de sábado.

Sin embargo, no podía pasar por alto que el propio Ryan no estaba del todo convencido de la inocencia de Leslie.

Aparqué en la entrada de casa, pero no bajé del coche. En su lugar, llamé a Gerald Greene. Intenté fingir que era una llamada de cortesía, que solo me interesaba por un compatriota que está solo y lejos de su tierra.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo crees que estoy? Atrapado en este pueblo miserable.

Quiero volver a casa.

—¿Aún no te ha dado permiso la policía para irte?

—No. Por suerte, tengo habitación en el hotel. La habitación de sir Nigel y la mía estaban pagadas por adelantado. La señora Stanton quiere que me vaya para que le devuelvan el importe completo, pero no veo por qué debería hacerlo. Encima, tengo que pagarme las comidas y demás gastos. Desde que murió sir Nigel, no me han pagado ni un penique.

—¿Qué te parece si tomamos algo en el bar del hotel? —Pausa larga—. Invito yo —dije.

—Brillante idea —respondió.

Quedé con Gerald en quince minutos y di marcha atrás con el coche. Me llevé a Violet conmigo, esperando poder sonsacarle a Gerald lo que necesitaba y tener tiempo de pasear junto al mar.

Soplaba viento fuerte del océano y el sol empezaba a ponerse, pero no quería dejar a la perra en el coche, así que la até a un árbol junto al aparcamiento del Harbor Inn y le prometí que no tardaría. No se quejó. Se tumbó en la hierba fresca y se dispuso a echar una siesta.

Gerald me esperaba en el vestíbulo y se levantó al verme.

—Buenas tardes, Gemma.

—Gracias por aceptar la invitación —dije.

—Haría lo que fuera con tal de ayudar a una dama inglesa —respondió, como si me hiciera un gran favor dejándome invitarlo.

Tenía un acento culto, rozando lo aristocrático. Había tenido una infancia cómoda, pensé, y estudiado en una buena universidad. Buena, pero no Oxford ni Cambridge. Debía de rondar los sesenta años, algo mayor para trabajar como asistente personal de un viejo cascarrabias. O bien había caído en desgracia y aceptado cualquier trabajo, o bien le gustaba tanto el teatro que quería moverse en su órbita, aunque fuera en la periferia.

Gerald se dirigió hacia las puertas acristaladas que daban al exterior, pero lo detuve. El restaurante del hotel era excelente, con una terraza preciosa para las noches de verano, pero el salón

interior ofrecía más intimidad en esta época del año.

—Es mejor que nos quedemos dentro —le dije—. Esta noche hace algo de fresco.

Se encogió de hombros y lo acompañé al interior.

Sherlock Holmes y sir Arthur Conan Doyle se habrían sentido cómodos en esa pequeña sala. Sofás de cuero gastado y butacas alrededor de mesas bajas. Papel pintado a rayas, alfombra roja y una chimenea grande, ahora de gas y apagada.

Éramos los únicos clientes. Saludé con la cabeza al camarero y tomamos asiento en un rincón. Pedimos. Yo una copa de *sauvignon blanc*, y Gerald preguntó si tenían algún *whisky* escocés puro de malta, de las tierras altas.

Por desgracia para mi cartera, tenían Macallan, y eso fue lo que eligió. Se recostó con un suspiro.

—Esto es de lo más inoportuno. No solo me he quedado sin empleo, sino que estoy atrapado en un país extranjero sin dinero suficiente.

Sus ojillos recorrieron la sala y fingió que se distraía quitando las pelusas de los pantalones.

—La policía de West London es muy competente —dije—. Seguro que no te retendrán mucho tiempo.

No tenía ni idea, pero quería que se sintiera tranquilo.

—Eso espero.

—No es un mal hotel para estar retenido, como tú dices.

—No. Pero debo admitir que, mientras no se me presente la posibilidad de conseguir un empleo, no podré disfrutar del todo.

Es decir, estaba sin blanca.

—¿Cómo llegaste a trabajar con sir Nigel?

—Siempre me ha encantado el teatro —dijo—. Cuando mis…, uh…, circunstancias eran más favorables, hice mis pinitos en el teatro aficionado. He dirigido algunas producciones menores a lo largo de los años. Muy buenas, la verdad. Muchas críticas decían que no parecían obras de teatro aficionado.

Dejó a un lado los tics nerviosos y me miró a los ojos por primera

vez. Puede que incluso esbozara una sonrisa al recordar esa época.

—Suena estupendo —dije.

El camarero nos trajo las bebidas.

—¿Quieren comer algo? —preguntó.

—No —me apresuré a decir, adelantándome a Gerald. No me apetecía aguantar una cena con él.

El camarero se marchó y levantamos nuestras copas.

—Salud —dijimos a la vez.

Él dio un trago largo y cerró los ojos con placer.

—¿Cómo empezaste a trabajar con sir Nigel? —pregunté de nuevo.

—En el mundo del teatro aficionado, al menos al nivel en el que yo me movía —alardeó—, conoces a muchos profesionales. Incluso a algunos de los grandes actores de nuestra época. Una vez cené en Londres con Helen Mirren.

—Qué emocionante. ¿Qué tal es?

—Tan bella, encantadora y elegante como imaginaba. Claro que no estaba sentado a su lado, así que no pudimos charlar con calma, pero me saludó. La mismísima Maggie Smith vino a ver una de mis obras. Al acabar, vino a los camerinos y habló con los actores. Yo le di la mano. —Sonrió orgulloso—. Y luego estuvo aquella vez con Hugh Grant…

—¿Nigel? —lo interrumpí.

—Cuando estaba…, mmm…, buscando trabajo, un amigo de los viejos tiempos me dijo que Nigel…, quiero decir, sir Nigel, se había quedado sin asistente y necesitaba otro. Así que me presenté. Conectamos de inmediato.

Apartó la mirada y observó fijamente su vaso.

Me dio algo de pena. Bastaba con saber leer un poco entre líneas para darse cuenta de que había soñado con ser director de teatro, pero no tenía talento, o suerte, para ser justa. Seguramente, el dinero de su familia le permitió disfrutar del teatro como afición, pero, cuando se agotó, se quedó sin ingresos y tampoco tenía ninguna habilidad que le permitiera ganarse la vida. Le sonreí. No

detecté en él signos de vicios o malos hábitos, más allá de su gusto por el buen *whisky* a costa del bolsillo ajeno, así que supuse que no se había jugado ni bebido la herencia. Tal vez había invertido mal el dinero, o simplemente no era una cantidad lo bastante grande para llegar a la vejez y no tuvo la sensatez de preverlo. O quizá no fue culpa suya. Había llamado a su madre el día del té. Si Gerald tenía sesenta, la mujer debía de rondar los ochenta. Cuidar de un padre anciano puede costar una fortuna.

—Supongo que te encargarás de recoger sus cosas —dije.

—Ya lo he hecho. Qué tarca más triste. —Movió el vaso y observó el remolino de *whisky*. Tenía los ojos completamente secos—. Tú debes de tener contactos en Inglaterra, Gemma. ¿Conoces a alguien del mundo del teatro? Soy un asistente excelente. En realidad, fui más que eso para sir Nigel: fui un amigo, un confidente. Se podría decir que fui su Watson.

—¿Recuerdas el día que vinisteis a mi tienda? Luego me di cuenta de que había desaparecido un libro de colorear. Y, después, en casa de Rebecca, tras la fiesta, descubrimos que habían desaparecido varios objetos pequeños con cierto valor artístico. Cuando digo «desaparición», me refiero a robo.

Abrió los ojos, sorprendido, y luego agachó la cabeza.

—¿Sabes algo al respecto, Gerald?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque sospecho que, si la policía registrara las cosas de Nigel, esas mismas que, menuda coincidencia, ya has recogido, encontrarían algunos de los objetos robados. Y quizá otras cosas que no deberían figurar entre las pertenencias de un caballero que está de viaje.

—Creo que haces honor a tu apellido.

—¿Doyle?

—Así es.

—Mi parentesco con sir Arthur es más bien lejano —dije.

Respiró hondo.

—Nigel Bellingham era lo que los psicólogos llaman un

cleptómano. Lo que otros definirían como un ladrón de poca monta. Cuando colgué su chaqueta el miércoles antes de ir a cenar, encontré tu libro de colorear en el bolsillo. Esa noche, un cuchillo de carne del restaurante donde habíamos cenado. Parte de mi trabajo era evitar que sir Nigel se metiera en líos y que el público no conociera su… hábito. Como suele decirse, me tocaba borrar sus huellas.

Me abstuve de señalar que esa expresión suele usarse para referirse a hacer desaparecer los cadáveres.

—¿Y lo de la señora Stanton?

—Encontrará sus cosas en una maceta delante de su casa. A plena vista, vamos. Nigel fue al baño antes de sentarse a tomar el té. Tardó mucho, y yo empecé a sospechar. Cuando salió, lo llevé por el lateral de la casa y le palpé los bolsillos. Encontré varios objetos de cristal, que supuse que eran valiosos. Se los quité y más tarde los dejé en una maceta con flores.

—¿Eso estabas haciendo cuando llegó la policía?

—Necesitaba algo de intimidad para llamar a mi madre, como te dije. Y aproveché para deshacerme de los objetos. Un libro de colorear y un cuchillo de carne es una cosa. Una obra de arte, por pequeña que sea, es harina de otro costal. Si lo hubieran pillado con eso encima, podrían haberlo detenido. Y, desde luego, habría caído en desgracia.

Tomé un sorbo de vino.

—Todo eso excede con creces las funciones normales de un asistente. Si te hubieran encontrado a ti con los objetos, después de quitárselos a Nigel y esconderlos, te habrías metido en un buen problema.

—Lo llamo «otras tareas» —afirmó.

—¿Lo estabas chantajeando?

—No te andas con rodeos.

—Me lo dicen mucho. Prefiero no andarme por las ramas cuando ambas partes saben de qué se está hablando.

En un principio había valorado la posibilidad de que Gerald fuera

el ladrón y Nigel lo estuviera chantajeando. Sin embargo, ahora descartaba esa teoría. Gerald, como ya había deducido, no era actor. Era un hombre de carácter nervioso, pero mientras hablaba no parecía más inquieto, me miraba sin intentar convencerme y no mostró ninguno de los gestos típicos de los malos mentirosos.

—Yo no lo estaba chantajeando, pero sí, me pagaba muy bien para que fuera discreto.

—¿Te lo dijo abiertamente? Quiero decir, ¿con esas palabras?

—Nunca dijo nada. Debo admitir que, cuando me entrevistó, me sorprendí al decirme cuál sería mi sueldo. Muchísimo más de lo que esperaba. Supuse que quería al mejor y no le dolían prendas pagarlo. La primera noche que trabajé para él asistió a una cena. A la mañana siguiente, mientras le recogía la ropa, encontré una tabaquera del siglo XVII en el bolsillo, algo que se repitió con el paso del tiempo. Nunca hablamos del tema, pero yo devolvía los objetos cuando podía.

—Dices que tenías un buen sueldo, pero te preocupa quedarte unos días más en West London en una habitación ya pagada.

Suspiró y, por un momento, pensé que no contestaría. Después de todo, era una pregunta descaradamente personal. Pero, por lo general, cuando la gente empieza a justificarse, le cuesta parar.

—Me crie en el campo, en Kent. Tuve una buena infancia y guardo recuerdos entrañables. Me gustaría comprarme una casa en el condado para jubilarme allí. Otra ventaja de trabajar con sir Nigel era que mis gastos eran mínimos. Vivía en un pequeño apartamento en su casa y él pagaba viajes y dietas. Ahorraba hasta el último penique que podía.

—Sea como sea —dije—, no parecía tratarte muy bien.

—Supongo que me estás preguntando si lo maté. —Enarqué las cejas—. Al contrario. Su muerte ha sido un duro golpe para mis planes. Para ser sincero, sí, confieso que lo odiaba. Era un tipo arrogante, grosero y condescendiente. Me repetía a mí mismo: un año más…, un año más… y ya tendré lo suficiente para retirarme y comprar mi casa. No lo maté.

Lo creí. A Gerald le gustaba el teatro, pero no era un gran actor. Su primer intento de mostrar una expresión de duelo fue un completo fracaso.

—Lo odiaba en cierto modo, pero también sentía lástima por él. Había llegado muy alto en su profesión y su caída fue igual de estrepitosa. Sus amigos lo abandonaron. Dejaron de invitarlo a cenas. Nadie quería trabajar con él. Sus padres habían muerto hace ya varios años. No se hablaba con su única hermana desde hacía tiempo. Sus exmujeres no querían saber nada de él. Solo le quedaba el alcohol y una colección de objetos robados. No te imaginas la ilusión que le hizo recibir la oferta para actuar aquí, en *El sabueso de los Baskerville*. Fue, la verdad, algo triste de ver.

Sé muy bien que internet no es el mejor sitio para buscar datos fiables, pero, cuando se trata de cotilleos, no hay nada que lo supere.

Tomé una sola copa con Gerald y lo dejé pidiendo otra. Le di al camarero dinero suficiente para cubrir la cuenta.

Desaté a Violet y conduje hasta la playa para dar un buen paseo. Me habría encantado nadar un poco en las cálidas aguas de la bahía de Nantucket, pero sabía que, si iba a casa a por el bañador, no volvería a salir. Violet disfrutó del paseo, como siempre, y verla correr por la orilla y perseguir a los correlimos me dio tiempo para pensar en todo lo que había averiguado aquel día.

Al volver a casa, busqué a Gerald Greene en internet. Acabé encontrando una lista de producciones de una compañía de teatro aficionado en Reading, y Gerald figuraba como director en diez años de programación. No es que dudara de su historia, pero nunca me fío de lo que me dicen sin comprobarlo. En el sitio web aparecían fotos de los actores que habían participado, pero ninguna del director. No encontré más información sobre él; como Greene es un apellido muy común en el Reino Unido, no merecía la pena intentar investigar sin algo más concreto.

Después busqué a Edward Barker en IMDb. Según la base de datos, hacía poco que se había divorciado de una actriz llamada Garnet Hogan, con quien había estado casado tres años. Hice clic en el nombre de Garnet y no me sorprendió en absoluto ver que era una rubia toda huesos, ojos azules y poco más de treinta años. Entre sus últimos trabajos figuraban dos papeles secundarios como amiga de la protagonista en comedias románticas de Hollywood de cierto éxito.

¿Acaso Garnet, consciente de que su carrera empezaba a despegar, había decidido deshacerse de Eddie, que estaba estancado en papeles de *off*-Broadway? ¿O fue Eddie quien no soportó el éxito de ella y, llevado por los celos, puso fin al matrimonio?

No sería la primera vez que pasa.

Busqué en blogs de cotilleos sin más intención que encontrar inmundicia. Y entonces apareció un nombre conocido. Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? Antes de casarse con Garnet, el nombre de Eddie había estado vinculado al de Renee Masters, nada más y nada menos. Las fechas encajaban aproximadamente, así que parecía que rompieron poco antes de la boda. Si Eddie dejó a Renee por Garnet y ahora volvía a estar soltero, tal vez Renee quería retomar la relación. Eso explicaría la hostilidad que mostraba Renee hacia Jayne.

No encontré nada escandaloso sobre los otros actores. Ralph Carlyle tenía una carrera sólida en teatro de repertorio. Sólida, constante y respetable. Sin grandes éxitos y sin grandes fracasos. Estaba casado, tenía cuatro hijos y vivía en Nueva York.

Su biografía decía que tenía treinta y ocho años, justo lo que yo había calculado al conocerlo. Demasiado joven para interpretar a Watson junto al Holmes de Nigel Bellingham, que debían tener edades similares, pero perfecto para hacerlo con Eddie Barker.

Harry O'Leary, que interpretaba a Stapleton, había tenido algunos papeles menores en películas cuando era niño, pero ahora solo actuaba en festivales escénicos de verano. Tanya Morrison, que hacía de la señora Hudson y de la señora Barrymore, también había

trabajado en el cine en su juventud, aunque su última película quedaba ya muy lejos. Ahora estaba jubilada y vivía en Cabo Cod con su marido, con el que llevaba treinta años casada. De vez en cuando aceptaba papeles en el festival para no oxidarse. Su biografía mencionaba que donaba su caché a la compañía teatral.

Salvo por Renee y Eddie, parecían un grupo bastante aburrido.

Pero me recordé a mí misma que a veces el asesinato puede ser un asunto muy corriente.

Capítulo Trece

—¿Cómo fue? —le pregunté a Jayne.

—¿Cómo fue qué? —Sus orejas se tiñeron de un rojo muy intenso, lo que me permitió deducir que sabía perfectamente a qué me refería.

Tomé un sorbo de té. No soporto beber en vaso de cartón para llevar, pero estaba de camino a la tienda y he comprobado que intentar hacer equilibrios con la taza y el platito mientras abro la puerta puede acabar en catástrofe. Moriarty parece tener un instinto infalible para atacar con las zarpas justo cuando menos puedo defenderme.

—Tu cita —dije—. Con el apuesto Eddie. Está soltero, por cierto. Oficialmente divorciado y sin hijos de los que se tenga constancia. Lo he comprobado.

Jayne levantó la vista de las tartaletas que tenía delante.

—No te pedí que lo investigaras.

—Solo me preocupo por ti.

Negó con la cabeza.

—Se lo pregunté, ¿vale? Me lo contó todo. Su mujer decidió que Hollywood podía ofrecerle mejores oportunidades que Nueva York, así que lo dejó. Al principio se quedó hecho polvo. Me dijo que muchas parejas de actores llevan matrimonios a distancia, pero que ella no quiso esforzarse por arreglar las cosas. Luego entendió por qué: en cuanto llegó a California, se fue a vivir con un actor

secundario de tercera.

Decidí que no era el mejor momento para decirle a Jayne que a veces era demasiado confiada. Seguro que Garnet podía contar una versión diferente.

—¿Dónde fuisteis a cenar?

—Al Blue Water. Estuvo genial.

—¿Visteis a Andy?

—Sí. Nos dio la mejor mesa y nos invitó a una botella de vino. Es un encanto. Ya sé que crees que está coladito por mí, Gemma, pero solo somos amigos. Se portó muy bien con Eddie.

Si eso era cierto, el mundo de la interpretación había perdido a un gran actor con Andy.

—¿Y después de cenar? —Le guiñé un ojo.

Jayne se sonrojó.

—Tomamos un helado y fuimos a pasear por el malecón —suspiró—. Fue tan romántico… Y, luego, no es que sea asunto tuyo, Gemma Doyle, me llevó a casa, me acompañó a la puerta y me dio un beso. Nada más.

—¿Ha alquilado un Smart? Le habrá costado un buen pellizco.

—Le gusta moverse por su cuenta porque no quiere depender de nadie para los desplazamientos. Es un coche muy divertido. Por cierto, ¿cómo lo sabes?

—Lo vi frente al granero e imaginé que le pegaba un coche así.

Aquí, en Cabo Cod, Eddie intenta causar buena impresión. ¿Y qué mejor que interpretar el papel de consumidor responsable y concienciado con el medioambiente? No es mala imagen para un actor de paso. Jayne siempre decía que yo era demasiado cínica. A lo mejor era de verdad un consumidor responsable y concienciado.

A Jayne se le borró la dulce sonrisa de la cara.

—Al volver del ensayo, llamé a mamá. No contestó, así que le dejé un mensaje, pero todavía no me ha devuelto la llamada. Estoy muy preocupada. Me oculta algo, algo muy importante. Tú sabes lo que es, ¿verdad, Gemma?

—Ashleigh entra a la una. Haré una pausa a las cuatro para sacar

a Violet. ¿Qué te parece si hoy celebramos nuestra reunión diaria de socias en mi casa? A las cuatro y cuarto.

—¡No cambies de tema!

—No lo hago. Invitaré también a tu madre.

Le hice un gesto con la taza y la dejé con su masa y sus pasteles.

Hablando de pasteles, aquella mañana había tenido tiempo de leer con calma los periódicos británicos en internet mientras desayunaba un yogur, *muesli* y fruta fresca, pero sabía que a media mañana necesitaría ya uno de esos *brownies*.

Eran las diez menos cuarto y el salón de té estaba casi vacío. El gentío del desayuno ya se había marchado, los turistas de media mañana aún no habían llegado y faltaba mucho para la hora del almuerzo.

Hoy era el día libre de Jocelyn, y Lorraine, la empleada a media jornada, aprovechaba un momento de calma para ajustarse un zapato. Era una mujer mayor, ya jubilada, que había tenido su propia tienda de éxito en Baker Street. Decía que echaba de menos el contacto humano y por eso había aceptado trabajar a tiempo parcial durante el verano en el salón de té. Pero yo sabía que cuando hablaba de «contacto humano» se refería a cotillear.

Mientras Fiona seleccionaba el *brownie* más gordo y lo metía en una bolsa de papel, aproveché para charlar con Lorraine.

—Esta temporada ha sido muy buena para el negocio de las tiendas del pueblo. Será por el tiempo que estamos teniendo. Todo el mundo parece contento, en especial los comerciantes de Baker Street. Supongo que los hoteles y las pensiones dirán lo mismo. Tu hermana tiene una, ¿verdad? —Como si no lo supiera.

—Sí, y está encantada. No tiene ni una habitación libre en todo el verano.

—Estupendo. ¿Cómo se llamaba su pensión? —También como si no lo supiera.

—Sailor’s Delight.

—Ah, ¿sí? Creo que el otro día hablaban de ella.

—Algunos de los actores del festival se alojan allí. Judy está

encantada. Imagina: Renee Masters y Edward Barker en su casa. No los conocía, pero los buscó en internet y ahora presume de ellos ante todas sus amigas. Le decepcionó que sir Nigel Bellingham se alojara en el Harbor Inn, a ese sí lo conocía, pero después de lo que le pasó se alegra de que no fuera su huésped. No quiere a la policía rondando por su casa, buscando pistas. Según Judy, nada ahuyenta tanto a los clientes como la presencia de la policía.

Cogí el *brownie* que me tendía Fiona y le hice un gesto con la cabeza a Lorraine. Me alejé del mostrador y Lorraine me siguió. No podía preguntarle directamente lo que quería saber, pero podía lanzarle el anzuelo. Si no picaba de inmediato, lo dejaría para tentarla.

—Seguro que tu hermana podría contar mil anécdotas de sus huéspedes.

—Los huéspedes tienen derecho a su intimidad —me soltó con un deje de superioridad.

—Por supuesto —le sonreí.

—A veces me cuenta cosas en confianza. Nada importante, ya sabes.

—No me interesan los cotilleos vulgares.

Lorraine fingió escandalizarse ante la mera sugerencia.

—Por supuesto que no.

—Pero, claro, tras la muerte de Nigel Bellingham, no puedo evitar preguntarme si alguno de los huéspedes se ha comportado de forma extraña. Aparte de Renee y Eddie, ¿quién más se aloja allí?

—Pat Allworth, la directora, y otro de los actores, un señor mayor. No sé cómo se llama. Son las únicas habitaciones que Judy pudo ofrecerles. Tiene clientes fijos que vienen todos los años y no quería darles calabazas. No sabía qué hacer. El festival nunca se lo había pedido y le daba apuro rechazarlos, porque pueden ser una fuente de ingresos estable. Si hubiéramos sabido entonces lo que sabemos ahora, quizá habría propuesto que compartieran habitación. —Se rio.

Si yo tuviera bigotes, se me habrían erizado. Solo necesitaba tirar

el anzuelo una vez más para que Lorraine lo picara.

La puerta se abrió y entraron dos mujeres. Por desgracia, se sentaron en lugar de dirigirse directamente a la barra. Me moví un poco para que Lorraine quedara de espaldas a la sala.

—¿Compartir habitación? ¿Acaso el festival tiene problemas de dinero?

Esa podía ser una línea de investigación interesante a seguir. ¿Y si el contrato de Nigel estaba tan bien blindado que no podían despedirlo ni por emborracharse o no cumplir con sus funciones? No sabía cómo podía convencer a alguien para que me dejara echar un vistazo. Como demostraba el reciente episodio en el Harbor Inn, poseo cierta experiencia en actos de allanamiento, pero no quería tener más información que no pudiera compartir con la policía. Si el festival atravesaba apuros económicos, la policía debía saberlo.

Lorraine se rio.

—De eso no sé nada. De cómo funciona el festival, quiero decir. Solo digo que algunos de esos huéspedes no duermen todas las noches en su cama. —Me guiñó un ojo.

—¿Cómo?

—Judy y yo charlamos un rato todas las mañanas. Ahora que nuestros hijos trabajan y tienen sus familias y mi padre y su nueva mujer se pasan la vida en Florida, solo nos tenemos la una a la otra. Sería lógico pensar que Nancy, mi hija mayor, que vive en Yarmouth, a media hora por carretera, podría sacar algo de tiempo para su madre, ¿verdad? Pues no. Está demasiado ocupada con su carrera. Es demasiado importante para charlar un ratito con la mujer que le dio a luz por las mañanas. Judy dice que eso viene de…

—¿Quién no duerme en su cama? —La interrumpí. Ignoré a Fiona, que intentaba llamar la atención de Lorraine para que atendiera a las clientas.

Lorraine me guiñó un ojo.

—No me gusta chismorrear, cielo, pero si crees que es importante…

—Es importante, sin duda.

—Edward Barker… es muy guapo, ¿verdad? Pues esta misma mañana Judy me ha dicho que cuando ha ido a limpiar su cuarto la cama no estaba deshecha.

¿Sin deshacer? ¿Era relevante? Era poco probable que hubiera pasado la noche fuera, escondiendo pruebas relacionadas con la muerte de Nigel o explorando posibles escenarios para futuros crímenes.

—Vaya, mira —le dije—, tienes clientas. Será mejor que vuelvas.

Al ver que la conversación estaba a punto de llegar a su fin, se apresuró a añadir:

—Eso no es todo.

—¿No?

—Dice Judy que la cama de él estaba intacta, pero la de Renee parecía haber tenido compañía. Y mucha… actividad durante la noche. —Me guiñó el ojo otra vez.

—¡Disculpe! —Una de las clientas se había puesto de pie y agitaba una servilleta en el aire—. ¿Nos puede atender, por favor?

—Ahora mismo voy —respondió Lorraine. Y añadió en voz baja—: No se lo cuentes a nadie, ¿eh, Gemma? Esto queda entre tú y yo. Judy me mata si se entera de que he estado chismorreando sobre sus huéspedes.

«En ese caso —pensé—, Judy haría bien en no ir por ahí contando chismes».

Lorraine se marchó sin esperar a que le diera mi palabra. O tal vez prefería no saberla.

Lo cierto era que habría preferido no saber esa información. Era muy improbable, por no decir imposible, que si Renee y Eddie quedaban a medianoche y se escabullían en la habitación del otro como si estuvieran protagonizando una comedia de enredos francesa, eso tuviera algo que ver con la muerte de Nigel.

Por desgracia, sí tenía muchísimo que ver con los asuntos del corazón de Jayne Wilson.

Había averiguado algo y, por mucho que quisiera, no podía olvidarlo.

Tal y como había planeado, volví a casa a las cuatro menos cuarto. Como sabía que la comida y la bebida suelen hacer más llevadera cualquier reunión, pasé por el mercado a comprar algunas cosas. Preparé una jarra de té helado; un surtido de quesos, pan y galletitas saladas; un buen racimo de uvas verdes en una bandeja grande de madera, y llené un cuenco de frutos secos. El té lo hice con un preparado en polvo, aunque a Jayne no le gustara esa opción, pero los ingleses nunca hemos aprendido a tomar el té frío.

Había llamado a Leslie desde la tienda para invitarla a mi casa y hablar de las novedades del día. Me dijo que no había vuelto a saber nada de Estrada ni de Ryan y que estaba a punto de colgarme, por lo que no tuve más remedio que mentir y decirle que tenía algo que contarle.

Lo único que había averiguado hoy era que Eddie salía con Jayne y, al mismo tiempo, se acostaba con Renee, pero dudaba mucho que mi amiga me agradeciera que se lo contara a su madre ni que me lo agradeciera a mí, así que decidí no revelar ese detalle.

Jayne fue la primera que llegó y miró la comida con recelo.

—¿Quién más viene?

—Te lo dije: tu madre.

—¿Nadie más?

—Nadie más. ¿Por qué?

—Has preparado comida como para alimentar a un ejército. O por lo menos a toda una compañía de teatro.

—¿De verdad? Solo quería asegurarme de que no fuéramos a pasar hambre.

—Un queso *brie* entero, al menos medio kilo de Stilton, que no es barato, por cierto, y otro tanto de chédar. Y eso sin contar el salami, el jamón, el trozo de paté, una *baguette* entera y dos tipos de galletitas saladas. —Jayne cogió una uva—. Creo que nunca había visto tantos anacardos juntos.

—No estoy acostumbrada a recibir visitas.

—Se nota. —Me sonrió—. Pero gracias.

Ambas dimos un respingo al oír que llamaban a la puerta trasera. Violet se fue corriendo para recibir a la visita y la seguí. Leslie acarició a la perra y me dio un abrazo rápido. La acompañé hasta la cocina, pero se detuvo tan de golpe que Violet chocó contra sus piernas. Se le borró la sonrisa de la cara al ver a su hija comiendo un trozo de chédar.

—Jayne, no esperaba encontrarte aquí.

—Vaya, la pobre Violet se muere de ganas por salir —dije, a pesar de que la perra se había sentado con toda la educación del mundo junto a Jayne, esperando un trozo de queso—. Vamos, Violet. ¡Violet! ¡Paseo! —Cogí la correa del gancho que había junto a la puerta, se la puse y la saqué a la fuerza—. Qué se le va a hacer, lo siento. Id picando, no me esperéis.

Por fin, Violet captó la indirecta y salimos a la calle.

Estuvimos una hora fuera y, cuando regresamos, Jayne y su madre ya se habían ido. La jarra de té helado estaba casi vacía. Parecía que habían comido dos, quizá tres uvas. Bueno, al menos ya tenía la cena lista: un sándwich de jamón y queso. Y también la comida de mañana. Y probablemente de los próximos días. Tal vez el resto de la semana.

A lo mejor podía compartir el banquete con la compañía de teatro.

Había una hoja de papel sobre la encimera, debajo del cuenco de frutos secos.

«Gracias», decía con la letra clara de Jayne. No hacía falta nada más.

Ya eran casi las seis. Guardé la comida que había sobrado en la nevera y regresé a la tienda. No pensaba llamar a Jayne para preguntarle cómo había ido. Ya me lo contaría cuando quisiera. Si es que llegaba a hacerlo.

—Te he traído un sándwich —le dije a Ashleigh.

—Anda, gracias. —Cogió el paquete y miró a través del plástico —. Pues no tiene mala pinta.

—Puede que no sea una gran cocinera, pero sé hacer un sándwich. ¿Por qué no aprovechas ahora para tomarte un descanso?

—Todavía no son las seis.

—Si te vas un poco antes, puedes tomarte quince minutos más. Tengo que salir otra vez a las siete.

—¿De verdad que trabajas aquí, Gemma, o solo pasas de vez en cuando?

—Tengo asuntos importantes que atender. ¿Te molesta?

—Qué va. No me quejo. Aunque hace una hora estaba desbordada. Espero que no hayamos perdido clientes por no poder atenderlos con rapidez. —Moriarty saltó al mostrador. Restregó todo el cuerpo contra el brazo de Ashleigh, que le regaló una buena caricia—. ¡Qué gatito tan mono! A lo mejor necesitas una dependienta más para lo que queda de verano. Si estás muy ocupada con tus asuntos importantes, puedo encargarme de las entrevistas. ¿Quién es el gato más lindo? Tengo buen ojo para los empleados serios —dijo sin cambiar lo más mínimo el tono entre el halago al gato y su consejo como experta en gestión de recursos humanos.

Decidí pasar por alto la indirecta sobre mi falta de seriedad.

—No hará falta. Nos las apañaremos.

—Tú misma. Dicen que en la tienda de ropa de mujer que hay más arriba aún buscan a gente.

—Tómate media hora extra. Vuelve a las siete y cuarto.

Ashleigh salió disparada con el sándwich en la mano antes de que cambiara de idea. Moriarty bajó del mostrador de un salto.

Tenía razón, y lo sabía. Estaba descuidando la tienda por meterme en una investigación policial que, según los propios agentes, no era asunto mío. Esa tarde habíamos tenido muchos clientes y no era justo que Ashleigh tuviera que encargarse de todo ella sola. Mientras atendía a la gente y cobraba, me prometí no volver a meter las narices en el asesinato de sir Nigel Bellingham.

Cuando Ashleigh regresó, cinco minutos antes de la hora, ya había cambiado de opinión.

Puede que para la policía esto no fuera asunto mío, pero, si creían que Leslie Wilson era culpable, sí que era de mi incumbencia.

Dejé a Ashleigh a cargo de la caja y subí al despacho para hacer una llamada rápida.

—Te llamo para disculparme por rechazar tu invitación para cenar anoche —le dije a Grant Thompson.

—Sé que estás ocupada —respondió cortés.

—¿Tienes planes esta noche?

—Déjame mirar la agenda. —Guardó silencio dos segundos y añadió con un tono claramente burlón—: Mira por dónde. Resulta que, justamente hoy, estoy libre.

—¿Blue Water Café? ¿A las ocho y media?

—Perfecto.

—Invito yo. Pero antes me gustaría pedirte un favor.

—Dime.

No noté un deje de recelo en su respuesta, y eso era algo que me gustaba de él. Ryan, en cambio, se habría puesto en guardia de inmediato. ¿Por qué estaba pensando en Ryan si acababa de quedar para cenar con Grant?

—Te lo cuento en el coche —dije—. Pásate a recogerme en diez minutos. Estoy en la tienda.

—¿Diez minutos? No me das ni tiempo para maquillarme.

—No lo necesitas —repliqué.

Cuando colgué, me pregunté si pensaría que estaba coqueteando con él.

Me despedí de Ashleigh con un gesto de la mano al salir de la tienda. Ella charlaba con una clienta mientras otras curioseaban entre las estanterías. Una de las mujeres cargaba con una pila considerable de novelas de misterio Victoriano, con libros de Rhys Bowen y Victoria Thompson.

—Ah, Gemina —me dijo Ashleigh—, si no te importa, esta señora tiene alguna pregunta sobre esa segunda edición de *El signo de los*

cuatro.

Grant se detuvo frente a la tienda. Había tardado ocho minutos en llegar. Me gusta que los hombres sean puntuales.

No quedaba sitio para aparcar en nuestra manzana y vi que Linda Novak, la agente de tráfico del pueblo, se dirigía hacia aquí con el talonario de multas preparado.

—Ahora no puedo —le dije sin volverme.

—Lo siento —oí que le decía Ashleigh a la clienta mientras yo salía disparada—. La hermana de Gemma debe de haberse puesto de parto. Había salido ya de cuentas.

Subí al Ford Explorer de Grant y nos incorporamos al tráfico, que circulaba con lentitud.

—¿Adónde vamos, señora? —preguntó mientras me abrochaba el cinturón.

—A la pensión Sailor's Delight. ¿La conoces?

—Sé dónde está. ¿Quieres contarme por qué vamos allí?

—Estás pensando en hacer una generosa donación al festival de teatro de West London para la temporada que viene, pero antes quieres hablar con los implicados sobre la situación financiera del festival.

—¿Y por qué quiero hacer eso?

Mi primera impresión al hablar con Lorraine fue que el festival pasaba apuros económicos, pero ella no sabía nada de eso. Aun así, valía la pena investigarlo.

—Seguro que se te ocurre algo —respondí.

Ayer, los ensayos habían terminado a las siete y esperaba que hoy pasara lo mismo. Seguramente Pat Allworth volvería a la pensión para cambiarse antes de salir a cenar. Supuse que era empleada del festival, como los actores, diseñadores de vestuario y técnicos. Si alguien aportaba dinero para producir la temporada o esperaba obtener beneficios, como Rebecca Stanton, no iba a contarle nada a Grant así, sin más. Pero tal vez Pat podía compartir sus impresiones, ya que debía de saber si el festival estaba en buena situación o corría el riesgo de acabar en desastre.

Además, quería averiguar cuál era la situación del contrato de Nigel Bellingham. ¿Había negociado una compensación generosa, o había aceptado la primera oferta que le hicieron, llevado por la desesperación?

Todo ello podía ofrecerme una idea de su estado de ánimo en los últimos tiempos, algo relevante si llegaba a la conclusión de que se había quitado la vida.

—Supongo que podría decir que espero que la obra despierte de nuevo el interés por las primeras ediciones de novelas británicas de finales del XIX y principios del XX. Así podría beneficiarme como librero —dijo Grant.

—Sabía que se te ocurriría algo —contesté.

Grant apartó un segundo la vista de la carretera para dedicarme una sonrisa cálida, pero se le desvaneció enseguida.

—Pero que quede claro que no es cierto, Gemma. No tengo dinero extra para invertir en teatro, precisamente. Si lo tuviera, lo gastaría en libros. No me gusta darles falsas esperanzas.

—Estoy segura de que sabrás decírselo con delicadeza. ¡Ah, perfecto! Parece que nuestra presa está en casa.

La pensión Sailor's Delight ocupaba una enorme casa de estilo georgiano rodeada de un jardín amplio y muy bien cuidado. Tenía un pórtico con columnas blancas, fachada simétrica, dos chimeneas de ladrillo, contraventanas negras, puerta roja. Era una construcción con muchos rincones, ventanales, buhardillas y un porche lateral espacioso.

El Smart, el descapotable y la furgoneta estaban aparcados fuera. Los árboles que rodeaban la zona de aparcamiento proyectaban largas sombras. Fui tocando el capó de cada coche al pasar. El BMW estaba frío, pero el Smart y la furgoneta desprendían un leve calor.

Grant pulsó el timbre y la puerta se abrió casi al instante. Si hubiera pesado quince kilos más, Judy sería el vivo retrato de su hermana Lorraine. Debían de ser gemelas idénticas, pero Judy tenía menos arrugas y no tan profundas, lo que indicaba que no fruncía

tanto el ceño. Además, los ojos le brillaban en un gesto sincero de bienvenida.

—Buenas tardes. Si buscan habitación, lo siento; no tenemos ninguna libre.

Grant me miró de reojo. No dije nada, así que carraspeó.

—Me gustaría hablar con una de sus huéspedes. Pat…, eh…, Pat.

La aludida apareció en el vestíbulo. Llevaba una blusa holgada con estampado de flores de colores, unas mallas negras y sandalias planas de cuero. Prácticamente el mismo conjunto que en el ensayo del día anterior.

—Esa debo de ser yo. Ah, hola, Gemma. Acabo de llegar, aún no he tenido tiempo ni de subir. ¿Qué te trae por aquí?

Eddie había seguido a Pat y me saludó con un gesto de la cabeza.

—He traído a alguien que quiere conocerte —dije—. Te presento a Grant Thompson, librero y coleccionista de primeras ediciones.

—Nos conocimos en el té —dijo Pat—. Encantada de verte otra vez.

—Quería hablar contigo sobre… —dijo Grant.

Pat lo interrumpió.

—¿Te importa darme un minuto? Es que tengo que solucionar algo urgente. —Se volvió hacia Judy—. No aguanto a las divas, pero parece que me ha tocado una. A ver qué puedo hacer. Tú no sabes nada de esto, ¿verdad, Eddie?

—¿Yo? —Eddie parpadeó con aire inocente.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Renee ha montado un numerito por una tontería —dijo Pat—. Acabó sus escenas antes que los demás, miró los mensajes del móvil y salió del teatro llorando sin ni siquiera preguntar si podía irse. Yo le habría respondido que no, porque tenía que pasar por vestuario. Resulta que ha vuelto aquí y se ha encerrado en su habitación. Judy ha llamado a su puerta hace un rato para ver si quería algo, pero no responde. Francamente, por mí como si se queda encerrada hasta el próximo ensayo. Pero cree que es un ser delicado como una flor, así

que voy a tener que decirle algo amable.

—Quizá haya salido a dar un paseo y Judy no la vio salir —dije.

Eddie soltó una carcajada y Pat me lanzó una mirada.

—Perdona, pero la gente como Renee no pasea. Por eso alquiló ese descapotable ostentoso, para ir y venir del gimnasio.

Pat se dirigió escaleras arriba, seguida de Eddie. Los seguí por el simple hecho de que me gusta estar al tanto de todo lo que sucede. Grant vino detrás y, al llegar al piso de arriba, Eddie dijo:

—Si me necesitáis, estaré en mi habitación.

Avanzó por el pasillo hasta la puerta del fondo, la abrió con su llave y entró.

Pat llamó a la puerta de la actriz con golpes suaves.

—Renee, cielo, soy Pat. Abre la puerta.

Silencio. Me acerqué un poco y agucé el sentido del olfato. Había un gran ramo de flores frescas en una mesa auxiliar, junto a la ventana abierta que se encontraba al fondo del pasillo. La brisa trajo hasta nosotras el aroma de las flores. A Judy le gustaban los productos de limpieza perfumados y los ambientadores industriales, pero en ese extremo del pasillo había algo más intenso. Volví a olfatear. Brandi derramado y el inconfundible olor de la enfermedad.

Me acerqué a la puerta y golpeé con fuerza. Acerqué la oreja, pero no oí movimiento alguno dentro de la habitación.

—¡Renee! Nos gustaría hablar contigo.

Silencio.

—A lo mejor está en la ducha —dijo Grant.

—No se oye correr el agua —respondí—. Ni la radio ni la tele. Así que debería oírnos. Si estuviera en el baño o sin ropa, nos pediría que esperáramos. Algo va mal. —Agarré el pomo y lo giré. Nada—. ¡Abre la puerta, Judy! —Golpeé con fuerza—. ¡Renee! ¡Despierta!

Judy no aparecía, así que me volví hacia Grant.

—Echa la puerta abajo.

—¿Qué?

—Hazlo. Ya. Dale una patada justo debajo del pomo.

Pat se puso pálida.

—No pensarás que…

—Sí, lo pienso —dije, apartándola.

Grant retrocedió un paso. Se preparó.

—Siempre he querido hacer esto.

Dio la patada y la puerta crujió. Gruñó y volvió a golpear. La puerta cedió y se abrió con estrépito. La empujé y entré corriendo.

Renee Masters yacía bocabajo sobre la cama. Sorteé una botella de coñac que rodaba por el suelo para llegar hasta ella.

—Pat, llama al 911. —Puse a Renee bocarriba. Soltó un gemido y vi que le temblaban los párpados, pero no abrió los ojos. Una mancha de vómito empapaba la colcha blanca con ribete de rosas—. ¡Grant! Abre la ducha. ¡Agua fría!

—¿Qué demonios pasa? —Eddie entró en la habitación.

—Necesito un bolígrafo. ¿Alguien tiene uno?

—¿Vas a tomar notas? —preguntó Eddie.

—No digas tonterías. Un bolígrafo, cualquier cosa alargada. No pienso meterle los dedos en la garganta, pero tiene que vomitar.

—Ya ha vomitado —dijo Eddie.

—No lo suficiente.

—¿Servirá esto? —Pat me pasó una cuchara—. Estaba en la bandeja del té.

Le abrí la boca a Renee y le metí la cuchara. Tuvo una arcada y me apartó de un manotazo.

—Dejadme en paz. Marchaos. Quiero morirme.

Oí la sirena de una ambulancia que se acercaba.

—¡Grant, tráeme un cubo de agua fría!

—¿De dónde saco un cubo?

—Piensa en algo. El jarrón de flores del pasillo.

—Voy yo —dijo Pat.

Le incliné la cabeza a Renee para no manchar la cama, y volvió a vomitar. No pude evitar fijarme en que la moqueta, de color crema con toques rosas, hacía juego con la ropa de cama.

Grant le echó el jarrón de agua por encima, pero no apuntó muy bien y me empapó.

En ese instante llegaron los sanitarios y les dejé hacer su trabajo.

Esperé en el pasillo con Pat, Grant, Eddie, Judy y otros huéspedes de la pensión, que se habían acercado atraídos por el alboroto. Al cabo de poco, apareció la camilla. Renee iba tapada con una manta y tenía los ojos cerrados, pero su pecho se movía a un ritmo constante.

—¿Alguno de ustedes es un familiar? —preguntó una joven sanitaria.

—Yo la acompaño al hospital —dije.

Estaba al lado de Eddie. Al pasar la camilla, Renee abrió los ojos. Estiró la mano hacia él, pero su compañero no se movió.

Mientras seguía a la camilla, oí que Eddie le decía a Pat:

—Es capaz de todo con tal de llamar la atención.

O bien habíamos llegado justo a tiempo, o bien no había podido tomar todo lo que había planeado, porque Renee estuvo despierta durante el trayecto al hospital. Entre las sábanas había encontrado un frasco de pastillas recetadas, vacío, y se lo di a los sanitarios, además de señalar la botella de coñac que estaba en el suelo. Había un móvil junto al frasco, pero ese decidí quedármelo yo.

—Supongo que habrán avisado a la policía —le dije a la sanitaria mientras examinaba a la paciente.

—Sí.

—Será mejor que se pongan en contacto con el detective Ashburton. Hace unos días esta mujer fue testigo de un posible homicidio.

Al llegar al hospital de West London, me enviaron a la sala de espera mientras se llevaban a Renee a un box.

Me senté y saqué el móvil. Por suerte para mí, no tenía contraseña. Nunca dejará de sorprenderme lo descuidada que es la gente con su seguridad e intimidad. Me sorprende, sí, pero también me produce una gran satisfacción.

Revisé sus mensajes.

A las tres y cuarto, Renee le había escrito a Eddie: «Hola, guapo. ¿Por qué no nos largamos de aquí después del ensayo?».

Tres y media: «Déjala y podemos volver a la habitación para un buen revolcón».

Entre las tres y media y las tres y cuarenta, tres mensajes más con un contenido muy sugerente.

Sin embargo, ella no había recibido ninguna respuesta.

Luego, nada más hasta las seis y cuarto, cuando, supuse, dieron un descanso a los actores: «Te he visto mirando el móvil. Responde».

Seis y veinte: «No me ignores, Eddie. Sé que estás en el vestuario».

Seis y veintidós: «Es esa pastelera rubia, ¿verdad?».

Otra pausa hasta las seis y cuarenta y siete: «Eddie. Por favor. Somos una pareja perfecta. ¿No lo recuerdas?».

Por fin una respuesta, a las seis y cuarenta y nueve: «Siempre es divertido echar un polvo por los viejos tiempos. Pero no hemos vuelto. No te imagines cosas».

Y ahí acabó el intercambio de mensajes. Pobre Renee. Con lo desesperada que estaba y la habían dejado con un simple mensaje de texto.

Por suerte para una fisgona como yo, tenía toda la conversación ante mí. Renee y Eddie habían pasado toda la tarde en el mismo edificio, pero se comunicaban solo por mensajes. Sherlock Holmes habría tenido que escuchar tras las puertas o fiarse de terceros.

—No debería sorprenderme, pero me sorprende. ¿Qué demonios haces tú aquí, precisamente tú?

Guardé el móvil de Renee en el bolsillo. Louise Estrada estaba plantada frente a mí, con los brazos en jarras. Me fulminó con la mirada. Al fondo del pasillo, Ryan hablaba con una enfermera del mostrador de urgencias.

—También me alegro de verte, Louise —dije.

—No me tomes el pelo, Gemma. Nos han dicho que eras la persona de contacto. ¿Cómo demonios has logrado que se lo crean?

Levanté las manos.

—Yo no he dicho nada de eso. Alguien tenía que acompañar a Renee y, como soy quien la ha atendido cuando la hemos encontrado, me he ofrecido a subir con ella en la ambulancia.

—Y justo estabas allí cuando la encontraron.

—Pues sí. Eso es justo lo que ha pasado.

—Dicen que podremos hablar con ella dentro de un par de minutos —dijo Ryan, que se acercó a nosotras—. Se recuperará. La han cogido justo a tiempo. O, más bien, tú la has cogido a tiempo. ¿Quieres contarnos qué ha ocurrido, Gemma?

—Será un placer.

Pat y Grant irrumpieron en la sala.

—Se recuperará —le dije a la directora.

Pat exhaló el aire contenido y se dejó caer en el sofá destartalado que había junto a mí.

—Menos mal. Puede que la llamara diva y que no me mostrara muy comprensiva, pero lo último que necesito es perder a otra actriz de este montaje.

—La señora Stapleton no tiene un papel muy importante en *El sabueso de los Baskerville* —dije—. Pero el de Renee sí que debe de ser más importante que el de *La gata sobre el tejado de zinc*.

—Sí, pero *El sabueso de los Baskerville* es la obra más importante de nuestra temporada. ¿Por qué…?

—Nos lo cuentas luego —dijo Estrada.

—Necesito un café. Ahora vuelvo. —Pat se levantó y se fue.

—En primer lugar, ¿hay alguna duda, Gemma, de que esto no sea un intento de suicidio? —preguntó Ryan.

Negué con la cabeza.

—Ninguna. Se atiborró de somníferos. No sé cuántas pastillas, porque ignoro las que había en el frasco. Pero las tomó con coñac. Cabe la posibilidad de que alguien la obligara a hacerlo, pero no me parece que sea el caso.

—Está claro, ¿verdad? —dijo Estrada.

—Sí que lo está. Nadie se quedó a esperar a que los

acontecimientos llegaran a su desenlace lógico, pero es que Renee me dijo que la dejara en paz. Intentó impedir que la ayudara. En resumen, no quería que le salvara la vida.

Estrada y Ryan se miraron.

—Un intento de suicidio acostumbra a ser una confesión —dijo él.

—Pero no en este caso —repliqué.

—Por favor —soltó Estrada—. Bellingham la insultó en la fiesta, en voz alta y en público. Hemos estado investigándola, como al resto de los asistentes, y su carrera está prácticamente estancada, por no decir que está en caída libre. Sus insultos la llevaron al límite y se rindió en cuanto pudo.

—Me parece lógico —dijo Grant—. O sea, tu teoría me parece lógica. No lo de que se rindiera.

—¿Y tú qué haces aquí? —le preguntó Ryan.

Grant se irguió, levantó el mentón y sacó un poco el pecho. Apoyó un brazo en mi hombro, con aire descuidado.

—Gemma y yo fuimos a ver a Pat antes de ir a cenar.

Ryan estaba que echaba fuego por los ojos al ver la mano de Grant. Él también se cuadró. Por un momento, pensé que iban a agachar la cabeza, piafar como dos animales y liarse a embestidas.

—Grant está valorando la posibilidad de hacer una donación importante a la compañía de teatro —dije—. Le propuse que hablara con Pat para saber cómo van las cosas. Sé que los ensayos acaban a las siete, así que lo más probable era que la encontráramos en la pensión.

Los dos hombres se observaron en silencio durante unos segundos. Ryan fue el primero en apartar la vista.

—Gemma, ¿tienes algo que decir sobre la teoría de que este intento de suicidio fuera una confesión?

—¿Por qué le preguntas a ella? —saltó Estrada.

La ignoré.

—No creo que Renee intentara quitarse la vida por ningún tema relacionado con Nigel. Y me he fijado en que Eddie ni se ha molestado en venir al hospital.

—Me ha dicho que no era necesario reunir a una multitud aquí. Que le avisara si había novedades. —Pat había vuelto con un vaso de café de máquina, que tenía un aspecto tan pésimo como el olor que desprendía—. Hablando de novedades, no quiero que esto llegue a la prensa. Lo último que necesitamos es que empiecen a decir que nuestro reparto no es de fiar.

—Pensé que lo último que querrías es que muriera otra actriz tuya —dije.

—Eso también.

—Tengo la sensación de que Renee estará encantada de contaros qué la llevó a ese extremo de desesperación —dije.

—¿Qué sabes que no nos estás contando, Gemma? —preguntó Ryan.

Le sonreí, pero él no me devolvió el gesto. Y, por enésima vez, pensé que ojalá Ryan Ashburton no fuera policía.

Pero lo era. Y suspiré.

—¿Puedo hablar contigo en privado?

—No creo… —terció Estrada.

—Solo un momento.

Ryan y yo nos alejamos unos pasos más allá.

No le dije que había leído los mensajes del móvil de Renee.

—En el pasado, había salido con Edward Barker, pero lo dejaron hace unos años, cuando él se casó con otra. Y antes de que me preguntes cómo lo sé, te diré que es de dominio público. Está en internet.

—¿Puedo preguntar por qué has estado investigando a esta gente cuando te hemos dicho que no te metas?

—En este caso, soy inocente. Ahora sale con Jayne. Solo protejo los intereses de mi amiga.

—Aunque ella no te lo haya pedido, me imagino —afirmó Ryan.

Preferí ignorar el comentario.

—Al parecer, Renee cree que, ahora que Eddie vuelve a estar soltero, van a retomar la relación. Sin embargo, diría que él no opina lo mismo.

—La historia de siempre. —Ryan no pudo evitarlo y miró a Grant.

—Y que lo digas.

Salió una doctora de los boxes. Nos vio y se dirigió directamente a nosotros.

—Detective. La señora Masters ya está en disposición de hablar con ustedes.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté.

—Se pondrá bien. Creo que sobre todo está avergonzada. Y tendrá un dolor de cabeza tremendo. Parece que no había muchas pastillas en el frasco, así que sufrirá más el efecto del alcohol que otra cosa.

Ryan hizo un gesto a Estrada para que lo acompañara y ambos siguieron a la doctora.

—Fuera de peligro —les dije a Pat y Grant.

—Ha sido una noche movida —dijo Grant—. ¿Nos vamos ya, Gemma?

—¿Por qué no haces lo que tengas que hacer con Pat ahora? Estoy segura de que querrá hablar con Renee cuando la policía acabe. ¿Verdad, Pat?

—Ya lo creo. Es una pena que lo único que pueda hacer sea hablar. Esa chica se merece una buena azotaina.

Me senté.

—Yo también querría darle ánimos.

—Quizá podrías visitarla mañana. Esta noche estará agotada.

Grant miró su reloj.

—Son más de las ocho y media. Si no salimos ya, perderemos la reserva.

—¿Reserva?

—¿En el Blue Water Café?

—¿Tenemos una reserva?

—Yo creía que sí. Fue idea tuya y es casi imposible conseguir mesa en la terraza sin reserva. ¿No la hiciste?

—Creo que se me olvidó. Lo siento.

—No importa —dijo él—. Con todo lo que ha ocurrido tampoco

me apetece mucho. Pero un café no me vendría mal. Y no uno de máquina. ¿Crees que la cafetería sigue abierta?

—Ni idea.

—Voy a mirar. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

—Voy contigo —dijo Pat, tirando su vaso a la papelera.

Reinaba una calma relativa en la sala de urgencias del hospital de West London. Una madre casi histérica llegó con una niña de unos doce años que sangraba por la cabeza, y pasaron a toda prisa con un anciano que gritaba que lo perseguían, alguien, al parecer, invisible.

Mientras esperaba, me entretuve comprobando si Renee había tenido algún contacto con Nigel Bellingham antes de su muerte. Según el móvil, nunca habían hablado ni se habían escrito. Tampoco se había puesto en contacto con Gerald Greene. No me molesté en leer sus mensajes con Pat ni con nadie del grupo de teatro. Habría sido demasiado indiscreto, incluso para mí.

Pat y Grant regresaron con sus cafés al mismo tiempo que Ryan y Estrada salían del box.

La agente miró su teléfono.

—Han vuelto a ingresar a Reynolds —le dijo Estrada a Ryan.

—Encárgate tú. Yo terminaré aquí.

Me ignoró por completo al irse.

—Ya puedes pasar —dijo la enfermera.

Pat se levantó.

—Pero solo una de las dos y solo un minuto.

—Dile que espero que se encuentre mejor mañana. —Le entregué a Pat el móvil de Renee—. Lo encontré en la cama de la pensión. Seguro que lo querrá.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Grant.

—Creo que sí.

Ryan estaba con su móvil, pero me miró e hizo un gesto con la mano para que esperara. Me acerqué para ver qué quería.

—¿Qué voy a hacer sin él? —gimió Renee tras la cortina.

—No te queda otra, cielo —dijo Pat—. El desamor forma parte de la vida. Y no creo que él valga tanto la pena.

—Pero lo quiero.

—Pamplinas. El amor es una pérdida de tiempo. Hazme caso. ¿Sabes qué sí vale la pena?

—¿Qué?

—La fama, eso sí. La oportunidad de alcanzar la gloria.

Renee gimió.

—No puedes hablar en serio. ¿Crees que actuar en este pueblo de segunda, y en un granero, encima, es alcanzar la gloria? Hace meses que no consigo un papel decente. Años. Estoy acabada. Mi madre me pagó el alquiler del coche como regalo de cumpleaños. Preferiría que me pagara un piso en la ciudad, pero ¿cómo le digo que me han desahuciado?

—Te va a llegar algo grande, Renee. Créeme. Necesito que sigas conmigo. No te arrepentirás.

—Está aquí —dijo Ryan, ofreciéndome su móvil.

Dejé de prestar atención a la escena melodramática que tenía lugar en el box.

—¿Qué?

—Jayne —dijo—. Quiere hablar contigo.

Cogí el teléfono.

—¿Sí?

—Mamá está lista para hablar con la policía —dijo Jayne.

—Me alegro.

—Pero solo con el detective Ashburton. No se fía de Estrada.

—No sé si puede poner condiciones, Jayne. —Miré a Ryan, que me hizo un gesto afirmativo.

—Y tampoco quiere que sea en comisaría. Está asustada, Gemma. Asustada, avergonzada y humillada. Ir a la comisaría solo empeorará su situación. Se lo he dicho a Ryan, que me ha propuesto que hablemos en otro sitio. Pero mi madre quiere que estés tú.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Aún no he cenado. ¿Qué te parece en mi casa? Podría preparar unos cuantos bocadillos.

—Eso es lo que quería que dijeras.

—En quince minutos.

—Allí estaremos.

—Ah, Jayne, una cosa más. ¿Sabes algo de Eddie?

—Me llamó hace una media hora para preguntarme si me apetecía ir a dar un paseo por el puerto y tomar una copa tranquila en algún bar. ¿A que es muy romántico? Pero le he dicho que esta noche tenía que estar con mi madre. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —le devolví el teléfono a Ryan.

Una vez resuelto este pequeño asunto de convencer a la policía de que la madre de Jayne no había asesinado a Nigel Bellingham, tendría que ocuparme de algo aún más difícil: interponerme entre Eddie y Jayne.

Y no me apetecía nada.

Capítulo Catorce

—Debo admitir —comentó Grant Thompson— que salir contigo no es aburrido, Gemma.

—Siento dejarte plantado de esta forma —me disculpé—, pero tenemos que hablar de un tema que es muy confidencial.

Se inclinó como si fuera a besarme en los labios, pero cambió de dirección en el último segundo y me dio un beso en la mejilla. Me pregunté si tendría algo que ver con el hecho de que Ryan Ashburton estaba junto a su coche, observándonos y dando golpes en el suelo con el pie.

Durante el trayecto desde el hospital hasta mi casa, solo había tenido tiempo de preguntarle a Ryan qué le había contado Renee.

—Sabes que no voy a darte detalles privados —dijo—, pero, como oímos cuando Pat hablaba con ella, todo se debía a un novio que le había partido el corazón y a una carrera que no despegaba. Louise le preguntó directamente si había matado a Nigel Bellingham, pero la pobre reaccionó como si no comprendiera por qué pensábamos eso.

Se detuvo frente a mi casa. Me desabroché el cinturón y puse la mano en el tirador de la puerta.

—Gemma —me dijo—, quizá no sea el mejor momento para hablar, pero tengo que preguntártelo. ¿Estás saliendo con Grant?

—No.

Si lo hubiera pensado un poco más, no habría sabido qué

contestar. En cambio, la palabra salió sola, y me alegré de que fuera así.

—Somos amigos. Compartimos aficiones: los libros, los recuerdos de Inglaterra. Íbamos a cenar juntos esta noche, pero solo eso.

No mencioné que estaba usando a Grant para que investigara para mí. Tomé aire y lo miré a los ojos.

—¿Te importaría si estuviera saliendo con él?

—Sí, Gemma. Yo… —Me miró a los ojos—. Quiero estar contigo. Nunca he querido otra cosa. Pero, mientras sigas metiéndote en mi trabajo, no sé si podrá funcionar.

Le acaricié la cara y me rascó los dedos con la barba.

—No puedo evitar fijarme en ciertas cosas ni llegar a determinadas conclusiones. A veces me gustaría poder parar, pero nunca funciona. No puedo dejar de pensar como pienso.

—Si intentaras cambiar tu forma de ser, disimular tu inteligencia, tu perspicacia, tu increíble memoria…, acabarías convirtiéndote en una mujer amargada y miserable. Así que solo puedo decir que quiero que seas feliz, Gemma. Y si yo no soy el hombre que…

Nos sobresaltamos al oír unos golpecitos en la ventanilla. Era Jayne, con la cara pegada al cristal.

—¿Será posible? Mi madre está a punto de confesar el gran secreto de su vida y vosotros aquí enrollándoos en el coche como adolescentes.

Abrí la puerta.

—Era una conversación personal, no nos estábamos enrollando.

—Pues a mí me lo parecía. Mamá está dentro. Sabía que no te importaría que entráramos. —Jayne tenía una copia de mis llaves, igual que yo tenía una de las suyas.

Nos reunimos en la cocina. Jayne se ocupó del té y el café, y yo preparé unos sándwiches mientras Leslie le contaba su historia a Ryan. Le habló de su relación con Nigel hace treinta y cinco años, del rechazo, de cómo volvió a casa, destrozada y embarazada, y de

cómo se casó con el padre de Jayne.

—Cuando supe que Nigel venía a West London, no sabía qué hacer. Su regreso me recordaba todo lo que había sufrido, pero también aquellos días tan emocionantes, cuando creía que el mundo del teatro de Nueva York se rendiría a mis pies. No esperaba que retomáramos nuestra… —Hizo comillas con los dedos— «historia de amor». Ni siquiera lo habría querido. Fue hace mucho. En otra vida. Pero me hacía ilusión verlo, quizá por eso mismo. Porque él formaba parte de mi vida anterior. Era una oportunidad de recordar mi juventud, mis sueños, los buenos momentos. Nueva York a principios de los ochenta, la ciudad más vibrante del mundo, el esfuerzo para triunfar en Broadway. Mi carrera acabó mal, pero me alegro de haber vivido aquella etapa. No perdí el tiempo pensando en cómo le había ido a Nigel Bellingham, pero he seguido su carrera con cierto interés. Sabía que seguramente no se habría acordado de mí ni una sola vez desde la última ocasión que nos vimos, pero… supongo que pensé, o quise creer, que al menos me recordaría si le daba una pista. Tendría que haberme dado cuenta de que él ocupaba un espacio mucho más grande en mis recuerdos del que yo ocuparía jamás en los suyos. El miércoles, me ofrecí voluntaria para ir a recogerlo al hotel y traerlo al pueblo. No me reconoció. Bueno, admito que he cambiado bastante en los últimos treinta y cinco años. Había mucha gente, por lo que no tuvimos la oportunidad de hablar. En la librería reinaba el caos y, cuando intenté decirle cómo me llamaba, me ignoró.

Jayne sirvió el café y puso la mesa, mientras yo me encargaba de repartir los sándwiches. Violet, siempre atenta a las emociones humanas, se sentó junto a la silla de Leslie. La madre de Jayne retorcía un pañuelo entre los dedos y de vez en cuando acariciaba la cabeza de la perra, buscando, y encontrando, el consuelo que necesitaba. Leslie no lloraba, pero tenía los ojos rojos y se le marcaban varias arrugas en la comisura de los labios.

—Intenté hablar con él durante la fiesta del sábado. Cuando llegó, antes de que los demás invitados se arremolinaran a su

alrededor, aproveché un momento para abordarlo a solas. —Leslie agachó la cabeza y Jayne le puso una mano en el hombro—. Le dije quién era, mi nombre y le recordé que en el pasado habíamos significado algo el uno para el otro.

Rompió a llorar. Dejé la bandeja de los sándwiches en la mesa y me retiré al otro extremo de la cocina, junto a la encimera. Nadie tocó un solo sándwich.

—Tómese su tiempo, señora Wilson —dijo Ryan.

—Podría haber sido educado y preguntar cómo estaba, o haber fingido que no había cambiado nada. Pero no. Me dijo que había conocido a tanta gente en su vida que cómo iba a acordarse de una… mujer de mediana edad, del montón. —Buscó una servilleta y se sonó la nariz—. Me… me pidió que le llevara una copa de vino.

Jayne lucía un gesto que nunca había visto y esperaba no volver a ver jamás. Estoy convencida de que, si sir Nigel Bellingham hubiese entrado en ese momento, mi amiga lo habría matado con sus propias manos.

Ryan esperó un minuto y luego preguntó con voz suave:

—¿Y qué pasó entonces?

—Que lo dejé con su maldita copa de vino y regresé al trabajo. Estaba furiosa, ya se lo imaginarán. Al principio me sentí humillada, pero, con el paso de la tarde, entendí que no era yo la que debía sentirse avergonzada. He tenido una vida maravillosa, me casé con un hombre al que amaba con locura y que me adoraba. He tenido dos hijos preciosos —dijo, y le cogió la mano a Jayne—. He sido muy afortunada. Nigel Bellingham, sir Nigel, era un viejo amargado, huraño y borracho perdido.

Se secó las lágrimas y dejó la servilleta. Violet, al notar que lo peor ya había pasado, se fue a comprobar si tenía comida en el cuenco. Al ver que seguía vacío, suspiró con fuerza y se dejó caer junto a él con un sonoro bufido de desaprobación.

—Decidí no darle más vueltas —continuó Leslie— y dejar que ese desgraciado se ahogara en su copa de *prosecco*. Me dije que aún podía disfrutar de la tarde y del festival sin volver a cruzar palabra

con él. —Negó con la cabeza—. Pero ya me conoces, cielo. Siempre tengo que decir la última palabra.

Jayne asintió en silencio.

—Después del numerito de su discurso, intenté echarle una mano, pero volvió a comportarse como un grosero conmigo. Todo el mundo lo había dejado solo en la mesa del jardín. Incluso Gerald y Pat estaban demasiado avergonzados o enfadados para acercarse. Así que fui yo, toda indignada, y le dije que no le quedaba más remedio que escucharme.

—Se adentraron en el bosque —dijo Ryan.

—No quería que nadie oyera lo que iba a decirle. Cuando se puso en pie, pareció que le apetecía pasear, así que lo seguí. Nos adentramos en el bosque y bajamos hasta el acantilado para ver las olas. No pensaba contarle nada de Jeff. Pero, bueno, ya sabe… Una vez más quería ser yo la que dijera la última palabra. Y se la dije. Y, luego, se lo juro, detective Ashburton, Ryan, que me fui y lo dejé allí solo, al borde del acantilado.

—¿La siguió alguien? —preguntó Ryan—. ¿Vio a alguien más por el bosque en ese momento?

Leslie negó con la cabeza.

—No, pero tampoco me habría fijado. Estaba demasiado absorta en mis pensamientos. Es culpa mía que muriera y lo siento mucho.

—¡No digas eso, mamá! —exclamó Jayne.

Leslie le dedicó una leve sonrisa.

—No estoy confesando nada, cielo. Solo digo que no debí dejarlo solo con lo mal que estaba.

—No era trabajo tuyo hacerle de niñera —replicó Jayne.

—¿Es que nadie va a comer nada? —dije. Cogí una silla y me senté a la mesa—. Ahora que sabemos cómo acabó Nigel en ese acantilado, tenemos que hablar de lo que pudo pasar después.

Ryan intentó disimular una sonrisa.

—Ah, ¿ahora tenemos que hacerlo?

—Eso es. —Elegí una *baguette* de jamón y queso chédar—. En este caso, estoy dispuesta a aceptar la premisa de la navaja de

Ockham. —Le di un mordisco al bocadillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Jayne.

Ryan respondió mientras yo masticaba:

—La teoría de que la explicación más sencilla suele ser la correcta. O lo que es lo mismo: no compliques las cosas si no es necesario. —Se sirvió un sándwich—. Aunque, ahora mismo, no veo cuál sería la explicación más sencilla.

—Se suicidó —dije—. Saltó por el acantilado por voluntad propia. Nadie vio a nadie más en el bosque. A esa hora, yo vi a una pareja joven que iba hacia la orilla, pero no en la misma dirección que Leslie y Nigel. Supongo que habéis interrogado a todo el mundo.

—Así es. No solo a los que seguían allí cuando llegamos, sino a todos los que figuraban en la lista de invitados, los del teatro y las voluntarias. La señora Stanton nos aseguró que nadie podía entrar en la finca sin entrada o si no era un trabajador. La propiedad está vallada y hay carteles, pero es posible que alguien trepara la valla sin que lo vieran. No hay alarmas ni vigilancia fuera de la casa y su entorno inmediato. Me dijo que a veces se cuelan adolescentes que buscan un sitio donde montarse una fiesta o turistas que se creen que los carteles no van con ellos. Lo hemos mirado todo, pero no hay señales de ningún acceso ilícito ese día.

—Nadie tenía razón para hacerlo —dije—. No para matar a Nigel. Ahora que sabemos que el robo del cuenco de Chihuly y de las imitaciones no fue producto del azar…

—¿Y cómo lo sabemos? —dijo Ryan.

—¿Qué robo? —preguntó Leslie.

Jayne agachó la cabeza con gesto culpable y Ryan la miró con recelo.

—Ah, ¿no te lo había dicho? —le pregunté—. Sir Nigel era cleptómano y Gerald cobraba un dineral por cubrirle las espaldas y devolver los objetos cuando podía.

—¡Gemma! —dijo Ryan—. ¿Cómo sabes eso? ¿Y por qué no me lo habías contado?

—Se me pasó —dije—. Perdón. Llamé a Rebecca y le dije que

podía encontrar sus cosas en una maceta. No se me ocurrió recordarle que avisara a la policía de que las había recuperado.

—Hablamos con la policía en Inglaterra, y los únicos antecedentes de Greene son una multa de aparcamiento. Yo mismo le tomé declaración. Dijo que estaba destrozado por la muerte de Bellingham y que no entendía por qué alguien querría hacerle daño. No mencionó ningún robo, pero sí comentó que Bellingham tenía un problema grave con el alcohol. Una parte de su trabajo, dijo, era asegurarse de que sir Nigel llegara a casa sano y salvo y sin montar un escándalo cada vez que se pasaba de copas.

—A veces —dije—, la gente se suelta más bebiendo en un bar que bajo los focos de la sala de interrogatorios. Lo digo en sentido figurado, claro.

—Siempre ayuda si el responsable del interrogatorio sabe qué preguntar. ¿Tú cómo lo supiste?

Me asaltaron las dudas y le di otro bocado al sándwich para ganar tiempo. Había llegado el momento de decirle a Ryan que sabía que Nigel era un ladrón porque había encontrado objetos robados en su habitación de hotel. Pero era imposible darle esa información sin confesar cómo la había conseguido. Y, si lo hacía, Ryan no solo se vería en la obligación de actuar ante mi confesión de allanamiento y detenerme, sino que perderíamos de vista lo más importante.

—Gemma encontró… —empezó a decir Jayne.

—Podemos dejar eso para luego —la interrumpí. Ryan me lanzó una de sus miradas, pero no insistió.

—El sábado por la tarde —continué—, Nigel estaba como una cuba, algo que, como sabemos, no era inusual. Se humilló a sí mismo en público, frente a sus compañeros y un grupo de personas que habían pagado una fortuna por conocerlo. Su carrera iba en picado: solo había que ver que el héroe de *Guerras de Roma* había acabado haciendo teatro de repertorio en verano en West London, Massachusetts. Un actor más joven salvó la función. Y, encima, para colmo, le habían dicho que tenía un hijo, cuya existencia ignoraba hasta ese momento. Un hombre deprimido. Un acantilado. La

conclusión es evidente.

—Fui yo quien lo empujó a la muerte —dijo Leslie.

—Ni se te ocurra pensar eso, mamá —replicó Jayne—. Yo creo que todos sus problemas eran culpa suya.

—En el teatro nadie parece echarlo de menos —añadí—, salvo Rebecca Stanton, que quería una estrella como gran atracción del festival. Los profesionales están encantados de que Nigel haya desaparecido, aunque jamás lo admitirán en público.

Ryan soltó un largo suspiro.

—Estoy de acuerdo contigo, Gemma. No tenemos ningún indicio de que alguien más, aparte de ti, Leslie, estuvo con Nigel en lo alto del acantilado. No es que la falta de pruebas…

—… sea prueba de ausencia —rematé.

—La autopsia reveló que el hombre se encontraba en muy mal estado de salud —dijo Ryan—. Los pulmones eran los típicos de alguien que ha fumado toda la vida como un carretero, y tenía el hígado hecho polvo. Había sufrido un infarto grave hacía un año y probablemente uno más leve antes. Esa información es confidencial, por cierto.

—Entendido —dije.

—Si lo tenemos todo en cuenta: salud precaria, carrera en declive, borracho y humillado… La navaja de Ockham apunta al suicidio. Aún faltan algunos resultados de laboratorio, las comprobaciones de todos los antecedentes y analizar con más calma las declaraciones de los asistentes. Pero, si nada cambia, cerraré el caso y lo consideraré un suicidio. Lo de la cinta rosa me tenía intrigado, pero voy a asumir que salió volando por el acantilado después de desprenderse del delantal de Leslie.

No dije nada.

—Pobre Nigel —murmuró Leslie, negando con la cabeza—. Qué triste final para una carrera tan brillante.

—Haré lo posible por no revelar todos los detalles que me has contado, Leslie —dijo Ryan—. Pero, como fuiste la última persona que vio con vida a Nigel Bellingham, que sepamos, no puedo

descartarte por completo. Tendré que explicarle a mi compañera y a mi jefe por qué cierro la investigación. Diré, a menos que me fuercen, que hablasteis de vuestro pasado en común y que tus palabras lo sumieron en la tristeza y la desesperación. Si insisten en conocer los detalles…

—Lo entiendo —dijo Leslie.

Jayne abrazó a su madre.

—Estoy aquí para lo que necesites, mamá. Siempre.

—Por cierto, Jayne, ya no necesitamos tu juego de té de Sherlock Holmes —dijo Ryan—. Puedes pasar a recogerlo por la comisaría cuando quieras.

—No pienso comerme yo sola todos estos sándwiches —dije.

Capítulo Quince

Y ahí terminó todo.

Pasaron dos semanas y no volví a oír hablar de sir Nigel Bellingham, salvo por las clientas de la librería que seguían hablando con consternación de su fallecimiento. La venta anticipada de entradas para el festival de teatro iba mejor de lo esperado, y Leslie me informó de que ya estaban agotadas las de varias funciones. Tanto ella como Jayne habían perdido buena parte de la ilusión que tenían al principio, pero aún colaboraban en lo que podían.

Jayne seguía saliendo con Eddie, y yo seguía preocupada por ella. Me había planteado decirle que él se había acostado con Renee cuando ya habían empezado a salir, pero decidí callarme. No hacía mucho, le había dicho a una joven enamorada que su prometido solo la quería por su herencia. La cosa no salió bien.

Me han dicho que no todo el mundo aprecia el valor de mis observaciones y conclusiones. Así pues, decidí mantenerme al margen y confiar en que, cuando acabara el festival, Eddie seguiría su camino hacia otros pastos, tanto en lo profesional como en lo sentimental.

Tampoco había vuelto a ver a Renee, pero Jayne me dijo que se había recuperado de una intoxicación alimentaria, la versión oficial del festival sobre su ingreso en el hospital, y que se había volcado con entusiasmo en los ensayos. Por lo que cuenta mi amiga, todo el

mundo está encantado con cómo van las cosas.

El jefe de policía convocó una rueda de prensa, a la que asistió mucha gente. Irene Talbot me había dicho que la muerte de sir Nigel Bellingham había despertado un gran interés en los medios de comunicación.

No me molesté en ir porque Ryan me había llamado antes para decirme que el jefe y Louise Estrada habían accedido a cerrar la investigación a sugerencia suya. Leí la declaración del jefe al día siguiente en el *West London Star*. La policía había concluido que el hombre había resbalado y caído al vacío «bajo los efectos del alcohol». Ryan me contó que los forenses no habían encontrado señales de que hubiera «resbalado». La tierra al borde del acantilado no estaba removida como para indicar un tropiezo seguido de un intento desesperado de mantener el equilibrio. Pero, como no podían demostrar que Nigel se había tirado, la policía decidió ser discreta.

A Gerald Greene le dijeron que podía marcharse. No pasó por la librería a despedirse.

El miércoles por la tarde, fui al salón de té para asistir a nuestra reunión diaria de socias con Jayne. Me acomodé en el hueco de la ventana, y Fiona trajo té y un surtido de sándwiches.

—¿Hoy no hay *brownies*? —pregunté—. Me apetece algo con chocolate.

—Se han acabado —respondió.

Jayne se dejó caer en el banco de la ventana.

—Otro buen día. ¿Y tú?

—*El sabueso de los Baskerville* se estrena mañana por la noche, y los aficionados al teatro están empezando a llegar. Como esperábamos, muchos son fanes de Holmes, y la librería está entre sus visitas obligadas.

Jayne sirvió el té y brindamos con nuestras delicadas tazas de porcelana.

—¿Has visto mucho a Eddie? —pregunté.

—Cenamos juntos el lunes —respondió—, pero seguramente será la última vez en un tiempo. Actúa todas las noches y cuando termina

ya es demasiado tarde para que yo salga.

—No pareces muy decepcionada.

Se encogió de hombros.

—Ha sido divertido estar con él, pero no creo que vaya a salir nada de esto. Para serte sincera, Gemma, no tenemos nada en común. Tengo la impresión de que lo único que le interesa en esta vida es él mismo. No le importa lo difícil que es llevar una pastelería o un salón de té. Está muy emocionado con el estreno de mañana. Dice que esta actuación puede ser su gran oportunidad.

—¿Un festival de teatro de verano en Cabo Cod? Me parece poco probable —dije.

—Los actores tienen sus sueños. —Me sonrió—. Yo soy feliz aquí, en el Salón de Té de la Señora Hudson y en West London. Me alegra que no vayan a acusar a mi madre de asesinato. Y me alegra tener una buena amiga, aunque a veces me saque de quicio. ¿Y tú?

—Igual —dije, devolviéndole la sonrisa—. La ambición está sobrevalorada. Aunque no tengo ni idea de a qué amiga te refieres.

—Brindo por eso —dijo, alzando de nuevo la taza—. Por cierto, ¿de qué va disfrazada Ashleigh hoy? No me explico de dónde ha sacado esa falda estilo años cincuenta.

—Me temo que piensa vestirse como si viviera en una de las obras durante todo el verano. *La gata sobre el tejado de zinc* y *El sabueso* son fáciles, pero no sé qué podrá ponerse para que la gente piense en *La extraña pareja*.

—Ya se le ocurrirá algo.

—Eso es lo que me da miedo.

Se abrió la puerta y entró Leslie Wilson, rebosante de energía.

—Sabía que os encontraría aquí. —Se sentó junto a Jayne y sacó un sobre del bolso—. ¡Sorpresa!

—¿Qué es eso? —preguntó Jayne.

—Tres entradas para el estreno *de El sabueso de los Baskerville*. Rebecca Stanton me dijo que os las ofreciera como agradecimiento por ayudar en el té y por encontrar sus objetos robados. Estaban justo donde dijo Gemma.

—Qué detalle por su parte —dijo Jayne—. Me encantaría ver la obra. ¿Tú qué dices, Gemma?

—Quiero ver cómo se las arreglan para malinterpretar *El sabueso de los Baskerville*.

—No pienso sentarme a tu lado si vas a pasarte toda la función quejándote y señalando errores —dijo Jayne a su madre—. ¿La tercera entrada es para ti?

—Sí. Recordad que es la noche del estreno, así que vestíos como toca. Todo el mundo irá de punta en blanco.

—De punta en blanco en Cabo Cod y en verano —dijo Jayne.

—Más bien de punta en gris —dije yo.

El jueves por la noche intenté ir de punta en blanco.

Dejé la tienda en manos de Ashleigh a las cinco y me fui antes de que pudiera enseñarme la web que había encontrado sobre cómo montar una tienda de venta por correo. Fui a casa, saqué a pasear a Violet y me metí en la ducha. Me lavé y me sequé el pelo, le di un poco de volumen a los rizos y me recogí los mechones con unas horquillas de pedrería. Me puse un poco de colorete y pintalabios rosa. No tengo mucha ropa elegante, ya que no suelo frecuentar lugares que lo requieran, pero sí tengo el típico vestido negro perfecto, que me acompaña desde que me fui de Londres. Por suerte, era una noche cálida, así que pude prescindir de las temidas medias y salir con las piernas al aire. Me puse los pendientes pequeños de oro y diamantes que me regalaron mis padres por mi boda y una cadena larga de oro. Por último, me calcé unas sandalias negras de tacón alto de Ralph Lauren que había comprado por capricho y que aún no había estrenado.

Luego, estropeé el conjunto colgándome al hombro un bolsito de cuero negro. Aunque la ropa femenina ya no es como en la época del Gran Detective, ¡menos mal!, en ocasiones sigue siendo muy poco práctica. Nunca llevo bolso de mano porque no me gusta tener las manos ocupadas, pero necesito sitio para el móvil, las llaves, el

dinero para tomar algo en el intermedio y un pañuelo por si acaso. Los vestidos negros caros no traen bolsillos.

Violet me miró. No parecía impresionada.

—No me esperes despierta —le dije.

Me vibró el móvil: Jayne y Leslie ya venían a recogerme. Salí a la calle y las esperé en la acera.

Cuando llegamos, una larga fila de coches avanzaba por la entrada que llevaba al granero reconvertido en teatro. El edificio estaba iluminado con un resplandor amarillo que destacaba con la oscuridad púrpura que avanzaba, engullendo el cielo. Varios jóvenes con chalecos reflectantes dirigían a los vehículos con linternas.

Por suerte para los zapatos italianos de los hombres y los tacones de las mujeres, en los últimos días no había llovido; el aparcamiento del teatro no estaba asfaltado.

—Estáis guapísimas, las dos —les dije cuando salimos del coche.

—No acostumbro a tener muchas ocasiones para arreglarme —dijo Leslie, que llevaba un vestido largo de seda azul celeste, con vuelo y detalles de encaje.

—Tú sí que has dado en el blanco —le dije.

—¿En el blanco?

—Vestida de punta en blanco.

Me dedicó una sonrisa radiante.

Llevaba una falda amplia hasta la rodilla en tonos rojos y dorados, una blusa dorada de escote pronunciado bajo una chaqueta roja ajustada y zapatos rojo rubí con tacón de diez centímetros. Llevaba el pelo rubio recogido en lo alto, con unos mechones sueltos que le enmarcaban la cara de forma delicada.

—Tú tampoco estás nada mal.

Jayne cogió del brazo a su madre y nos dirigimos hacia el granero.

Rebecca Stanton se encontraba en la puerta principal, saludando a los asistentes. Llevaba un vestido de gala de satén rojo que debía de haberle costado miles de dólares; en el cuello, en las orejas y la muñeca, varias joyas de oro y diamantes. Leslie y ella se saludaron

con un par de besos sin llegar a rozarse.

—Parece que va a ser una noche histórica —le dije—. Enhorabuena.

—No me felicites hasta que haya terminado la función. No conviene cantar victoria.

—«No hay que cantar victoria antes de tiempo» —repliqué sonriendo.

—¿Cómo? —Alzó una ceja perfectamente perfilada.

—El refrán completo es ese. Te habías quedado a medias. —Jayne me clavó un codazo en las costillas—. Aunque —concedí— se te ha entendido perfectamente.

—Estamos bloqueando la entrada —dijo Leslie—. Vamos a buscar nuestros asientos.

Tuve que recordarme que estábamos en un granero. La barra estaba abarrotada, las conversaciones y las risas resonaban en las paredes de madera y la iluminación suave favorecía a todo el mundo. Algunos turistas iban vestidos de manera informal, pero la mayoría se habían arreglado. Las joyas relucían con intensidad y el aire se había impregnado con aromas de perfume, loción para después del afeitado y camisas recién planchadas.

—Aún no ha empezado la obra —dije— y la magia del teatro ya lo envuelve todo.

Leslie sonrió y vi en sus ojos la luz del amor verdadero.

«Quizá por eso —pensé— el teatro nunca ha sido lo mío. No me gusta el engaño, en ninguna de sus formas».

Me dije que debía relajarme y disfrutar de la velada.

—Ahora vengo —dijo Leslie—. He visto a alguien con quien quiero hablar. Aquí están vuestras entradas, por si no vuelvo antes de que nos llamen para sentarnos.

Nos las dio y se fue.

—Buenas noches, Gemma, Jayne. ¿Puedo decir que estáis encantadoras esta noche? —Donald Morris apareció a mi lado. Llevaba un auténtico traje decimonónico: pantalones de rayas, levita, chaleco, cuello blanco alto y corbata gris. Incluso se había

ataviado con un sombrero de copa.

—Dios santo —dijo Jayne—. ¿De dónde has sacado ese conjunto?

—Lo reservaba para una ocasión especial.

Pensé que Donald, y no era la primera vez que lo hacía, es un hombre de otra época. Habría sido feliz agitando el bastón para parar un coche de caballos en una de las calles adoquinadas de Londres o en las abarrotadas aceras de Nueva York.

Y eso me recordó algo.

—¿Recuperaste tu úlster?

—Sí. Para mi disgusto, estaba en el almacén de pruebas de la policía. Los agentes se alegraron de encontrar al dueño y me lo devolvieron.

—Entonces no hay daño que lamentar —dije.

—¿Tienes ganas de ver la función, Donald? —le preguntó Jayne y nuestro amigo resopló.

—Ya veremos. Espero que no le hayan dado esos toques modernos tan ingeniosos. Solo me conformaré si me ofrecen una interpretación fiel.

—Entonces no eres muy fan de la serie de Benedict Cumberbatch —dijo Jayne.

—Al contrario. Me encanta. Una versión moderna para nuestro tiempo. Fiel al original, pero adaptada al siglo XXI. No intenta ser una mezcla burda con otras cosas.

En ese momento, llegó Grant Thompson. Llevaba una copa de vino y un traje gris.

—Señoras. Donald. Menuda noche. ¿Puedo traerte algo de beber, Gemma?

Iba a decir que sí cuando Jayne se me adelantó.

—No, gracias. Estamos bien.

—¿No es ese Andy Whitehall? —pregunté—. Vaya…, sí que es él. Mira, nos ha visto. Está saludando. Parece atrapado en una conversación con esa pareja mayor. Corre a rescatarlo, Jayne.

Ella dudó y yo le di un empujoncito.

—Vamos. A lo mejor quiere ir a cenar después de la función o algo.

—Buena idea —dijo Grant.

—¡Excelente! —dijo Donald—. Me encantaría acompañaros. ¿Dónde estás sentada, Gemma?

Miré mi entrada por primera vez.

—Primera fila.

A Donald se le demudó el rostro.

—Ah. Yo estoy al fondo. No se verá bien desde ahí. Ya no tiene arreglo. Te espero a la salida. Veo a Matthew Berkowitz, del grupo de Boston de los Irregulares de Baker Street. Hace tiempo que quiero preguntarle algo sobre… —Donald se alejó apresuradamente.

—Yo también estoy al fondo —dijo Grant.

—Siempre es útil tener amistades en las altas esferas —dije—. Rebecca le regaló las entradas a Leslie.

—Hablando de Rebecca, leí que la policía ha cerrado la investigación sobre la muerte de Nigel, así que pensé que ya no tendrías interés en lo que descubrí sobre las finanzas del festival.

—Ay, lo siento. Se me olvidó decirte que no hacía falta.

Él sonrió.

—No pasa nada. Al menos pude tomar una buena taza de té con la excusa. Me encontré con Rebecca en Baker Street la tarde después de que ingresaran a Renee en el hospital y le dejé caer que estaba valorando la posibilidad de invertir en el festival del año que viene. Me invitó al salón de té para hablar del tema. Creo que no soy muy buen mentiroso, así que acabé confesando que no tengo mucho dinero. Lo despachó con un gesto y me dijo que le interesaban más los voluntarios. Y que no era nada fácil encontrar a hombres jóvenes y solteros que se ofrezcan para tareas de voluntariado —confesó sonrojado—. Me dio la impresión de que le da bastante igual que el festival dé beneficios o no. Ella pondrá lo que haga falta para que siga adelante. Lo que le importa es la imagen y el prestigio que le da en la comunidad el hecho de ser la principal patrocinadora de un festival de éxito. Un buen grupo de

voluntarios entusiastas siempre da buena imagen entre la gente que importa. A Rebecca, al menos.

Me vino a la cabeza la imagen de ella esta noche, plantada con orgullo en la entrada, radiante con su traje de satén y sus diamantes, recibiendo a los invitados como si fueran los huéspedes de su casa.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo una voz a mi espalda.

Me volví. Era Ryan Ashburton, elegantísimo con su traje de americana.

—No me lo iba a perder por nada del mundo —respondí.

—Buenas noches, detective —dijo Grant—. ¿Estás aquí de servicio?

Ryan negó con la cabeza.

—He venido con mi madre. Compró dos entradas en cuanto salieron a la venta, pero resulta que hoy a mi padre le duele mucho la cadera y no ha querido salir. Mi madre, que ya tiene una edad, no habría tenido reparos en quedarse en casa con él antes que venir sola, así que él me pidió que la acompañara. —Señaló a una mujer de pelo gris acerado, de unos setenta años, que charlaba con un grupo de amigas. Levantó la vista, me vio mirarla y me dio la espalda bruscamente.

La había conocido cuando Ryan y yo estábamos juntos. Parece que todavía no me había perdonado la ruptura.

La gente seguía llegando y el vestíbulo estaba a reventar, inundado por un mar de voces y entusiasmo. Desplacé el peso de mi cuerpo entre ambos pies un par de veces, deseando que nos sentaran ya. Empezaba a arrepentirme seriamente de haberme puesto esos zapatos. Ahora, cuando ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto, recordé por qué no los había estrenado nunca.

Recorrí la sala con la mirada y vi a alguien que desde luego no esperaba.

Gerald Greene se dirigía hacia nosotros.

—Pero ¿qué haces tú aquí? Pensé que habías vuelto a Inglaterra

—le dije.

—Así es, pero quería ver cómo salía la obra, así que me fui y volví hace poco. ¡Mi primer vuelo en clase *business*! Todo un lujo. Estoy alojado en el Harbor Inn, por mi cuenta. —Me vio la cara y se irguió con orgullo—. Desde que nos vimos por última vez, digamos que ha mejorado el estado de mis arcas. Sir Nigel dejó la mayor parte de su patrimonio a su fundación benéfica, pero, para mi sorpresa, tuvo el detalle de mencionarme en el testamento. Resulta que su patrimonio era bastante más respetable de lo que imaginaba. Tenía varias propiedades en Chelsea y Kensington que compró en sus años de vacas gordas para destinarlas al alquiler. Su madre, que obviamente era una mujer muy sensata, le insistió en que invirtiera hasta el último penique que ganó con *Guerras de Roma* en pisos.

—¡Guau! —dije—. Eso se habrá revalorizado una barbaridad en cuarenta años.

—También tenía una casa de campo en Cornualles, que me dejó junto con una pequeña renta.

—Enhorabuena —dijo Ryan.

—Un gran hombre —dijo Gerald—. Muy generoso. —Se volvió—. Ahí está la señora Stanton. Tengo que saludarla si me lo permitís.

Los tres nos quedamos mirándolo mientras se alejaba.

—Si no hubiera cerrado este caso… —murmuró Ryan.

—Te preguntarías *cui bono* —dije.

—¿Quién se beneficia? —Añadió Grant—. Al parecer, es Gerald. ¿Crees que sabía que lo había incluido en el testamento?

—Ahora ya no hay forma de saberlo —dijo Ryan—. ¿Gemma?

Pensé en mis conversaciones con Gerald.

—A menos que sea mucho mejor actor de lo que creía, diría que no. La última vez que hablé con él, se lamentaba de estar sin blanca y sin trabajo. Aunque, claro, ya me he equivocado en otras ocasiones.

—Eso sí que me sorprende —dijo Grant.

—Intento que no se convierta en costumbre —respondí.

Empezaron a sonar las campanas para que el público ocupara

sus asientos y otra nueva oleada de entusiasmo recorrió el granero.

—Nos vemos en el descanso —dije, y cada uno se fue por su lado.

Nuestros asientos, el de Leslie, el de Jayne y el mío, estaban en primera fila, algo escorados a la izquierda. Leslie se sentó entre Jayne y yo. A la derecha de Jayne estaba la alcaldesa y, junto a ella, su marido. Un poco más allá, vi al jefe de policía con su esposa y al director del consejo de cultura de la ciudad; al final de la fila, nada menos que un senador del estado. Rebecca debía de estar encantada: todas las personalidades del pueblo habían acudido.

Un hombre se dejó caer en la silla a mi izquierda. Me pasé el bolso al otro hombro y me volví para saludarlo.

—Buenas noches, Leo. ¿Tienes ganas de ver la obra?

Llevaba el pelo recogido en su habitual moño y vestía unos vaqueros azul oscuro con el dobladillo por encima de los tobillos, camisa rosa con pajarita roja, tirantes y una gorra de tela con visera, de esas que antaño solo llevaban los obreros británicos. Supuse que eso contaba como ropa de gala en el mundo hípster.

—¿Que si tengo ganas? —preguntó sin mucha emoción—. Por mi parte, hace tiempo que dejé de entusiasmarme por nada. Pero sí, tengo muchas esperanzas puestas en esta función.

—¿Eres inversor, entonces? —pregunté, aunque tampoco es que me interesara demasiado.

—Se podría decir que sí. Aunque está por ver la cifra final.

—¿Qué tal van los ensayos de *La extraña pareja* y *La gata sobre el tejado de zinc*? —pregunté por pura cortesía.

—Ni lo sé ni me importa.

Las luces comenzaron a atenuarse y las conversaciones se fueron apagando poco a poco. Me acomodé en la butaca. A mi lado, Leslie soltó una risita de emoción.

En lugar de subir el telón, Rebecca Stanton salió de entre bastidores. Caminó lentamente hasta el centro del escenario. Su vestido rojo con vuelo se ajustaba a su figura esbelta. Los diamantes de sus joyas relucían bajo el haz de luz del único foco encendido.

Esperó pacientemente a que todo el mundo le prestara atención y, a continuación, nos dio las gracias por asistir, así como a la alcaldesa y a la población de West London por su apoyo a las artes. Todos aplaudimos con entusiasmo. Rebecca anunció que la representación de *El sabueso de los Baskerville* se dedicaría a la memoria de sir Nigel Bellingham. Más aplausos.

Abandonó el escenario y apareció momentos después frente a mí, de camino a su asiento: primera fila, justo en el centro.

Las luces se atenuaron, y se alzó el telón. El 221B de Baker Street en todo su esplendor. Chimenea y repisa. Un patriótico VR dibujado a tiros sobre el papel pintado rojo. Una alfombra deshilachada, dos sofás de cuero desgastados. Una mesa con una cafetera y un único servicio.

Eddie Barker, quiero decir, Sherlock Holmes, estaba sentado de espaldas en la mesa. Junto a la chimenea, el doctor John Watson examinaba un bastón.

Hicieron una pausa, el público contuvo la respiración, y entonces Sherlock dijo, con una voz inglesa profunda y grave:

—Y bien, Watson, ¿qué opinas?

Y la obra comenzó.

Tengo que admitir que estaba bien hecha. Los decorados, la iluminación y el vestuario eran excelentes, y los actores estuvieron a la altura, aunque me pareció que Renee Masters interpretaba a la señorita Stapleton como si fuera una adolescente desesperada por que la invitaran al baile.

Mientras sir Henry Baskerville se lamentaba por su bota perdida, di un respingo al notar un codo en el brazo izquierdo. Miré al hombre sentado a mi lado. Tenía las manos levantadas frente a la cara, como si estuviera viendo la escena a través de una cámara.

«Curioso», pensé.

Seguí la obra de cerca, pero mi mente se dividió en dos y empecé a pensar en Leo Blackstone. No sé mucho de teatro, pero, si de verdad había invertido en esta producción, pensaba que también le interesarían las otras dos obras. Sin embargo, no parecía que

fuera así. Había echado un vistazo al programa y leído la lista de patrocinadores de la temporada. No vi su nombre ni tampoco había ningún «anónimo».

Un estallido de luz y ruido me sacó de mis cavilaciones. Habían bajado el telón para el intermedio y la gente empezaba a levantarse.

Leo se puso de pie de un salto e hice lo mismo. Reprimí una mueca cuando los tacones de Ralph Lauren me recordaron que no debería haberlo hecho.

—¿Puedo invitarte a un trago? —pregunté.

—Nunca rechazo una oferta como esa —respondió.

Como estábamos en primera fila, tardamos mucho en llegar al fondo, donde estaba la barra. Cuando lo conseguimos, había tres personas delante de nosotros.

Ryan me vio y empezó a acercarse. Le hice un leve gesto con la cabeza y se dio la vuelta de inmediato.

—¿De visita desde California? —le pregunté a mi nuevo mejor amigo.

—Ajá.

—Nunca he estado en California. Dicen que es preciosa.

—Ajá.

—¿Es tan bueno el clima como cuentan? Dos vinos blancos, por favor. —Le di el dinero al camarero, que nos sirvió las copas.

—A veces. —Aunque lo hubiera intentado, Leo no podría haber mostrado más desgana.

Hice como que no lo notaba.

—¿Qué te trae a Cabo Cod?

—Me interesa esta obra. Gracias por la copa…, eh… —Se volvió y se marchó. Salvo que lo hubiera agarrado del brazo y lo hubiera obligado a dar media vuelta, no se me ocurría cómo lograr que me hablara.

Leslie se abalanzó sobre mí. Le brillaban los ojos.

—¿A que es maravillosa? Lo están haciendo de fábula, ¿no te parece, Gemma?

—Está bien. —Me habría gustado hablar con alguno de los

actores o del equipo, pero sabía que no me recibirían con los brazos abiertos en pleno intermedio. Así que me limité a tomar un trago de vino.

Leslie se fue en busca de una conversación más animada.

—¿Qué tramas? —me preguntó Ryan.

—Nada —respondí.

—¿Quién era ese con el que hablabas?

—No lo tengo del todo claro. Pero voy a averiguarlo.

—Gemma, conozco esa mirada. La conozco demasiado bien.

—¿Qué mirada?

Jayne llegó antes de que Ryan pudiera responder.

—Eddie me ha mandado una nota —dijo. Sus ojos azules relucían como los de su madre y parecía a punto de ponerse a dar saltitos de la emoción—. Me ha invitado a un pequeño cóctel con los demás actores después de la función. ¿No es genial? ¿Te apuntas?

—¿Adónde?

—A tomar algo entre bastidores. Seguro que Ryan también está invitado.

—No lo sé aún —dije.

Dejé mi copa y me alejé.

—¿No te ha parecido raro? —Oí que le decía Jayne a Ryan.

—Muchas de las cosas que hace Gemma me parecen raras —respondió él.

«Por eso —podría haber añadido en voz muy baja— la quiero».

La obra continuó. Habían logrado recrear bien el ambiente del páramo con máquinas de humo y una iluminación muy trabajada. Mientras Holmes y Watson se gritaban entre la niebla, a un lado Leslie se estremecía de placer y, al otro, Leo seguía encuadrando el escenario con las manos. El aullido angustiado del sabueso espectral necesitaba mejorar un poco, pensé. Se parecía mucho al de Moriarty cuando no le llenábamos el cuenco a tiempo. Cerré los ojos y repasé mentalmente los acontecimientos de las últimas semanas.

—La pregunta es muy ardua y temo que espera usted demasiado de mí al pedir que la responda. El pasado y el presente —dijo Sherlock, mientras prensaba tabaco en la pipa y se acomodaba de nuevo en su sillón del 221B de Baker Street— forman parte de mi campo de investigación, pero lo que un hombre pueda hacer en el futuro es una pregunta difícil de prever. Vamos, Watson, ¿sería mucha molestia pedirle que estuviera listo dentro de media hora? Podemos parar en Marcini's a cenar algo.

Bajó el telón y el público estalló en una ovación atronadora.

—¡Bravo! —gritó alguien desde el fondo.

Subió el telón y la compañía entera apareció ante nosotros, saludando con grandes reverencias. Los actores secundarios dieron un paso al frente, con una gran sonrisa, y luego hicieron sitio para Ralph Carlyle, Tanya Morrison y Harry O'Leary. Eddie tomó de la mano a Renee y la acercó al borde del escenario. Él agachó la cabeza y ella respondió con una reverencia clásica.

—No te ha gustado —dijo Leo.

—¿Qué? Ah, no, me ha parecido una producción excelente. —Me di cuenta de que debía empezar a aplaudir—. Tenía la cabeza en otra parte. ¿Te importaría si no me hubiera gustado?

—Sí. Pero a los demás parece haberles encantado. Y mucho, diría yo.

Eché un vistazo al resto de la fila. Rebecca Stanton sonreía de oreja a oreja.

Pat Allworth salió «a rastras», fingiendo resistencia, desde bastidores. Era la primera vez que la veía esa noche. Llevaba un vestido negro hasta la rodilla con una chaqueta de lentejuelas y los zapatos con estrellas metálicas en los tacones. Hizo una reverencia y Eddie le besó la mano. El público seguía aplaudiendo. Muchas personas, entre ellas Leslie y Jayne, se habían puesto en pie.

Los ojos de Pat recorrieron la primera fila. Pasó de largo al verme y miró al hombre que tenía a mi lado. Leo le hizo un gesto con el pulgar, y ella respondió con una gran sonrisa.

Me volví hacia él.

—¿Vas a hacerlo?

Se quedó desconcertado.

—¿Qué es lo que sabes?

Sonreí.

—Pronto dejará de ser un secreto, estoy convencida de ello.

Se puso en pie y lo imité.

Me volví hacia Leslie.

—Id tirando y ahora os alcanzo.

Al final de la fila, Leo dobló a la derecha y se encaminó hacia los camerinos. Yo doblé a la izquierda. Tenía que encontrar a Ryan. Jayne y Leslie, seguidas por Rebecca, avanzaron con el público y también se dirigieron a la derecha.

La multitud llenó el pasillo y apenas conseguí moverme. Estaba atrapada en el barullo. Vi a Ryan al fondo del teatro. Estaba de pie, pero su madre seguía sentada. La mujer movía los brazos con entusiasmo y él la escuchaba con una sonrisa. Intenté llamar su atención, pero no me miró. Saqué el móvil, lo encendí y esperé con impaciencia a que arrancara. Luego le envié un mensaje: «Urgente. Te necesito entre bastidores YA».

Ryan sacó el móvil del bolsillo. Se suponía que debíamos tenerlos apagados durante la función, pero él lo llevaba en modo vibración por si lo llamaban del trabajo.

Leyó la pantalla y miró hacia la parte delantera del granero, buscándome. Agité los brazos hasta que me vio, y luego señalé con el pulgar por encima del hombro, hacia el escenario.

Ryan se inclinó y le dijo algo a su madre.

Me di la vuelta y avancé a contracorriente entre la gente.

—Disculpe. Perdón, he olvidado algo. Lo siento. Hola, señora Herrington. Sí, me ha encantado. Disculpe, ¿le he pisado el pie?

Por fin dejé atrás a la muchedumbre elegante y encontré una pequeña escalera que llevaba a una puerta lateral del escenario. La atravesé.

Salí al salón del 221B de Baker Street. El telón estaba bajado, y el elenco, el equipo y sus acompañantes se habían reunido en el

escenario. La mesa con ruedas que antes mostraba los experimentos de Holmes ahora hacía de carrito de bebidas. Copas de champán, cubiteras de plata y botellas con precinto metálico. Me di cuenta de que el vino era de los baratos y las copas, de plástico. Tanya Morrison, aún con su falda larga y el delantal de la señora Hudson, servía bebidas.

Todo el mundo reía y charlaba con entusiasmo. Era obvio que estaban satisfechos con el resultado.

Eddie tenía un brazo sobre los hombros de Jayne. Al otro lado del escenario, junto a la repisa de la chimenea, Renee fingía que no lo veía. Era la única de la compañía que no sonreía.

Alguien me puso una copa en la mano.

—Enhorabuena —le dije a Eddie—. Parece que ha sido un éxito rotundo.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Aún vestía y lucía el maquillaje del Gran Detective, pero ese simple gesto lo devolvió de golpe al Massachusetts del siglo XXI.

—En los viejos tiempos, debía de ser toda una experiencia —dijo con su acento relajado de California— cuando había que pasarse la noche en vela esperando las críticas en los periódicos. Pat ha mirado en Twitter y la gente está entusiasmada con la obra. ¿Qué te ha parecido mi acento, Gemma? Me lo he trabajado mucho.

Jayne se apartó con discreción.

—Voy a ver si mi madre tiene algo de beber.

—A mí me parece que está bien —dijo Eddie, pero Jayne ya se había ido.

—¿Tu acento? Aceptable —dije—. Con permiso.

Ryan aún no había llegado. Le envié otro mensaje: «Quédate en las sombras hasta que te necesite». Guardé el móvil en el bolso sin esperar respuesta. Tenía la copa en la mano, pero no bebí ni un trago.

Por suerte, nadie parecía tener prisa por marcharse. Los actores y el equipo estaban encantados con la función y no paraban de felicitarse entre sí. El vino no estaba muy allá, pero era gratis, así

que estaban contentos. La encargada de vestuario se acercó a Renee, que en ese momento reía con un entusiasmo exagerado por algo que Ralph había dicho, se sacó aguja e hilo de la blusa, le pidió que se quedara quieta y se arrodilló para coserle un dobladillo deshilachado.

Se abrió uno de los arlequines y Ryan salió al escenario, seguido de Grant, Donald, Gerald y Andy. No le había pedido que trajera séquito.

Ryan se quedó entre bastidores, como le había pedido, pero los otros se acercaron a mí.

—¿Qué pasa, Gemma? —preguntó Grant—. Donald ha visto que Ryan se dirigía hacia aquí y me ha pedido que lo acompañara.

—No quería que nos desperdigáramos —dijo Donald—. Pensé que íbamos a cenar todos juntos. ¿Vamos a tomar algo aquí antes?

Andy vio a Jayne junto a su madre. Se le dibujó una sonrisa en el rostro y fue hacia ellas.

—Nadie me ha invitado a esta fiesta —dijo Gerald—, pero he venido de todas formas. Alguien tiene que recordar que esta era la noche de sir Nigel, y que lo echamos mucho de menos.

—La función aún no ha terminado —repliqué. Crucé el escenario con paso firme, acompañada del repiqueteo de los tacones en las tablas de madera. Al llegar junto a Rebecca, Pat, Leo y el grupo que los rodeaba, alcé la copa a modo de brindis.

—Un éxito.

—¡Un éxito! —corearon varias voces.

—Yo no iría tan lejos —dijo Rebecca—. Ha estado bien, lo admito, pero sir Nigel habría aportado la solemnidad que necesitábamos.

—No todo el mundo está de acuerdo. Tú no, ¿verdad, Leo? —le pregunté.

—Nigel fue un… actor competente en su momento. Pero, por desgracia, su época dorada era cosa del pasado.

—Oiga, mire… —protestó Gerald. Como si antes de recibir la herencia no hubiera dicho, o pensado, exactamente lo mismo.

—Un viejo verde borracho —afirmó Renee—. Estamos mejor sin

él.

—No te muevas —le advirtió la jefa de vestuario— o te coseré el vestido a la pierna.

—Si Nigel hubiera interpretado el papel, la película no habría salido adelante, ¿verdad? —dije, dirigiéndome al pequeño círculo formado por Pat, Rebecca y Leo, pero proyectando la voz hasta el último rincón del escenario. Si algo tiene de bueno un escenario es la acústica.

—¿Qué película? —preguntó Rebecca.

—No, no habría salido —respondió Leo—. ¿Y tú quién eres y qué sabes al respecto? ¿Alguien ha hablado más de la cuenta?

—A todo el mundo le gusta hablar —dije—. Los rumores vuelan. Y en cuanto a quién soy, considérame una parte interesada. La policía cerró la investigación sobre la muerte de Nigel al suponer que se trataba de un suicidio…

Un murmullo recorrió el escenario y la gente empezó a intercambiar miradas curiosas.

—La policía dijo que fue un accidente —intervino Harry.

—Porque no podían asegurar que no fuera suicidio, aunque eso era lo que creían, y por respeto a su memoria —repliqué—. Pero cada vez estoy más convencida de que no fue ni accidente ni suicidio.

—¿Suicidio? —repitió Harry—. Es la primera noticia que tengo, pero tampoco puedo decir que me sorprenda.

—Claro que lo fue, Gemma —exclamó Leslie—. Todos estábamos de acuerdo. Le dije al detective Ashburton… que Nigel estaba abatido y disgustado cuando hablamos después del té. Lo dejé solo en el acantilado, borracho, triste y perdido.

—Tú lo dejaste allí, Leslie —dije—, pero no estuvo solo por mucho tiempo.

Recorrí el escenario con la mirada para asegurarme de que todo el mundo me prestaba atención.

Así era.

—El señor Blackstone aquí presente quiere hacer una película

basada en esta producción.

Pat, Renee y Eddie no parecieron sorprendidos. Ralph Carlyle, que interpretaba a Watson, aplaudió; el equipo técnico se encogió de hombros; la jefa de vestuario gruñó al incorporarse, y Tanya Morrison dijo:

—Conmigo no contéis. Mi etapa en el cine ya pasó.

—No veo qué tiene que ver eso conmigo —dijo Rebecca.

—Nada, en realidad. Salvo que Leo y sus socios no están dispuestos a invertir en una producción protagonizada por un actor acabado, por muy famoso que fuera en su día. Así que tengo que preguntar quién sabía lo de la película y quién saldría más beneficiado con ella.

—Espero que no estés sugiriendo —dijo Eddie— que maté a Nigel para quedarme con su papel. No sé nada de ese proyecto cinematográfico del que hablas. Nadie convierte una obra de teatro de verano, por buena que sea, en una película. Y por mucho que queramos disimularlo, este festival es de segunda categoría.

Rebecca lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—En la actualidad, hay pocos personajes en el mundo del entretenimiento más populares que Sherlock Holmes —dije—. Películas, series, libros a montones… Lo digo con conocimiento de causa. Hay hasta libros de colorear, juegos de té y dedales para bordar.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Eddie—. Todo eso ya se ha hecho.

—Por eso mismo. Hace falta una nueva interpretación. Cuéntanos tu visión, Leo.

—Ningún problema —dijo él—. Iba a hacer el anuncio esta noche de todos modos. Mis socios y yo pensamos llevar una versión escénica de *El sabueso de los Baskerville* al cine. No cualquiera; esta versión. Tal como está representada, frente a un público, con una mínima adaptación para la gran pantalla.

A Renee se le escapó un grito de emoción. Eddie dijo:

—Eso es fabuloso.

—Como apuntaba la señorita…, eh…

—Doyle —dije.

—Como señalaba la señorita Doyle —dijo Leo—, la gente no se cansa de Sherlock. No tiene sentido intentar hacer otra versión modernizada, no se puede competir con Robert Downey Jr. o Benedict Cumberbatch.

—A mí me gusta más *Elementary* —dijo la jefa de vestuario—. Supongo que necesitaréis ajustes de vestuario para los primeros planos. Espero que penséis pagarme por el trabajo adicional.

—Ese tema se puede tratar en otro momento —dijo Leo—. *El sabueso* es, muy probablemente, la historia más célebre de Sherlock Holmes.

—Más conocida, quizá, pero desde luego no la mejor —replicó Donald—. No hay nada comparable con el dramatismo de la escena final de *La banda de lunares*, cuando Holmes…

—Gracias, Donald —dije—, pero es mejor dejar ese debate para otro momento. Continúa, Leo.

—Así que mis socios y yo pensamos regresar a los orígenes. Una adaptación auténtica del relato original, en el entorno íntimo e inusual del teatro en vivo. Cuando supe que Pat Allworth estaba montando esta versión, le conté lo que teníamos en mente. En confianza, por supuesto. —Se volvió hacia Pat—. Supongo que rompiste la confidencialidad y se lo contaste a la señorita…, eh…

—Doyle —respondí—. Y Pat no me ha dicho ni una palabra.

—Entonces, ¿cómo lo supiste?

—Como ha dicho el propio Sherlock Holmes esta misma noche: «El mundo está lleno de cosas evidentes en las que nadie repara jamás». Yo me dediqué a observar. —Miré a mi alrededor y vi que era el centro de atención de todo el mundo. Desde las sombras, Ryan hizo un gesto circular con la mano, como diciendo que me diera prisa—. Lo que nos lleva al meollo del asunto. Nigel Bellingham no encajaba en esta película, ¿estamos de acuerdo?

—Totalmente —dijo Leo.

—Así que había que quitárselo de en medio. De un modo u otro.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez.

La voz de Gerald se alzó por encima del barullo.

—¿Estás diciendo, Gemma, que alguien mató…, asesinó…, a sir Nigel?

—Lo estoy diciendo.

Más alboroto.

—Eso es absurdo —afirmó Pat.

—¿Y tú quién te crees para hacer una acusación así? —espetó Rebecca—. La policía cerró el caso. Fue un accidente. Un trágico accidente.

—No quiero oír hablar del tema —dijo Leo, que se quitó la gorra y se frotó el pelo ralo de la coronilla—. No necesito este tipo de rumores antes de firmar los contratos.

Renee se dirigió al carrito de bebidas.

—Aun así —dije—, vas a tener que escucharlo. Rebecca, para ti era importante que Nigel participara en la obra, ¿no es así?

—Como no me canso de repetir, sí. Lo vi interpretar *El sabueso* hace diez o quince años en Londres y estuvo simplemente magnífico. Era un gran actor. Una leyenda. Lo había conocido muchos años antes, cuando trabajaba en Nueva York, y me tomé la libertad de escribirle para pedirle que participara en nuestro modesto festival. Nos habría puesto en boca de todo Massachusetts, e incluso de toda la Costa Este.

—Hace diez o quince años, era mucho más joven en más de un sentido. Debiste de llevarte una decepción al ver en lo que se había convertido.

Rebecca se irguió y se puso tensa.

—Reconozco que no había envejecido bien. Pero le pedí que espabilara y estuviera a la altura del reto.

—Me temo que no se le puede ordenar a un alcohólico que deje de serlo. Supongo que le pagabas de tu propio bolsillo.

Echó un vistazo alrededor del escenario.

—¿Y qué?

—Es tu dinero, puedes gastarlo como quieras. Pero otros

miembros de la compañía no estaban de acuerdo con tu elección del reparto. Pat contrató a Eddie para hacer de Sherlock, no a Nigel.

—Eddie era el suplente —dijo Rebecca—. Pat sabía que mi intención era que Nigel tuviera el papel principal. Admito que al principio se opuso, pero luego accedió. Por el bien del festival.

—Y por el bien de tu imagen, Rebecca, pero eso es otro tema. Mira a Ralph —dije, señalándolo. El actor miró a su alrededor confundido—. Es demasiado joven para hacer de Watson con un Sherlock como Nigel. No, puede que Pat fingiera estar de acuerdo, pero nunca tuvo la intención de que Nigel interpretara el papel.

—El festival es importante para mí, lo reconozco —dijo Rebecca —. Hay tanta competencia entre tantas compañías de teatro que es difícil destacar. Necesitaba algo, a alguien, que nos permitiera marcar un perfil propio. Para mi alegría, sir Nigel aceptó mi propuesta de aparecer en *El sabueso*, aunque supeditado a que se recuperara de una enfermedad.

—Más bien de una estancia en rehabilitación —añadió Harry.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Eso no lo sabía, ¿no crees?

Harry se encogió de hombros.

—Tal vez no —dije—, pero te diste cuenta enseguida de que no le iba a hacer ningún bien a tu producción. Como tú misma señalaste, la competencia es dura. Un par de malas críticas, o peor aún, de reseñas sarcásticas, habrían sido un desastre.

A Rebecca le brillaban los ojos con la misma intensidad, prácticamente, que la de sus diamantes.

—Reconozco que me llevé cierta decepción cuando vi a Nigel. Pero podía superarlo. Mi sustento no depende de este teatro.

—No, pero tu reputación, según tú, sí.

Rebecca resopló, pero me dirigí a Pat:

—Desde el principio, no te hizo ninguna gracia que él tuviera el papel estrella.

—Tampoco es que fuera un secreto. Sabía que ya nadie lo contrataba, y por qué. Habría sido un desastre, como tú has dicho,

ya fuera en cine o en teatro. Sí, yo quería a Eddie desde el primer momento, pero Rebecca insistió. Al fin y al cabo, ella es la jefa, la que tiene el capital necesario.

Eddie sonrió y alzó su copa a modo de brindis.

Dirigí la mirada al escenario. Algunos de los actores parecían encantados con la idea de convertirse en estrellas de cine. Otros se mostraban indiferentes. La mayoría del equipo técnico sonreía de oreja a oreja ante la perspectiva de cobrar salarios según marcaba el convenio.

—Tú sabías lo de la película, ¿verdad? —le pregunté a Eddie.

—¿Yo? —Su gran sonrisa se desvaneció—. No tenía ni idea hasta ahora.

—Eso no es lo que le dijiste a mi amiga Jayne. Le comentaste que esta era tu gran oportunidad.

—Intentaba impresionarla. —Miró alrededor—. No me irás a decir ahora que ninguno de vosotros ha exagerado alguna vez para impresionar a una cita.

—¡Nunca! —exclamó Andy, mirando a Jayne de soslayo.

—Una cosa es impresionar —dije—, pero nadie en su sano juicio pensaría que un papel en una obra montada en un granero, por mucho éxito que obtenga, va a abrirle grandes puertas. Sí, lo sabías. Y también sabías que los suplentes nunca se hacen con el papel principal mientras sigan siendo suplentes.

—Yo…

—Renee, tú lo sabías, ¿a que sí?

La actriz se bebió la copa de vino de un trago.

—¿Y qué si lo sabía? Nunca me iban a dar el papel protagonista, ¿no?

—No. Pero tampoco tendrías ningún papel en la película si no hubiera una, porque Leo no iba a hacerla con Nigel en el papel de Sherlock.

—Por mucho que intente disimularlo, salta a la vista que Leo viene de Hollywood —dijo Harry—. Algo me olía, aunque no esperaba que tuviera nada que ver conmigo. Pensé que había venido

buscando actores para una película.

Capítulo Dieciséis

—Un giro de lo más interesante —dijo Donald—. Ahora, ¿vamos a cenar?

—Quiero que la película esté dedicada a la memoria de sir Nigel —terció Gerald—. Sería un bonito gesto destinar parte de los beneficios a sus herederos.

Renee sacó el móvil.

—Voy a llamar ahora mismo a mi agente. Hay que renegociar los contratos.

—No quiero que nadie se olvide de que mañana tenemos una función con todas las entradas vendidas —dijo Rebecca—. Por ahora, todo este asunto de la película es secundario. Lo más importante es la obra.

—¿Vas a seguir adelante con ella, Leo? —preguntó Eddie—. Quiero decir, sin Pat.

El empresario alzó las manos.

—Tengo que hablar con los productores. «No hay publicidad mala», como todos sabemos, pero quizá lo ocurrido no les haga mucha gracia a algunos de mis inversores. La noticia de que Pat Allworth mató…

—Presuntamente —lo interrumpí—. Aún no se ha demostrado nada en un tribunal.

—Mis socios no harán distinciones, señorita…

—Doyle.

—Que Pat matara a sir Nigel Bellingham, presuntamente o no, para sacar adelante esta película será el único tema de conversación mañana en Los Ángeles o en Nueva York. Puede que algunos piensen que es de mal gusto seguir adelante con el proyecto.

—¿Mal gusto? —dijo Harry entre risas—. ¿Desde cuándo ha supuesto eso un impedimento para alguien a la hora de hacer una película?

Ryan se había marchado hacía unos minutos con Pat Allworth esposada, que no protestó ni intentó defenderse; simplemente bajó del escenario con la cabeza gacha y las manos a la espalda. Ryan me dijo que me esperaba en la comisaría al día siguiente para declarar.

También me dijo, sin palabras, que tenía algo que decirme.

Leslie los siguió para acompañar a la madre de Ryan a casa. Poco a poco, los actores y el equipo técnico fueron desapareciendo, la mayoría sacudiendo la cabeza.

Eddie sacó una botella de vino de la nevera portátil y la alzó.

—¿Te tomas una copa, Jayne?

Mi amiga miró a Andy, que estaba a su lado.

—No, gracias. Ahora mismo necesito estar con mis amigos.

—Entiendo —dijo el actor, sirviéndose una copa.

—Que se haya confirmado que sir Nigel no murió en un trágico accidente, sino asesinado por su propia directora, debería disparar el valor de sus recuerdos —comentó Donald—. Qué lástima que no me comprases el cartel, Gemma. Me pregunto si Rebecca estaría dispuesta a devolverlo.

—Te lo compró, ¿no? —preguntó Grant—. En ese caso, tú invitas a la primera ronda. ¿Aún está abierto el Blue Water Café, Andy?

—Me encargaré de que así sea —respondió él, tocándole el hombro a Jayne—. ¿Te apetece venir a tomar algo?

—Buena idea —respondió ella con una gran sonrisa. La que él le devolvió fue tan intensa que casi nos deslumbró a todos.

Las luces del techo empezaron a apagarse.

Salimos en fila. Detrás de mí, oí que Eddie decía:

—Ha sido una noche movidita. ¿Te tomas algo, Renee?

El granero estaba oscuro y vacío. Solo la luz de emergencia y una lámpara junto a la puerta rompían la penumbra.

Toda la magia se había desvanecido; solo quedaba un viejo granero en plena noche.

Me reuní con mis amigos en el Blue Water Café para tomar una copa, pero rechacé la invitación para quedarme a cenar. Me avasallaron con preguntas sobre cuándo y cómo me di cuenta de que Pat Allworth había asesinado a sir Nigel Bellingham, pero no me apetecía hablar del tema.

Aparté la silla y les dije que me iba andando a casa. Grant se levantó de inmediato y se ofreció a acompañarme, pero le dediqué una sonrisa y le aseguré que no hacía falta. Me miró fijamente durante un buen rato antes de volver a sentarse.

No había recorrido más que unos metros cuando me quité los tacones y seguí descalza. Me juré que mañana dejaría los zapatos en el contenedor de ropa usada del hospital. Recorrí las calles silenciosas y entré en mi casa de estilo colonial. Dejé salir a Violet y me preparé una taza de té. Encendí la luz exterior de la puerta, pero el resto de la casa permaneció a oscuras. Me puse cómoda: pantalones cortos y camiseta.

Cuando Violet volvió, cogí mi té y un libro, me metí en el estudio y me acomodé en el sillón orejero. Miré el retrato de la cantante de ópera de pelo negro que había junto a la chimenea. Ya tendría tiempo mañana para sacar la cinta rosa de la caja fuerte y quemarla en el fregadero de la cocina.

Bebí té y leí. Pasada la medianoche, sonó un aviso del móvil.

Ryan: «He terminado por hoy. ¿Sigues despierta?».

Yo: «Voy poniendo el agua».

No debía de andar lejos, porque, cuando llegué a la cocina, los faros blancos iluminaban mi entrada y Violet echó a correr hacia la puerta.

Ryan seguía con su traje elegante, pero se había quitado la corbata y desabrochado el primer botón de la camisa. Tenía barba de un par de días.

—¿Té o café? —pregunté.

—Ya estoy saturado de café. Si tienes zumo de naranja, perfecto.

—Tengo —dije.

Me preparé una nueva tetera y le serví el zumo. Nos sentamos a la mesa de la cocina y Violet se acurrucó debajo.

—¿Sherlock Holmes llegó a decir alguna vez eso de «cantar como un canario»? —preguntó Ryan.

—No en los relatos de Conan Doyle, pero seguro que en algún pastiche moderno sí. ¿Puedo deducir que eso es lo que ha hecho Pat?

Ryan asintió.

—Cuando una persona corriente, es decir, no un criminal profesional, comete un delito, lo que desea a toda costa es justificar lo que ha hecho. Por sorprendente que pueda parecer, pillamos a muchos porque no pueden evitar contárselo a alguien. Una vez detenidos, solo piensan en desahogarse para que quede claro que tenían sus motivos. Como tú suponías, Pat se dio cuenta de que los de Hollywood no iban a hacer la película si Nigel Bellingham seguía siendo el protagonista. Como quería retomar su carrera cinematográfica, Bellingham tenía que desaparecer. Le dijo a Leo que podía manejar a Nigel y asegurarse de que Edward Barker hiciera de Holmes. Eddie tiene planta para el cine.

—Ah, ¿sí? —dije—. No me había fijado.

Ryan no se mostró muy convencido, pero continuó:

—Leo investigó la biografía y la experiencia teatral de Eddie y le gustó lo que vio. Luego, cuando llegó al té, vio que presentaban a Nigel como la estrella. Le dijo a Pat que el proyecto no podía continuar así, y la directora decidió que sería ella quien hiciera un cambio de reparto… no precisamente anunciado.

—Un disparate. Solo tenía que esperar un poco. Rebecca habría acabado dándose cuenta de que Nigel no daba la talla.

—Pat creía que no podía esperar. Leo le había dicho que al día siguiente tomaba un vuelo de vuelta a Los Ángeles.

—Lo que no entiendo son los zapatos —dije—. Un minuto antes, Pat se reía de mis deducciones, y al siguiente tú le miras los zapatos y se desmorona como un castillo de naipes.

Ryan negó con la cabeza.

—Fue un error por mi parte. Encontramos una huella muy particular en la escena del crimen, muy cerca de donde Nigel cayó por el acantilado.

—Una estrella pequeña.

—Exacto.

—No la vi. Si lo hubiera hecho, la habría reconocido. Me había fijado antes en esos zapatos de tacón tan peculiares.

—Estaba medio tapada por una hoja seca, que debió de caer al suelo después de que Pat abandonara la escena. No sabíamos qué era. Louise pensó que podría ser la punta de un bastón, así que pasamos mucho tiempo comprobando quién había llevado uno al té. Había dos personas mayores, pero ninguna de ellas tenía el menor motivo para querer matar a Bellingham y, aunque lo hubieran tenido, carecían de la capacidad física para hacerlo. Nos enseñaron sus bastones y no había ninguna estrella. Acabamos por pensar que la marca la había dejado alguien que se había colado en la finca antes. Pero esta noche, sobre el escenario, vi bien los zapatos de Pat y lo supe.

Recordé lo ocurrido. No había vuelto a ver a Pat ese día después de encontrar a Nigel al pie del acantilado. La había oído cruzar el césped, pero no la vi.

—¿Llevaba esos zapatos cuando le tomasteis declaración en casa?

—No. Debió de cambiárselos antes.

—Es bastante habitual que las mujeres llevemos un par de repuesto —dije—. ¿Por qué escogemos siempre unos tan incómodos que tenemos que quitárnoslos a la primera ocasión? Eso sí que no lo entenderé nunca. Es una pena que no me lo comentaras.

—Ya. Si te hubiese enseñado una foto de la marca, esto habría terminado hace tiempo.

—¿Hablasteis con Leo después del asesinato? ¿Qué dijo?

—Louise le tomó declaración. —Ryan levantó una mano al ver mi expresión—. No dijo nada sobre ninguna película. Le contó que venía de Los Ángeles y que estaba en Massachusetts de visita para ver a sus padres. Lo cual era cierto, pero no era el motivo principal del viaje. Declaró que había venido al té porque le gustaba apoyar el teatro aficionado. Aseguró que no conocía a Nigel, lo cual también era verdad, y que no había hablado con él ese día, también verdad. Así que Louise pasó a hablar con el siguiente de la lista.

—Le dio los datos suficientes para descartarlo como sospechoso. Si hubiera mencionado que quería grabar la obra y que estaba colaborando con Pat, nos habría ahorrado mucho tiempo y problemas.

—A propósito de Louise, me ha pedido que te dijera que has hecho un buen trabajo.

—Seguro que te lo ha dicho con la boca pequeña.

—Puede que no os llevéis bien —dijo Ryan—, pero es buena policía y se alegra cuando atrapamos a un asesino. Da igual quién lo haya hecho posible. Si no hubieses reunido a todo el mundo en el escenario después de la función, nunca me habría fijado en los zapatos, ya que no tenía buen ángulo de visión cuando salieron a saludar.

Intenté reprimir un bostezo sin éxito.

Ryan dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—Será mejor que me vaya. Es tarde. Pat ha contactado con un abogado, y mañana se presentará en comisaría a primera hora.

—Hoy —lo corregí.

—Eso. —Se levantó.

Yo también me puse en pie, y Violet corrió a reunirse con nosotros. Acompañamos a Ryan hasta la puerta trasera. Puso la mano en el pomo y se detuvo.

Entonces se volvió. Me rodeó con los brazos y me estrechó

contra él. El corazón me latía con fuerza. Inclinó la cabeza y yo alcé la mía. Me dio un beso, largo y profundo.

Violet ladró. No le gustaba que la ignoraran.

Agradecimientos

He dicho muchas veces que lo mejor de ser escritora son las amistades que he hecho en la comunidad de novela negra canadiense y de otros países. Muchas gracias a Barbara Fradkin, Mary Jane Maffini, Linda Wiken y Robin Harlick, en concreto por nuestro retiro anual estival de escritoras. (¡Aunque impera más el retiro que la escritura!). Gracias también a mi fabulosa agente, Kim Lionetti, y a la gente de Bookends, así como a la de Crooked Lane, incluida Sarah Poppe, que siempre aporta su mirada aguda, rigurosa y con buen humor a la corrección de mis manuscritos.

Para finalizar, quisiera expresar mi agradecimiento a la comunidad sherlockiana, que ha acogido mi obra con el espíritu con el que fue concebida.



VICKI DELANY es una de las autoras de novela policíaca más prolífica y diversa de Canadá y una escritora superventas en Estados Unidos. Ha publicado más de treinta *bestsellers* en diversos subgéneros de misterio. Nacida en Manitoba y criada en Ontario, fue presidenta de la asociación Crime Writers of Canada y miembro de Capital Crime Writers y de Sisters in Crime.

Vicki Delany es autora, entre otras, de la serie Sherlock Holmes Bookshop Series.